



UNIVERSITAT DE  
BARCELONA

## Comportamiento antisocial, personalidad y madurez en adolescentes y jóvenes

Lorena Soledad Wenger Amengual



Aquesta tesi doctoral està subjecta a la llicència **Reconeixement- NoComercial 4.0. Espanya de Creative Commons.**

Esta tesis doctoral está sujeta a la licencia **Reconocimiento - NoComercial 4.0. España de Creative Commons.**

This doctoral thesis is licensed under the **Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0. Spain License.**



UNIVERSITAT DE  
BARCELONA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Departamento de Psicología Clínica y Psicobiología

Programa de Doctorado: Cerebro, Cognición y Conducta (HDK07)

## TESIS DOCTORAL

# **Comportamiento antisocial, personalidad y madurez en adolescentes y jóvenes**

Presenta: Lorena Soledad Wenger Amengual

Director: Dr. Antonio Andrés-Pueyo

Barcelona, 2018



**Diseño Portada.**

Alejandra Plaza Figueroa

**Financiación.**

La presente investigación se desarrolló gracias al financiamiento de CONICYT (Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica) por medio del Programa de Formación de Capital Humano Avanzado Doctorado Becas Chile/2014 - 72150344.

*"La juventud de hoy ama el lujo. Es mal educada, desprecia la autoridad, no respeta a sus mayores, y chisimea mientras debería trabajar. Los jóvenes ya no se ponen de pie cuando los mayores entran al cuarto. Contradicen a sus padres, fanfarronean en la sociedad, devoran en la mesa los postres, cruzan las piernas y tiranizan a sus maestros"*

*Sócrates, Siglo IV a.c.*

## AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero expresar mis más sinceros agradecimientos a mi tutor, el Dr. Antonio Andrés-Pueyo, por aceptarme como su estudiante, por darse el tiempo de conocerme y creer en mis capacidades para llevar a cabo esta investigación, gracias por apoyarme en este proyecto, especialmente en los momentos más complejos, siempre aportándome la claridad de cómo continuar el camino. Gracias por la paciencia y flexibilidad para el desarrollo de mi trabajo, y muchísimas gracias por la enorme generosidad y sabiduría, ha sido un placer poder trabajar y aprender del Dr. Andrés-Pueyo en este tiempo.

También quisiera agradecer a los profesionales del Equipo de Medio Abierto "EMO 1", a su coordinadora Sra. Mari Carmen García, y en especial a los técnicos Albert, Andreu, Ana Carmen, Leonor, M<sup>a</sup> Jesús, Maite, Elena, Paco, y a la psicóloga Ana Marcos, muchísimas gracias por su enorme colaboración en todo el proceso de recogida de datos, por recibirme en sus oficinas y hacerme sentir bienvenida. A los profesionales del "EMO 5", su coordinadora Sra. Antonia Hernández, y especialmente a la psicóloga Teresa Saiz, gracias por todo el apoyo para lograr acceder a jóvenes de su programa. Igualmente, mis agradecimientos para los profesionales del Centro Educativo La Alzina, a su director Sr. Enrique de Caso y especialmente al coordinador Carles Capdevila, así como los del Centro Educativo Can LLupia, a su directora Sra. Marta Pérez y al coordinador Manel, a todos ellos muchísimas gracias por su gran ayuda y buena disposición, todos ustedes fueron sin duda actores claves en el logro de esta investigación. Agradecer también al Departamento de Justicia de la Generalitat de Catalunya, por autorizar el acceso a la muestra de justicia juvenil.

A la Escuela Garbí Pere Vergés de Esplugues, en especial a la psicopedagoga Sra. Carmen Jariod, quienes se interesaron en este estudio y sus alcances, permitiendo acceder a muestra de adolescentes de su escuela, entregando todas las facilidades para llevar el proceso a cabo.

A todos los adolescentes que ayudaron entregando sus respuestas de forma desinteresada, en especial a los y las jóvenes que se encontraban cumpliendo medidas en centros educativos y programas de medio abierto de justicia juvenil, sin ellos esta investigación no habría sido posible.

A la Dra. Fàbia Morales-Vives por su generosidad en permitir el trabajo conjunto con el MAYAS, muchas gracias por sus orientaciones, consejos y asesorías para comprender mejor tanto el instrumento, como los conceptos de base.

A los y las profesores y compañeros del Departamento de Psicología Clínica y Psicobiología, al Grupo de Estudios Avanzados en Violencia (GEAV), y especialmente a Verónica G., Ana M. y Montse S. por el apoyo y compañía a lo largo de este proceso.

Al equipo de investigación MMIDA del Departamento de Psicología de la Universidad de La Frontera de Temuco - Chile, especialmente a la Dra. Paula Alarcón y al Dr. Ricardo Pérez-Luco por creer en mí, por apoyarme siempre, por aún considerarme parte del equipo, y por su profunda amistad.

A mis amigas y amigos repartidos por el mundo. Las de aquí, Renata, Nina, Zayra, Sylvia y Thuy, gracias por ser mi familia en Barcelona, por apoyarme en los momentos difíciles, por estar cada vez que he necesitado una palabra (o dos o tres) de aliento, sin su apoyo, cuidados y cariño esto no habría sido posible. Y las y los de allá, Susana, Stephanie, José Andrés, Claudia, Ana María, Alex, Leonardo, Cristian P., Sergio y Carolina, pese a la distancia, diferencias horarias, rutinas, vidas y todo lo que ocurre cuando te ausentas cuatro años, siempre se las han arreglado para estar ahí apoyándome, gracias por su cariño y por haber hecho los esfuerzos para estar "cerca" durante todo este proceso.

Los mayores agradecimientos a toda mi familia, especialmente a mi hermano, Pablo, por su amor, preocupación, apoyo y memes infinitos que alegran mis días. Y por supuesto a mis padres, Soledad y Carlos, por su amor incondicional, por enseñarme a

creer en mis sueños, a ser fuerte y sentirme capaz de alcanzar lo que sea que me proponga, sin ustedes jamás lo habría logrado, los amo.

Muchísimas gracias a todos.

# ÍNDICE

RESUMEN .....	1
ABSTRACT.....	3
<b>1. MARCO TEÓRICO.....</b>	<b>5</b>
<b>1.1. Personalidad y comportamiento antisocial .....</b>	<b>5</b>
1.1.1. Modelo de rasgos de personalidad y comportamiento antisocial juvenil .....	5
1.1.2. Aproximación de Jesness a la personalidad de jóvenes infractores de ley.....	21
<b>1.2. Personalidad y madurez .....</b>	<b>34</b>
1.2.1. Adolescencia, juventud y adultez emergente .....	34
1.2.2. Cambios de la personalidad con la edad.....	38
1.2.3. Definición y características de la madurez.....	42
1.2.4. Aproximaciones a la madurez psicológica .....	46
<b>1.3. Madurez y comportamiento antisocial.....</b>	<b>57</b>
1.3.1. Comportamiento antisocial en la adolescencia y adultez emergente .....	57
1.3.2. Importancia de la madurez en la Justicia Juvenil .....	63
1.3.3. Relación entre madurez y desistimiento delictivo .....	66
1.3.4. Modelo de madurez psicosocial de Steinberg y Cauffman (1996).....	70
<b>2. JUSTIFICACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN Y OBJETIVOS.....</b>	<b>78</b>
<b>3. MÉTODO.....</b>	<b>82</b>
<b>3.1. Participantes .....</b>	<b>82</b>
<b>3.2. Instrumentos.....</b>	<b>82</b>
<b>3.3. Procedimiento.....</b>	<b>85</b>
<b>3.4. Análisis de datos .....</b>	<b>87</b>
<b>4. RESULTADOS.....</b>	<b>89</b>
<b>4.1. Estructura del Inventario Jesness en relación al modelo de personalidad de cinco factores y a la madurez psicosocial.....</b>	<b>89</b>
4.1.1. Resultados descriptivos de la muestra.....	89
4.1.2. Diferencias entre muestras convencional y justicia juvenil en BFPTSQ, MAYAS y JI-R.....	91
4.1.3. Estructura del JI-R y su relación con BFPTSQ y MAYAS.....	100
<b>4.2. Madurez psicosocial, personalidad y la edad en muestras convencional y de justicia juvenil .....</b>	<b>105</b>

4.2.1.	Comparación entre muestras convencional y justicia juvenil por grupos de edad, en BFPTSQ, JI-R y MAYAS .....	105
4.2.2.	Comparación de cambios en el MAYAS en tres grupos de edad (muestra convencional). .....	113
<b>4.3.</b>	<b>Madurez psicosocial y comportamiento antisocial en muestras convencional y justicia juvenil.....</b>	<b>116</b>
4.3.1.	Diferencias entre muestras convencional y justicia juvenil en relación al autoinforme delictivo.....	116
4.3.2.	Comparar los cambios en el comportamiento antisocial autoinformado entre los tres grupos de edad de la muestra convencional. ....	120
4.3.3.	Explorar las relaciones existentes entre el autoinforme delictivo y el BFPTSQ, JI-R y MAYAS	121
<b>5.</b>	<b>DISCUSIÓN.....</b>	<b>125</b>
<b>5.1.</b>	<b>Discusión.....</b>	<b>125</b>
5.1.1.	Estructura del Inventario Jesness en relación al modelo de personalidad de cinco factores y a la madurez psicosocial.....	125
5.1.2.	Madurez psicosocial, personalidad y la edad en muestras convencional y de justicia juvenil.....	137
5.1.3.	Madurez psicosocial y comportamiento antisocial autoinformado en muestras convencional y justicia juvenil.....	141
<b>5.2.</b>	<b>Conclusiones .....</b>	<b>145</b>
5.2.1.	Estructura del Inventario Jesness en relación al modelo de personalidad de cinco factores y a la madurez psicosocial.....	145
5.2.2.	Madurez psicosocial, personalidad y la edad en muestras convencional y de justicia juvenil.....	146
5.2.3.	Madurez psicosocial y comportamiento antisocial autoinformado en muestras convencional y justicia juvenil.....	146
<b>5.3.</b>	<b>Implicaciones prácticas.....</b>	<b>147</b>
<b>5.4.</b>	<b>Limitaciones del estudio .....</b>	<b>148</b>
<b>5.5.</b>	<b>Líneas futuras de investigación .....</b>	<b>150</b>
<b>6.</b>	<b>REFERENCIAS .....</b>	<b>152</b>
<b>7.</b>	<b>ANEXOS .....</b>	<b>165</b>
	ANEXO I. Primera página del "Acord de col·laboració en matèria d'investigació i compromís de confidencialitat", que autoriza la investigación con muestra de Justicia Juvenil, emitida por el Departament de Justícia de la Generalitat de Catalunya .....	165
	ANEXO II. Formulario de consentimiento informado .....	166

ANEXO III. Formulario de consentimiento informado para padres y tutores legales (para adolescentes menores de 18 años)..... 167

## ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. <i>Descriptivos de edad por sexo para muestra total, y muestras convencional y justicia juvenil</i> .....	89
Tabla 2. <i>Descriptivos de nacionalidad por sexo para muestra total, y muestras convencional y justicia juvenil</i> .....	90
Tabla 3. <i>Descriptivos de nivel educativo por sexo para muestra total, y muestras convencional y justicia juvenil</i> .....	91
Tabla 4. <i>Descriptivos del BFPTSQ para la muestra total, convencional y justicia juvenil</i> .....	93
Tabla 5. <i>Descriptivos por sexo del BFPTSQ para muestras convencional y justicia juvenil</i> .....	95
Tabla 6. <i>Descriptivos de escalas del JI-R para muestra total, muestras convencional y justicia juvenil</i> .....	96
Tabla 7. <i>Descriptivos por sexo del JI-R para muestras convencional y justicia juvenil</i> .....	98
Tabla 8. <i>Descriptivos de escalas del MAYAS para muestra total, muestras convencional y justicia juvenil</i> .....	99
Tabla 9. <i>Descriptivos por sexo del MAYAS para muestras convencional y justicia juvenil</i> .....	100
Tabla 10. <i>Fiabilidad de consistencia interna (Coeficiente de alfa) de las escalas del JI-R en muestra convencional y justicia juvenil, comparadas con fiabilidad muestra original del test.</i> .....	101
Tabla 11. <i>Correlaciones Rho de Spearman entre escalas del JI-R y BFPTSQ</i> .....	103
Tabla 12. <i>Correlaciones Rho de Spearman entre escalas del JI-R y MAYAS</i> .....	104
Tabla 13. <i>Correlaciones Rho de Spearman entre escalas del MAYAS y escalas del BFPTSQ</i> .....	105
Tabla 14. <i>Frecuencias y porcentajes de la variable edad para muestra total, y muestras convencional y justicia juvenil</i> .....	106
Tabla 15. <i>Frecuencias por grupos de edad para la muestra total, y muestras convencional y justicia juvenil</i> .....	107
Tabla 16. <i>Diferencias por grupos de edad en puntuaciones de escalas BFPTSQ</i> .....	107
Tabla 17. <i>Diferencias por grupos de edad en puntuaciones de escalas MAYAS</i> .....	109

Tabla 18. <i>Diferencias por grupos de edad en puntuaciones de escalas JI-R</i> .....	111
Tabla 19. <i>Comparación de escalas del MAYAS por medidas judiciales para muestra justicia juvenil</i> .....	113
Tabla 20. <i>Descriptivos por grupos de edad en escalas del MAYAS en muestra convencional</i> .....	114
Tabla 21. <i>Correlaciones Rho de Spearman entre escalas del MAYAS y Edad</i> .....	115
Tabla 22. <i>Análisis univariados entre grupos de edad y escalas del MAYAS</i> .....	116
Tabla 23. <i>Comparación de escalas de autoinforme de comportamiento delictivo entre muestra convencional y justicia juvenil</i> .....	117
Tabla 24. <i>Descriptivos de escalas de autoinforme de comportamiento delictivo por sexo para muestra convencional</i> .....	118
Tabla 25. <i>Descriptivos de escalas de autoinforme de comportamiento delictivo por sexo para muestra justicia juvenil</i> .....	118
Tabla 26. <i>Comparación de escalas de autoinforme de comportamiento delictivo por medidas judiciales para muestra justicia juvenil</i> .....	119
Tabla 27. <i>Diferencias entre los grupos de edad y escalas del cuestionario de Autoinforme delictivo en muestra convencional</i> .....	120
Tabla 28. <i>Correlaciones Rho de Spearman entre escalas del JI-R y Autoinforme delictivo muestra total</i> .....	122
Tabla 29. <i>Correlaciones Rho de Spearman entre escalas del BFPTSQ y Autoinforme delictivo muestra total</i> .....	123
Tabla 30. <i>Correlaciones entre escalas del MAYAS y Autoinforme delictivo muestra total</i> .....	124

## ÍNDICE DE FIGURAS

<i>Figura 1.</i> Diferencias escalas MAYAS entre grupos de edad.....	116
<i>Figura 2.</i> Diferencias escalas comportamiento antisocial autoinformado entre grupos de edad..	121

## RESUMEN

Uno de los mayores consensos dentro de la criminología es la relación edad - delito, la que describe un aumento significativo del comportamiento antisocial durante la etapa adolescente, el que, para la mayoría de los casos, tendrá un inicio abrupto, y que declinará hacia el inicio de la adultez. El inicio del comportamiento antisocial limitado a la adolescencia se ha vinculado a la denominada brecha de madurez o "*maturity gap*", brecha temporal entre el logro del total desarrollo de los adolescentes y el ejercicio de los roles sociales adultos, en donde los comportamientos antisocial son una forma de respuesta que permiten acceso a los beneficios de estatus social y privilegios adultos (p. ej. Galambos, Barker, & Tilton-Weaver, 2003; Moffitt, 1993). En años recientes la disminución del comportamiento antisocial se ha alargado hasta la adultez emergente, lo que podría estar relacionado con un "retraso" generacional en la conquista de la madurez y los roles adultos (p. ej. Matthews & Minton, 2017; Wensveen, Palmen, Blokland, & Meeus, 2017). Recientemente la madurez y su vinculación con el comportamiento antisocial ha resurgido a partir del trabajo del equipo de Steinberg (p. ej. Steinberg & Cauffman, 1996) en E.E.U.U, con importantes implicancias en el área de la Justicia Juvenil, sin embargo, en Hispanoamérica se ha investigado escasamente, y solo vinculado a adolescentes en contextos escolares. Por otro lado, en relación a la personalidad y el comportamiento antisocial, muchos estudios han descrito caracterizaciones de muestras antisociales, predicción de comportamientos antisociales y desistimiento a partir de la evaluación de rasgos de personalidad (p. ej. Blonigen, 2010; Jones, Miller, & Lynam, 2011; Le Corff & Toupin, 2010), sin embargo la mayoría de estos estudios se han realizado en muestras adultas y con tests que no han sido desarrollados para muestras adolescentes.

A partir de lo anterior, se ha definido como objetivo general de esta tesis doctoral explorar la relación entre los rasgos de la personalidad, el comportamiento antisocial y la madurez psicosocial en dos muestras de adolescentes y adultos emergentes, una de tipo convencional y otra de justicia juvenil. Si bien los dos primeros temas se han trabajado tradicionalmente en contextos de estudios de justicia juvenil, el tema de la madurez ha

sido menos trabajado, especialmente con muestras españolas. Además, para la evaluación de personalidad se introduce un instrumento poco conocido en el contexto cultural hispanohablante, denominado Inventario Jesness (JI-R; Jesness, 2003), el cuál fue diseñado para el trabajo en justicia juvenil, y se considera puede ser un aporte a futuro para el área de la psicología forense.

Dentro de los principales resultados del estudio se pueden señalar la capacidad del JI-R para describir muestras con alto comportamiento antisocial a través de cinco de sus escalas (Desajuste Social, Valores Subculturales, Autismo, Agresividad-ira e Índice Asocial). Además, se observa que las escalas del JI-R correlacionan de acuerdo a lo teóricamente esperado con los rasgos de personalidad del Modelo de Cinco Factores, principalmente en torno a los rasgos Amabilidad, Responsabilidad y Estabilidad Emocional. En relación a la madurez psicosocial (evaluada a través del instrumento Maturity in Youth Assessment Scale - MAYAS), la muestra de justicia juvenil muestra una configuración de escalas que pueden indicar un perfil de "*pseudomadurez*", el que se asociaría a mayor riesgo en la toma de decisiones e involucramiento en comportamientos antisociales.

Los hallazgos de este trabajo permiten fortalecer el conocimiento que se tiene del JI-R y su utilidad en población infractora, por medio de corroborar la existencia de una serie de escalas que diferencian de forma significativa entre niveles de comportamiento antisocial, además de dar mayor sustento a su interpretación desde la base del Modelo de Cinco Factores. Además, los resultados entregan indicadores iniciales a partir de las escalas del MAYAS, de su comportamiento en muestras de justicia juvenil, además de lo que podría describirse como un perfil de "*pseudomadurez*" relacionado a comportamientos de riesgo, lo que puede ser de utilidad en la práctica forense, tanto en contextos de justicia juvenil como en el área de prevención de conductas de riesgo, por ejemplo, desde contextos de protección de menores.

Palabras clave: comportamiento antisocial, justicia juvenil, personalidad, madurez, madurez psicosocial

## ABSTRACT

One of the main consensus within criminology is the age-crime relationship, which describes a significant and abrupt increase in antisocial behavior during the adolescent stage, which then declines at the beginning of adulthood. The initiation of antisocial behavior limited to adolescence has been linked to the so-called "*maturity gap*", a time gap between the achievement of the total development of adolescence and the execution of adult social roles. Here, antisocial behaviors are a form of response that allows access to the benefits of social status and adult privileges (e.g. Galambos, Barker, & Tilton-Weaver, 2003, Moffitt, 1993). In recent years, the decline in antisocial behavior has lengthened into emerging adulthood, which could be related to a generational "delay" in reaching adulthood and assuming adult roles (e.g. Matthews & Minton, 2017; Wensveen, Palmen, Blokland, & Meeus, 2017). Recently, maturity and its connection with antisocial behavior has resurfaced from the work of Steinberg's team (e.g. Steinberg & Cauffman, 1996) in the USA, with important implications in juvenile justice. However, it has only scarcely been investigated in Latin America, and has only ever been linked to adolescents in school contexts. On the other hand, in relation to personality and antisocial behavior, many studies have described characterizations of antisocial samples, prediction of antisocial behaviors and withdrawal from the evaluation of personality traits (e.g. Blonigen, 2010, Jones, Miller, & Lynam, 2011; Le Corff & Toupin, 2010). Nonetheless, most of these studies have been carried out in adult samples and with tests that have not been specifically developed for adolescent samples.

Taking the above into consideration, the general objective of this doctoral thesis is to explore the relationship between personality traits, antisocial behavior and psychosocial maturity in two samples of adolescents and young adults. One sample is taken from the normal population, whereas the other is limited to adolescents and young adults from the juvenile justice population. Although personality traits and antisocial behavior have already been studied in contexts of juvenile justice studies, this was less so the case for maturity, especially in Spanish samples. In addition, for the personality

assessment, a little-known instrument is introduced in the Spanish-speaking cultural context, called Jesness Inventory (JI-R; Jesness, 2003), which addresses work in juvenile justice, and is a considerable contribution to forensic psychology.

Regarding the main results of the study, five of the JI-R's scales describe samples with high antisocial behavior scales (Social Maladjustment, Value Orientation, Autism, manifest Aggression and Asocial Index). In line with previous research, the scales of the JI-R correlate with the personality traits of the Five Factor Model, mainly Kindness, Responsibility and Emotional Stability. In relation to psychosocial maturity (evaluated with the Maturity in Youth Assessment Scale - MAYAS), the juvenile justice sample shows a configuration of scales that may indicate a "*pseudo-maturity*" profile, which can be associated with greater risk in decision making and involvement in antisocial behaviors.

The findings of this work reinforce the already existing knowledge on the JI-R and its usefulness within the juvenile delinquency population in several ways: by means of corroborating the existence of a series of scales that significantly differentiate between levels of antisocial behavior, as well as giving greater sustenance to the clinical interpretation based on the Five Factor Model. In addition, the current results provide initial indicators from the use of the MAYAS scales in juvenile justice samples and show what could be described as a "*pseudo-maturity*" profile related to risk behaviors. This result may be useful in forensic practice, both in contexts of juvenile justice and in risk behavior prevention, such as child protection.

Keywords: antisocial behavior, juvenile justice, personality, maturity, psychosocial maturity

# 1. MARCO TEÓRICO

## 1.1. Personalidad y comportamiento antisocial

### 1.1.1. Modelo de rasgos de personalidad y comportamiento antisocial juvenil

Si se explora en la historia de la criminología y la relación entre el comportamiento antisocial y la personalidad, especialmente en los menores y adolescentes, solamente podremos encontrar aproximaciones más bien periféricas, ya que las teorías de corte sociológico y contextual eran las que más fuerza tenían en el paradigma científico de la época (Andrews & Wormith, 1989; Jones et al., 2011; Miller & Lynam, 2001). Por décadas, la evidencia entorno a la relevancia de las diferencias individuales y la personalidad en la comprensión del comportamiento delictivo fueron desestimadas a partir de la retórica anti-personalidad de las principales corrientes criminológicas de la época, a partir de las cuales se privilegiaban las explicaciones de la delincuencia vinculadas a variables relativas a la política económica, la reacción social y la inequidad en la distribución de los recursos, así la lógica y la evidencia fueron puestas a un lado, en post de privilegiar intereses profesionales particulares, ideológicos y justificaciones morales (Andrews & Wormith, 1989). Lo anterior, a pesar de la existencia de evidencia empírica que data de los años 50, en dónde destacados investigadores y expertos en la Psicología de la Personalidad ya señalaban la existencia de diferencias en variables personales y familiares entre delincuentes y no delincuentes. Estos expertos indicaban que el peso asignado por las teorías sociológicas a la clase social de origen de las personas no eran tan relevantes, y que más importante que la pertenencia a una clase social, la delincuencia se asociaba a aspectos como antecedentes criminales en la familia de origen, cohesión familiar, temperamento, actitudes y habilidades cognitivas (Glueck & Glueck, 1950 en Andrews & Wormith, 1989). Sin embargo, hoy en día, difícilmente se pondría en duda la existencia de características personales o psicológicas y la contribución de éstas en el desarrollo del comportamiento antisocial en los adolescentes (Morizot, 2015).

Morizot (2015) plantea la existencia de tres tipos de teorías clásicas en Psicología que vinculan de formas diferentes los rasgos de personalidad a la delincuencia. La primera

de ellas indica que los rasgos de personalidad son variables descriptivas que permitirían, por ejemplo, diferenciar entre delincuentes y no delincuentes. Otras teorías señalan que los rasgos de personalidad pueden influir en la decisión de delinquir o no, es decir, los rasgos podrían actuar como un factor activador (iniciador) o de agravamiento del comportamiento antisocial. Y finalmente, están aquellas en donde los rasgos serían predisposiciones que emergerían tempranamente (es decir, como disposiciones temperamentales) y que tienen una influencia explicativa, directa o indirecta, en el inicio del comportamiento delictivo. Los modelos conceptuales actuales establecen nuevas vinculaciones entre personalidad y comportamiento delictivo, de estos, el modelo de remisión y desistimiento es de particular interés, ya que considera el efecto de los cambios en los rasgos de la personalidad (que podrían considerarse como madurez de la personalidad) y su impacto en los procesos de desistimiento delictivo, lo que conlleva a considerar el rol de la personalidad ya no sólo como iniciadora o mantenedora/agravante del comportamiento delictivo (Morizot, 2015; Blonigen, 2010). De acuerdo a Morizot (2015), quizás los rasgos de personalidad involucrados en los procesos de desistimiento difieran de los que se asocian al inicio o mantenimiento/agravamiento del comportamiento delictivo, rasgos que podrían manifestarse temprana o tardíamente. Las investigaciones han planteado que el período del ciclo vital con mayor desistimiento es también el que se caracteriza por mayores cambios en los rasgos de personalidad, el final de la adolescencia e inicio de la adultez temprana (Blonigen, 2010; Moffit, 1993), por lo que se hace plausible la hipótesis que indica que la personalidad puede contribuir al desistimiento (Morizot, 2015). Estos planteamientos cuestionan el rol estático que los iniciales criminólogos otorgaban a la personalidad, y dinamizan su relación con el comportamiento delictivo, llevando a nuevas interrogantes relativas a los procesos subyacentes al cambio y madurez de la personalidad, las formas de medición de estos procesos, y el impacto que estos tienen hacia finales de la adolescencia en el mantenimiento o desistimiento del comportamiento delictivo.

Para el presente estudio se ha optado por la aproximación de la personalidad desde el modelo estructural tradicional de rasgos (John, Naumann, & Soto, 2008; McCrae

& Costa, 2003). En esta aproximación se consideran rasgos a las dimensiones de la personalidad que influyen en la forma particular de cada persona de pensar, sentir y comportarse (McCrae & Costa, 2003), dichos rasgos se caracterizan por ser patrones relativamente estables y consistentes, y serían la base de las diferencias individuales, es decir, la expresión de la idiosincrasia se encontraría en los diferentes grados en que cada persona posee los rasgos de personalidad, en su combinación particular de rasgos (Carducci, 2009; Costa & McCrae, 2006; McCrae & Costa, 2003). Es relevante recordar que, en el modelo estructural de personalidad, los rasgos se organizan en una taxonomía jerárquica en donde cada uno contiene dentro de sí rasgos de menor jerarquía, también denominadas facetas. El número total de rasgos de mayor jerarquía varía, existiendo un buen nivel de consenso en que la personalidad se organizaría entorno a cinco rasgos más amplios (John et al., 2008; McCrae & Costa, 2008), aunque existen investigadores que también proponen una estructura de tres (Eysenck & Eysenck, 1985; Tellegen & Waller, 2008). Enmarcar la investigación que busca relacionar personalidad con el comportamiento antisocial desde el modelo de rasgos, tiene como ventajas tanto el integrar los hallazgos provenientes de diferentes líneas de investigación o de tradiciones teóricas, junto con permitir a los investigadores vincular el comportamiento antisocial a una red nomológica ya establecida previamente (Morizot, 2015). Además, tanto el modelo de cinco como el de tres rasgos describen características de la personalidad "normal", lo que permite describir a personas con comportamiento antisocial sin la necesidad de recurrir a explicaciones "patologizantes" o desde la enfermedad para explicar o conocer su comportamiento (Andrews & Bonta, 2010). A continuación, se describen los principales hallazgos que relacionan el modelo estructural de personalidad con el comportamiento antisocial.

#### *Modelo de R. B. Cattell (1950) y su relación con el comportamiento antisocial*

Los modelos iniciales de rasgos se desarrollaron al alero de las técnicas de análisis factorial, que permiten reducir el elevado número de covariaciones observadas entre conductas sociales, conducta interpersonal y otros sucesos psicológicos a un número

menor y más manejable de dimensiones de la personalidad, siendo Raymond B. Cattell uno de los pioneros en esta área (Carducci, 2009; Cloninger, 2003). De acuerdo a R. B. Cattell, lo que hace única la personalidad de cada persona serían los rasgos, que conceptualizó como Surface Traits o rasgos superficiales y Source Traits o rasgos fuente (Carducci, 2009; Cattell, 1950). Los primeros son unidades de la personalidad que se reflejan en comportamientos observables que tienden a estar interrelacionados, mientras que los rasgos fuente son las unidades subyacentes de la personalidad responsable de la interrelación observada entre los rasgos superficiales. Así, el objetivo principal del análisis factorial según R. B. Cattell, es identificar los rasgos fuente (source traits), ya que son éstos los que permitirían definir la personalidad y predecir el comportamiento de las personas. R. B. Cattell, entre otras aportaciones, introdujo el enfoque léxico para analizar la personalidad, el cual postula que el lenguaje contiene una rica fuente de información desde donde obtener descripción de las cualidades de la personalidad, a través de la frecuencia con que se encuentran palabras para describir rasgos (Cattell, 1947, en Carver & Scheier, 1997). R. B. Cattell partió de un total de 4500 nombres de rasgos para luego reducirlos (tras quitar los sinónimos) a una lista de 171 rasgos que sometió a análisis factorial. Las 16 dimensiones resultantes son las que R. B. Cattell consideró de mayor relevancia para la delimitación de la estructura básica de la personalidad, rasgos que reaparecen en diversos análisis posteriores confirmando sus hallazgos y llevándole a construir el test que mide dichas dimensiones, el 16 Personality Factor Questionnaire o 16 PF, el cual consta de 185 preguntas de elección forzada que permiten medir 16 rasgos fuente (source traits), siendo una aproximación multidimensional a la estructura de la personalidad. Entre los factores se incluyen tanto rasgos temperamentales, como inteligencia y actitudes sociales (Carver & Scheier, 1997; Russell et al., 1995). Los 16 factores correlacionan entre sí logrando extraer factores de segundo orden, dentro de los dos principales se encontraría QI equiparable a Neuroticismo y QII identificable con Extraversión. Sin embargo, una de las principales críticas al modelo de 16 factores ha sido que ningún investigador fuera del círculo de R. B. Cattell logró replicar dicha conformación factorial (Eysenck & Eysenck, 1985).

Dentro de las amplias áreas en que R. B. Cattell (1950) aplicó sus estudios de la personalidad incluyó también grupos de delincuentes, encontrando que estos presentaban tendencias a puntuar bajo en el factor C "Fortaleza del yo" dando cuenta de un mal ajuste general e inestabilidad emocional, y puntuaciones altas en el factor E "Dominio" que implican características como asertividad, competitividad y autosuficiencia. Además, planteó que a partir de análisis factoriales derivados de rasgos individuales y síndromes evaluados en esta población, se podía establecer una tendencia en los delincuentes violentos y egocéntricos a presentar baja estabilidad emocional, dado por una configuración de personalidad caracterizada por puntuación baja en el factor C "Fortaleza del yo", puntuación alta del factor E "Dominancia", puntuación baja en factor F "Surgencia" (que se caracteriza por aspectos como serio o callado), y bajas puntuaciones en el factor A "Sizia" (que incluye características como desapego, frialdad y distancia). Por otro lado, aquellos delincuentes que pertenecen a pandillas las tendencias mostrarían puntuaciones altas tanto en el factor F "Surgencia" y el factor H "Parmia". Todos los grupos de delincuentes se caracterizarían además por presentar falta de integración, reflejado en puntuaciones bajas en el factor G "Fortaleza del superyo" (Cattell, 1950). También plantea que los delincuentes compartirían con los neuróticos la inestabilidad emocional (factor C-) lo cual acarrea a ambos conflictos con la sociedad, pero serían las dimensiones secundarias que caracterizan a cada grupo las que harían que la forma de enfrentar los conflictos sea diferente, mientras que para los delincuentes rasgos como baja "Surgencia" o alto "Dominio" hacen que estos continúen sus conflictos con la sociedad, para los neuróticos la elevación del superyo les ayudarían a sobrellevar mejor la inestabilidad y los conflictos con el entorno social (Cattell, 1950).

### Modelo PEN (Eysenck, 1977; Eysenck & Gudjonsson, 1989) y el comportamiento antisocial

Una de las teorías que mayor influencia ha tenido dentro del modelo estructural y su vinculación con el delito fue la desarrollada por H.J. Eysenck (1977) a través del modelo de tres factores o PEN, denominado así por las iniciales de los tres rasgos que lo

componen: Psicoticismo, rasgo que integra elementos como agresividad, frialdad, egocentrismo, impulsividad y antisocialidad. Extraversión, que incluye aspectos como sociabilidad, actividad, asertividad, búsqueda de sensaciones, despreocupación y la tendencia a ser aventurero. En su polo contrario, llamado Introversión, destacan características como ser reservado, distante con personas ajenas al círculo interpersonal, introspectivo, previsor y auto-controlado. Neuroticismo, o inestabilidad emocional, ha sido descrito con características tales como alto nivel de emotividad, escaso control afectivo, dependencia, ansiedad, ánimo depresivo, sentimientos de culpa, baja autoestima, irracionalidad o tensión. H.J. Eysenck desarrolló una serie de instrumentos de autoinforme que operacionalizan estos constructos y permiten medirlos para diferentes usos en el campo de las diferencias individuales, siendo uno de los más usados el Cuestionario de Personalidad de Eysenck – Revisado o EPQ-R (Eysenck & Eysenck, 1991), cuestionario traducido, adaptado y validado en 39 países, incluyendo España (Aguilar, Tous, & Andrés-Pueyo, 1990; Eysenck, Eysenck, Ortet i Fabregat, & Seisdedos Cubero, 2001; Eysenck, Eysenck, Seisdedos Cubero, & Cordero, 1992; Eysenck & Barrett, 2013).

Para los tres rasgos del modelo el autor propone en su texto "Las bases biológicas de la personalidad" (Eysenck, 1967) un anclaje biológico a partir del cual Extraversión es vinculado a diversos niveles de activación o arousal del Sistema de activación reticular ascendente y del córtex (SARA), así los sujetos extrovertidos presentarían niveles de baja activación cortical, y por el contrario en los introvertidos niveles altos de activación, esto implicaría que los sujetos introvertidos tendrían menor necesidad de estimulación externa, facilitando su capacidad para procesar los estímulos sensoriales y de condicionamiento, mientras que los sujetos extrovertidos buscarán activamente estimulaciones más intensas, variadas y arriesgadas. Las bases biológicas del Neuroticismo las enlaza a la actividad del cerebro visceral y a la respuesta del Sistema nervioso simpático (parte del Sistema nervioso autónomo), encontrándose numeroso conjunto de estudios que sustentan ambas explicaciones. Finalmente, relaciona Psicoticismo con la variable sexo, por tanto, elevaciones en Psicoticismo se vincularían a aspectos

hormonales, particularmente a mayores niveles de testosterona (Andrés-Pueyo, 1997; Eysenck, 1967; Romero, Sobral, & Luengo, 1999).

H.J. Eysenck y Gudjonsson (1989) analiza la vinculación entre personalidad y comportamiento delictivo, indicando que la conducta humana que va en contra de las normas es una expresión natural e instintiva de los seres humanos, y lo que necesitamos es aprender a comportarnos de forma convencional o ajustada, proceso de aprendizaje en el que median mecanismos de condicionamiento pavloviano modulados por las características de personalidad. Así, los sujetos introvertidos (bajas puntuaciones en Extroversión) mostrarán pautas de mayor condicionabilidad o capacidad de aprendizaje y ajuste a la norma, debido a los mayores niveles de activación cortical; mientras que los extrovertidos (puntuaciones altas en Extroversión) serán más propensos a presentar comportamientos contrarios a la norma. Puntuaciones altas en Neuroticismo actuaría como un amplificador de las tendencias conductuales, lo que de acuerdo a los autores llevaría a que sujetos extrovertidos que además presentan un alto grado de Neuroticismo muestren conductas antisociales reforzadas. Y finalmente puntuaciones altas en Psicoticismo, al verse expresadas en características como frialdad afectiva, hostilidad, falta de culpa, egocentrismo y hostilidad, se vincularían a una mayor probabilidad de realizar conductas delictivas (Eysenck & Gudjonsson, 1989).

De los tres rasgos del modelo PEN, el Psicoticismo es el que de forma más fuerte y consistente se ha vinculado al comportamiento antisocial, esta es una evidencia bien contrastada en la investigación empírica (Abella & Bárcena, 2014; Cale, 2006; Ferrer et al., 2010; Heaven, Newbury, & Wilson, 2004; Miller & Lynam, 2001; Romero, Luengo, & Sobral, 2001; van Dam, Janssens, & De Bruyn, 2005). La evidencia empírica también ha relacionado el Psicoticismo con cambios en el comportamiento delictivo a lo largo del ciclo vital, observando que durante la adolescencia el comportamiento antisocial general se relacionaría con elevaciones en Psicoticismo, mientras que en la adultez emergente la relación con Psicoticismo se presentaría como predictor solo en casos de actos delictivos graves (Heaven et al., 2004). También se ha observado en muestras de adolescentes que,

aquellos que auto-informan mayor comportamiento delictivo presentaron significativamente puntuaciones elevadas en Psicoticismo (Aleixo & Norris, 2000; Heaven & Virgen, 2001; Romero et al., 2001), ocurriendo lo mismo al comparar adolescentes judicializados (versus no judicializados) (Aleixo & Norris, 2000; Ferrer et al., 2010; Romero et al., 2001; van Dam et al., 2005). El Psicoticismo es un rasgo muy polémico y criticado, estas críticas señalan que la escala desarrollada para evaluarlo por medio del EPQ-R fue creada con ítems que buscan discriminar entre población delincente de población normativa, de manera tal que permitiera discriminar entre ambos grupos, por tanto una elevación de Psicoticismo en esta población podría no ser explicativa de diferencias en rasgos de personalidad, sino solo redundar en mostrar que personas con puntuaciones elevadas en dicho rasgo se parecen a personas con comportamiento delictivo, es decir, que también puntúan alto en Psicoticismo (Farrington et al., 1982, en Caspi et al., 1994). Otras críticas apuntan a la menor consistencia interna obtenida por H.J Eysenck en la escala Psicoticismo, en comparación con Extraversión y Neuroticismo (Egan, 2011), incluir la anormalidad psicótica dentro del extremo del rasgo Psicoticismo, y el uso del término "Psicoticismo" para indicar un conjunto de características que se ha señalado que tendrían mayor cercanía a una etiqueta como "Psicopatía" (Romero et al., 1999).

Por otro lado, las evidencias de vinculación de la criminalidad con el Neuroticismo y la Extroversión son menos claras. Algunos estudios señalan la existencia de una relación entre alta Extroversión y comportamiento antisocial autoinformado en muestras adolescentes (Aleixo & Norris, 2000; Heaven, 1996), como también en grupos de adolescentes reincidentes (van Dam et al., 2005). En el estudio de Romero et al. (2001) con adolescentes escolarizados de ambos sexos y una muestra de adolescentes delincuentes varones, se describió una mayor asociación de Extraversión a la delincuencia auto-informada de las mujeres, mostrando además en el análisis longitudinal que es un buen predictor del aumento del comportamiento antisocial autoinformado de ellas. Además, el grupo de varones escolarizados que presentaron un nivel moderado de comportamiento antisocial presentaron mayor Extraversión, en comparación a los varones que presentaban bajo y alto comportamiento antisocial. Sin embargo, la

evidencia obtenida por medio de estudios de meta-análisis apunta a una relación débil entre Extraversión y comportamiento antisocial, sin embargo, en aquellos estudios en donde la muestra utilizaba autoinforme delictivo y los participantes no se encontraban en prisión, la relación de Extraversión y comportamiento antisocial era más fuerte (Cale, 2006; Miller & Lynam, 2001). En relación a Neuroticismo, Ferrer et al. (2010) en su estudio correlacional encontraron puntuaciones significativamente mayores de Neuroticismo en las muestras de adolescentes delincuentes versus las muestras de control de adolescentes escolarizados. En la misma línea, Abella y Bárcenas (2014) observaron en una muestra de adolescentes escolarizados, que el grupo que presentó mayores conductas disruptivas obtuvo significativamente más puntaje en Neuroticismo. Mientras que otros estudios encontraron solo una débil relación entre un elevado Neuroticismo y un alto comportamiento delictivo autoinformado, tanto en muestras de adolescentes escolarizados como de infractores (Aleixo & Norris, 2000; Romero et al., 2001). Así mismo, estudios de meta-análisis han explicitado dicha variabilidad en los resultados, indicando por un lado que, si bien el Neuroticismo presenta una asociación con el comportamiento antisocial con un tamaño de efecto pequeño, esta asociación se hace más fuerte si aumenta la edad de la muestra, ya que la edad tendría un efecto moderador en la relación entre el Neuroticismo y el comportamiento antisocial, por tanto, muestras de adultos tendrían una asociación más fuerte entre el Neuroticismo y el comportamiento antisocial, en comparación a muestras de adolescentes (Cale, 2006).

En resumen, desde el modelo desarrollado por H.J. Eysenck se indica que las personas que presentan puntuaciones elevadas en los tres rasgos del modelo PEN tendrían más probabilidad de involucrarse en comportamientos delictivos (Eysenck & Gudjonsson, 1989). Sin embargo, diversas investigaciones han puesto a prueba los planteamientos de H.J. Eysenck sin lograr replicar dicho resultado (van Dam et al., 2005), siendo el Psicoticismo el único de los tres rasgos del modelo PEN que en diversos estudios y meta-análisis aparece fuerte y consistentemente vinculado al comportamiento antisocial (Cale, 2006; Ferrer et al., 2010; Heaven et al., 2004; Miller & Lynam, 2001; Romero et al., 2001; van Dam et al., 2005), mientras que Extraversión y Neuroticismo presentan

resultados poco consistentes a través de los estudios, y con variaciones que pueden relacionarse, por ejemplo, a características de las muestras de estudios, tales como la edad, si son muestras de prisiones o si se consideran delitos autoinformados u oficiales (Cale, 2006; Miller & Lynam, 2001).

*Modelo de los Cinco Factores (John et al., 2008; McCrae & Costa, 2003) aplicado al comportamiento antisocial*

En la actualidad, el Modelo de los Cinco Factores es uno de los más aceptados y utilizados para la organización de los rasgos de personalidad (John, Naumann, & Soto, 2008; McCrae & Costa, 2003). Sus orígenes se basan en lo que se ha denominado hipótesis léxica, inicialmente propuesta por R. B. Cattell (1943) y más recientemente replanteada por Costa y McCrae (1985), la cual propone que las características más relevantes de la personalidad se encuentran descritas en el lenguaje natural, por tanto, el conjunto de características para cada idioma pueden ser recogido a partir de las definiciones contenidas en el diccionario, proporcionando así un número extenso, pero finito, de cualidades o atributos que las personas encuentran relevantes en ese idioma para sus interacciones cotidianas (John et al., 2008). Desde este modelo se ha llegado al consenso de que los rasgos de personalidad, derivados del análisis del lenguaje o siguiendo la hipótesis léxica, serían en total cinco grandes factores, siendo Costa y McCrae (p. ej. Costa et al., 2008; 1992; McCrae & Costa, 2003), quienes han desarrollado la línea de investigación más prolífica y conocida en relación a este modelo. Estos autores incorporan en su metodología el uso de enunciados o frases como reactivos para examinar cada uno de los cinco factores de personalidad, particularmente a partir del desarrollo del cuestionario de autoinforme NEO-Personality Inventory – Revised (Costa & McCrae, 1992), que a través de 240 ítems evalúa no sólo los cinco grandes factores, sino también 6 facetas para cada uno de estos rasgos, lo que enriquecen la descripción de las diferencias individuales. A continuación se describen brevemente cada una de las cinco dimensiones del modelo, a partir de lo propuesto por Costa y McCrae (1992) y que se aceptan en la actualidad.

- Neuroticismo, definido como la tendencia general a experimentar afectos negativos tales como temor, tristeza, vergüenza, ira, culpa y aversión. Se relaciona también con la propensión a tener ideas irracionales, menor capacidad para controlar impulsos, y menores estrategias para afrontar el estrés. Los sujetos con bajo Neuroticismo se caracterizan por ser emocionalmente estables, tranquilos y relajados, capaces de hacer frente a situaciones estresantes de forma adecuada. Ansiedad, Hostilidad, Depresión, Ansiedad social, Impulsividad y Vulnerabilidad son las seis facetas de Neuroticismo.

- Extraversión o emocionalidad positiva, describe a los sujetos como sociables, asertivos, activos y locuaces, les agrada la excitación y estimulación, tienden a ser agradables y optimistas. El polo contrario de este rasgo es la Introversión, caracteriza a los sujetos como reservados e independientes que prefieren ir a su propio ritmo. Los sujetos introvertidos más que sufrir de “ansiedad social”, tienen una mayor preferencia por actividades que les permitan estar solos. Las facetas que componen Extraversión son Cordialidad, Gregarismo, Asertividad, Actividad, Búsqueda de emociones y Emociones positivas.

- Apertura, es el rasgo que se relaciona con el interés por la cultura y la preferencia por la novedad. Sujetos elevados en esta dimensión se definen como curiosos tanto de su mundo interior como del exterior, están dispuestos a considerar ideas novedosas y valores poco convencionales, y experimentan las emociones más profundamente. Personas bajas en Apertura tienden a ser más conservadoras, tanto en su comportamiento como en su forma de pensar, prefieren lo familiar frente a la novedad, y su respuesta emocional es menos intensa. Sus facetas son Fantasía, Estética, Sentimientos, Acciones, Ideas y Valores.

- Amabilidad, dimensión relativa a las tendencias interpersonales. Una persona con elevación de este rasgo es descrita como alguien fundamentalmente altruista, que simpatiza con los demás y está dispuesta a ayudarles, además cree que los otros estarán igualmente dispuestos a ayudar. El polo contrario de esta dimensión describe a los sujetos como desagradables, egocéntricos, escépticos de las intenciones de los demás y competitivos más que cooperadores. Sus facetas son Confianza, Franqueza,

Altruismo, Actitud conciliadora, Modestia y Sensibilidad a los demás.

- Responsabilidad, dimensión vinculada al control de impulsos. Sujetos altos en este rasgo se caracterizan por ser decididos, de voluntad firme y determinados. También se han descrito como sujetos escrupulosos, puntuales y confiables. Se han asociado los logros académicos y laborales como aspectos positivos de la elevada Responsabilidad; mientras que la pulcritud compulsiva, el trabajo excesivo o “trabajólico” y una elevada meticulosidad (que llegue a ser molesta o problemática) se consideran aspectos negativos. Un sujeto con baja Responsabilidad se caracteriza por mayor displicencia al perseguir sus metas y menor exactitud al aplicar principios morales (lo que no implica una ausencia de principios), además se relaciona con mayor hedonismo e interés por el sexo. Las facetas de esta dimensión son Competencia, Orden, Sentido del deber, Necesidad de logro, Autodisciplina y Deliberación.

Son escasos los estudios que comparan muestras de delincuentes, infractores y/o personas con comportamiento delictivo con el modelo de los cinco factores (Jolliffe, 2013; van Dam et al., 2005). Miller y Lynam (2001), por medio de meta-análisis, encontraron que los delincuentes tenderían a mostrar personalidades hostiles, auto-centradas, celosas, malévolas e indiferentes con los demás, descripción perteneciente a una puntuación baja en Amabilidad. Además, tendrían poca ambición, motivación y perseverancia, dificultades de control de impulsos y tendrían valores y creencias no tradicionales, lo que se vincula con una baja puntuación en Responsabilidad. Ambos rasgos (baja Amabilidad y baja Responsabilidad) correlacionaron con un tamaño de efecto medio con las medidas de comportamiento antisocial (Miller & Lynam, 2001). Así mismo, se encontró evidencia que puntuaciones altas en Neuroticismo también correlacionaban con comportamiento antisocial, pero de forma más débil (Miller & Lynam, 2001). Sin embargo, estudios posteriores suman evidencia a la existencia de vinculación entre este rasgo y comportamiento antisocial (Jolliffe, 2013). Por otro lado, en dicho meta-análisis no se apreció relación significativa entre los rasgos Extraversión ni Apertura y el comportamiento antisocial (Miller & Lynam, 2001).

En un meta-análisis posterior, en dónde además de los rasgos más amplios del modelo de cinco factores, se incorporaron al análisis también las facetas y su vinculación al comportamiento antisocial (Jones et al., 2011), entre los principales hallazgos observó, por un lado, la confirmación de la vinculación de puntuaciones bajas en Amabilidad, puntuaciones bajas en Responsabilidad y puntuaciones alta en Neuroticismo con comportamiento antisocial, y por otro, al expandir el análisis a las facetas, se encontró que incluso para los rasgos Extraversión y Apertura, con los que no se observó relación con el comportamiento antisocial, esta relación si existiría para algunas de sus facetas. En concreto, para Amabilidad, las facetas con tamaño de efecto grande en su relación con comportamiento antisocial fueron Franqueza, Actitud conciliadora y Altruismo. Para Responsabilidad, todas sus facetas se relacionaron negativamente con comportamiento antisocial, pero las que obtuvieron un tamaño de efecto mayor fueron Deliberación, Competencia y Sentido del deber. En el caso de Neuroticismo, las facetas Hostilidad, Impulsividad y Depresión correlacionaron de forma positiva con comportamiento antisocial, mientras que la faceta Ansiedad lo hizo de forma negativa. Extraversión y Apertura, pese a no tener relaciones significativas con comportamiento antisocial, si lo hicieron algunas de sus facetas, para el caso de Extraversión, se observó que su faceta Búsqueda de emociones correlacionó de forma positiva y Cordialidad de forma negativa. Para las facetas Acciones e Ideas del rasgo Apertura, la relación con comportamiento antisocial fue positiva, mientras que para Sentimientos fue negativa, en los tres casos se observó un tamaño de efecto pequeño (Jones et al., 2011).

Para el caso concreto de muestras con adolescentes, la evidencia también apunta a que aquellos jóvenes con mayor nivel de comportamiento delictivo puntúan significativamente más bajo en los rasgos de Amabilidad y Responsabilidad que grupos de adolescentes no delincuentes, además de observarse puntuaciones altas en Extraversión (John, Caspi, Robins, Moffitt, & Stouthamer-Loeber, 1994). Sin embargo, no hay total acuerdo en esto, ya que otros estudios coinciden solo en baja Amabilidad y agregan alto Neuroticismo (Le Corff & Toupin, 2009), mientras que otros observan puntuaciones bajas de Neuroticismo en muestras con mayor comportamiento disruptivo, en comparación a

un grupo de sujetos resilientes (y menos disruptivos) (Abella & Bárcena, 2014). En estudios con muestras españolas, han descrito que la conducta antisocial en adolescentes se puede predecir a partir de puntuaciones bajas en Amabilidad, Responsabilidad y Neuroticismo (Romero, Luengo, Gómez-Fraguela, & Sobral, 2002); mientras que Duran-Bonavila, Vigil-Colet, Cosi, & Morales-Vives (2017) señalan diferencias significativas de personalidad entre una muestra de adolescentes control, una de alto riesgo de exclusión social y una de infractores de ley, particularmente, se observaron puntuaciones altas de Extraversión y Responsabilidad en las muestras de infractores y de riesgo, mientras que en la muestra control se observaron puntuaciones altas en Apertura. Se observó que tanto las muestras de riesgo y de infractores tenían perfiles similares, exceptuando en la escala de Responsabilidad, en donde de forma contra intuitiva, el grupo de infractores de ley obtuvo puntuaciones más altas, entendiendo que en este resultado puede haber mediado el efecto de la intervención especializada orientada a aumentar la consciencia acerca de las consecuencias de las propias acciones y la responsabilidad que tienen en ello. En resumen, la mayor coincidencia al momento de describir las muestras que presentan comportamiento delictivo son puntuaciones bajas tanto en Amabilidad como en Responsabilidad, lo que de acuerdo a los trabajos de equipos que siguen el modelo de Eysenck, la combinación de ambas dimensiones en puntuaciones bajas se podría equiparar a una puntuación alta de Psicoticismo (Costa & McCrae, 1995; Romero et al., 2002).

Otros estudios han explorado la relación entre los rasgos de personalidad y la relación con el agravamiento, aumento en la variabilidad y la frecuencia del comportamiento antisocial una vez este ya se ha iniciado, por ejemplo, el estudio longitudinal de Heaven (1996) en donde realizó un seguimiento de dos años a adolescentes australianos, encontró que puntuaciones elevadas en Desinhibición (que puede ser entendido también como Psicoticismo, o como baja Amabilidad y baja Responsabilidad) junto con una baja autoestima se asociaron a mayor comportamiento delictivo autoinformado. Otro estudio longitudinal con adolescentes en Estonia encontró que puntuaciones bajas en Amabilidad y Responsabilidad predecían 8 años más tarde la

presencia de antecedentes de delitos registrados en medios oficiales (Mottus, Guljavev, Allik, Laidra, & Pullmann, 2012), mientras que Le Corff y Toupin (2010) observaron en una muestra de 144 adolescentes varones de entre 12 y 17 años, quienes se encontraban en Centros de Juventud (servicios sociales) de la provincia de Quebec en Canadá, que puntuaciones bajas en Conformidad (faceta de Amabilidad) y elevadas en Actividad (faceta de Extraversión) predecían comportamiento antisocial 5 años más tarde. Por otro lado, estudios con adolescentes encarcelados mostraron que algunos rasgos de personalidad se vinculaban a la reincidencia delictiva, es el caso del estudio de Steiner, Cauffman, y Duxbury (1999) en donde realizaron el seguimiento de una muestra de adolescentes varones encarcelados de entre 13 y 20 años, encontrando que altas puntuaciones de Angustia (Emocionalidad Negativa) y bajas puntuaciones en Control (Responsabilidad) se relacionaron a la presencia de antecedentes oficiales de reincidencia después de 4,5 años de seguimiento.

También, se ha explorado la relación entre los rasgos de personalidad del modelo de cinco factores y la remisión o el desistimiento del comportamiento antisocial (Blonigen, 2010; Moffitt, 1993; Morizot & Le Blanc, 2007). Desde este enfoque se ha señalado que el periodo del desarrollo más característico del desistimiento, que es hacia finales de la adolescencia e inicios de la adultez emergente, se caracteriza también por presentar cambios a nivel de rasgos de personalidad, por tanto, se ha planteado que la personalidad podría tener un rol en los procesos de desistimiento delictivo. Así, el cambio en los rasgos de la personalidad acompañando los procesos del desarrollo, podría ser una forma de madurez de los rasgos que se vincula a permitir estos procesos de remisión de conductas delictuales (Blonigen, 2010; Moffitt, 1993; Morizot & Le Blanc, 2007).

En términos del modelo de cinco factores, la madurez de los rasgos de personalidad se podría entender como una configuración de los rasgos, caracterizada por aumentos en las puntuaciones de Amabilidad y Responsabilidad, y disminución en las puntuaciones de Neuroticismo y Extraversión (Morizot, 2015), cambios que conllevarían a una mayor probabilidad de despliegue de conductas prosociales (Rocque, 2017). En esta

línea, Caspi et al. (2005) han sugerido que los cambios en los rasgos de personalidad tendrían efectos sobre otras áreas del ciclo vital, por ejemplo, aumentos en rasgos ya señalados, como Amabilidad y Responsabilidad, pueden facilitar el desarrollo de relaciones de pareja duraderas y significativas (por ejemplo una relación de matrimonio) y lograr estabilidad laboral, ambos aspectos que contribuirían al desistimiento del comportamiento delictivo.

En años recientes, diversos estudios longitudinales han acumulado evidencia que muestra cómo estas combinaciones de rasgos relacionados a la madurez de la personalidad correlacionan con una disminución de los comportamientos antisociales (Blonigen, Littlefield, & Sher, 2010; Morizot & Le Blanc, 2003). Por ejemplo, en un estudio con adolescentes hombres y mujeres desde los 18 a los 25 años de edad, se observó que al comparar al grupo que persistió en comportamientos antisociales con el que desistió, estos últimos mostraron una disminución significativa en Búsqueda de Novedad y aumentos en Dependencia a la Recompensa (Blonigen et al., 2010). Mientras que en otro estudio, en el cual se construyeron tipologías del desarrollo de la personalidad en una muestra de hombres que fueron juzgados por delitos en su adolescencia, se encontró que aquella tipología que en el tránsito de la adolescencia a la adultez disminuían sus puntuaciones en Desinhibición (equiparable a aumento en Responsabilidad) y Emocionalidad Negativa (equiparable a disminución en Neuroticismo) tendían a mostrar menos o a disminuir en sus comportamientos antisociales, mientras que aquellos que mostraban aumentos o se mantenían en los mismos niveles de los rasgos mencionados anteriormente, tendían a presentar un comportamiento antisocial persistente a través del tiempo (Morizot & Le Blanc, 2003).

Finalmente, también se han explorado las diferencias de género en relación a los rasgos de personalidad del modelo de cinco factores. Mientras que la mayoría de los estudios que han explorado estas diferencias, han encontrado que los tamaños del efecto son de tamaño pequeño a moderado (Kajonius & Johnson, 2018; Schmitt et al., 2017; Stake & Eisele, 2010), las teorías de roles sociales plantean que las diferencias de

personalidad debiesen ser menores en países donde los roles de género son más igualitarios, y en donde la socialización promueve la equidad de género (Schmitt et al., 2017). En población general se ha observado que las mujeres suelen puntuar de forma notablemente más elevada en Amabilidad y Neuroticismo (Kajonius & Johnson, 2018; Schmitt et al., 2017; Stake & Eisele, 2010), lo que también se replica en muestras con población adolescente, en donde además se ha observado que los hombres adolescentes presentan menor Responsabilidad que las mujeres (Borghuis et al., 2017). En muestras convencionales se ha observado que si bien los rasgos que correlacionan con comportamiento antisocial son los mismos para hombres y mujeres (baja amabilidad y baja responsabilidad), existen diferencias de género, en donde los hombres con más conductas antisociales presentan significativamente más Emocionalidad Negativa (Neuroticismo) y baja Responsabilidad que las mujeres (Heaven, 1996; Moffitt, Caspi, Rutter, & Silva, 2001). Además, se ha observado que las diferencias de personalidad entre hombres y mujeres en los rasgos Emocionalidad Negativa y Responsabilidad explican el 96 % del efecto de la variable sexo en el comportamiento antisocial (Moffitt et al., 2001).

#### 1.1.2. Aproximación de Jesness a la personalidad de jóvenes infractores de ley

Carl Jesness, psicólogo, Doctorado en psicología por la Universidad de Minnesota en el año 1955, trabajó inicialmente en la Clínica Psicológica para Veteranos de Vietnam en California, para posteriormente, a partir del año 1959 iniciar una larga carrera en el campo de la delincuencia juvenil como investigador y analista senior a la cabeza del proyecto "Fricot Ranch", financiado por la Autoridad de Juventud de California (California Youth Authority), que tuvo por objetivo estudiar la efectividad de los tratamientos intensivos en adolescentes con alto compromiso delictivo. En el marco de dicho proyecto, Jesness observó la escasez de instrumentos de evaluación de la personalidad que fuesen pertinentes para evaluar adolescentes gestionados en centros de justicia, que permitieran aproximarse a las diferencias individuales de los jóvenes infractores y así conocer la heterogeneidad de dicho grupo. Motivado por ello desarrolló en los años 60 una herramienta de autoinforme, con el objetivo de clasificar a los adolescentes hombres que

ingresaban al centro de justicia en relación a sus necesidades de tratamiento, creando así el Inventario Jesness (JI) en el año 1962. Su diseño estaba orientado a ser capaz de evaluar la respuesta al tratamiento, lograr que los ítems fueran comprendidos por sujetos a partir de los 8 años de edad, poder predecir la delincuencia, y disponer una evaluación multidimensional que abordase aspectos como actitudes, percepciones o rasgos de personalidad. En concreto, el JI ofrece como resultado tanto un perfil de personalidad en relación a las 10 escalas evaluadas, así como también permite clasificar a los individuos entorno a perfiles o tipologías de personalidad (Jesness, 1962, 2003). Como otros instrumentos de tradición similar en Norteamérica (por ejemplo, el MMPI), el desarrollo del JI no responde a una base teórica o modelo de personalidad concreto, si no que sus escalas fueron construidas de acuerdo a una inferencia de base empírica, partiendo de un pool de ítems que posteriormente se analizó hasta encontrar asociaciones comunes entre ellos, o explorando su capacidad de diferenciar entre grupos de interés, en este caso jóvenes delincuentes y no delincuentes. Específicamente, las escalas Desajuste Social (Social Maladjustment), Valores Subculturales (Value Orientation) e Inmadurez (Immaturity) se desarrollaron seleccionando los ítems que fuesen capaces de discriminar entre población infractora de la no infractora, así como su capacidad de predecir comisión de delitos. Mientras que las demás escalas de personalidad (Autismo, Extrañeza-Alienación, Agresividad-Ira, Aislamiento, Ansiedad Social, Represión Emocional y Negación) se construyeron a partir de análisis de cluster, buscando aquellos grupos de ítems que estuviesen altamente intercorrelacionados, pero independientes uno de otros, para luego definir escalas que fuesen significativas, buscando su validez de contenido. En las escalas construidas a partir de los clusters, ningún ítem aparece en más de una escala, excepto cuando puntuaban en direcciones opuestas, en ese caso eran incluidos en dos escalas, si se ajustaban bien al contenidos de ambas escalas (Jesness, 2003).

Así pues, podemos indicar que el JI se presenta como un instrumento altamente pertinente para el trabajo con delincuentes juveniles, siendo de los primeros instrumentos desarrollados específicamente para esta población, y de los pocos que permiten evaluar, por autoinforme, variables personales relevantes para el trabajo forense.

La versión original del Inventario Jesness o JI se compone de 155 ítems con formato de respuesta de verdadero y falso, esta primera versión del inventario contempla 10 escalas de personalidad:

- Desajuste Social (Social Maladjustment; 62 ítems), refiere al conjunto de actitudes asociadas a una socialización inadecuada. Aquí, el desajuste social se define por el grado en que los individuos comparten las actitudes de las personas que satisfacen las necesidades personales y las demandas del entorno a través de medios que no son socialmente admitidos (antisocial y/o delictivo).
- Valores Subculturales (Value Orientation; 38 ítems), hace referencia a la tendencia de una persona a compartir actitudes y opiniones características de las clases de menor nivel socioeconómico.
- Inmadurez (Immaturity; 29 ítems), se refiere a la tendencia de desplegar actitudes y percepciones de sí mismo y otros que usualmente corresponden a una persona de menor edad.
- Autismo (Autism; 26 ítems), mide la tendencia a distorsionar la realidad a nivel de pensamiento y percepción, de acuerdo a las necesidades o deseos personales.
- Extrañeza-Alienación (Alienation; 25 ítems), se refiere a la presencia de desconfianza y extrañeza en las actitudes que la persona tiene hacia los otros, especialmente hacia aquellos que representan autoridad.
- Agresividad-Ira (Manifest Aggression; 31 ítems), refleja una toma de conciencia de los sentimientos desagradables, especialmente agresión y frustración, con una tendencia a reaccionar fácilmente presentando esos sentimientos, además de una incomodidad relativa a la presencia y control de los sentimientos de ira.
- Aislamiento (Withdrawal-Depression; 22 ítems), hace referencia a la insatisfacción sentida ya sea consigo mismo y/o con otros, tendiendo a resolverlo por medio de evitación o con una tendencia hacia el aislamiento.

- Ansiedad Social (Social Anxiety; 20 ítems) se refiere a los sentimientos de ansiedad y la consciencia emocional de malestar en situaciones interpersonales.
- Represión Emocional (Repression; 14 ítems) refleja la exclusión de manera consciente de sentimientos que el individuo de manera normal esperaría experimentar, o un error en el etiquetamiento de esas emociones.
- Negación (Denial; 19 ítems) escala que indica una reticencia o resistencia a reconocer sucesos desagradables o situaciones de la vida diaria poco aceptables.

A dichas escalas, se añade otra final denominada Índice Asocial (Asocial Index), que es una medida derivada por medio de análisis de función discriminante a partir de las puntuaciones de las 10 escalas del JI-R, desarrollada con el objetivo de diferenciar entre delincuentes y no delincuentes. El Índice Asocial refleja una disposición generalizada de las personas a resolver los problemas personales o sociales que implican el incumplimiento y desprecio por las costumbres o normas sociales (Jesness, 2003). En el año 2004 el JI fue actualizado a su vigente versión revisada (su sigla es JI-R y esta es la versión del instrumento que se utilizó en el presente estudio), en donde se mantienen las 10 escalas iniciales y el Índice Asocial, pero se realizan algunas modificaciones de ítems (se agregan 5 nuevos y otros fueron cambiados de ubicación), además de cambios en palabras y puntuación de 16 ítems. Por otro lado, fueron agregadas dos nuevas escalas, la escala Trastorno Disocial (Conduct Disorder), que reseña un resumen de los criterios de este trastorno de acuerdo a lo expuesto en DSM-IV, al igual que la escala Trastorno Negativista Desafiante (Oppositional Defiant Disorder), ambas permiten asesorar el diagnóstico de dichos trastornos. Además, cuenta con dos escalas de validez, la primera llamada Mentira (Lie), refleja en sus puntuaciones altas la tendencia a reflejar respuestas irreales, la segunda escala es la denominada Respuestas al Azar (Random Response), la cual detecta inconsistencia en las respuesta, las que podrían indicar respuestas al azar, ya sea por falta de atención, actitud negativa hacia la prueba u otras dificultades; ambas escalas han sido desarrolladas teóricamente, y el autor recomienda su uso de forma experimental, ya que hacen falta estudios que validen la efectividad de sus mediciones (Jesness, 2003).

No hay muchos estudios publicados sobre el JI ni el JI-R y, en el contexto hispano este cuestionario ha pasado bastante desapercibido en el campo de la criminología y de la justicia juvenil. Algunos estudios han explorado la estructura factorial del JI, por ejemplo, Dembo, La Voie, Schmeidler y Washburn (1987) a partir de una muestra de 145 adolescentes de ambos sexos que se encontraban detenidos por diversos tipos de delitos, realizaron un análisis factorial a las escalas del JI en donde encontraron que el 40% de la varianza explicada se concentraba en el primer factor, que ellos denominaron “orientación hacia valores/comportamientos antisociales” y que contenía la mayoría de las escalas del JI, con excepción de Represión y Ansiedad Social. Como segundo factor, explicando el 13% de la varianza, se agruparon las escalas Represión e Inmadurez, y finalmente, como tercer factor que explicaba el 10% de la varianza, las escalas Ansiedad Social y Aislamiento. De igual forma, Hocker (2005) realiza un análisis factorial con el JI en una muestra de 328 adolescentes delincuentes varones encarcelados, los hallazgos de este estudio son similares a los de Dembo, La Voie, Schmeidler y Washburn (1987), ambos establecen una estructura de tres factores para el JI, y si bien hay diferencias en el factor 1, que Hocker (2005) denomina “Interpersonal” y agrupa a las escalas Desajuste Social, Valores Subculturales, Extrañeza-Alienación, Autismo, Agresividad-Ira y el Índice Asocial, los factores 2 y 3 son similares, con diferencias en el orden de las escalas que les componen y los pesos factoriales. El factor 2 del estudio de Hocker (2005), que denomino “Aislamiento Social”, incluye las escalas Aislamiento y Ansiedad Social, las que describirían a jóvenes con sentimientos de infelicidad y dificultades en las relaciones interpersonales. El factor 3 “Inmadurez” se compone de las escalas Inmadurez y Represión, las que caracterizan a jóvenes que reprimen emociones y creencias que los demás experimentan normalmente, y que, además, despliegan actitudes hacia los demás y hacia sí mismos que normalmente son experimentados por personas menores que ellos.

De forma complementaria, a partir de las puntuaciones obtenidas en las escalas de personalidad, el JI permite establecer en cuál de entre 9 subtipos de personalidad se encuentra el sujeto evaluado, dichos subtipos han sido desarrollados desde la primera versión del JI con la finalidad de apoyar la clasificación y adecuar el tratamiento de los

jóvenes que se encuentran en centros de justicia juvenil. Los subtipos están basados en la teoría Integration-Level (nivel de integración) de Sullivan, Grant y Grant (1957), la cual postula que el desarrollo normal de la infancia-adolescencia se caracterizaría por la adquisición progresiva de niveles de integración y madurez interpersonal, caracterizados por un aumento en la capacidad de discriminar de forma precisa entre las personas; mayor autoconciencia, lo que incluiría mayor precisión en la capacidad de entender tanto las motivaciones propias como las de otros; mayor confianza en los valores que se han internalizados como guías para su propio comportamiento; aumento de la autonomía; y mayor integración de un marco de referencia unificado.

Desde el modelo teórico en que se basan las tipologías de Jesness (Sullivan et al., 1957), se han descrito siete niveles posibles de desarrollo, los que están organizados de forma ascendente de menor a mayor nivel de integración, sin embargo, en la práctica los autores del JI han encontrado que la mayoría de los jóvenes delincuentes funcionan entre los niveles I-2 (dentro del cual existen 2 subtipos), I-3 (tres subtipos) e I-4 (cuatro subtipos), por ello el sistema de clasificación del JI sólo permite obtener resultados para dichos tres niveles. En el manual del JI se detallan las reglas que los autores han establecido para clasificar a los jóvenes dentro de alguno de los 9 subtipos, los que fueron derivados de forma empírica a partir de evaluaciones de adolescentes delincuentes, así como análisis posteriores con información complementaria (expedientes, pruebas de inteligencia, variables sociodemográficas, pruebas actitudinales, entre otros) que permitieron validar que los sujetos clasificados en los diferentes subtipos presentaban diferencias significativas entre sí (Jesness, 2003; Jesness & Wedge, 1984). A continuación, una breve descripción de las características de los subtipos (Jesness, 2003; Jesness & Wedge, 1984):

- I-Level 2: Subtipo Antisocial Activo, como grupo, se caracterizan por ser inestables, inmaduros, perciben que los otros los ignoran, se sientan victimizados en un mundo que sienten hostil. Es probable que respondan con ataques hostiles cuando se

sienten frustrados. El subtipo Antisocial Pasivo se describe de la misma forma que el anterior, solo que su respuesta hacia el entorno no es hostil.

- I-Level 3: Subtipo Conformista se presentan a sí mismos como convencionales, sin rechazo al mundo adulto, y con una fuerte tendencia a necesitar la aprobación social. El subtipo Gregario se muestra en general conforme con la etiqueta de delincuente, se aprecia rechazo a los adultos y a la autoridad, y es conformista en la relación con grupos de referencia, el que suele ser antisocial. El subtipo Manipulador se ha descrito como sujetos satisfechos con su estilo de vida, tendiente a minimizar problemas, aislado emocionalmente, manipulador y mantendría relaciones sociales breves y superficiales.

- I-Level 4: El subtipo Provocativo muestra una tendencia a ser rebelde contra los padres, poner a prueba las relaciones con adultos por medio de su comportamiento, sin embargo, se presentan a sí mismos como adecuados y autónomos, con una autoimagen de “malo” que desean cambiar; autoimagen que comparten con el subtipo Inseguro, los que además son caracterizados como ansiosos, con sentimiento de inferioridad, y que aceptarían la orientación de los adultos. Por otro lado, el subtipo Inhibido muestra una autoimagen positiva y no delincuente, destaca una buena relación con adultos e iguales, y la presencia de sentimientos de estrés generados por situaciones o problemas actuales. Finalmente, el subtipo Adaptado muestra una autoimagen positiva, no delincuente, con sentimientos de integración, capacidad, independiente y responsable.

Diversas investigaciones han tomado los subtipos derivados del JI para explorar su funcionamiento en población forense, por ejemplo, Van Voorhis (1994) en su estudio con población delincuente adulta identifico que de los nueve subtipos que eran observables en jóvenes, para el caso de adultos estos se concentraban en solo cuatro: Agresivo, descritos como manipuladores, hostiles, y poseedores de valores y amigos antisociales; Neurótico, caracterizados por ser altamente ansiosos, defensivos e inseguros; Dependiente, descrito como seguidores dependientes de otros, pero sin evidenciar valores o actitudes antisociales; y el subtipo Situacional, en el que se aprecian personas con valores prosociales, conformistas e inocentes. Posteriormente, por medio de un

estudio longitudinal a 10 -12 años en población delincente adulta, se encontró que de los cuatro subtipos del JI en adultos, los subtipos Agresivo y Neurótico lograban predecir la reincidencia delictiva a largo plazo, y si se buscaba predecir reincidencia por tipo de delito específico, sólo el subtipo Neurótico logro predecir reincidencia para delitos relacionados con drogas (S. J. Listwan, Van Voorhis, & Ritchey, 2007). Por otro lado, un estudio reciente buscó conocer la capacidad de los subtipos del JI para predecir reincidencia, está vez en población adolescente, evidenciando que los subtipos Antisocial Activo y Conformista eran los mejores para la predicción (Olver & Stockdale, 2016). Pese a la relevancia que tienen los subtipos como complemento a los objetivos del JI en su uso forense, la presente investigación deja fuera de los objetivos el estudio de los subtipos de personalidad, y se centrará solo en explorar las 10 escalas de personalidad y el Índice Asocial.

En cuanto al uso del JI en contextos de justicia juvenil, se ha establecido ampliamente su capacidad de discriminar entre población delincente y no delincente. En el estudio de Martin (1981) se comparan cuatro grupos de adolescentes varones, el primero compuesto por 80 adolescentes no infractores o grupo control, el segundo con 70 adolescentes infractores judicializados, el tercero con 77 jóvenes con problemas conductuales no judicializados y un cuarto grupo de 70 jóvenes que si bien son investigados por la justicia por conductas transgresoras, no son formalizados por ser éstas transgresiones menores; entre los principales hallazgos se encuentran que el JI efectivamente logra discriminar entre el grupo control y los tres grupos que presentan problemas conductuales (judicializados, no judicializados y no formalizados), las principales diferencias de grupo se encuentran entre las escalas Desajuste Social, Valores Subculturales, Autismo, Agresividad-Ira y el Índice Asocial, en todas estas escalas el grupo control obtiene puntajes significativamente menores que los otros tres grupos, así como puntajes significativamente más altos en la escala Negación. Por otro lado, no se encontraron diferencias significativas entre los tres grupos con problemas conductuales en las escalas de personalidad del JI, sin embargo, se observó un incremento gradual en las puntuaciones del Índice Asocial entre los cuatro grupos evaluados, en concordancia con la severidad de la medida. Un hallazgo similar se observa en el estudio de Graham

(1981), en el cual, tras establecer un grupo control de jóvenes escolarizados (n = 35) y tres grupos con diferentes niveles de comportamiento antisocial (uno con primer delito en espera de sanción (n = 32), otro condenado en medio abierto (n = 13) y otro de jóvenes cumpliendo condena en internamiento (n = 46), observó que los puntajes del Índice Asocial incrementaban entre los grupos, siendo los jóvenes en internamiento quienes obtuvieron las mayores puntuaciones con diferencias significativas en comparación a los otros 3 grupos. Por otro lado, Kunce y Hemphill (1983), a partir de una muestra de 1122 adolescentes varones infractores institucionalizados, encontraron una asociación significativa entre las puntuaciones del JI y la gravedad del comportamiento delictivo pasado, basándose para ello en el número de arrestos previos y en la cantidad de veces que se estuvo institucionalizado. Las escalas Desajuste Social, Valores Subculturales, Autismo y Agresividad-Ira correlacionaron de manera positiva y significativa tanto con el número de arrestos anteriores, como con la frecuencia de institucionalizaciones anteriores.

En Brasil, Estevao y Bichuette (1985) exploraron la capacidad de discriminación del JI entre grupos de adolescentes varones, generando un grupo control de 34 jóvenes, un segundo grupo de 34 adolescentes en situación de abandono que se encontraban ingresados en una institución educativa, y un grupo de 34 jóvenes infractores también ingresados a una institución educativa. Las escalas que logran discriminar entre los tres grupos fueron la escala de Inmadurez, con puntajes medio más altos en el grupo de jóvenes en situación de abandono, seguido por el grupo infractor; Índice Asocial con medias más altas para el grupo infractor, seguido por el grupo en situación de abandono. Además, se encontraron diferencias entre el grupo infractor y el grupo control en las escalas Desajuste Social, Ansiedad Social y Represión. Asimismo, en España se realizó una comparación entre un grupo de 13 jóvenes varones internos en centros de justicia juvenil y otro grupo de 13 jóvenes varones asistentes a educación secundaria, a quienes se les administró el JI, versión revisada, y se obtuvieron puntuaciones significativamente más elevadas para el grupo infractor en las escalas Desajuste Social, Valores Subculturales, Autismo, Agresividad-Ira y el Índice Asocial, a lo que se suman elevaciones en las escalas

Inmadurez y Extrañeza-Alienación. Además, en este estudio se incorporan las escalas DSM-IV presentes en dicha versión revisada del inventario, mostrando diferencias significativas entre los grupos la escala Trastorno de Conducta (Antequera & Andrés-Pueyo, 2008). Los resultados de este último estudio son coincidentes con hallazgos en Chile, al comparar un grupo de 81 adolescentes varones delincuentes y un grupo de 34 adolescentes varones escolarizados (Wenger, 2010). Por otro lado, en Brasil se ha adaptado y validado el JI para su uso con población infractora (Manzi-Oliveira, 2012), además de la generación de baremos, en donde se evidenció que para las escalas Desajuste Social, Valores Subculturales, Extrañeza-Alienación, Represión y el Índice Asocial existen diferencias significativas entre los grupos judicializado y no judicializado para todas las edades de la muestra, que van desde los 13 a 18 años (Costa, Komatsu, & Bazon, 2017).

Recientemente, se realizó un estudio en Brasil con una muestra de 858 adolescentes delincuentes hombres, en el cual, basándose en las puntuaciones obtenidas en el JI a través de análisis de cluster, se observó la existencia de tres grupos de perfiles psicológicos significativamente diferentes entre sí: el grupo 1 llamado Asocial (n = 276), caracterizado por adolescentes impulsivos y agresivos, con alta motivación antisocial, bajo auto-control y muy enfocados en sus propias necesidades. El segundo grupo (n = 346) denominado Neurótico Antisocial, aglutinó adolescentes con altos indicadores de depresión y ansiedad, así como bajo auto-control, pero con menor motivación antisocial al compararlos con el grupo 1. Finalmente, el grupo 3 (n = 572) fue mucho más parecido al grupo 4 o grupo normativo de control (Bazon & Galinari, 2018). En relación a la capacidad de discriminación con poblaciones de adolescentes mujeres delincuentes, Allen et al. (2003) encontraron que el JI también es capaz de detectar diferencias entre un grupo sancionado por delitos violentos (n = 49) y otro por delitos no violentos (n = 45). El grupo de delitos no violentos obtuvo puntajes significativamente más altos en las escalas Desajuste Social, Valores Subculturales, Extrañeza-Alienación y Autismo, en comparación al grupo violento, lo cual sugiere que el grupo no violento presenta mayor orientación hacia la delincuencia que el grupo violento.

Una serie de estudios han explorado la aplicabilidad del JI como instrumento que permita identificar factores de riesgo dinámicos en la predicción de reincidencia delictiva en jóvenes. Por un lado, se encuentra el estudio de Benda, Corwyn y Toombs (2001a, 2001b) que tuvo por objetivo conocer qué factores estáticos y dinámicos podían predecir reincidencia, para ello realizaron un seguimiento de dos años a una muestra de 248 adolescentes de ambos sexos, quienes habían egresado al menos dos años antes de un programa de tratamiento para condenados por delitos graves. Los autores encontraron que el Índice Asocial y la escala Negación (Benda et al., 2001b), así como las escalas Desajuste Social, Extrañeza-Alienación y Agresividad-Ira (Benda et al., 2001a) eran predictores significativos de reincidencia. Benda et al. (2001b) señalan que evaluaciones con pruebas estandarizadas de personalidad, como el JI, pueden facilitar la identificación de factores de riesgo dinámicos, lo cual es de relevancia, ya que éstos, al ser modificables, deben ser el foco del tratamiento. Van de Ven (2004), por otro lado, estudió factores de riesgo y necesidad en adolescentes delincuentes en programas de medio abierto, a quienes además de contestar el JI, fueron evaluados con el Youth Level of Service/Case Management Inventory o YLS/CMI (Hoge & Andrews, 2003) y la versión screening del mismo, instrumentos de juicio profesional estructurado que permiten realizar una valoración del riesgo de reincidencia y necesidades criminogénicas en adolescentes. Los autores reportaron correlaciones significativas entre el Índice Asocial del JI y las puntuaciones totales de YLS/CMI de ,57, así como con la puntuación total de la versión screening del YLS/CMI de ,49. Además, realizaron un seguimiento para evaluar la reincidencia, y encontraron que el Índice Asocial logra discriminar de manera significativa entre quienes reincidieron de manera violenta de los no reincidentes. Hocker (2005) estudió la relación entre la Escala de Psicopatía de Hare versión adolescente o PCL-YV (Forth, Kosson, & Hare, 2003) y el JI, no encontrando relación entre los constructos evaluados por el JI y la PCL-YV, por tanto, el JI no es un instrumento que logre indicar presencia de rasgos asociados a psicopatía. Olver y Stockdale (2016) estudiaron la validez convergente y predictiva del JI en una muestra de 138 delincuentes juveniles de ambos sexos. Para la validez convergente utilizaron el PCL-YV, el YLS/CMI y el Violent Risk Scale-

Youth Version (Wong, Lewis, Stockdale, & Gordon, 2004) o VRS-YV, encontrando que el Índice Asocial correlacionó de forma positiva y significativa con todos los componentes del PCL-YV, exceptuando la faceta interpersonal, que no se asoció con ninguna de las escalas del JI. Las relaciones más fuertes fueron entre las escalas Desajuste Social, Valores Subculturales, Inmadurez, Extrañeza-Alienación, Agresividad-Ira y el Índice Asocial del JI con la faceta Estilo de Vida de la PCL-YV. Con el YLS/CMI las áreas o necesidades que correlacionaron de forma más consistente con el JI fueron, para el caso de Alcohol/Drogas y el puntaje total del YLS/CMI, las escalas Desajuste Social, Valores Subculturales, Inmadurez, Extrañeza-Alienación, Agresividad-Ira y el Índice Asocial, mientras que para el área Trabajo/Educación, correlacionaron las mismas escalas señaladas anteriormente, además de la escala Autismo. En el caso del VRS-YV las escalas Estable, Dinámica y Puntaje Total correlacionaron de forma significativa con las escalas Desajuste Social e Índice Asocial; además, las escalas Dinámica y Puntaje Total también se asociaron significativamente con las escalas Valores Subculturales y Extrañeza-Alienación del JI. En relación a la capacidad de predicción de la reincidencia delictiva, de las escalas del JI solo el Índice Asocial mostró capacidad predictiva para reincidencia general y violenta en los seguimientos a 1, 3 y 5 años. También se estudió la capacidad predictiva de los subtipos de personalidad, y se encontró que los subtipos Antisocial Activo (I-2) y Conformista (I-3) demostraron la mayor capacidad predictiva para reincidencia general, mientras que el subtipo Conformista mostró la mayor capacidad para predecir reincidencia violenta tras el seguimiento a 3 y 5 años. Sin embargo, el Índice Asocial no mostró capacidad predictiva incremental, tras controlar las puntuaciones de las escalas PCL-YV, YLS/CMI y VRS-YV, por el contrario, esto sí se observó para los subtipos de personalidad de los niveles I-3 e I-4 (Olver & Stockdale, 2016).

Dentro de las limitaciones del JI encontramos que, pese a ser uno de los instrumentos más usados por profesionales del ámbito de la justicia juvenil en Norteamérica (Pinsoneault, 1999; Semel, 2016; Viljoen, McLachlan, & Vincent, 2010), las publicaciones entorno al JI son escasas, concentrándose mayoritariamente en el inicio del desarrollo del instrumento, y posteriormente en investigaciones enfocadas en áreas muy

particulares como, por ejemplo, los subtipos de personalidad (Listwan, Gentry, Murphy, & van Voorhis, 2012; Listwan et al., 2007), en estudios psicométricos centrados en aspectos como análisis factoriales (Dembo et al., 1987; Hocker, 2005), en algunas escalas en particular como las de Veracidad (Pinsoneault, 1999, 2006) o las derivadas del DSM-IV (Pinsoneault & Ezzo, 2011), pero se han hecho pocos estudios que permitan una mejor comprensión del instrumento y de sus aportes en el uso dentro del área forense. En términos de estructura del instrumento, algunas escalas presentan baja consistencia interna, con valores alfa por debajo del ,70 como las escalas Represión y Aislamiento (Yetter, 2005, en Semel, 2016). Además, las escalas del JI fueron desarrolladas usando métodos diferentes, tres fueron derivadas empíricamente (Desajuste Social, Valores Subculturales e Inmadurez), siete por medio de análisis de cluster (Autismo, Extrañeza-Alienación y Agresividad-Ira, Asilamiento, Ansiedad Social, Represión Emocional y Negación), una por medio de análisis de función discriminante (Índice Asocial), y dos por medio de ítems que se basan en criterios del DSM-IV (Trastorno de Conducta y Trastorno Negativista Desafiante) (Jesness, 2003), por lo que se le ha criticado por tener una construcción poco parsimoniosa o equilibrada (Semel, 2016). También se han cuestionado la efectividad de las escalas que evalúan el estilo de respuesta, particularmente Pinsoneault (Pinsoneault, 2006) señala en su estudio que la escala de Respuesta al Azar del JI sólo logra detectar un 19% de protocolos respondidos completamente al azar y 10% de los respondidos parcialmente al azar, en una muestra de 119 jóvenes delincuentes, una limitación de relevancia para su uso en el ámbito forense.

A modo de resumen, es posible señalar que dentro de las ventajas del JI destaca que es un instrumento sensible a los cambios de actitud ocurridos en un periodo relativamente corto de tiempo, los ítems son de fácil comprensión para los sujetos, presenta una medición multidimensional que permite distinguir entre tipos de personalidad antisocial de los no antisocial, además el Índice Asocial entrega información sobre los niveles de reincidencia que presenta el adolescente (Estevao & Bichuette, 1985; Semel, 2016). A través de diversos hallazgos empíricos se observa de forma consistente que tanto el JI como su versión Revisada, son instrumentos que ponen en evidencia la

heterogeneidad psicológica existente dentro de la población adolescente infractora de ley, logrando discriminar al interior de dicha población de forma significativa por medio de sus escalas de personalidad Desajuste Social, Valores Subculturales, Autismo, Agresividad-Ira, Trastorno de Conducta y el Índice Asocial, las cuales son nombradas en diversas investigaciones con mayores puntuaciones en los grupos de adolescentes con mayores niveles de comportamientos antisociales (Allen et al., 2003; Antequera & Andrés-Pueyo, 2008; Estevao & Bichuette, 1985; Graham, 1981; Kuncze & Hemphill, 1983; Manzi-Oliveira, 2012; Martin, 1981; Regina, 2008; Wenger, 2010). A nivel Iberoamericano el JI cuenta con estudios exploratorios en España (Antequera & Andrés-Pueyo, 2008) y Chile (Wenger, 2010), así como baremos para su uso en población adolescente en Brasil (Costa et al., 2017; Manzi-Oliveira, 2012). Además, investigaciones recientes avalan la capacidad del JI en la predicción de reincidencia, en especial del Índice Asocial como la escala que mejor la predice (Olver & Stockdale, 2016; van de Ven, 2004), estos hallazgos permiten vincular al JI como una herramienta complementaria a ser utilizada dentro del modelo Riesgo-Necesidad-Receptividad (Olver & Stockdale, 2016; Semel, 2016), al permitir identificar el potencial del comportamiento antisocial, y ayudar a evaluar dos de los cuatro grandes factores de riesgo dinámicos: Personalidad Antisocial y Cognición Antisocial (Semel, 2016). Sin embargo, y pese a su popularidad en equipos de justicia juvenil en Norteamérica (Pinsoneault, 1999; Semel, 2016; Viljoen et al., 2010), son escasos los estudios que se centren en comprender mejor el uso del instrumento en el área forense.

## **1.2. Personalidad y madurez**

### **1.2.1. Adolescencia, juventud y adultez emergente**

Existen diversas conceptualizaciones entorno a la descripción de la etapa del desarrollo adolescente, las más clásicas la definen como una etapa de inestabilidad y constante cambio, en donde se incluye la definición de tres fases dentro de su desarrollo, la adolescencia temprana, se da alrededor de los 10 - 11 años con la aparición de los primeros cambios físicos asociados a la pubertad, tales como, aumento de talla y peso, o la aparición de las características sexuales secundarias. En esta primera etapa además de

los cambios físicos, subyacen cambios a nivel psicológico, como el ajuste a la nueva apariencia física, mayor turbulencia emocional, o problemas en la relación con los mayores, especialmente padres o cuidadores principales. Posteriormente, la segunda etapa de la adolescencia, que abarcaría aproximadamente desde los 14 a los 17 años, se ve marcada por el aumento y consolidación de las habilidades de pensamiento abstracto, además logran una comprensión más compleja en relación a los sistemas de valores y creencias personales (y de la sociedad en general). A nivel social, los adolescentes buscarán de forma progresiva aumentar su autonomía y las relaciones con iguales, los que se volverán más cercanas o íntimas, y tendrán una importante influencia en su conducta. Y finalmente desde los 18 años la Adolescencia Tardía, en la cual se espera el logro de la independencia y autonomía psicológica y social, dando paso a la adultez (Florenzano, 2002; Hoffman, Paris, & Hall, 1997). En años recientes nuevas aproximaciones ponen un especial acento tanto en la potencialidad y plasticidad de la adolescencia para adaptarse a los cambios que deben enfrentar los jóvenes, como en las diferencias individuales para sortear los desafíos que se presentan en esta etapa (Coleman & Hendry, 2003). Además, la resolución de la adolescencia hacia los 18 años también se ha puesto en duda, estudios recientes avalan por una resolución más tardía de la adolescencia, al alero de la descripción de una "nueva" fase en el ciclo vital, denominada Adultez Emergente (Arnett, 2000).

En general, las aproximaciones entorno a la etapa adolescente suelen concordar en que se está ante una etapa de importantes cambios a nivel físico, psicológico y social, que permitirán la transición desde la infancia hacia la vida adulta. Esta etapa marcada por tantos cambios, también debe ser vista como una etapa que busca consolidación del sentido de sí mismo, siendo la consecución de la identidad una de las tareas evolutivas más importantes a lograr en esta etapa, para ello, las sociedades otorgan este espacio temporal, al que Erikson denominó como moratoria psicosocial, en que los adolescentes prueban diferentes identidades, roles, valores, creencias, etc., hasta encontrar aquellas que sienten como propias (Alsaker & Kroger, 2006; Erikson, 1968). En esta consolidación de identidad, influirán la integración por parte del adolescente de los cambios y

alteraciones físicas vividas durante la etapa, con implicaciones diversas a nivel personal y social que conlleven al reconocimiento y la adaptación al "nuevo" cuerpo. También el desarrollo cognitivo, les permitirá desarrollar una perspectiva temporal, en donde incluyan al futuro dentro de sus posibilidades de reflexión y planificación, el pensar sobre sí mismos (meta-cognición) y el mejorar sus estrategias de comunicación; también influirá la adquisición de nociones más complejas acerca del conocimiento social y la adopción de roles en la sociedad. A nivel emocional, influye en el proceso de individuación el desarrollo creciente de mejores habilidades en la capacidad de comprender a los otros, por medio de estrategias de autocontrol y autorregulación emocional, estrategias que deben ponerse en juego ante las vivencias de estrés que deben sortear en ésta etapa (Coleman & Hendry, 2003).

Numerosas investigaciones han dejado en evidencia al periodo de la adolescencia como una etapa de mayor vulnerabilidad, en la cual se iniciarían conductas de riesgo, representando así la adolescencia un periodo crítico de inicio y experimentación de conductas riesgosas, en donde se puede observar a jóvenes con adecuados niveles de ajuste social, que se inician en conductas delictivas en esta etapa vital, situación que podría, para un importante número de estos jóvenes, declinar hacia inicios de la vida adulta (Musitu, Buelga, Lila, & Cava, 2004), o bien, una pequeña proporción de dichos adolescentes podrían continuar con actividades delictuales hacia la adultez (Moffitt, 1993)

Tradicionalmente, la adolescencia culmina con el desarrollo de la identidad y la adquisición de roles adultos, sin embargo, con los cambios sociales de años recientes, especialmente en sociedades como la española, la finalización de la etapa adolescente se ha visto más diluida, pasando ya no directamente a la adultez, sino a una etapa diferente del ciclo vital que en años recientes se ha denominado adultez emergente. En dicha etapa, que abarca, aproximadamente, desde los 18 a 29 años, las personas no se ven a sí mismas como adolescentes, pero tampoco consideran haber alcanzado por completo el estatus de adulto. Es una fase de transición hacia la adultez, en que se espera llegar a ser una persona auto-suficiente, por medio de aceptar las responsabilidades y tomar decisiones

de manera independiente (Arnett, 2000). La adultez emergente no es un período universal, sino que existiría en culturas que posponen el ingreso a los roles adultos y la asunción de responsabilidades hasta pasados los 20 años, por ello, es más probable encontrar esta etapa en países industrializados (Arnett, 2000, 2014). Los aspectos centrales de la adultez emergente son: la exploración de identidades, especialmente en las áreas de relaciones de pareja, el trabajo y la forma de ver el mundo; alta inestabilidad, lo que se vincula con el punto anterior de elevada exploración; estar principalmente enfocados en sí mismo, en su propio desarrollo y autoconocimiento, lo que puede llegar a caracterizarlos como más egoístas o auto-centrados; y la sensación de “estar entre medio”, es decir, en la transición hacia la conquista de la adultez (Arnett, 2014).

La mayoría de las personas de entre 18 y 25 años aún están en proceso de terminar su educación superior y/o capacitación para una ocupación a largo plazo, mientras que la mayoría de las personas en sus treintas se han establecido en una trayectoria laboral más estable. La mayoría de las personas entre 18 y 25 años no están casadas, mientras que la mayoría de las personas en sus treintas sí lo están. La mayoría de las personas entre 18 y 25 años no tienen hijos, mientras que la mayoría de las personas en la treintena han tenido al menos un hijo. De estos ejemplos debe ser claro que la adultez emergente y la adultez temprana deben entenderse como dos períodos del desarrollo diferentes. Por otro lado, si bien dieciocho años es un buen marcador para indicar el final de la adolescencia y el comienzo de la adultez emergente, porque es la edad a la que la mayoría de los jóvenes termina la escuela, algunos abandonan el hogar de sus padres para iniciar los estudios superiores y se alcanza la edad legal de adulto en una variedad de aspectos, sin embargo, utilizar la edad como marcador de la transición desde la adultez emergente hacia la adultez temprana es algo de poca utilidad, ya que los aspectos que dan paso a dicha nueva etapa se definen en menor medida en relación a una edad. Sin embargo, para la mayoría de las personas, la transición de la adultez emergente a la adultez joven se intensifica a finales de los años veinte y se alcanza a los 30 años en todos estos aspectos (Arnett, 2000).

La adultez emergente difiere tanto de la adolescencia como de la adultez temprana que, hasta cierto punto, se puede señalar que es definida justamente por su heterogeneidad. Como se señaló, en la adultez emergente, hay pocos aspectos que sean normativos. La adultez emergente es en gran medida un período de transición que conduce a la adultez, y diferentes adultos emergentes llegan a la edad adulta en diferentes puntos. Además, la posibilidad de dedicar el final de la adolescencia y el comienzo de los veinte exploraciones de diversa índole no está igualmente disponible para todos los jóvenes, y en cualquier caso, las personas varían en el grado de exploración que elijan (Arnett, 2000).

### 1.2.2. Cambios de la personalidad con la edad

La transición de la adolescencia a la adultez se caracteriza por múltiples cambios a nivel no solo biológico, sino también, y como se revisó en el apartado anterior, a nivel psicológico y social. El cómo se resuelva esta transición tendrá claras implicaciones en definiciones relevantes para el desarrollo de la vida adulta, en ámbitos tan variados como la adquisición de nuevos roles sociales, la definición de carreras profesionales u oficios, establecerse a nivel de pareja, búsquedas laborales, etc. Es probable que estos cambios, que hacen posible transitar hacia la vida adulta, se vean reflejados también en cambios a nivel de los rasgos de personalidad, por medio de lograr un mejor ajuste psicológico tras alcanzar la madurez de la misma (Klimstra, Hale, Raaijmakers, Branje, & Meeus, 2009), entendida como el punto final deseable a llegar, en donde la persona se encuentra más próxima de lograr su desarrollo psicológico pleno. En teoría, es esperable que mientras más cerca se está de lograr la madurez, la probabilidad de cambio de los rasgos debería disminuir, es decir, tender a la estabilidad (Roberts, Caspi, & Moffitt, 2001); además, la madurez de la personalidad se ha asociado a una cierta configuración de los rasgos, que permitiría un mejor ajuste y adaptación al entorno, la que autores han señalado como una tendencia con el paso de los años hacia el aumento de puntuaciones en los rasgos de Responsabilidad, Amabilidad y Estabilidad Emocional (Caspi et al., 2005).

A partir de esto, el debate aquí es si la personalidad cambia con el tiempo o tiende hacia la estabilidad, y cuándo lo hace. En torno a este punto, existen dos grandes visiones teóricas que varían en su comprensión de la estabilidad y cambio de la personalidad. La primera de ellas deviene desde la perspectiva clásica de rasgos, y entiende que la personalidad tiene una importante base biológica, así, los rasgos no serían susceptibles a cambiar por la influencia del ambiente, por lo cual, no variarían a través del tiempo (McCrae et al., 2000). Por el contrario, la perspectiva contextual enfatiza la importancia de los cambios a lo largo de la vida en el desarrollo de la personalidad, sugiriendo que la personalidad es propensa al cambio, especialmente en los periodos del desarrollo evolutivos que son más proclives a cambios físicos, cognitivos y sociales, como son la infancia, la adolescencia y la adultez temprana (Lewis, 2001). Sin embargo, en contraste a estas dos posturas contradictorias, la evidencia acumulada que se describirá a continuación, apunta a que la personalidad se caracterizaría tanto por la estabilidad como por el cambio (Caspi et al., 2005).

Se han desarrollado diversas aproximaciones para investigar la estabilidad y el cambio de la personalidad, siendo las más usadas la denominada “estabilidad en el orden de rango” (rank-order stability) y la denominada “cambio en las puntuaciones medias” (mean-level change), ambas tienen como referencia una muestra o grupo poblacional, es decir, se evalúa el comportamiento del grupo en relación al cambio o la estabilidad de la personalidad a través del tiempo (Caspi et al., 2005).

La “estabilidad en el orden de rango” (rank-order stability) se caracteriza por evaluar la estabilidad y el cambio de la personalidad a través de las correlaciones entre las puntuaciones de los rasgos de personalidad, medidas en dos momentos temporales. Esta medición refleja el orden relativo en que los sujetos se mantienen a través del tiempo, en relación a un rasgo determinado y se miden por medio de correlaciones test-retest (Caspi et al., 2005; Roberts et al., 2001). En el meta-análisis de Roberts & DelVecchio (2000) se revisaron estudios donde se medían los cambios de la personalidad por medio de "la estabilidad en el orden de rango" (rank-order stability), dentro de los principales hallazgos

se observó que las correlaciones test-retest son, en general, de una magnitud moderada, inclusive desde la infancia a la adultez temprana o emergente. De hecho, se encontró que la estabilidad en el orden de rango aumenta con la edad, en concreto, se observaron aumentos en las correlaciones test-retest de 0,31 en la infancia a 0,54 a los 30 años de edad, llegando años más tarde a una meseta entre los 50 y 70 años de edad de correlaciones de 0,74. Estudios posteriores refuerzan también los hallazgos que indica que a medida que los adolescentes se hacen mayores, aumenta la estabilidad de los rasgos (Klimstra et al., 2009; Pullmann, Raudsepp, & Allik, 2006). De estos resultados, se puede resumir que los niveles de continuidad de los rasgos entre la infancia y la adolescencia son más altos de lo originalmente hipotetizado, especialmente después de los 3 años. Además, se ha observado que los niveles de estabilidad aumentan de forma relativamente lineal desde la adolescencia a la adultez joven o emergente, y que la estabilidad de la personalidad se alcanza después de los 50 años, pese a las hipótesis de McCrae y Costa (1994), quienes señalaban que esto se fijaba más tempranamente, alrededor de los 30 años (Caspi et al., 2005).

El enfoque del “cambio en las puntuaciones medias” (mean-level change) hace referencia a los cambios en los niveles promedios de los rasgos dentro de la población medidos a través del tiempo, es decir, permite conocer si cada uno de los rasgos promedios de un grupo poblacional en su conjunto varían, aumentando o disminuyendo a través del tiempo evaluado (Caspi et al., 2005; Roberts et al., 2001). Este tipo de cambio se ha asociado con los cambios normativos de la personalidad, es decir, aquellos que son producidos por efecto de la maduración.

Dentro de los principales estudios que han medido el "cambio en las puntuaciones medias" (mean-level change) en esta etapa del ciclo vital, hemos de referirnos a De Fruyt et al. (2006) quienes se enfocaron en los cambios a lo largo de la adolescencia temprana, y encontraron un aumento significativo en el rasgo Estabilidad Emocional, descensos en los rasgos Apertura y Responsabilidad, mientras que Extraversión y Amabilidad se mantendrían estables en el tiempo evaluado. Otros estudios que amplían el periodo de

evaluación, incluyendo la adolescencia temprana y media, coinciden en encontrar aumentos en el rasgo de Apertura y niveles estables de Estabilidad Emocional, mientras que no existiría consenso en el curso del desarrollo de las otras tres dimensiones (Branje, van Lieshout, & Gerris, 2007; McCrae et al., 2002). Otro estudio compara el periodo de tiempo que abarca desde la adolescencia temprana, media y tardía, encontrando que en la adolescencia temprana se ven aumentos en Estabilidad Emocional y Extraversión, disminución de Amabilidad, mientras que Apertura y Responsabilidad se mantendrían estables, en la adolescencia media se observaron aumentos en los rasgos Estabilidad Emocional, Extraversión y Apertura, mientras que los demás se mantendrían estables, y finalmente, en la adolescencia tardía sólo se apreciaron cambios en el rasgo de Apertura, que aumentaría en comparación a la medición anterior (Pullmann et al., 2006). Por otro lado, Klimstra et al. (2009) también estudiaron el cambio y la estabilidad de la personalidad en la adolescencia temprana, media y tardía, encontrando aumentos en los rasgos Amabilidad y Estabilidad Emocional a lo largo de la adolescencia, mientras que la evidencia entorno a Extraversión y Apertura fue menos clara. Finalmente, el meta-análisis de Roberts, Walton, & Viechtbauer (2006) arrojó como una de las principales conclusiones de los estudios, que los adolescentes a medida que van avanzando en el ciclo vital, muestran aumentos en las puntuaciones de los rasgos, principalmente de Extraversión, Apertura y Estabilidad Emocional, mientras que la evidencia señala que los rasgos Amabilidad y Responsabilidad tienden a mantenerse relativamente estables a través del tiempo. A modo de resumen, a partir de los estudios longitudinales y meta-análisis aquí descritos, se observa una tendencia en la mayoría de los rasgos a aumentar de acuerdo al desarrollo de la adolescencia, especialmente los rasgos Amabilidad, Apertura y Extraversión, evidenciando que cuando los rasgos de personalidad cambian, lo hacen siguiendo una tendencia hacia la maduración, por tanto se aprecia que las diferencias individuales se irían asentando con la edad, mostrando que con el paso del tiempo se van configurando perfiles de personalidad mejor organizados, tendiendo a reflejar sujetos más extrovertidos, más estables emocionalmente y más abiertos a la experiencia (Klimstra et al., 2009; Roberts et al., 2001, 2006).

### 1.2.3. Definición y características de la madurez

La madurez es un término del lenguaje de uso cotidiano que a primera vista todos comprendemos. Además, es frecuente su uso en numerosas disciplinas y ámbitos profesionales tan variados como la psicología, el derecho o la medicina. En muchas de estas áreas profesionales, la madurez está implicada en decisiones muy relevantes que refieren al "nivel de madurez" de las personas para la resolución de aquellas decisiones. Sin embargo, si buscamos una formalización, tanto conceptual como operacional de este término, es decir una aproximación más ontológica del concepto, su definición suele parecer algo difusa. En términos generales, la madurez se entiende como el logro del desarrollo pleno de las personas, lo que se puede traducir en nuestras sociedades como la asunción de responsabilidades propias de la adultez.

Se han delimitado diferentes criterios para determinar si una persona es o no suficientemente madura, dependiendo desde el ámbito dónde se enfoque. A nivel biológico, se considera como criterio de madurez el pleno desarrollo de las capacidades físicas y reproductivas de las personas. En cambio, a nivel jurídico, la madurez se vincula a la edad, y será la legislación vigente la que reconozca progresivamente la capacidad de las personas para ejercer sus derechos, así por ejemplo, a los 14 años los jóvenes en España ya pueden tener cuentas en redes sociales, o ser responsables penalmente ante la ley por delitos que hayan cometido; a los 16 años pueden contraer matrimonio, consentir relaciones sexuales, rechazar un tratamiento médico de mediana complejidad, o trabajar; y ya a los 18 años tienen la posibilidad de ejercer todos los roles y actividades que deseen, pues son considerados legalmente adultos. Pese a que dichos criterios de madurez "legal" se utilizan y son aceptados ampliamente, es importante recalcar que el concepto de madurez requiere ser entendido desde una perspectiva integral, al implicar un espacio de transición y reconocimiento progresivo por parte de la sociedad de las capacidades que los adolescentes desarrollan hasta alcanzar el completo ejercicio de roles requeridos para la vida adulta, mezclándose aquí la conquista de capacidades biológicas, psicológicas y sociales, así como el reconocimiento de éstas a nivel jurídico (Morales-Vives, 2014).

### Doctrina del menor maduro

Un ejemplo en donde se utiliza una conceptualización más integral de la madurez es en el ámbito sanitario, a través de la llamada doctrina del menor maduro. Esta nace en Estados Unidos en los años 70, y posteriormente distintos países, entre ellos España, la han incorporado parcialmente a sus sistemas jurídicos. Esta doctrina busca reconocer la capacidad de decisión en asuntos específicos que los menores de edad irán adquiriendo de manera progresiva, es decir, se considera como una capacidad en desarrollo, que dependerá tanto de su edad, como del grado de madurez y evolución personal. Por tanto, se entenderá por “menor maduro” a aquel que tiene la capacidad suficiente para tomar decisiones en relación a una situación concreta. Además, se entiende que el menor maduro puede serlo para unas cuestiones y no para otras, atendiendo justamente a la idea de adquisición progresiva de la madurez (Fundación Merck Salud, 2016; Sánchez, 2005). Desde el punto de vista legal, la base teórica de esta doctrina se encuentra enraizada en los derechos civiles, específicamente derechos de personalidad (por ejemplo, el derecho a la vida, a la salud, a la libertad), que pueden ser ejercidos desde el momento en que se es capaz de disfrutarlos, lo que ocurre antes de cumplir los 18 años. A diferencia de los adultos que disfrutan de estos derechos de forma inherente, en los menores de edad, se debe demostrar su capacidad de autonomía para ejercerlos (Sánchez, 2005).

Por tanto, siguiendo con la situación de España, si bien el Código Civil indica que la mayoría de edad se alcanza con los 18 años, momento desde el cual una persona adquiere plena autonomía y capacidad de acción, y que mientras esto no ocurra, las personas menores de edad tienen derechos y responsabilidad limitadas (autonomía que se suple por medio de las figuras jurídicas de la tutela o de la patria potestad), la doctrina del menor maduro reconoce la capacidad de decisión autónoma por debajo de los 18 años, legislando en casos específicos e indicando las condiciones en que se otorga este reconocimiento. Para el ámbito sanitario, en la Ley 41/2002 básica de autonomía del paciente, se ha decretado de manera general que la mayoría de edad sanitaria se establece en los 16 años, es decir, ésta sería la edad para consentir de forma autónoma y

libre la asistencia sanitaria. Por debajo de los 16 años, podrá tomar también decisiones si, a juicio del profesional facultativo el menor es capaz emocional e intelectualmente de comprender el alcance de la intervención o tratamiento al que se va a someter, esto equivaldría a que para dichos efectos se le considerase un menor maduro. En el caso de no ser considerado maduro, se activa el consentimiento informado por representación, y pasan a ser sus padres o tutores legales quienes asumirán las decisiones (Fundación Merck Salud, 2016).

Si bien la doctrina del menor maduro aporta una mirada integral en relación a la madurez al incorporar criterios legales y psicológicos en su operacionalización, y atendiendo además a la idea de adquisición progresiva y diferenciada entre individuos de la madurez, se aprecia que la evaluación de las "capacidades" de madurez de los menores de edad queda a criterio del facultativo, quien no tiene mayores herramientas que le permitan asesorar esa decisión, más que su propio criterio personal. Esto visibiliza la necesidad de profundizar en el conocimiento de qué características psicológicas se encuentran a la base de la madurez, y cómo podemos evaluarlas, para asesorar de mejor forma este tipo de decisiones.

### *Madurez neuropsicológica*

Desde la perspectiva de la neurociencia, también es posible aproximarnos a una definición más integral de la madurez. Desde este prisma, la madurez neuropsicológica ha sido definida como el nivel de desarrollo y organización madurativo que permite el desenvolvimiento de funciones tanto cognitivas como conductuales, en coherencia con la edad cronológica del individuo (Portellano, Mateos, & Martínez, 2000). A nivel cognitivo, se encuentra bien establecido que las capacidades de razonamiento incrementan de forma significativa desde la infancia a la adolescencia, específicamente aspectos como el conocimiento general, la capacidad de memoria, el juicio, junto a otras capacidades que hacen posible la toma de decisiones. Incluso, los niveles de inteligencia y las habilidades de razonamiento de los adolescentes a los 16 años alcanzan iguales niveles de desarrollo que en adultos (Steinberg, Cauffman, Woolard, Graham, & Banich, 2009). Recientes

hallazgos de la neurociencia señalan que el aumento en la toma de decisiones de riesgos desde la infancia hacia la adolescencia sería el resultado de cambios a nivel cerebral que se inician en conjunto con los cambios de la pubertad (Chein, Albert, O'Brien, Uckert, & Steinberg, 2011; Shulman et al., 2016; Steinberg, 2008). Entonces, cómo se explica que si bien, por un lado, en la adolescencia media las capacidades cognitivas se igualen a las de los adultos, pero que, sin embargo, esta etapa se caracterice por tomas de decisiones que conllevan a situaciones que ponen en riesgos a los y las adolescentes. Esta aparente contradicción ha encontrado respuesta en los estudios relacionados con la madurez neuropsicológica, específicamente con los procesos de desarrollo cerebral de los sistemas socio-afectivos y de control cognitivo (Chein et al., 2011; Shulman et al., 2016; Steinberg, 2008).

En el desarrollo madurativo de los adolescentes, existirían importantes cambios en el llamado sistema cerebral "socio-afectivo", que estarían ligados a modificaciones en los patrones tanto de la actividad dopaminérgica como de la oxitocina durante la etapa puberal, afectando al núcleo estriado y a las cortezas medial y orbitofrontal del cerebro, esto produciría un abrupto incremento de la motivación en la búsqueda de recompensas, amplificando el atractivo de los adolescentes por lo excitante, novedoso y por llevar a cabo actividades de riesgo, situación que incluso se vería exacerbada ante la presencia de iguales (Chein et al., 2011; Shulman et al., 2016; Steinberg, 2008). Este aumento en el sistema de recompensas, encontrarían su punto máximo alrededor de los 15 años, luego del cual comenzaría a declinar (Steinberg, 2008). Sin embargo, pese a que este aumento en la búsqueda de sensaciones se observa de manera temprana en la adolescencia, no todos los individuos manifestarán esta inclinación de manera peligrosa, dañina o de comportamientos temerarios. Esto se vería mediado y modulado por diversos factores, como la oportunidad de involucrarse en conductas de riesgo o las disposiciones temperamentales (Shulman et al., 2016).

Por otro lado, los cambios en el sistema cerebral de control cognitivo, que tienen lugar tanto en la corteza prefrontal lateral, parietal lateral y en el cíngulo anterior,

ayudarían al desarrollo de habilidades para planificar a largo plazo e inhibir comportamientos impulsivos, es decir, capacidades de auto-regulación, que colaborarán en la mejora de la coordinación entre emoción y cognición. Dichos cambios permitirán a los jóvenes ir adquiriendo la habilidad de frenar o inhibir comportamientos impulsivos de búsquedas de sensaciones y, también, resistir a la influencia que ejercen los iguales, los que en conjunto debieran ayudar a disminuir la toma de decisiones implicadas en comportamientos de riesgo. Este proceso de desarrollo cerebral se efectúa de manera gradual, y se completaría recién hacia los 25 años (Shulman et al., 2016; Steinberg, 2008).

Así, encontramos evidencias que indican que, para alcanzar la madurez, no basta solo con desarrollar las capacidades cognitivas, sino además es necesario que los sistemas cerebrales encargados de las recompensas y del auto-control "maduren", es decir, alcancen su máximo desarrollo. El problema aquí es la brecha temporal (*temporal gap*) que existe entre el desarrollo de los sistemas "socio-afectivo" y de "control cognitivo", la que convierte a la etapa de la adolescencia en un tiempo de elevada vulnerabilidad hacia el desarrollo de comportamientos temerarios y de riesgo, y no sería hasta los 25 años aproximadamente en que las capacidades cerebrales alcanzarían su total desarrollo. Por tanto, existen evidencias desde la neuropsicología que indicarían que la madurez, que incluye en su definición las capacidades como la de resistir a las recompensas y la influencia de iguales, así como de auto-regular la conducta, no se alcanzaría hasta entrados en la edad propia de la etapa de la adultez emergente (Shulman et al., 2016; Steinberg, 2008).

#### 1.2.4. Aproximaciones a la madurez psicológica

Hasta aquí se han descrito diversas conceptualizaciones de la madurez, primero en clave de personalidad y la correspondiente madurez de los rasgos, y luego en términos amplios desde diversas disciplinas, como son el ámbito sanitario o el jurídico. También hemos analizado la aproximación neuropsicológica que tantas evidencias acerca de las relaciones entre cerebro y madurez está aportando en los últimos años. En este apartado analizaremos cómo se ha abordado la madurez desde una mirada psicológica y

psicosocial. La literatura existente, sobre todo actual, en torno al concepto de madurez en la Psicología es escasa. En su lugar existen otros conceptos que han servido de referente y símil para estudiar la madurez en el desarrollo psicológico, como son el desarrollo moral y la identidad (Erikson, 1968; Kohlberg, 1976). Se ha descrito que ambos tienen su punto de mayor desarrollo durante la adolescencia, y de diferentes formas han servido como marcadores de la madurez, por ejemplo, en el ámbito legal, se considera el logro de habilidades de desarrollo moral como un criterio que sirve de proxy para hablar de madurez; mientras que la consecución de la identidad, el cual da paso hacia el mundo adulto y la adquisición de sus roles, puede ser también considerada como una señal que permitiría marcar el punto de conquista de la madurez psicológica. Por ello, a continuación, se expondrán las conceptualizaciones relativas al desarrollo de la identidad y desarrollo moral, para luego describir los primeros esfuerzos por definir y operacionalizar madurez desde la Psicología.

#### *E. Erickson y el desarrollo de la identidad*

Erik Erickson es uno de los teóricos del desarrollo humano más reconocidos, su teoría en relación al ciclo vital ha tenido hasta nuestros días gran influencia, especialmente sus planteamientos entorno al desarrollo de la adolescencia. Desde el modelo teórico que plantea, el desarrollo humano se divide en etapas sucesivas en forma de estadios, cada una conlleva un problema o crisis del desarrollo que es necesario resolver en cada etapa para pasar a la siguiente de forma saludable, de lo contrario, el camino del desarrollo se torna menos saludable en las etapas venideras, por el déficit que ha quedado en la anterior ante la "crisis" no resuelta (Erikson, 1970).

Específicamente para la etapa adolescente, la crisis o problema aquí es el logro de la identidad versus la confusión de la misma. Resolver la crisis identificada en la adolescencia implicará establecer un sentido claro de sí mismo, así como qué sitio se ocupa uno mismo en el mundo. Por el contrario, no resolverla conlleva un camino menos saludable, la difusión de la identidad, es decir, que la persona es incapaz de conformar una identidad estable y segura. Para E. Erikson (1968) la identidad estaría formada por

tres ámbitos: las relaciones interpersonales (específicamente las relaciones de pareja o amorosas), el trabajo, y las ideas y valores; si hacia el final de la adolescencia la persona no es capaz de comprometerse con estos tres ámbitos, ello reflejaría la existencia de una confusión de la identidad. Por otro lado, para lograr comprometerse con los aspectos que forman la identidad, se requiere primero una reflexión de cuáles son los rasgos, habilidades e intereses personales que se poseen, luego evaluar cuidadosamente las opciones de vida disponibles y adecuadas a su cultura en cada uno de los ámbitos, posteriormente probar varias de estas posibilidades, para finalmente decidir y comprometerse.

E. Erikson (1968) describe dos importantes procesos que permitirían finalizar la adolescencia con el logro de una identidad saludable. Uno de ellos sería por medio de identificaciones que el adolescente acumula a través de su infancia, es decir, al ir creciendo los niños y niñas se identificarían con aquellas personas que son queridos o significativos para ellos, con aquellos que aman y admiran; al llegar a la etapa adolescente, tras reflexionar en torno a quienes se han identificado, a partir de procesos de asimilación de algunas de esas identificaciones y rechazo de otras, los jóvenes desarrollarían su identidad incorporando características, conductas y actitudes deseadas de sus seres queridos a las que ya son propias, integrándolas a su yo. De manera complementaria el segundo proceso para la conformación de la identidad es la exploración de opciones de vida, lo que frecuentemente conlleva lo que E. Erikson (1968) denominó como moratoria psicosocial, característica que se da principalmente en sociedades industrializadas y con valores individualistas, y consiste en un periodo que las sociedades otorgan a los adolescentes, para que pospongan las responsabilidades adultas mientras prueban diversas opciones posibles del yo. En el período de moratoria, los adolescentes explorarían diversas opciones románticas o de parejas, de modo tal de conocer más tanto de sí mismos, como de lo que buscan en las relaciones íntimas; probarían opciones de estudios universitarios o explorarían diversos trabajos, a modo de encontrar aquel que más sentido tenga para sí; finalmente, también explorarían en el ámbito de las creencias e ideologías.

Es esperable que, finalizando el periodo de moratoria psicosocial, los jóvenes ingresen al mundo adulto ya habiendo decidido opciones que les serán duraderas en los ámbitos de pareja, trabajo y creencias. Sin embargo, a algunos de ellos les costará más decidir y comprometerse con alguna de las opciones exploradas, lo que conllevaría permanecer en un estado de confusión de identidad, cuando ya la mayoría de sus pares han logrado establecer una identidad segura. Algunos de quienes se mantienen en la confusión, E. Erikson (1968) señaló que podrían terminar configurando una identidad negativa, la que se caracteriza por el rechazo de las opciones socialmente aceptables en los ámbitos de amor, trabajo y valores/creencias, y optar en cambio por opciones que son consideradas inaceptables, raras u ofensivas por la sociedad, asociándose a alguna subcultura. De alguna forma, podemos hacer un símil en que, quienes logran resolver de forma exitosa la tarea evolutiva de la adolescencia, adquirirían la madurez necesaria, en clave de roles sociales esperados para su edad, que les permitirán adaptarse a los requerimientos de su entorno, desde aquí la madurez se relaciona con la edad y la adecuación del propio rol y actitud a las demandas de la sociedad, por medio de la conquista de la identidad.

El desarrollo del estudio de la identidad ha estado fuertemente influido por los trabajos de E. Erikson (Erikson, 1968, 1970). Dentro de las líneas de investigación que de aquí han derivado, se encuentran aquellas que han buscado relacionar la etapa “Logro de identidad versus Confusión de roles” con los otros siete estadios del desarrollo psicosocial propuestos por E. Erikson, por medio del desarrollo de instrumentos de autoinforme para evaluar y clarificar el lugar de la identidad en relación a las demás etapas del desarrollo (Constantinople, 1969; Rosenthal, Gurney, & Moore, 1981). Sin embargo, una de los principales desarrollos del estudio de la identidad han sido los Estados de Identidad desarrollada por Marcia (Marcia, 1966, 1967), una extensión de la teoría de E. Erikson, que representa cuatro formas cualitativas de resolver el problema de la crisis de identidad: Logro de identidad, Exclusión (compromiso sin crisis), Moratoria (crisis sin compromiso) y Difusión de identidad (sin compromiso ni crisis). Investigaciones posteriores desarrolladas a partir de los estados de identidad de Marcia, se han enfocado

en aspectos como los antecedentes familiares, las consecuencias en el desarrollo evolutivo, y correlatos de la personalidad y el comportamiento asociados a estas cuatro formas de resolución de la identidad (Kroger, 2004; Marcia, Watterman, Matteson, Archer, & Orlofsky, 1993). En la actualidad, los estudios vinculados a la identidad incluyen la necesidad de identificar trayectorias a nivel intra-individual del desarrollo de la identidad, así como estudios más en profundidad acerca del proceso de formación de la identidad en los adolescentes (Fadjukoff, Pulkkinen, & Kokko, 2005; Josselson, 1996; Kunnen & Klein-Wassink, 2003).

### L. Kohlberg y el desarrollo moral

L. Kohlberg exploró la capacidad de los niños y adolescentes de emitir juicios morales a través de entrevistas individuales en las que administraba una serie de dilemas morales, consistentes en relatos de situaciones que presentan un conflicto de valores y ante el cual, la persona evaluada debe tomar una decisión. A partir de los resultados de dichas entrevistas, postuló un modelo o teoría sobre el desarrollo del razonamiento moral, según el cual éste atraviesa tres niveles que denominó (1) el Preconvencional, en el cual los individuos no han llegado todavía a entender las normas sociales convencionales. En este nivel, si se respetan las normas, se hace por evitar el castigo de la autoridad. (2) El Convencional, caracterizado por la conformidad, el mantenimiento de las normas y acuerdos de los grupos más próximos y de la sociedad. Quienes respetan las normas, lo hacen debido a que esto preserva la propia imagen y el buen funcionamiento de la colectividad. Finalmente, en (3) el nivel Postconvencional, los individuos entienden y aceptan en general las normas de la sociedad en la medida en que éstas se basan en principios morales generales, tales como el respeto a la vida, o a la dignidad de las personas. De entrar en conflicto estos principios con las normas de la sociedad, el individuo que ha alcanzado el nivel Postconvencional juzgará y actuará por principios más que por convenciones sociales (Kohlberg, 1976).

Cada uno de los niveles contiene, a su vez, dos estadios, los que se han definido como estructuras cognitivas que determinan las maneras de reunir y procesar la

información. Para lograr avanzar de un estadio a otro, y así de nivel, resulta relevante el desarrollo de la inteligencia (incluyendo las operaciones lógicas) y la capacidad de tener una cierta perspectiva social (capacidad de toma de perspectiva y adoptar roles sociales). Aunque ambos factores son necesarios, no garantizan el logro de los estadios más altos de desarrollo moral. L. Kohlberg señaló que las etapas o niveles se suceden una tras otra en un orden jerárquico, tienen un carácter estructural invariante y universal, aunque lo anterior no implica que todas las personas lleguen a los estadios superiores, por el contrario, muy pocas personas los alcanzan, por tanto una noción implícita en el estudio del desarrollo moral es que los estadios más avanzados son los más "maduros" (Kohlberg, 1976). De hecho, existe alguna evidencia que relaciona a los individuos en los niveles más elevados de desarrollo moral con menos probabilidad de cometer actos antisociales, menos probable que sucumban a la presión de otras personas, y más probable que se comporten de forma prosocial (Rest, 1983; en Steinberg & Cauffman, 1996), así como a la inversa, que quienes están en estadios de menos desarrollo o madurez, es más probable que cometan más actos antisociales (Stams et al., 2006). Se ha descrito también que el desarrollo moral tendría una relación con las etapas evolutivas y la edad, así, el nivel Preconvencional sería el nivel en donde se encontraría a la mayoría de los niños por debajo de los 9 años, algunos adolescentes y muchos delincuentes; el nivel convencional caracterizaría a la mayoría de los adolescentes y adultos; mientras que el Postconvencional sería alcanzado por una minoría de personas, usualmente después de los 20 años y solo en personas con altos niveles educativos (Colby, Kohlberg, Gibbs, & Lieberman, 1983).

*Modelo de Madurez Psicosocial de Greenberger y Sorensen (1974).*

La primera aproximación que buscó definir y operacionalizar la madurez fue desarrollada por Greenberger y Sorensen (1974), empezando por denominarla "madurez psicosocial", modelo en el que se integran miradas sociológicas y psicológicas de la persona, considerando para definir la madurez los requerimientos que hace tanto la

sociedad hacia las personas, como aspectos que son considerados saludables dentro del desarrollo individual.

Los autores señalan que la madurez psicosocial se vería reflejada a partir de tres capacidades generales, las que se corresponden a las tres demandas generales que la sociedad hace a todos los individuos: (a) la capacidad de funcionar de forma efectiva por sí mismo, o adecuación individual, que a su vez se conforma por tres indicadores: autosuficiencia, identidad y orientación al trabajo. (b) la capacidad de interactuar de forma adecuada con otros, o adecuación interpersonal, consistente en dos indicadores: habilidades de comunicación y conocimiento de los roles (como el conocimiento del comportamiento apropiado para cada rol). Y (c) la capacidad de contribuir a la cohesión social o adecuación social, que comprende: compromiso social, apertura a los cambios socio-políticos y tolerancia a las diferencias individuales y culturales (Greenberger & Sørensen, 1974).

De los tres componentes de la madurez psicosocial, es la adecuación individual la que más atención ha captado y que se ha continuado estudiando en investigaciones posteriores, principalmente por autores como Steinberg y Cauffman (1996) y Morales-Vives, Camps, & Lorenzo-Seva (2013) quienes la han incluido como parte central dentro de sus definiciones de madurez psicosocial o psicológica, por ello es relevante revisar brevemente los indicadores que definen dicha dimensión. Como ya se mencionó, la adecuación individual está definida a partir de tres indicadores, la auto-suficiencia, la identidad y la orientación al trabajo, que organizan los aspectos más psicológicos dentro del modelo de madurez psicosocial de Greenberger y Sorensen (1974). Para los autores, la auto-suficiencia es una de las disposiciones más básicas del funcionamiento de la adecuación individual, y es posible comprenderla a partir de tres manifestaciones: la ausencia de una excesiva dependencia de los otros, el sentido de control sobre la propia vida, y la iniciativa propia. Por su parte, el componente de identidad implica que aquellos individuos que saben quiénes son, en qué creen, qué quieren, y además saben lo que valen como personas estarán mejor capacitados para funcionar de forma adecuada por sí

mismos, en comparación a individuos sin una identidad clara ni estable. Los autores proponen que la identidad estaría compuesta por: la claridad en relación al auto-concepto, el considerar los objetivos de vida, la internalización de valores y la auto-estima. Finalmente, la orientación al trabajo es relevante en la medida que como seres humanos necesitamos ser capaces de mantenernos por nosotros mismos, los autores señalan que todos los individuos deben llevar a cabo diferentes trabajos informales en el día a día, así como todos deben desempeñarse en situaciones de trabajo formal, además en nuestra sociedad el trabajo es el principal vehículo a través del cual el adulto alcanza (y mantiene) la autosuficiencia. Así, plantean que los componentes que integran esta dimensión son: las habilidades para el trabajo, el rendimiento competente y la capacidad para experimentar placer con el trabajo.

Desde la conceptualización de madurez psicosocial de Greenberger & Sørensen (1974) se sugiere que los individuos se ubicarán dentro de un continuo que abarca desde la falta de madurez o inmadurez, hasta el otro extremo donde se ubica la madurez, y a medida que las personas avanzan de manera gradual en el desarrollo se mueven hacia el ideal de madurez en la adultez. Sin embargo, Greenberger y Steinberg (1986) señalan también una tercera categoría teórica denominada "adultoid" o adultoide, y que hace referencia a aquellos adolescentes que presentan un mayor desarrollo de la madurez social y que asumen roles adultos como trabajar, pero sin haber logrado aún la madurez psicológica que típicamente acompaña a dichos comportamientos en los adultos. Se trata de una "pseudomadurez", ya que estos adolescentes imitarían actividades adultas sin la percepción, creencia o real comprensión que una persona psicológicamente adulta tendría en situaciones similares.

Galambos y Tilton-Weaver (2000) condujeron un estudio en el que buscaron operacionalizar el concepto de "adultoide" y explorar la existencia de esta tercera categoría dentro del desarrollo de la madurez psicosocial. Ellos proponen que el grado de madurez de las personas se puede establecer a través de tres medidas: edad subjetiva, problemas de comportamiento y madurez psicológica. En este estudio, fueron evaluados

209 adolescentes de entre 10 y 17 años. Por medio de análisis de cluster encontraron tres grupos, acorde a los que hipotetizaron, el primero de ellos presentó alta puntuación en edad subjetiva y problemas de comportamiento, pero baja puntuación en madurez psicológica, por ello este grupo lo definieron como "adultoide" o "pseudomaduro" (13 % de la muestra), ya que, si bien se sienten maduros, carecen de una real madurez psicológica. Al segundo cluster lo denominaron "Inmaduros" (44 % de la muestra), estos adolescentes puntuaron bajo en edad percibida, problemas de comportamiento y madurez psicológica. Al tercer grupo del cluster pertenecerían los adolescentes realmente calificados como "maduros" (43 % de la muestra), quienes se perciben a sí mismos un poco mayores en relación a su edad cronológica, presentan bajos niveles de problemas de comportamiento, y puntúan alto en las medidas de madurez psicológica. Otros hallazgos de este estudio, indican que los adolescentes del cluster pseudomaduros presentaban mayor desarrollo físico (cambios puberales), deseos más determinantes de ser mayores y tener acceso a privilegios adultos, mayor conflicto con la madre y mayor vinculación con grupo de iguales. Los autores concluyen que el grupo de adolescentes pseudomaduros parecieran estar en un proceso acelerado por tener acceso a los privilegios del mundo adulto, pero sin la capacidad para hacerse responsable por ello. Por otro lado, los autores señalan que los adolescentes del grupo inmaduro parecieran reconocer que su desarrollo es más lento que el de otros jóvenes, pero no muestran mayor deseo por tomar las responsabilidades típicas de personas de mayor edad; mientras que el grupo de adolescentes maduros se caracteriza por estar en actividades apropiadas para su edad, y se sentirían cómodos consigo mismo.

Posteriormente, Galambos, Barker y Tilton-Weaver (2003) replicaron este estudio en una muestra de 430 adolescentes, confirmando la presencia de 3 grupos que se diferencian por el estatus o grado de madurez. Se evaluaron igualmente edad subjetiva, problemas de comportamiento y madurez psicológica, solo que esta última se midió por medio de tres componentes: autoconfianza, identidad y orientación al trabajo, utilizando las medidas de madurez psicológica del Psychosocial Maturity Inventory (Greenberger, Josselson, Knerr, & Knerr, 1975). Las características de los cluster se replicaron de manera

muy similar al estudio anterior, salvo por la escala autoconfianza, en donde el cluster de pseudomaduros obtuvo una puntuación mayor al promedio (y mayor al grupo inmaduro), pero menor al grupo maduro. De forma complementaria, utilizaron medidas para evaluar características biológicas de madurez (nivel de desarrollo puberal, peso y estatura), características del contexto social (tener hermanos mayores o amigos mayores), y niveles de funcionalidad (deseos de ser mayor, involucrarse en la cultura pop, involucrarse en la escuela, involucrarse con grupo de iguales, tener amigos cercanos), ya que los autores proponen un modelo conceptual en el cual estos aspectos influirían en el desarrollo de la madurez, asumiendo que ésta tiene un lugar relevante en la capacidad de los sujetos de superar los desafíos del desarrollo para lograr una transición exitosa hacia la adultez. Se encontraron diferencias significativas entre los cluster para todas las características evaluadas, así, para las características biológicas los pseudomaduros presentaron mayor desarrollo físico en comparación a los otros dos grupos. También en el contexto social el grupo pseudomaduro tenía mayor probabilidad de tener hermanos y amigos mayores. Finalmente, en los niveles de funcionalidad, el grupo pseudomaduro presentó los mayores deseos de ser adulto, los más altos niveles de involucramiento tanto en la cultura pop como en el grupo de iguales, y los niveles más bajos de vinculación con la escuela. Sin embargo, este grupo presenta sensación de cercanía y se sienten respetados por sus amigos, situación similar al grupo de adolescentes maduros. Otro hallazgo relevante de este grupo, es que pareciera ser más prevalente en la adolescencia media. Por otro lado, el grupo inmaduro comparte características con el grupo de adolescentes maduros (bajos niveles de involucramiento en cultura pop y baja vinculación con iguales), sin embargo, presentan mayores deseos de ser adultos que el grupo maduro (pero menos que el pseudomaduro), conformando un grupo que los autores caracterizan con un pobre ajuste al entorno en algunas áreas.

#### *Madurez psicológica y su uso en contexto español*

Si el concepto madurez en la bibliografía de la Psicología reciente, exceptuando el trabajo de Steinberg y colaboradores del que se hablará en extenso en el siguiente

apartado, en general es escaso, aún más escaso es encontrar referencias específicas en la literatura en español. Una interesante excepción es el trabajo desarrollado por el equipo de Morales-Vives, Camps, & Lorenzo-Seva pertenecientes a la Universitat de Rovira i Virgili, quienes han publicado recientemente en España el primer cuestionario para evaluar la madurez psicológica en adolescentes por medio de autoinforme, denominado Cuestionario de Madurez Psicológica o PSYMAS (Morales-Vives, Camps, & Lorenzo-Seva, 2012; Morales-Vives et al., 2013).

El PSYMAS se desarrolló en el contexto de los trabajos de Greenberger (Greenberger, 1984; Greenberger & Sørensen, 1974), centrándose específicamente en el componente de adecuación individual. Morales-Vives, Camps, y Lorenzo-Seva (2012, 2013) definen la madurez psicológica como la habilidad para asumir obligaciones y tomar decisiones de forma responsable, considerando las características y necesidades personales, atendiendo a las consecuencias de sus actos. Está dirigido a adolescentes entre 15 y 18 años, y evalúa tres escalas: Orientación al Trabajo, que en puntuaciones elevadas indica que el adolescente se hace responsable de sus obligaciones; Autonomía, que caracteriza a adolescentes capaces de tomar sus propias decisiones, sin excesiva dependencia de otros y además de la capacidad para llevar la iniciativa; y la tercera escala, Identidad, que en niveles altos indica adolescentes que tienen un buen conocimiento de sí mismos. La puntuación total del test arroja una medida llamada Madurez Psicológica, la cual informa acerca del nivel de madurez global del adolescente (Morales-Vives et al., 2012).

Como parte del proceso de validación del PSYMAS, se probó la validez convergente y discriminante a través del cuestionario BFI, tests basado en el Modelo de Cinco Factores de personalidad (Morales-Vives et al., 2013). Se pudo observar que la escala Orientación al Trabajo tuvo la más alta correlación con las escalas Responsabilidad (0,65\*) y Neuroticismo (-0,25\*) del BFI, Autonomía obtuvo las más altas correlaciones con las escalas Responsabilidad (0,23\*), y Apertura (0,28\*), además la escala Identidad correlacionó de forma elevada con Extraversión (0,40\*), Responsabilidad (0,34\*),

Amabilidad (0,20\*) y Neuroticismo (-0,57\*). También, se observó que la escala Madurez Psicológica correlacionó de forma elevada y significativa con todas las escalas del BFI, siendo negativa solo la correlación con la escala Neuroticismo (-0,46\*). Además, correlacionaron las escalas del PSYMAS con la edad de los participantes, ya que es esperable algún grado de relación entre la madurez y la edad. Así, encontraron que Autonomía y la escala total de Madurez obtuvieron las más altas correlaciones parciales con 0,15 y 0,11 respectivamente (con un nivel de significancia de  $p < 0,01$ ), a partir de estos resultados los autores señalan que entre los 15 y 18 años la autonomía y la madurez de los adolescentes, en general, va en aumento (Morales-Vives et al., 2013). De manera complementaria se ha encontrado vinculación entre madurez psicológica y agresividad, en una muestra de estudiantes de entre 14 y 18 años de ambos sexos, en donde a menor madurez psicológica mayores son los indicadores de agresión indirecta, especialmente en hombres. Además, el mayor predictor de agresión indirecta es la escala de Autonomía, y de agresión directa la escala Identidad (Morales-Vives, Camps, Lorenzo-Seva, & Vigil-Colet, 2014).

### **1.3. Madurez y comportamiento antisocial**

#### **1.3.1. Comportamiento antisocial en la adolescencia y adultez emergente**

Por comportamiento o conducta antisocial se entiende la comisión de diversos actos que violan normas sociales y derechos de las demás personas. El clasificar una conducta como antisocial dependerá del juicio que se haga entorno a la severidad del acto y que tan alejado se encuentre de las pautas normativas, la edad de quién lo comete, la clase social, entre otros aspectos. Dicha evaluación respecto a lo antisocial se da siempre en relación al contexto sociocultural en donde surge la conducta (Peña & Graña, 2006; Rutter, Giller, & Hagell, 2000). Es importante hacer la distinción entre comportamiento antisocial y delincuencia, esta última implica una designación legal que requiere del contacto oficial con la justicia, por tanto, solo la comisión de conductas tipificadas en el código penal como delito, y que además las personas sean aprehendidas por ello con la posibilidad de ser condenadas por dicha conducta, estarían consideradas dentro de la

categoría de delincuencia (o de acto delictivo). Es sabido que la mayoría de los delitos no tienen como consecuencia la detención o las consecuencias legales para quienes los cometen, es decir, en la mayoría de los casos no se oficializa el delito, por tanto, existe lo que se ha denominado como la cifra negra del delito, que enmascara una estadística importante de la real cantidad de actos delictivos que se cometen. Por otro lado, tenemos la definición de qué actos serán considerados delito y cuáles no, algo que cambia a través del tiempo y varía de un país a otros. Los niveles de delincuencia pueden verse afectados con cambios en la legislación, en donde pueden eliminarse infracciones antiguas del código penal, o reclasificar nuevos actos como de mayor gravedad, con lo cual se inflan los índices de estos delitos registrados en las estadísticas de delincuencia. Con todo ello, las definiciones legales de qué es delito y qué no son la base a partir del cual un acto individual se convierte en estadística oficial (Peña & Graña, 2006; Rutter et al., 2000).

El comportamiento antisocial refleja siempre acciones que transgreden las normas sociales en un nivel de gravedad mayor, en comparación al tipo de conductas que aparecen en la cotidianidad y que se ajustan claramente a la convivencia. Dentro del comportamiento antisocial encontramos una amplia gama de acciones, tales como agresiones físicas y verbales, hurtos, vandalismo, absentismo escolar, huidas de casa, entre otras. Estas conductas se pueden entender como un continuo que va desde las acciones de menor gravedad, como hurtos, vandalismo o mentiras, las que se pueden denominar como conductas problemáticas, hasta aquellas más graves, en donde se incluyen acciones como el homicidio. Es de relevancia señalar que el comportamiento antisocial presenta serias consecuencias entre niños y adolescentes, incluso en los niveles de menor gravedad, con frecuencia acarrea importantes consecuencias inmediatas tanto para quien lo realiza, como para las personas con quien interactúa (como padres, profesores, amigos, profesionales, etc.). De persistir en estos comportamientos, los efectos negativos pueden afectar también a largo plazo, en aspectos como la capacidad de adaptación social y personal, con el riesgo que dichos problemas se cronifiquen o aumenten en su vida adulta, derivando a problemas como delincuencia, alcoholismo, problemas psiquiátricos, o dificultades de adaptación en ámbitos laboral, familiar e

interpersonal (Kazdin, 1988; Peña & Graña, 2006; Rutter et al., 2000). Para la presente investigación, se utilizará la conceptualización de comportamiento antisocial en los términos en que se ha definido hasta aquí, ya que permite un abordaje más amplio al incorporar no sólo las acciones que son ilegales, sino también transgresión que contravienen normas o acuerdos sociales, así como aquellas conductas que no son delitos oficiales por no haber sido pesquisadas ni judicializadas (cifra negra).

Se ha documentado ampliamente el aumento del comportamiento antisocial y delictivo en la etapa adolescente, con el punto más alto y de cambio de curso (*peak*) alrededor de los 17-18 años, que declina cuando se entra a la adultez emergente. A este fenómeno se le ha denominado la curva edad-delito, y existen evidencias de este en muestras de diferentes países, orígenes étnicos y épocas (Farrington, 1986; Moffitt, 1993; Piquero, Farrington, & Blumstein, 2007). Desde esta perspectiva, se observa una tendencia natural asociada al desarrollo evolutivo, en donde la etapa adolescente se caracterizaría por mayor comportamientos de riesgo, tendencia que Moffitt (1993) teorizó al desarrollar su taxonomía del desarrollo antisocial, señalando la existencia de dos subtipos, el primero comprende a un número minoritario de sujetos marcados por un comportamiento antisocial persistente, el que tiene un inicio en la infancia, en donde se observarían de forma temprana una serie de déficits o problemas neuropsicológicos, como la inhabilidad de modular la expresión de impulsos (bajo autocontrol), temperamento difícil, problemas atencionales, labilidad emocional, impulsividad conductual, agresividad, déficit cognitivos, de lenguaje y motrices, todas características que aparecen en diferentes momentos del proceso de desarrollo infanto-juvenil. Sin embargo, no todos los niños que presenten estas características o déficits desarrollarán trayectorias antisociales persistentes, sino que a estos factores de alto riesgo personal y conductual, se les han de sumar contextos de alto riesgo, tales como vínculos familiares disruptivos, parentalidad inadecuada, maltrato y/o pobreza, los que exacerben dichas características. Durante las primeras dos décadas de vida se irán acumulando interacciones entre el individuo y el contexto de riesgo, las que van construyendo desordenes de personalidad caracterizados por agresividad y violencia físicas, así como un amplio

repertorio de comportamientos antisociales que persistirán hasta la adultez. En este subtipo, el comportamiento antisocial se traspasa a diversas áreas de la vida adulta, incluyendo abuso de drogas, problemas laborales y victimización hacia las parejas e hijos. Esta proliferación acumulativa de comportamientos antisociales hacia diversos aspectos de la vida de los sujetos disminuye las posibilidades de rehabilitación, lo que conlleva a la persistencia de los mismos (Moffitt, 1993).

El segundo subtipo de la taxonomía, se compone de un grupo mayoritario de adolescentes que inician su comportamiento antisocial en la pubertad, quienes al llegar a esta etapa experimentan malestar psicológico durante los años que experimentan la denominada "*maturity gap*" o brecha de madurez, periodo en que existe un desfase entre la plena madurez biológica y el lento acceso a privilegios y responsabilidades maduros o adultos. Estos jóvenes se sienten insatisfechos con su condición de niños dependientes, e impacientes por lo que anticipan son los privilegios y derechos de la edad adulta a la que aún no pueden acceder. Mientras los jóvenes se encuentren en esta "brecha", es prácticamente normativo para ellos sentirse atraídos por aspectos del estilo de vida delictivo y emularlo como una forma de demostrar autonomía de los padres, ganar aceptación del grupo de iguales y acelerar la madurez social. De hecho, es raro encontrar adolescentes que se abstengan del todo de cometer actos antisociales. Sin embargo, debido a que su desarrollo previo a involucrarse en conductas delictivas fue saludable en ámbitos tales como el rendimiento académico y los vínculos interpersonales, la mayoría de ellos cuentan con las características personales necesarias para desistir del comportamiento delictivo una vez entren a la adultez y asuman roles adultos reales, volviendo a un estilo de vida más convencional en su adultez jóvenes (Moffitt, 1993). Sin embargo, en años recientes se ha planteado que el desistimiento se extendería en el tiempo, observándose un cese del comportamiento delictivo en la adultez emergente, lo que muestra un cambio en el patrón de la curva edad-delito, ante esto, se ha hipotetizado que dicho cambio podría relacionarse a que adolescentes de las generaciones actuales están asumiendo roles sociales adultos, o madurando, de forma más tardía que sus generaciones predecesoras (Farrell, Laycock, & Tilley, 2015; Matthews & Minton, 2017;

Salvatore, Taniguchi, & Welsh, 2012; Sweeten, Piquero, & Steinberg, 2013; Wensveen et al., 2017).

Además, se han descrito diferencias importantes en el comportamiento antisocial expresado por cada uno de los subtipos de la taxonomía. Mientras el subtipo de inicio temprano y persistente en la adultez se caracteriza por actos antisociales orientados a víctimas, incluyendo delitos de gravedad y violencia en la adultez, así como también una amplia variedad de delitos, y se espera que su comportamiento delictivo sea más versátil que especializado, aunque tenderán a inclinarse por delito graves, tales como porte de armas o asaltos, robos, etc. (Moffitt, 1993, 2003, 2015). Por otro lado, se espera que el subtipo de inicio en la adolescencia realicen conductas antisociales de menor gravedad, y que le brinden reconocimiento y estatus, tales como robos, vandalismo, desordenes públicos, consumo de drogas, y que rara vez impliquen violencia (Moffitt, 1993; A. R. Piquero & Moffitt, 2008). En esta misma línea, destacan diferencias de género que indican que, si bien el grupo de mujeres que concentran las mayores tasas de comportamientos antisociales son parte (al igual que los hombres) del subtipo minoritario y persistente, aquellas que más comportamiento antisocial presenta nunca alcanzan niveles tan altos como los que presentan los hombres. Por otro lado, los hombres presentan comportamientos antisociales más severos y es más probable que reciban sanciones penales. Además, tras un seguimiento longitudinal desde el nacimiento hasta los 20 años, medido a través de múltiples fuentes de información, se ha descrito que los hombres presentan de forma consistente mayor comportamiento delictivo que las mujeres, exceptuando en el período de la adolescencia media (cerca de los 15 años) y cuando se trata de ofensas relacionadas a las drogas, en donde el comportamiento entre hombres y mujeres es similar (Moffitt et al., 2001).

Por otro lado, para conocer los comportamientos antisociales más frecuentes en esta etapa, se han descrito dos aproximaciones complementarias, las estadísticas o cifras oficiales de delitos y el autoinforme del comportamiento antisocial. La primera de ellas presentan ciertas dificultades y limitaciones, al existir variaciones en el registro de las

conductas, pero son sin duda relevantes pues permiten acceder a una parte de la información, la oficial que proviene desde las instituciones policiales, fiscalías y juzgados (Rutter et al., 2000). Por otro lado, el autoinforme es una de las formas que ha desarrollado la Criminología para acceder a través de los propios autores, a la realidad delictiva del grupo de referencia al que pertenecen quienes contestan, poniendo en evidencia la cifra negra (Fernandez, Bartolome, Rechea, & Megías, 2009). La forma más básica de explorar a través del autoinforme delictivo es preguntar a las personas si han estado involucrados en este tipo de comportamientos, y si es así, con qué frecuencia (Thornberry & Krohn, 2000), y en general, se ha descrito que los datos obtenidos por medio de autoinforme parecen ser fiables y validos (Rutter et al., 2000; Thornberry & Krohn, 2000), en especial, en la medida que permiten acercarse a la magnitud real de la delincuencia (Rechea, Barberet, Montañés, & Arroyo, 1995).

Por medio de los datos para España del Estudio Internacional sobre delincuencia auto-informada (ISRD) se ha podido conocer la conducta antisocial de una muestra representativa de los adolescentes del territorio, además se ha comparado el patrón de comportamiento y su evolución a partir de dos momentos temporales (datos tomados los años 1992 y 2006). A partir de este estudio, se conoce que el patrón de conducta antisocial se ha mantenido a través de este tiempo, con un inicio alrededor de los 13-14 años, y un descenso que parte hacia finales de la adolescencia. La mayoría de las conductas se realizan en compañía del grupo de pares, y las conductas antisociales más frecuentes son consumo de alcohol, robos a tiendas, peleas y vandalismo. Por otro lado, los principales cambios que se han observado en este período son un descenso de las conductas violentas, un aumento de las conductas antisociales contra la propiedad, así como un aumento del consumo y venta de drogas ilegales, sin embargo, el principal consumo detectado es de tipo experimental de bajo riesgo (Fernandez et al., 2009). En cuanto a diferencias de género, el autoinforme señala que la mayor distancia se da en las conductas de tipo violentas. Y en relación al patrón de delincuencia femenina, se ha señalado que se mantiene, es decir, las mujeres en general se involucran menos en

conductas antisociales, pero cuando lo hacen, presentan el mismo comportamiento que los hombres, y son las más jóvenes las que más delinquen (Fernandez et al., 2009).

Siguiendo con las diferencias de género, Rutter et al. (2000) destacan cuatro rasgos distintivos del comportamiento delictivo: el predominio de más hombres delinquiendo es mayor en la edad adulta temprana; es más marcado en delitos que suponen fuerza física y violencia (donde los hombres realizan más este tipo de delitos); es menos probable que las mujeres sean reincidentes; y las carreras delictivas de las mujeres son más cortas. Además, en relación a delitos oficiales, se ha observado que los hombres tienden a ser más condenados que las mujeres, en una proporción que se ha descrito de 4 : 1. Y en cuanto al autoinforme, se confirma que la delincuencia es menor en las mujeres, sin embargo, esta diferencia es menos evidente en delitos contra la propiedad durante la etapa adolescente (Rutter et al., 2000). En España, un reciente estudio abordó las diferencias de género asociadas a diferentes tipos de actos delictivos. La muestra consistió en 395 menores entre 14 y 18 años, quienes tenían expediente judicial en el Juzgado de Menores, a quienes se realizó un seguimiento de dos años, con el objetivo de observar la existencia de diferencias entre quienes habían cometido delitos contra la propiedad y quienes habían realizado delitos contra las personas. Los principales hallazgos indican perfiles diferenciados entre ambos tipos de delitos, así entre quienes cometen delitos contra la propiedad es más probable encontrar adolescentes de género masculino, procedente de países del Este, con pautas educativas parentales inconsistentes. Mientras que los delitos contra las personas serían cometidos en mayor proporción por mujeres, de nacionalidad latinoamericana o africana, predominando como principales factores de riesgo la agresividad, ataques de cólera, baja tolerancia a la frustración o poca preocupación por los demás (Cuervo, Villanueva, González, Carrión, & Busquets, 2015).

### 1.3.2. Importancia de la madurez en la Justicia Juvenil

La idea que fundamenta un sistema de justicia para menores de edad que se diferencie al de adultos, es la noción que señala que los adolescentes al cometer delitos difieren significativamente de los adultos en sus niveles de madurez, mostrando una

capacidad de toma de decisiones pobre o inmadura. Esta idea anterior se complementa con la idea de que los adolescentes pueden ser rehabilitados más fácilmente que los adultos, dado que aún están en proceso de desarrollo o maduración (Scott & Grisso, 1997), ambos argumentos relacionan claramente la madurez con el desarrollo de la justicia juvenil.

Las diferencias de madurez entre adolescentes y adultos, especialmente en lo relacionado a comportamiento delictivo y sanciones penales aplicables, quedaron en evidencia después de una sentencia histórica ocurrida en EE.UU. para el caso *Roper v. Simmons*, a partir de la cual la corte suprema de ese país abolió la pena de muerte para aquellos que cometiesen delitos siendo menores de 18 años. Parte importante del argumento para ello fue la evidencia científica aportada por la APA (American Psychological Association, 2004) centrada en demostrar que los adolescentes como grupo piensan y se comportan de manera diferente a los adultos. Entre las principales características señaladas, están que los adolescentes presentan menor madurez en la toma de decisiones, mayor impulsividad, son altamente vulnerables a la presión del grupo de iguales, tienen baja capacidad de toma de perspectiva (evaluar consecuencias de sus acciones a mediano y largo plazo) y mayor vulnerabilidad a realizar confesiones falsas bajo coerción. Se incluyó además evidencia de investigaciones en relación a funciones cerebrales de los adolescentes, las que sugieren que el cerebro continúa su desarrollo incluso después de los 25 años de edad, y en áreas que se relacionan con la capacidad de toma de decisiones (funciones ejecutivas). Este conjunto de evidencias permitió concluir que los adolescentes, en general, son más inmaduros que los adultos, y que, por ende, presentan una capacidad de culpabilidad disminuida, esto conlleva que una sentencia extrema como la pena de muerte no es proporcional a su culpabilidad y, por tanto, es excesivamente cruel (American Psychological Association, 2004). Siguiendo la misma línea argumental, a este caso le siguieron el de *Graham v. Florida* (2010), con el cual se elimina la cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional en casos de delitos no vinculados a homicidios cometidos por menores de 18 años, y en *Miller v. Alabama* (2012) se elimina la cadena perpetua sin libertad condicional en casos de homicidios. Con lo anterior, quedan patentes los cambios que ha sufrido el sistema de justicia juvenil en

EE.UU. en pocos años, y a partir de la importancia que se le ha otorgado a la evidencia científica acumulada, que destaca las diferencias del desarrollo entre adolescentes y adultos, particularmente en la madurez y en la capacidad de toma de decisiones vinculada a ello.

A raíz de la relevancia de los estudios vinculados a madurez psicosocial, y la influencia que ha tenido en la administración de la justicia juvenil en países como EE.UU., en años recientes se ha desarrollado una corriente que aboga por el desarrollo de un modelo de justicia que no utilice los 18 años como único criterio para dividir entre justicia juvenil y justicia adulta, ya que ha quedado en evidencia que dicha edad no marca de forma automática el paso hacia la adultez. Por tanto, se viene sugiriendo la incorporación de una mirada más evolutiva y comprehensiva, que refleje también en la justicia la transitoriedad y desarrollo progresivo que existe en el paso de una etapa a otra. Por ello, se ha venido gestando lo que se ha denominado justicia de adultez emergente o adultez joven, la que abarcaría desde los 18 a los 25 años aproximadamente, bajo la premisa que los adultos emergentes se parecen más a los adolescentes que a los adultos en términos de desarrollo evolutivo, y que por ello no se ajustarían ni se beneficiarían de las intervenciones entregadas en el sistema de justicia adulto, producto de esto se ha obtenido evidencia que demuestra que este grupo presenta más altas tasas de reincidencia, encarcelamiento y desajuste a los sistemas penitenciarios, en comparación a los demás grupos de justicia adulta (CSG Justice Center, 2015; Perker & Chester, 2017).

Las propuestas de un sistema de justicia propia de la llamada "adultez emergente", incorporan la idea de generar respuestas desde el sistema de justicia que sean apropiadas a las necesidades evolutivas de este grupo. Desde este enfoque se ve como una oportunidad el desarrollo de intervenciones específicas, si se considera que los adultos emergentes aún se encuentran en proceso de crecimiento, se entiende que son más maleables a la rehabilitación y a los tratamientos que promuevan el crecimiento durante este periodo crítico del desarrollo. Intervenciones enfocadas específicamente a las necesidades de adultos emergentes han demostrado ser efectivas en generar cambios

positivos en el comportamiento (Perker & Chester, 2017), de esta manera se plantea que el desarrollo de una justicia que incorpore las necesidades de los adultos emergentes posibilitará la reducción de las altas tasas de reincidencia y mejorará la seguridad pública.

La noción de madurez no solo ha permitido el desarrollo de la justicia juvenil, como una justicia especializada y diferentes a la de adultos, sino que en la medida que estudios recientes han profundizado en el conocimiento del concepto de madurez psicológica, han reforzado la idea de, por un lado, mantener y profundizar la rehabilitación diferenciada atendiendo a las necesidades del desarrollo evolutivo de los adolescentes en la justicia juvenil, y por otro, la necesidad de ampliar la diferenciación hacia más allá de los 18 años, entendiendo que la madurez psicológica no se alcanza solo con la edad, sino que hay aspectos de la madurez que no se logran hasta la adultez emergente, naciendo desde allí la noción de una justicia de adultez emergente, que capture esta diferencia e intervenga de manera específica y diferenciada de la justicia adulta.

### 1.3.3. Relación entre madurez y desistimiento delictivo

Es posible que Glueck y Glueck (1937, en Rocque, 2017) fuesen de los primeros en hablar de la relación entre madurez y comportamiento antisocial, aunque no usaran directamente el término madurez, ellos sugirieron que la edad (o el envejecer) tenía una relación directa con el desistir del comportamiento delictivo, señalando que no tenían claro que implica envejecer, pero probablemente involucra aspectos biológicos, psicológicos o sociales. Posteriormente, los autores concluyeron que edad y madurez eran aspectos diferentes, luego de encontrar que dos de sus estudios longitudinales mostraban, a la misma edad, patrones de comportamiento diferentes. En ese momento, señalaron que el fenómeno de la maduración debía de incluir aspectos como poder de reflexión, inhibición, capacidad para posponer los deseos y aprender de la experiencia, entendiendo que la madurez era un concepto complejo. Además, la madurez incluiría desarrollo de capacidades a nivel físico, mental, emocional, y de un cierto grado de integración de la personalidad, cambios que en su conjunto facilitarían la adaptación social (Glueck y Glueck, 1940, en Rocque, 2017).

Años más tarde, en el contexto del estudio longitudinal de Dunedin, Moffitt (1993) planteo su teoría del desarrollo del comportamiento delictivo, en donde un eje central es la relación entre la edad y el inicio / desistimiento de estas conductas. En esta teoría establece la existencia de dos formas de delincuencia, cada una con etiología diferente, la primera y más grave es el “Life-course persistent offenders” o comportamiento antisocial persistente a lo largo de la vida, dentro de esta categoría se encontraría un número reducido de adolescentes dentro de una generación (alrededor del 5%), y se caracterizarían por problemas o déficit neuropsicológicos desde la infancia, los que interactúan de forma acumulativa con ambientes criminógenos a lo largo de su desarrollo, culminando en personalidades patológicas. Producto de este desarrollo, el grupo persistente despliega variados comportamientos antisociales desde edades tempranas anteriores a la adolescencia, y mantienen dichas conductas hasta la adultez. En cambio, la segunda categoría denominada “Adolescence-limited offenders” o comportamiento antisocial limitado a la adolescencia, se caracteriza por un inicio abrupto de comportamientos antisociales y delictivos durante la adolescencia, que no tendría continuidad más allá de dicha etapa. Dentro de esta última categoría entran los comportamientos antisociales desplegados por la mayoría de los adolescentes, los que desde esta perspectiva deberían ser considerados como adaptativos e incluso normativos de la etapa.

Desde la teoría, se plantea que el origen del comportamiento antisocial limitado a la adolescencia, está vinculado a la distancia temporal existente en las sociedades actuales entre la consecución del completo desarrollo biológico de los adolescentes (capacidades físicas y sexual) y el ejercicio de roles sociales propios del mundo adulto. A esta diferencia entre la edad biológica y la edad social, que puede tardar 5 o 10 años para llegar a equipararse, se ha denominado “*maturity gap*” o brecha de madurez (Moffitt, 1993). Los jóvenes, al finalizar los cambios puberales, toman consciencia de sus nuevas capacidades, lo que les llevaría a sentir malestar psicológico producto de la brecha de madurez; en respuesta, comenzarían a imitar las conductas antisociales de pares con comportamiento delictivo persistente, como forma de lograr un estatus de pseudomadurez que les permita

acceder a beneficios que, por la etapa, no les son aún accesibles de formas prosociales (acceso a dinero, alcohol, drogas, etc.). De alguna forma, las consecuencias de las conductas delictivas para el grupo limitado a la adolescencia, tales como distanciarse y disminuir la calidad en la relación con los padres, provocar a las figuras de autoridad, encontrar formas de verse mayor, o enfrentarse a riesgos, si bien pueden ser vistas como negativas desde el mundo adulto, para los adolescentes estas consecuencias son potenciales refuerzos que favorecen continuar enfrascándose en delitos, toda vez que éstos les sirven como nuevos espacios de prueba de su incipiente búsqueda de independencia (Moffitt, 1993, 2015, 2018).

Sin embargo, y a diferencia de los adolescentes persistentes, los delincuentes limitados a la etapa adolescente, como su nombre lo indica, la gran mayoría de ellos no continuarán su comportamiento delictivo en la adultez. Junto con el avance en la edad cronológica, los adolescentes van teniendo mayor posibilidad de asumir roles adultos; además, a medida que se acorta la brecha de madurez, van perdiendo interés por involucrarse en comportamientos delictivos. En este punto, pareciera que este grupo evalúa que la idea de persistir en lo delictivo más allá de la adolescencia traerá consecuencias negativas en sus vidas, a diferencia de los beneficios apreciados cuando se estaba aún dentro de la brecha de madurez. La gran ventaja del grupo limitado a la adolescencia es que, dado que su historia evolutiva previa a los comportamientos antisociales se desarrolló de manera adecuada, cuentan con un amplio bagaje de habilidades y capacidades cognitivas, sociales y emocionales, que pueden volver a poner en juego, y que les permitirán reemprender caminos prosociales para la consecución de sus metas (Moffitt, 1993, 2015, 2018).

En revisiones recientes, Moffitt (2015, 2018) resume la evidencia de estudios que han puesto a prueba la hipótesis de la brecha de madurez o "*maturity gap*", y describe investigaciones que refuerzan la idea que los adolescentes consideran la brecha de madurez psicológicamente aversiva y que esto los motivaría a interesarse por la delincuencia (Aguilar, Sroufe, Egeland, & Carlson, 2000; Galambos et al., 2003; Vaaranen,

2001; Zebrowitz, Andreoletti, Collins, Lee, & Blumenthal, 1998). También, se aporta evidencia a la idea que los jóvenes con comportamiento antisocial limitado a la adolescencia buscan parecerse a quienes presentan comportamiento antisocial persistente (Allen, Weissberg, & Hawkins, 1989; Bukowski, Sippola, & Newcomb, 2000; Cillessen & Mayeux, 2004; Luthar & McMahon, 1996; Moffitt & Caspi, 2001; Piquero & Brezina, 2001; Rodkin, Farmer, Pearl, & Van Acker, 2000).

Por otro lado, se han observado nuevas tendencias entre quienes presentan comportamiento antisocial limitado a la adolescencia. Resultados de estudios longitudinales indican que, si bien los adolescentes de este grupo logran desistir del comportamiento delictivo para llevar un estilo de vida convencional, presentan algunas dificultades que requieren de atención o tratamiento, particularmente relacionadas con el abuso de sustancias (Dijkstra et al., 2015). Además, se ha visto que la adolescencia se ha alargado, lo que implica que los procesos de desistimiento se han retrasado en comparación a los estudios iniciales, lo que puede deberse a que actualmente se alcanza más tarde la madurez social. De hecho existe evidencia que el *peak* de delitos se ha movido hacia edades más tardías (adultez emergente), en conjunto con un descenso histórico en las tasas de delitos, particularmente en el grupo de adolescentes, lo que lleva a sugerir que cambios en el contexto social podrían estar influyendo en el proceso de madurez y desistimiento de las generaciones actuales (Farrell et al., 2015; Farrington, 2005; Matthews & Minton, 2017; Salvatore et al., 2012; Sweeten et al., 2013; Wensveen et al., 2017).

Desde el modelo de Moffitt y su planteamiento del "*maturity gap*", se establece con claridad la relación edad-desistimiento, una tendencia criminológica que parece reflejar el proceso de madurez natural propio de la etapa adolescente (Modecki, 2008), lo que es coincidente con recientes investigaciones que sugieren que en parte el logro del desistimiento vinculado a la edad se puede comprender en relación a que los individuos maduran psicosocialmente, es decir, incrementan sus capacidades para controlar impulsos, considerar a los otros, dilatar la gratificación y resistir a la influencia de sus

pares (Cauffman & Steinberg, 2000; Monahan, Steinberg, Cauffman, & Mulvey, 2009; Ozkan & Worrall, 2017; Steinberg & Cauffman, 1996).

#### 1.3.4. Modelo de madurez psicosocial de Steinberg y Cauffman (1996)

Sin duda alguna quien ha revisado el concepto de madurez para revitalizarlo, profundizar en su comprensión, y avanzar en líneas de investigación de gran relevancia y aplicabilidad, como ha sido la vinculada a justicia juvenil, ha sido Laurence Steinberg y su equipo de colaboradores, a través de lo que han denominado madurez psicosocial. Desde este modelo, explican que la capacidad para juzgar de forma madura es producto de la interacción entre factores cognitivos y psicosociales, por tanto, déficits en cualquiera de los dos dominios puede socavar potencialmente una toma de decisión socialmente competente. De acuerdo a estos autores, un individuo que enfrenta una decisión puede tener las habilidades cognitivas para evaluar los costos y beneficios de los diferentes cursos de acción posibles, pero si dicho individuo es particularmente impulsivo, esto puede afectar su toma de decisión y hacer que finalmente no tome la más favorable. De la misma forma, incluso la persona más responsable y calmada se verá impedida de tomar decisiones competentes si carece de las habilidades cognitivas necesarias o del acceso a información que sea relevante para dicha decisión (Steinberg & Cauffman, 1996).

Desde sus primeros trabajos Steinberg y Cauffman (1996) declaran que su interés en la madurez se centra particularmente en la madurez de juicio, es decir, la madurez para tomar decisiones adecuadas, por tanto su énfasis está puesto en aquellos factores psicosociales que son relevantes para la toma de decisiones. Por ello, los autores hablan del concepto madurez psicosocial, que se desarrollaría durante la adolescencia y adultez temprana, y estaría definida por tres grandes categorías que permiten organizar los principales factores disposicionales involucrados en ella: (1) Templanza, relacionada con el control de impulsos y la supresión de la agresión; (2) Perspectiva, que implica tanto la capacidad de considerar a los demás, como la orientación al futuro; y (3) Responsabilidad, o la habilidad de hacerse responsable del propio comportamiento, y de resistir a la influencia de los pares. Estos aspectos, sumados a la habilidad cognitiva de razonamiento

abstracto, abarcan los atributos que de forma más frecuente se asocian a la capacidad de tomar decisiones maduras en la literatura del desarrollo psicológico en adolescentes. Es importante destacar que los autores mencionan que templanza, perspectiva y responsabilidad deben ser consideradas más que como habilidades fijas desplegadas de forma independiente al contexto o situación que rodea al adolescente, como disposiciones para comportarse en una determinada manera bajo condiciones particulares; por tanto, la madurez de juicio de un individuo debe ser evaluada a la luz de una decisión particular y en una situación específica, siendo esta una aproximación ecológica al fenómeno de la madurez (Steinberg & Cauffman, 1996).

A partir de la propuesta del modelo de madurez psicosocial, Steinberg y colaboradores han realizado una serie de investigaciones para explorar su proceso de desarrollo, particularmente en el ámbito de la justicia juvenil (Cauffman & Steinberg, 2000; Dmitrieva, Monahan, Cauffman, & Steinberg, 2012; Monahan et al., 2009; Monahan, Steinberg, Cauffman, & Mulvey, 2013). Para ello han operacionalizado el concepto de madurez psicosocial con tres componentes y seis indicadores, a través de diferentes cuestionarios de autoinforme. Así para evaluar Responsabilidad utilizaron la escala Responsabilidad Personal del Psychosocial Maturity Inventory o PSMI (Greenberger et al., 1975) compuesta por las sub-escalas de auto-suficiencia, identidad y orientación al trabajo; además, en los estudios desde el año 2009 en adelante incorporan la escala Resistance to Peer Influence (Steinberg & Monahan, 2007) que evalúa la capacidad para resistir a la influencia de los iguales. Para medir Perspectiva utilizaron la sub-escala Consideración de los Otros del cuestionario Weinberger Adjustment Inventory o WAI (Weinberger & Schwartz, 1990) que permite evaluar con qué frecuencia los individuos tienen la perspectiva de los otros en cuenta. Además para evaluar de forma inicial la capacidad de orientación a futuro (Cauffman & Steinberg, 2000) utilizaron la escala Consideration of Future Consequences (Strathman, Gleicher, Boninger, & Edwards, 1994), pero a partir de los estudios del año 2009 en adelante para este aspecto utilizan el Future Outlook Inventory (Cauffman & Woolard, 1999). Finalmente, para evaluar Templanza

usaron las sub-escalas de control de impulsos y autocontrol de comportamiento agresivo del WAI (Weinberger & Schwartz, 1990).

Uno de los primeros estudios de Cauffman y Steinberg (2000) tuvo por objetivo explorar la existencia de patrones que pudieran predecir el cambio en la capacidad de tomar decisiones (madurez de juicio) entre adolescentes y adultos, y de ser así, comprobar si estos patrones tenían relación con los cambios vinculados a la edad con los componentes de la madurez psicosocial (responsabilidad, perspectiva y templanza). Para ello, utilizaron las medidas de autoinforme para los tres componentes de la madurez psicosocial descritas anteriormente, sumando además una medida de toma de decisiones antisociales que les permitió valorar, a través de escenarios hipotéticos, en qué medida los evaluados elegían resolver los dilemas entre acciones antisociales y acciones socialmente aceptadas. Evaluaron a un total de 1.015 personas, divididas en 5 grupos de edad, sujetos pertenecientes a 8vo grado (n = 417, media de 13,7 años), 10mo grado (n = 238, media de 15,5 años), 12vo grado (n = 155, media de 17,5 años), muestra universitaria de menos de 21 años (n = 115, media de 19,4 años), y de 21 años y más (n = 90, media de 25 años). Se encontraron diferencias significativas entre madurez psicosocial, así como en la toma de decisiones antisociales, en relación con la edad. De hecho, la toma de decisiones antisociales estaba más fuertemente influenciada por la madurez psicosocial que por la edad, así para cada rango de edad, y en especial a medida que aumentaban en edad, los sujetos que tenían mayores puntuaciones en madurez psicosocial tenían menos probabilidad de tomar decisiones antisociales. También encontraron que los aumentos en madurez psicosocial parecen estabilizarse a partir de los 19 años. En relación a los componentes específicos, para Perspectiva y Templanza los aumentos en sus puntuaciones se estabilizaban en algún punto entre los 16 y los 19 años, mientras que responsabilidad pareciera tener un desarrollo más gradual que continuaría después de dicho rango de edad. Cabe destacar que se encontraron diferencias significativas de género, con puntuaciones más altas para las mujeres en las escalas Perspectiva, Templanza y Madurez Psicosocial Total, mientras que no existirían diferencias en la escala Responsabilidad.

Otra investigación con datos transversales y que utiliza las medidas del modelo de madurez psicosocial (Cauffman & Steinberg, 2000) fue la desarrollada por Modecki (2008) por medio de cuatro muestras, una de adolescentes de entre 14 y 17 años (n = 136), universitarios entre 18-21 años (n = 255), adultos jóvenes de 22-27 años (n = 145) y adultos de 28-40 años (n = 146). La autora señala que existen diferencias en madurez psicosocial entre los cuatro grupos de edad, siendo la muestra de adolescentes la que presenta menores puntuaciones en las tres escalas, diferencias significativas con todos los grupos de edad en las escalas Responsabilidad y Perspectiva, y solo diferencias significativas con el grupo adulto en el caso de Templanza. Además, incorpora una muestra de adolescentes varones de entre 14-17 años en prisión (n = 91) y los compara sólo con los adolescentes varones (n = 56), no encontrando diferencias en Madurez Psicosocial entre el grupo delincuente y el no delincuente; sin embargo, al reorganizar ambas muestras por una de adolescentes con alto autoinforme de comportamiento delictivo y otra de adolescentes con bajo autoinforme (incluyendo en ambos grupos delinquentes y no delinquentes), emergen diferencias significativas, presentando el grupo delincuente menores medidas en Templanza y Perspectiva.

También se han estudiado, por medio de autoinforme y aplicación de tareas experimentales, los cambios a través del tiempo de la capacidad de resistir la influencia del grupo de iguales, la búsqueda de sensaciones y control de impulsos, y la capacidad de orientación al futuro, cada una de ellas son componentes de los tres aspectos principales del constructo madurez psicosocial (Responsabilidad, Templanza y Perspectiva, respectivamente). Para cada caso los hallazgos muestran que efectivamente existe un crecimiento de éstos aspectos, que va en aumento desde la adolescencia hasta la adultez, confirmando que adolescentes y adultos difieren de forma significativa en dichas dimensiones. En concreto, la capacidad de resistir a la influencia de los iguales aumenta de forma lineal a través de la adolescencia, especialmente entre los 14 y los 18 años, y no muestra diferencias de género (Steinberg & Monahan, 2007), lo mismo ocurre con la orientación a futuro, con la salvedad que las diferencias más significativas se aprecian en adolescentes de hasta 16 años, quienes presentan una menor orientación hacia el futuro

(Steinberg, Graham, et al., 2009). Finalmente, para el caso de la búsqueda de sensaciones ésta tendría un patrón de desarrollo curvilíneo con un aumento entre los 10 y los 15 años, para posteriormente declinar (de acuerdo a las mediciones de autoinforme) o mantenerse estable hasta la adultez (de acuerdo a las mediciones a través de tareas experimentales); mientras que el aumento del control de impulsos (disminución de la impulsividad) presenta un desarrollo lineal que se inicia en la adolescencia y continua hasta bien entrada la adultez temprana (Steinberg et al., 2008). Para todos estos casos, las dimensiones comienzan a desarrollarse hacia mediados de la adolescencia, y continuarán hasta finales de la adolescencia, siguiendo incluso hasta la adultez emergente, cuando lograrán alcanzar los mayores niveles (Steinberg, Cauffman, et al., 2009).

Por el contrario, los cambios a través de la adolescencia y adultez en capacidades cognitivas generales (medidas a través de un conjunto de tests que incluyen aspectos como memoria de trabajo y fluencia verbal) muestran un patrón muy diferente al de la madurez psicosocial y sus componentes. Así, las capacidades cognitivas muestran un desarrollo significativamente menor -en comparación a las de un adulto- en la primera parte de la adolescencia, sin embargo estas diferencias desaparecen después de los 16 años, lo que implica que las capacidades cognitivas se equiparan a las de los adultos ya hacia mediados de la adolescencia (Steinberg, Cauffman, et al., 2009).

Este conjunto de evidencias sugiere que las diferencias de madurez entre adolescentes y adultos dependerán de los aspectos de la madurez que sean necesarios poner en juego en el momento de tomar decisiones; sabemos que a los 16 años las capacidades cognitivas de los adolescentes son equiparables a las de los adultos, pero el funcionamiento psicosocial adolescente, incluso a los 18 años, es significativamente menos maduro que el de las personas a mediados de los 20 años de edad (Steinberg, Cauffman, et al., 2009). Por tanto, los adolescentes a los 16 años serían igual de capaces que los adultos para tomar decisiones de forma madura, pero solo en casos en que el contexto les de espacio para reflexionar de forma lógica y sin apuro, es decir, que no se vean comprometidos en la decisión aspectos más emocionales, como la inminencia de una

recompensa o la presión del grupo de iguales. Steinberg et al. (2009) sugieren que habría tres áreas en que esta definición de tomas de decisiones maduras en adolescentes podrían encajar: en decisiones relativas a temas médicos, decisiones legales y decisiones relativas a participar en estudios de investigación. En cambio, si los adolescentes se ven enfrentados a tomar decisiones en situaciones en las que vean aumentados sus niveles de impulsividad, o donde no les sea posible acceder a consultar su decisión con un experto en el tema o alguien con mayor experiencia que él, o en situaciones en que se encuentren en grupo con la consecuente influencia de los iguales, o ante la ausencia de supervisión adulta, o en que enfrenten opciones que aparentemente tienen una recompensa inmediata y con pocos costos visibles a corto plazo, es muy probable que las decisiones que tomen en estos contextos, hasta al menos los 18 años o más, sean mucho menos maduras que las de los adultos. Además, decisiones tomadas en las situaciones antes descritas, suelen estar asociadas a las formas en que típicamente los adolescentes cometen delitos u otras conductas de riesgo, como relaciones sexuales de riesgo, consumo de drogas y/o alcohol, conducción temeraria, etc. (Steinberg et al., 2009).

Otros hallazgos relevantes relacionados con el desarrollo de la madurez psicosocial han ido de la mano de estudios prospectivos, particularmente a través de adolescentes varones pertenecientes al estudio Pathways to Desistance (Mulvey et al., 2004), llevado a cabo con delincuentes juveniles de las ciudades de Phoenix (n = 565) y Philadelphia (n = 605). En la seguidilla de investigaciones relacionadas a partir de dicho estudio se han utilizado las medidas anteriormente descritas para evaluar madurez psicosocial desde el modelo de Steinberg y Cauffman (1996). La primera investigación realizó el seguimiento de jóvenes desde los 14 a los 22 años, a partir de los cuales construyeron 5 grupos de trayectorias basadas en el comportamiento delictivo de la muestra, a saber: trayectoria de bajo comportamiento antisocial (37,3 %), trayectoria de moderado comportamiento antisocial (18,7 %), trayectoria con *peak* en la adolescencia media (14,6 %), trayectoria en constante desistimiento (23,7 %) y trayectoria persistente (5,7 %). Los resultados indican que aumentos en los dos aspectos que componen Templanza (control de impulsos y supresión de la agresión) estarían ligados al desistimiento del comportamiento antisocial a

lo largo de la transición de la adolescencia a la adultez. Además, aquellos adolescentes con menores niveles de Templanza (coincidente con los jóvenes de la trayectoria persistente) mantendrían puntuaciones menores en dicho componente a lo largo del tiempo. Los autores destacan entre sus hallazgos que, con excepción de la trayectoria persistente, los demás grupos de adolescentes muestran un desarrollo continuado de la madurez psicosocial a medida que van avanzando hacia la adultez, e incluso el grupo persistente logra en algún punto indicadores normativos de madurez psicosocial en ciertos elementos como responsabilidad personal y consideración de los otros (Monahan et al., 2009).

Posteriormente, Monahan et al. (2013) ampliaron el seguimiento del desarrollo de la madurez psicosocial hasta los 25 años de edad. Nuevamente derivaron 5 trayectorias a partir del comportamiento antisocial para explorar diferencias en el desarrollo de la madurez psicosocial entre los adolescentes de la muestra: trayectoria de bajo comportamiento antisocial (37,2 %), trayectoria de moderado comportamiento antisocial (13,5 %), desistimiento temprano (31,3 %), desistimiento tardío (10,5 %) y persistentes (7,5 %). Entre los principales hallazgos se encuentra que los individuos en general muestran un aumento en todos los aspectos de la madurez psicosocial a través del tiempo, pero las tasas de aumento desaceleran en la adultez temprana, esto aportaría evidencia que sostiene que la madurez psicosocial continúa en desarrollo incluso a los 25 años. Además, se encontraron diferentes patrones de desarrollo de la madurez entre aquellas trayectorias que desisten y las que persisten, en concreto, el grupo antisocial persistente evidencia significativamente menor desarrollo de madurez psicosocial que los adolescentes de las trayectorias de bajo comportamiento antisocial, moderado y desistimiento temprano. Además, quienes desisten de forma temprana presentan mayor madurez psicosocial que quienes desisten de forma tardía, esto sugeriría una vinculación entre desistir del comportamiento antisocial y un aumento normativo de la madurez psicosocial.

Dmitrieva et al. (2012) usando también muestra del estudio Pathways to Desistance (Mulvey et al., 2004), compararon los efectos del confinamiento en instalaciones juveniles en el desarrollo de la madurez psicosocial, diferenciando si el objetivo del internamiento era la encarcelación (centros de seguridad) o la rehabilitación (centros residenciales con programas de tratamiento). Los resultados indicaron que la encarcelación en centros de seguridad se asociaba a efectos negativos en el proceso de madurez psicosocial, mostrando disminuciones a corto plazo tanto en templanza como en responsabilidad. Por otro lado, los jóvenes que pasaron más tiempo internados en centros de tratamiento, a lo largo de los 7 años de seguimiento mostraron un enlentecimiento en el desarrollo de la madurez psicosocial.

Un estudio reciente con adolescentes delincuentes y consumidores de drogas, replicando las medidas del modelo de Steinberg para madurez psicosocial, con Templanza entendida como una mezcla de puntuaciones de impulsividad y auto-control, Perspectiva definida en términos de orientación al futuro, y Responsabilidad medida a través de la puntuación de la variable auto-estima, encontró que la madurez psicosocial efectivamente inhibió los problemas de comportamiento, efecto que continuó a través de la adultez emergente. En relación a cada uno de los componentes, fue la Templanza el predictor más robusto de problemas de comportamiento, mientras que Responsabilidad se observó que era la menos importante en relación a comportamiento antisocial durante la adolescencia. Además, se encontró evidencia que apoya la idea que la madurez es un proceso que continúa su desarrollo en años posteriores a la adolescencia, llegando incluso a la adultez emergente (Ozkan & Worrall, 2017).

## 2. JUSTIFICACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN Y OBJETIVOS

Es sabido que la etapa adolescente conlleva un aumento tanto de las conductas de riesgo y entre ellas las de tipo antisocial que, en la mayoría de los casos tendrán un inicio abrupto y no continuaran más allá de esta etapa, declinando una vez iniciada la adultez emergente (Moffitt, 2015, 2018; Rutter et al., 2000). Moffitt (1993) ha planteado que el origen del comportamiento antisocial limitado a la adolescencia estaría vinculado a la brecha temporal que existe entre el completo desarrollo biológico de los adolescentes (capacidades físicas y sexual) y el ejercicio de roles sociales propios del mundo adulto, a la que ha denominado "brecha de madurez". Aquí, el comportamiento antisocial sería una respuesta de parte de los adolescentes como una forma de obtener estatus social que le permitan acceder a beneficios que, por las características de la etapa en que se encuentran, aún no les son de acceso por vías pro-sociales (Aguilar et al., 2000; Galambos et al., 2003; Moffitt, 1993; Vaaranen, 2001; Zebrowitz et al., 1998). Por otro lado, investigaciones actuales remarcan que la adolescencia se ha "alargado", generando una nueva etapa del ciclo vital denominada adultez emergente, esto se explica debido a que en sociedades industrializadas los jóvenes tardan más tiempo en el logro o conquista de los roles definidos como propios de los adultos, entre los cuales se incluyen tres grandes marcadores: la finalización de los estudios superiores, la obtención de un trabajo estable y el mantener relaciones de pareja (Arnett, 2000, 2014). De la misma forma, se ha venido observando que el declive o disminución de los comportamientos antisociales en los jóvenes también se ha alargado, generando cambios en la denominada curva edad-delito, esto podría estar relacionado con el "retraso" generacional en la adquisición de roles adultos, y con que actualmente se alcance más tarde la madurez social (Farrell et al., 2015; Farrington, 2005; Matthews & Minton, 2017; Salvatore et al., 2012; Sweeten et al., 2013; Wensveen et al., 2017).

Como se ha descrito en el marco teórico, existen diversos estudios que han establecido la relación entre los rasgos de personalidad y el comportamiento antisocial, identificando que puntuaciones bajas en los rasgos Amabilidad y Responsabilidad son los

que más evidencia tienen de describir muestras antisociales, así como también puntuaciones altas en Neuroticismo, aunque este último con menor consenso entre los estudios (John et al., 1994; Jolliffe, 2013; Jones et al., 2011; Miller & Lynam, 2001). También se ha observado que bajas puntuaciones en Amabilidad y Responsabilidad permitirían predecir este tipo de comportamientos (Heaven, 1996; Le Corff & Toupin, 2010; Mottus et al., 2012; Steiner et al., 1999), así como aumentos en las puntuaciones de Amabilidad y Responsabilidad, y disminución en las puntuaciones de Neuroticismo y Extraversión se asocian a un perfil de madurez de los rasgos, vinculándose esta configuración al desistimiento del comportamiento antisocial (Blonigen et al., 2010; Morizot & Le Blanc, 2003). Sin embargo, es importante destacar que la mayoría de estos estudios se han realizado con muestras de adultos, y con instrumentos que no se han desarrollado para el trabajo con población adolescente. En este contexto, emerge el interés por el JI-R, un cuestionario de evaluación de personalidad construido específicamente para el trabajo con población de justicia juvenil, y que ha demostrado ser útil en la práctica forense por ventajas como su extensión, ítems de fácil comprensión, y su capacidad tanto de predecir reincidencia (Estevao & Bichuette, 1985; Olver & Stockdale, 2016; Semel, 2016; van de Ven, 2004) como de discriminar entre grupos infractores y no infractores (Allen et al., 2003; Antequera & Andrés-Pueyo, 2008; Estevao & Bichuette, 1985; Graham, 1981; Kunce & Hemphill, 1983; Manzi-Oliveira, 2012; Martin, 1981; Regina, 2008; Wenger, 2010), pero que, sin embargo, es poco conocido, se ha trabajado escasamente en Iberoamérica a nivel clínico y psicométrico, y se desconoce el potencial que podría tener este instrumento para la práctica forense.

Por otro lado, estudios recientes de la mano del equipo de Steinberg y colaboradores han hecho resurgir el interés por el concepto de madurez en la Psicología, específicamente en todo aquello relacionado con los adolescentes y los comportamientos de riesgo de tipo psicosocial, incluyendo el comportamiento antisocial (Cauffman & Steinberg, 2000; Monahan et al., 2009; Ozkan & Worrall, 2017; Steinberg & Cauffman, 1996). Como se ha expuesto en la introducción, la madurez en sí requiere de un abordaje multidimensional, que involucre la maduración a nivel fisiológico relacionado a los

cambios puberales; a nivel cognitivo y emocional, por medio de los cambios estructurales y funcionales a nivel cerebral; psicológicos, por medio de la madurez psicosocial, y también a nivel de integración social y el involucramiento en roles sociales que son apropiados a la edad; aspectos que se han trabajado de manera reciente en estudios estadounidenses, especialmente vinculando la madurez con el comportamiento antisocial, con hallazgos de relevancia que han llevado, por ejemplo, a lograr modificaciones en sanciones penales (como abolir la pena de muerte) en caso de delinquentes juveniles (American Psychological Association, 2004). En España, en cambio, hablar de madurez como constructo psicológico es aún más nuevo, abordándose hasta ahora solo en muestras de adolescentes en contextos escolares (Morales-Vives et al., 2012, 2013, 2014), sin embargo, la relación con comportamiento antisocial aún no se ha explorado.

El presente estudio pretende avanzar en llenar algunos de estos vacíos que se han detectado, en las relaciones entre rasgos de personalidad, la madurez psicológica y el comportamiento antisocial, especialmente ante la ausencia de estudios que aborden esta temática en muestras españolas, además de poner a prueba de forma exploratoria las vinculaciones entre estos constructos.

## **OBJETIVOS**

El objetivo general de este estudio es explorar la relación existente entre los rasgos de personalidad, el comportamiento antisocial y la madurez psicosocial en dos muestras transversales de adolescentes y jóvenes, una de tipo convencional o comunitaria, que va desde los 12 a los 25 años de edad, y otra procedente del sistema de justicia juvenil, con adolescentes de entre 15 y 20 años, ambas muestras de la provincia de Barcelona.

De forma complementaria, se plantean los siguientes objetivos específicos:

2.1. Describir la estructura del Inventario Jesness (JI-R), centrado en medir creencias y actitudes antisociales, en relación al modelo de personalidad de cinco factores (BFPTSQ) y a la madurez psicosocial (MAYAS).

2.1.1. Analizar las diferencias entre muestras convencional y justicia juvenil en BFPTSQ, MAYAS y JI-R.

- 2.1.2. Explorar las relaciones existentes entre los cuestionarios BFPTSQ y MAYAS con el JI-R.
- 2.2. Analizar la relación entre madurez psicosocial, personalidad y la edad en muestras convencional y de justicia juvenil.
  - 2.2.1. Comparar las muestras convencional y de justicia juvenil a partir de los tres grupos de edad creados ad-hoc para la investigación, en las variables de personalidad (BFPTSQ), personalidad, creencias y actitudes antisociales (JI-R) y madurez psicosocial (MAYAS).
  - 2.2.2. Comparar cambios de la madurez psicosocial (MAYAS) entre los tres grupos de edad de la muestra convencional.
- 2.3 Explorar la relación entre madurez psicosocial y comportamiento antisocial autoinformado en muestras convencional y justicia juvenil
  - 2.3.1. Establecer las diferencias entre muestras convencional y justicia juvenil en relación al comportamiento antisocial autoinformado.
  - 2.3.2. Comparar los cambios en el comportamiento antisocial autoinformado entre los tres grupos de edad de la muestra convencional.
  - 2.3.3. Explorar las relaciones existentes entre el comportamiento antisocial autoinformado y las variables de personalidad (BFPTSQ), personalidad, creencias y actitudes antisociales (JI-R) y madurez psicosocial (MAYAS).

### **3. MÉTODO**

#### **3.1. Participantes**

Los participantes del presente estudio se organizan en dos muestras de diferente origen. La primera es la muestra convencional o comunitaria, compuesta por 482 sujetos de ambos sexos (354 mujeres), con una edad media de 19,7 (*DE* = 2,9; *Min.* = 12 / *Máx.* = 25) y pertenecientes a diversas instituciones educativas: Universitat de Barcelona (302), Universitat Rovira i Virgili (70), grupo scout (16) y la Escola Garbí Pere Vergés (35). Además, para conseguir aumentar muestra en el rango de edad más bajo (menores de 18 años), se solicitó colaboración a estudiantes del grado de psicología pertenecientes a la asignatura de Psicología de la violencia para que, por medio de muestreo de "bola de nieve", evaluaran a adolescentes de entre 12 y 17 años de su entorno, con esta estrategia se logró evaluar a 59 adolescentes. Para el tercer objetivo del estudio, la muestra convencional se vio reducida a 145 sujetos, que fueron los que contestaron al Cuestionario de Comportamiento Antisocial autoinformado (CCA). Esta sub-muestra fue también mixta (95 mujeres) con una media de edad de 18,43 años (*DE* = 3,4; *Min* = 13 / *Máx.* = 25).

La segunda muestra fue procedente del sistema de justicia juvenil, con 76 adolescentes de ambos sexos (63 hombres) de una edad media de 17,7 años (*DE* = 1,3; *Min.* = 15 / *Máx.* = 20), y que al momento de la recogida de datos se encontraban cumpliendo sanciones penales en Equipos de Medio Abierto (EMO 1 = 36; EMO 5 = 6) y Centros Educativos (CE Can Lluïa = 17; CE La Alzina = 18). Ambas muestras con domicilio en la provincia de Barcelona.

#### **3.2. Instrumentos**

Para la recogida de datos se aplicó una batería de cuatro instrumentos de autoinforme, administrados en el mismo orden a cada uno de los participantes del estudio. De manera complementaria, se administró al inicio de las evaluaciones una breve

ficha construida ad hoc, en la cual se recogían datos de caracterización sociodemográfica (fecha de nacimiento, sexo, último curso aprobado, ciudad de residencia).

El primer cuestionario utilizado en la evaluación fue el Big Five Personality Trait Short Questionnaire (BFPTSQ; Morizot, 2014), instrumento que evalúa de manera breve los cinco rasgos de personalidad clásicos del modelo de los "cinco grandes". Surge a partir de los ítems originales del BFI (John et al., 2008), que fueron modificados y adaptados para su uso en población adolescente por Morizot (2014). El cuestionario se compone de 50 ítems, 10 para cada uno de los rasgos. El formato de respuesta es una escala Likert de 5 puntos (Totalmente en desacuerdo = 0, Un poco en desacuerdo = 1, Opinión neutra = 2, Un poco de acuerdo = 3, Totalmente de acuerdo = 4), y cada página se inicia con la frase introductoria "Me veo a mi mismo/a como alguien que...". En el presente estudio se utilizó la versión adaptada con población adulta española del BFPTSQ (Martínez & Ortet, 2015), que mostró buenos indicadores de consistencia interna con valores de alfa de Cronbach que van desde ,75 para la escala Responsabilidad a ,87 para la escala Amabilidad. Así como también, buenos indicadores de consistencia temporal, siendo el valor más bajo ,72 para la escala Estabilidad Emocional, y el más alto ,93 para Extraversión, y adecuados indicadores de validez convergente, al correlacionar de manera significativa con las escalas del NEO-PI-R en rangos que van desde ,57 en la escala Amabilidad hasta ,80 en la escala Extraversión. Para los análisis, se utilizó la puntuación bruta de cada una de las escalas.

El segundo cuestionario utilizado fue el Maturity in Youth Assessment Scale (MAYAS; Morales-Vives, Camps y Lorenzo-Seva, sf), evalúa la Madurez Psicológica a través de tres escalas: Autonomía, compuesta por las subescalas Auto-confianza e Identidad, ambos componentes fueron derivados del cuestionario PSYMAS (Morales-Vives et al., 2013). Perspectiva, que evalúa la subescala Orientación al trabajo (medida también derivada del PSYMAS), la subescala Consideración de consecuencias futuras (medida derivada del CFC (Strathman et al., 1994) y la subescala Control de impulsos (medida derivada del WAI (Weinberger & Schwartz, 1990)). Y la escala Templanza, compuesta por dos subescalas de Supresión de la agresión y Consideración de los otros (ambas derivadas

del WAI). Además, permite disponer de una medida general de Madurez Psicológica. El MAYAS de forma complementaria, cuenta con dos escalas de control: Deseabilidad Social y Aquiescencia. El cuestionario completo se compone de 41 ítems con formato de respuesta de escala tipo Likert de 5 opciones (Completamente en desacuerdo = 1, Bastante en desacuerdo = 2, Ni de acuerdo ni en desacuerdo = 3, Bastante de acuerdo = 4 y Completamente de acuerdo = 5). Para los análisis se utilizó la puntuación T de las escalas del cuestionario.

El tercer instrumento fue una versión reducida del Cuestionario de Conducta Antisocial (CCA; Luengo, Otero, Romero, Gómez-Fraguela, & Tavares-Filho, 1999) que consta de 37 ítems con 4 niveles de respuesta que buscan conocer, a través del autoinforme de los jóvenes, la frecuencia en que una serie de conductas antisociales fueron cometidos durante el último año. Los niveles de respuesta son: Nunca, Pocas veces (1-5 veces), Bastantes veces (6-10 veces) y Con frecuencia (más de 10). El CCA arroja puntuación bruta para las escalas Agresión, que cuenta con 8 ítems y una consistencia interna de  $\alpha = ,79$ ; Vandalismo de 6 ítems y un valor  $\alpha = ,77$ ; Conducta contra normas de 8 ítems y un  $\alpha = ,72$ ; Robo con 6 ítems y un  $\alpha = ,48$ ; y Problemas con drogas con 6 ítems y un valor  $\alpha$  Cronbach de ,50. Además, arroja una puntuación general de toda la escala, denominada Conducta Antisocial Global.

El ultimo cuestionario utilizado fue el Inventario Jesness versión Revisada (JI-R; Jesness, 2003) instrumento de autoinforme diseñado originalmente para ser utilizado como herramienta de evaluación y clasificación de delincuentes juveniles. El JI-R es una medida de la personalidad que permite distinguir entre delincuentes y no delincuentes, obtener una clasificación entre 9 tipos de personalidad y proveer de una medida de cambio en las actitudes.

El JI-R se compone de 160 ítems con formato de respuesta de verdadero o falso, y ofrece un total de 10 escalas de personalidad que se identifican como: Desajuste Social (Social Maladjustment; 62 ítems), Valores Subculturales (Value Orientation; 38 ítems), Inmadurez (Immaturity; 29 ítems), Autismo (Autism; 26 ítems), Extrañeza-Alienación (Alienation; 25 ítems), Agresividad-Ira (Manifest Aggression; 31 ítems), Aislamiento

(Withdrawal-Depression; 22 ítems), Ansiedad Social (Social Anxiety; 20 ítems) Represión Emocional (Repression; 14 ítems), Negación (Denial; 19 ítems). A dichas escalas, se suma el denominado Índice Asocial (Asocial Index), que refleja una disposición generalizada de las personas a resolver los problemas personales o sociales de manera tal que muestran un desprecio por las costumbres o normas sociales (Jesness, 2003).

Finalmente, la versión revisada del instrumento cuenta con dos escalas nuevas, la escala de Trastorno Disocial (Conduct Disorder) y la escala de Trastorno Negativista Desafiante (Oppositional Defiant Disorder), ambas resumen los criterios de acuerdo al DSM-IV y permiten asesorar el diagnóstico de dichos trastornos. Además, cuenta con dos escalas de validez, denominadas Mentira (Lie) y Respuestas al Azar (Random Response) (Jesness, 2003).

Para la presente investigación, se utilizó la versión adaptada al español del JI-R para uso exclusivo con fines de investigación del Grupo de Estudios Avanzados en Violencia (GEAV) de la Universidad de Barcelona (Andrés-Pueyo & Antequera, 2006). Para la presente investigación se utilizaron las 10 escalas de personalidad del JI-R, dejando fuera del estudio las escalas de trastornos del DSM-IV, las escalas de validez y las 9 tipologías o tipos de personalidad. Además, para los análisis se utilizó la puntuación bruta de las 10 escalas del JI-R.

### **3.3. Procedimiento**

La recogida de datos de la muestra convencional se realizó una parte de forma online y otra de forma presencial (lápiz y papel). En forma online se recogieron datos tanto en la Universidad de Barcelona como en la Universidad de Rovira i Virgili. En la primera de ellas, luego de solicitar autorización a los responsables universitarios correspondientes, se colgaron los cuestionarios BFPTSQ, MAYAS y JI-R en la página web de MónUB, el portal de los estudiantes de la UB, en el apartado de “Colaboración en estudios de opinión” y se dejó el acceso a todos los estudiantes de la Universidad entre los días 07/12/2015 y 29/04/2016. Posteriormente, se volvió a solicitar colgar los cuestionarios en la misma página web, pero esta vez se agregó el autoinforme de comportamiento

antisocial o CCA, el plazo de recepción de respuestas fue del 20/10/2016 al 28/02/2017. En el caso de la Universidad de Rovira i Virgili, se accedió a estudiantes del grado de psicología, quienes tuvieron acceso al link dónde se alojaban los cuestionarios (BFPTSQ, MAYAS y JI-R).

A todos los participantes que accedieron a los cuestionarios del estudio en formato online, se les aseguró la voluntariedad y anonimato de su participación, y se les solicitó aceptar (previo a contestar los cuestionarios) un consentimiento informado (ver formato en Anexo II). Debido a que el acceso a la muestra online estaba abierto a toda la comunidad de estudiantes, como criterio de inclusión posterior, es decir, una vez recopiladas las respuestas de los cuestionarios, solo se aceptaron aquellos estudiantes que tuviesen hasta 25 años de edad, toda vez que las respuestas de estudiantes de más edad se escapaban del rango de edad de interés de la presente investigación.

Para la muestra convencional perteneciente a la escuela, el grupo scout y los cuestionarios recogidos por los estudiantes de la asignatura Psicología de la violencia, se realizó la administración de los cuestionarios de forma presencial (lápiz y papel), para ello se solicitó autorización a los padres de los adolescentes por medio de firma de consentimiento informado (ver formato en Anexo III), y quienes tenían previa autorización de sus padres o tutores legales, se les invitó a participar de la investigación por medio de aplicaciones grupales de la batería de instrumentos para el caso de la escuela y grupo scout (consentimiento informado adolescentes, cuestionario sociodemográfico, BFPTSQ, MAYAS, CCA y JI-R), y sesiones individuales para los casos evaluados por estudiantes de "Psicología de la Violencia" (consentimiento informado adolescentes, cuestionario sociodemográfico, BFPTSQ, MAYAS y JI-R), garantizando siempre la voluntariedad y anonimato de todos los participantes.

Finalmente, para la muestra de justicia juvenil, se solicitó autorización a la Dirección General de Servicios Penitenciarios, perteneciente al Departamento de Justicia de la Generalitat de Catalunya, para acceder a evaluar adolescentes de ambos sexos que se encontrasen cumpliendo sanciones penales en medio abierto y centros educativos (Anexo I). Los criterios de inclusión para esta muestra fue que tuviesen un nivel mínimo de

comprensión de español (idioma en que se administraron los cuestionarios). La participación de todos los jóvenes fue de forma voluntaria y anónima, lo que quedó respaldado por medio de la firma del consentimiento informado, y para aquellos que eran menores de edad al momento de realizar la evaluación, se solicitó la autorización de los padres o tutores legales de su participación. A todos los adolescentes la autora les administró la batería de instrumentos (consentimiento informado adolescentes, BFPTSQ, MAYAS, CCA y JI-R) de forma presencial e individual, en sesiones que variaron de una a dos horas, en dependencias de los Centros Educativos o de los equipos de medio abierto. De forma complementaria, se accedió a información sociodemográfica y criminológica de cada uno de los adolescentes, por medio del Sistema de Información de Justicia Juvenil (SIJJ) del Departamento de Justicia de la Generalitat de Catalunya.

### **3.4. Análisis de datos**

Los análisis de la presente investigación se realizaron con el programa IBM SPSS Statistics 22, a excepción de los análisis de comparación de medias, los que se llevaron a cabo con el paquete WRS2, desarrollado para el programa estadístico R.

Dentro de la exploración descriptiva de las variables cuantitativas del estudio, se incluyó la descripción de la media, desviación estándar y puntuaciones mínimas y máximas; para las variables cualitativas, se realizaron análisis de frecuencias y prueba z de comparación de proporciones.

Para conocer las relaciones entre variables, principalmente entre las escalas de los cuestionarios BFPTSQ, MAYAS, CCA y JI-R, se utilizaron análisis de correlaciones Rho de Spearman.

Para establecer las diferencias entre dos grupos (comparación de variables de estudio entre muestras convencional y justicia juvenil, diferencias de género, diferencias entre grupos de edad Adolescente y Adolescente Tardío en cada muestra), se utilizó el test de Yuen (y) para dos muestras independientes, método robusto cuyo uso es sugerido cuando las variables de estudio no presentan distribución normal (Mair & Wilcox, 2012),

que fue el caso en la presente investigación. Además, se realizó el cálculo del tamaño del efecto y el intervalo de confianza para cada diferencia de grupo (Wilcox & Tian, 2011). Mientras que para diferencias entre 3 grupos (diferencias en la muestra convencional entre los tres grupos de edad contruidos ad-hoc), se realizó ANOVA con pruebas robustas (Mair & Wilcox, 2012).

También se llevó a cabo un análisis multivariado (MANOVA) para conocer las diferencias entre los grupos de edad contruidos ad-hoc y la madurez psicológica, evaluada a través de las escalas del MAYAS.

## 4. RESULTADOS

### 4.1. Estructura del Inventario Jesness en relación al modelo de personalidad de cinco factores y a la madurez psicosocial

#### 4.1.1. Resultados descriptivos de la muestra

En la tabla 1 se presentan las medias, desviaciones estándar y diferencias por sexo en relación a la edad para la muestra total, así como para las muestras convencional y justicia juvenil. Se aprecian diferencias significativas de edad en relación al sexo tanto para la muestra total ( $y(210,48) = 7,0457$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,43$ ), donde las mujeres tiene una edad media mayor ( $M = 19,99$ ,  $DE = 2,7$ ), como para la muestra convencional ( $y(107,44) = 3,3997$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,33$ ), que también presenta una mayor edad media en las mujeres ( $M = 20,08$ ,  $DE = 2,7$ ). El rango de edad de la muestra total abarca desde los 12 hasta los 25 años, el cual se mantiene en la muestra convencional. Por otro lado, no hay diferencias de sexo en relación a la edad en la muestra de justicia juvenil ( $y(14,98) = 1,107$ ,  $p = 0,285$ ,  $\xi = 0,22$ ), en donde el rango de edad va desde los 15 a los 20 años.

Tabla 1.

*Descriptivos de edad por sexo para muestra total, y para las muestras convencional y la de justicia juvenil*

	Edad			
	<i>n</i>	<i>M (DE)</i>	min - max	Estadístico <i>y</i>
Muestra total				
Hombres	191	18,41 (2,8)	12-25	$y(210,48) = 7,0457^{***}$ , $\xi = 0,43$ , IC = [0,34, 0,52]
Mujeres	367	19,99 (2,7)	13-25	
Total	558	19,45 (2,8)	12-25	
Muestra convencional				
Hombres	128	18,73 (3,2)	12-25	$y(107,44) = 3,3997^{***}$ , $\xi = 0,33$ , IC = [0,21, 0,43]
Mujeres	354	20,08 (2,7)	13-25	
Total	482	19,72 (2,9)	12-25	
Muestra justicia juvenil				
Hombres	63	17,76 (1,3)	15-20	$y(14,98) = 1,107$ , $\xi = 0,22$ , IC = [0,00, 0,83]
Mujeres	13	17,38 (1,4)	15-20	
Total	76	17,70 (1,3)	15-20	

*Nota:*  $y$  = test de Yuen para dos muestras independientes (método robusto),  $\xi$  = tamaño del efecto 0,10 pequeño, 0,30 medio y 0,50 grande (Explanatory measure of effect size, Wilcox y Tian, 2011), IC = Intervalo de confianza.

\* $p < 0,05$  \*\* $p < 0,01$  \*\*\* $p < 0,001$

En relación a la nacionalidad, en la tabla 2 se observa que el 89,8 % de la muestra total es de nacionalidad española. Al dividir los sujetos en las dos muestras, el grupo convencional mantiene la mayoría de origen español (95 %), mientras que el grupo de justicia juvenil presenta una composición diferente, con un 55,8 % de sujetos de nacionalidad española. Así, al utilizar la prueba z de comparación de proporciones, es posible señalar que, para la muestra de justicia juvenil, la proporción de extranjeros es mayor que en la muestra convencional.

Tabla 2.  
*Descriptivos de nacionalidad por sexo para muestra total, y muestras convencional y justicia juvenil*

Muestra total			
Nacionalidad	Hombres % (n)	Mujeres % (n)	Total % (n)
Español	80,6 (154)	94,6 (347)	89,8 (501)
Extranjero	19,4 (37)	5,4 (20)	10,2 (57)
Muestra convencional			
Nacionalidad	Hombres % (n)	Mujeres % (n)	Total % (n)
Español	94,5 (121)	95,2 (337)	95 (458)
Extranjero	5,5 (7)	4,8 (17)	5 (24)
Muestra justicia juvenil			
Nacionalidad	Hombres % (n)	Mujeres % (n)	Total % (n)
Español	51,6 (33)	76,9 (10)	55,8 (43)
Extranjero	48,4 (30)	23,1 (3)	44,2 (33)

La tabla 3 expone los datos descriptivos relacionados al nivel educativo de los participantes. En relación a la muestra total, la escolaridad de los sujetos abarca desde 6to de primaria hasta 4to año de grado de educación universitaria, concentrándose los mayores porcentajes en los niveles educativos universitarios (de 1er a 4to año de grado), datos que se presentan de forma similar para la muestra convencional.

Sin embargo, para la muestra justicia juvenil se aprecian diferencias en la composición de la escolaridad, con mayor concentración en los niveles educativos que van desde 6to de primaria hasta 4to de ESO. No hay sujetos con niveles de escolaridad correspondientes a grado superior, ni para segundo, tercer y cuarto año de grado universitario. A partir de la prueba z de comparación de proporciones, se aprecia que la

muestra justicia juvenil presenta mayor proporción de sujetos con menor nivel educativo, en comparación a la muestra convencional.

Tabla 3.

*Descriptivos de nivel educativo por sexo para muestra total, y muestras convencional y justicia juvenil*

Nivel educativo	Muestra total			Muestra convencional			Muestra justicia juvenil		
	Hombres % (n)	Mujeres % (n)	Total % (n)	Hombres % (n)	Mujeres % (n)	Total % (n)	Hombres % (n)	Mujeres % (n)	Total % (n)
6 primaria	3,8 (7)		1,3 (7)	1,6 (2)		0,4 (2)	9,1 (5)		7,4 (5)
1 ESO	5,5 (10)	0,8 (3)	2,4 (13)	0,8 (1)	0,3 (1)	0,4 (2)	16,4 (9)	15,4 (2)	16,2 (11)
2 ESO	17,5 (32)	6,3 (23)	10 (55)	16,4 (21)	5,6 (20)	8,5 (41)	20 (11)	23,1 (3)	20,6 (14)
3 ESO	13,1 (24)	2,7 (10)	6,2 (34)	6,3 (8)	1,4 (5)	2,7 (13)	29 (16)	38,5 (5)	30,9 (21)
4 ESO	6 (11)	4,9 (18)	5,3 (29)	1,6 (2)	4,5 (16)	3,7 (18)	16,4 (9)	15,4 (2)	16,2 (11)
Grado medio	2,2 (4)	0,3 (1)	0,9 (5)	1,6 (2)		0,4 (2)	3,6 (2)	7,7 (1)	4,4 (3)
Grado superior	2,2 (4)	6,8 (25)	5,3 (29)	3,1 (4)	7,1 (25)	6 (29)			
1 bachillerato	2,2 (4)	0,3 (1)	0,9 (5)	2,3 (3)	0,3 (1)	0,8 (4)	1,8 (1)		1,5 (1)
2 bachillerato	9,3 (17)	13,4 (49)	12 (66)	12,5 (16)	13,8 (49)	13,5 (65)	1,8 (1)		1,5 (1)
1 grado	15,3 (28)	18 (66)	17,1 (94)	21,1 (27)	18,6 (66)	19,3 (93)	1,8 (1)		1,5 (1)
2 grado	7,7 (14)	12 (44)	10,5 (58)	10,9 (14)	12,4 (44)	12 (58)			
3 grado	4,9 (9)	14,2 (52)	11,1 (61)	7 (9)	14,7 (52)	12,7 (61)			
4 grado	10,4 (19)	20,4 (75)	17,1 (94)	14,8 (19)	21,2 (75)	19,5 (94)			

#### 4.1.2. Diferencias entre muestras convencional y justicia juvenil en BFPTSQ, MAYAS y JI-R

La tabla 4 muestra los datos descriptivos de las cinco escalas que componen el BFPTSQ para la muestra total, y para las muestras convencional y justicia juvenil. Para la escala Apertura la muestra convencional presenta un puntaje promedio mayor ( $M = 28,74$ ,  $DE = 6,5$ ) que la muestra justicia juvenil ( $M = 27,65$ ,  $DE = 5,9$ ), sin embargo dichas diferencias no son significativas ( $\chi(64,29) = 1,288$ ,  $p = 0,20$ ,  $\xi = 0,14$ ). En el caso de Extraversión la muestra justicia juvenil presenta un puntaje promedio mayor ( $M = 29,18$ ,  $DE = 7,0$ ) que la muestra convencional ( $M = 25,50$ ,  $DE = 8,0$ ), siendo esta diferencia significativa ( $\chi(65,97) = 3,6649$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = ,31$ ). Para la escala Amabilidad también existen diferencias significativas entre las muestras ( $\chi(59,06) = 2,7984$ ,  $p < 0,01$ ,  $\xi = 0,25$ ), con una media mayor para la muestra convencional ( $M = 27,57$ ,  $DE = 5,9$ , muestra justicia juvenil  $M = 25,64$ ,  $DE = 5,9$ ). La escala Responsabilidad presenta diferencias significativas ( $\chi(65,06) = 2,3511$ ,  $p < 0,05$ ,  $\xi = 0,23$ ) con mayores puntuaciones promedios para la muestra justicia juvenil ( $M = 25,77$ ,  $DE = 6,6$ , muestra convencional  $M = 23,55$ ,  $DE = 7,6$ ).

Finalmente, para la escala Estabilidad Emocional no se aprecian diferencias significativas ( $\chi^2(60,08) = 0,9771$ ,  $p = 0,33$ ,  $\xi = 0,07$ ) entre las muestras convencional ( $M = 19,85$ ,  $DE = 8,3$ ) y justicia juvenil ( $M = 21$ ,  $DE = 7,1$ ).

Tabla 4.  
*Descriptivos del BFPTSQ para la muestra total, convencional y justicia juvenil*

Escalas BFPTSQ	Total		convencional			justicia juvenil			Diferencias muestras
	M (DE)	n	M (DE)	n	min-max	M (DE)	n	min-max	
Apertura	28,6 (6,4)	554	28,74 (6,5)	480	12 - 40	27,65 (5,9)	74	14 - 40	$y(64,29) = 1,288,$ $\xi = 0,14, IC = [0,00, 0,35]$
Extraversión	25,98 (7,9)	552	25,50 (8)	480	3 - 40	29,18 (7)	72	13 - 40	<b><math>y(65,97) = 3,6649^{***},</math></b> $\xi = 0,31, IC = [0,07, 0,51]$
Amabilidad	27,31 (6)	547	27,57 (5,9)	473	8 - 40	25,64 (5,9)	74	12 - 37	<b><math>y(59,06) = 2,7984^{**},</math></b> $\xi = 0,25, IC = [0,05, 0,46]$
Responsabilidad	23,84 (7,5)	548	23,55 (7,6)	475	1 - 40	25,77 (6,6)	73	5 - 39	<b><math>y(65,06) = 2,3511^*,</math></b> $\xi = 0,23, IC = [0,01, 0,41]$
Estabilidad Emocional	20 (8,2)	547	19,85 (8,3)	475	0 - 38	21 (7,1)	72	7 - 36	$y(60,08) = 0,9771,$ $\xi = 0,07, IC = [0,00, 0,34]$

*Nota:*  $y$  = test de Yuen para dos muestras independientes (método robusto),  $\xi$  = tamaño del efecto 0,10 pequeño, 0,30 medio y 0,50 grande (Explanatory measure of effect size, Wilcox y Tian, 2011),  $IC$  = Intervalo de confianza.

\*  $p < 0,05$  \*\*  $p < 0,01$  \*\*\*  $p < 0,001$

Si exploramos las diferencias por sexo para las escalas del BFPTSQ, en la tabla 5 se observa que para la muestra convencional existen diferencias estadísticamente significativas para las escalas Amabilidad ( $\chi(107,46) = 2,8825, p < 0,05, \xi = 0,23$ ) con una puntuación media mayor para las mujeres ( $M = 28,15, DE = 5,6$ , hombres  $M = 25,90, DE = 6,6$ ), Responsabilidad ( $\chi(130,71) = 3,1287, p < 0,01, \xi = 0,22$ ) también con un mayor puntaje medio mayor para las mujeres ( $M = 24,29, DE = 7,6$ , hombres  $M = 21,42, DE = 7,4$ ), y Estabilidad Emocional ( $\chi(151,4) = 4,6968, p < 0,001, \xi = 0,31$ ) en la que, a diferencia de las anteriores, son los hombres quienes puntúan de media más alto ( $M = 22,35, DE = 8,0$ , mujeres  $M = 18,96, DE = 8,3$ ). Por otro lado, en la muestra de justicia juvenil las diferencias estadísticamente significativas entre ambos sexo son observables en la escala Extraversión ( $\chi(12,67) = 4,8872, p < 0,001, \xi = 0,67$ ), con una media mayor para las mujeres ( $M = 34, DE = 7,5$ , hombres  $M = 28,31, DE = 6,6$ ), y en la escala Estabilidad Emocional ( $\chi(14,02) = 2,7743, p < 0,05, \xi = 0,48$ ), con un puntaje promedio mayor para los hombres de la muestra ( $M = 21,85, DE = 6,9$ , mujeres  $M = 17,15, DE = 6,5$ ).

Tabla 5.

*Descriptivos por sexo del BFPTSQ para muestras convencional y justicia juvenil*

Escalas BFPTSQ	convencional				Diferencias sexo convencional	justicia juvenil				Diferencias sexo justicia juvenil
	Hombres		Mujeres			Hombres		Mujeres		
	M (DE)	n	M (DE)	n		M (DE)	n	M (DE)	n	
Apertura	28,35 (6,5)	127	28,88 (6,4)	353	$y(122,8) = 0,7281,$ $\xi = 0,05, IC = [0,00,$ $0,15]$	27,66 (5,8)	61	27,61 (6,8)	13	$y(12,4) = 0,1541,$ $\xi = 0,14, IC = [0,00,$ $0,59]$
Extraversión	25,85 (8,7)	127	25,37 (7,8)	353	$y(131,98) = 1,2561,$ $\xi = 0,10, IC = [0,00,$ $0,20]$	28,31 (6,6)	61	34 (7,5)	11	<b><math>y(12,67) = 4,8872^{***},</math></b> $\xi = 0,67, IC = [0,11,$ $0,96]$
Amabilidad	25,90 (6,6)	123	28,15 (5,6)	350	<b><math>y(107,46) = 2,8825^*,</math></b> $\xi = 0,23, IC = [0,13,$ $0,34]$	25,69 (5,8)	61	25,38 (6,3)	13	$y(10,37) = 0,5313,$ $\xi = 0,14, IC = [0,00,$ $0,60]$
Responsabilidad	21,42 (7,4)	122	24,29 (7,6)	353	<b><math>y(130,71) = 3,1287^{**},</math></b> $\xi = 0,22, IC = [0,12,$ $0,32]$	26,18 (6,7)	60	23,84 (6,1)	13	$y(15,39) = 1,8785,$ $\xi = 0,32, IC = [0,00,$ $0,82]$
Estabilidad Emocional	22,35 (8,0)	125	18,96 (8,3)	350	<b><math>y(151,4) = 4,6968^{***},</math></b> $\xi = 0,31, IC = [0,23,$ $0,42]$	21,85 (6,9)	59	17,15 (6,5)	13	<b><math>y(14,02) = 2,7743^*,</math></b> $\xi = 0,48, IC = [0,06,$ $0,86]$

*Nota:*  $y$  = test de Yuen para dos muestras independientes (método robusto),  $\xi$  = tamaño del efecto 0,10 pequeño, 0,30 medio y 0,50 grande (Explanatory measure of effect size, Wilcox y Tian, 2011), *IC* = Intervalo de confianza.

\*  $p < 0,05$  \*\*  $p < 0,01$  \*\*\*  $p < 0,001$

La tabla 6 contiene datos descriptivos de las escalas del Inventario Jesness Revisado (JI-R) para la muestra total, y para las muestras convencional y justicia juvenil. Para la escala Desajuste social o SM la muestra de justicia juvenil presenta un puntaje promedio mayor ( $M = 31,84$ ,  $DE = 9,1$ ) que la muestra convencional ( $M = 18,95$ ,  $DE = 7,4$ ), siendo estas diferencias estadísticamente significativas ( $\chi(47,64) = 10,0601$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,81$ ). Lo mismo ocurre para las escalas OV o Valores subculturales (justicia juvenil  $M = 19,41$ ,  $DE = 5,7$ , convencional  $M = 11,92$ ,  $DE = 5,6$ ,  $\chi(54,12) = 8,6161$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,72$ ), IM o Inmadurez (justicia juvenil  $M = 15,58$ ,  $DE = 3,9$ , convencional  $M = 10,12$ ,  $DE = 4,0$ ,  $\chi(73,48) = 13,3682$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,75$ ), AU o Autismo (justicia juvenil  $M = 11,95$ ,  $DE = 3,6$ , convencional  $M = 8,05$ ,  $DE = 3,8$ ,  $\chi(60,03) = 8,9312$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,65$ ), AL o Extrañeza-Alienación (justicia juvenil  $M = 13,19$ ,  $DE = 3,7$ , convencional  $M = 8,03$ ,  $DE = 3,4$ ,  $\chi(55,97) = 10,8426$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,75$ ), MA o Agresividad-Ira (justicia juvenil  $M = 16,06$ ,  $DE = 5,9$ , convencional  $M = 10,78$ ,  $DE = 4,9$ ,  $\chi(51,11) = 6,549$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,59$ ), y para la escala INDEX o Índice Asocial (justicia juvenil  $M = 24,53$ ,  $DE = 6,2$ , convencional  $M = 15,80$ ,  $DE = 4,9$ ,  $\chi(44,39) = 9,5927$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,82$ ). Por otro lado, para la escala SA o Ansiedad Social es la muestra convencional ( $M = 11,31$ ,  $DE = 3,7$ ) la que obtiene mayores puntuaciones en comparación a justicia juvenil ( $M = 10,47$ ,  $DE = 2,8$ ), diferencia que es estadísticamente significativa ( $\chi(83,68) = 2,3628$ ,  $p < 0,05$ ,  $\xi = 0,19$ ); lo mismo ocurre con la escala DEN o Negación (convencional  $M = 12,230$ ,  $DE = 3,4$ , justicia juvenil  $M = 10,65$ ,  $DE = 3$ ,  $\chi(62,23) = 3,6128$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,34$ ). Finalmente, las diferencias no son estadísticamente significativas entre las muestras para las escalas WD o Aislamiento ( $\chi(57,25) = 1,3799$ ,  $p = 0,17$ ,  $\xi = 0,13$ ) y REP o Represión Emocional ( $\chi(54,18) = 0,8802$ ,  $p = 0,38$ ,  $\xi = 0,10$ ).

Tabla 6.

*Descriptivos de escalas del JI-R para muestra total, muestras convencional y justicia juvenil*

Escalas JI-R	Total		Convencional			Justicia juvenil			Diferencias muestras
	M (DE)	n	M (DE)	n	min-max	M (DE)	n	min-max	
SM	20,69 (8,8)	518	18,95 (7,4)	448	3 - 45	31,84 (9,1)	70	13 - 48	$\chi(47,64) = 10,0601^{***}$ , $\xi = 0,81$ , IC = [0,69, 0,92]
OV	12,94 (6,1)	521	11,92 (5,6)	450	2 - 29	19,41 (5,7)	71	8 - 31	$\chi(54,12) = 8,6161^{***}$ , $\xi = 0,72$ , IC = [0,59, 0,88]

Escala	Total		Convencional			Justicia juvenil			Diferencias muestras
	M (DE)	n	M (DE)	n	min-max	M (DE)	n	min-max	
IM	10,88 (4,4)	519	10,12 (4,0)	447	0 - 24	15,58 (3,9)	72	7 - 24	$\gamma(72,48) = 13,3682^{***}$ , $\xi = 0,75$ , IC = [0,61, 0,88]
AU	8,60 (3,9)	523	8,05 (3,8)	450	1 - 19	11,95 (3,6)	73	2 - 21	$\gamma(60,03) = 8,9312^{***}$ , $\xi = 0,65$ , IC = [0,48, 0,83]
AL	8,75 (3,9)	520	8,03 (3,4)	448	0 - 18	13,19 (3,7)	72	4 - 20	$\gamma(55,97) = 10,8426^{***}$ , $\xi = 0,75$ , IC = [0,63, 0,89]
MA	11,50 (5,4)	521	10,78 (4,9)	450	1 - 26	16,06 (5,9)	71	5 - 28	$\gamma(51,11) = 6,549^{***}$ , $\xi = 0,59$ , IC = [0,41, 0,78]
WD	11,01 (3,1)	525	10,95 (3,1)	455	4 - 20	11,40 (3,2)	70	6 - 21	$\gamma(57,25) = 1,3799$ , $\xi = 0,13$ , IC = [0,00, 0,38]
SA	11,19 (3,6)	521	11,31 (3,7)	449	2 - 20	10,47 (2,8)	72	4 - 16	$\gamma(83,68) = 2,3628^*$ , $\xi = 0,19$ , IC = [0,01, 0,43]
REP	4,81 (2,4)	525	4,87 (2,4)	452	0 - 12	4,4 (2,4)	73	0 - 9	$\gamma(54,18) = 0,8802$ , $\xi = 0,10$ , IC = [0,00, 0,32]
DEN	12,02 (3,4)	528	12,23 (3,4)	457	4 - 19	10,65 (3,0)	71	4 - 17	$\gamma(62,23) = 3,6128^{***}$ , $\xi = 0,34$ , IC = [0,09, 0,57]
INDEX	16,94 (5,9)	509	15,80 (4,9)	443	2 - 34	24,53 (6,2)	66	10 - 35	$\gamma(44,39) = 9,5927^{***}$ , $\xi = 0,82$ , IC = [0,70, 0,94]

Nota: SM = Desajuste social, OV = Valores subculturales, IM = Inmadurez, AU = Autismo, AL = Extrañeza-alienación, MA = Agresividad, WD = Aislamiento, SA = Ansiedad Social, REP = Represión Emocional, DEN = Negación, INDEX = Índice Asocial,  $\gamma$  = test de Yuen para dos muestras independientes (método robusto),  $\xi$  = tamaño del efecto 0,10 pequeño, 0,30 medio y 0,50 grande (Explanatory measure of effect size, Wilcox y Tian, 2011), IC = Intervalo de confianza.

\* $p < 0,05$  \*\* $p < 0,01$  \*\*\* $p < 0,001$

En cuanto a las diferencias por sexo para las escalas del JI-R en la muestra convencional, en la tabla 7 se pueden observar diferencias estadísticamente significativas para las escalas SM ( $\gamma(113,05) = 2,4632$ ,  $p < 0,05$ ,  $\xi = 0,20$ ), OV ( $\gamma(107,54) = 2,4325$ ,  $p < 0,05$ ,  $\xi = 0,18$ ) e INDEX ( $\gamma(106) = 3,229$ ,  $p < 0,01$ ,  $\xi = 0,26$ ), obteniendo en todos estos casos los hombres las mayores puntuaciones promedio (SM hombres  $M = 20,41$ ,  $DE = 8,2$ , mujeres  $M = 18,46$ ,  $DE = 7,1$ ; OV hombres  $M = 12,90$ ,  $DE = 6,1$ , mujeres  $M = 11,59$ ,  $DE = 5,3$ ; INDEX hombres  $M = 17,25$ ,  $DE = 5,5$ , mujeres  $M = 15,32$ ,  $DE = 4,6$ ). En cambio, para la muestra de justicia juvenil la única diferencia significativa se observó para la escala REP ( $\gamma(15,76) = 2,4794$ ,  $p < 0,05$ ,  $\xi = 0,43$ ), con un puntaje promedio mayor para los hombres ( $M = 4,66$ ,  $DE = 2,5$ , mujeres  $M = 3,33$ ,  $DE = 1,8$ ).

Tabla 7.

*Descriptivos por sexo del JI-R para muestras convencional y justicia juvenil*

Escalas JI-R	Convencional				Diferencias sexo convencional	Justicia Juvenil				Diferencias sexo justicia juvenil
	Hombres		Mujeres			Hombres		Mujeres		
	M (DE)	n	M (DE)	n		M (DE)	n	M (DE)	n	
SM	20,41 (8,2)	113	18,46 (7,1)	335	<b>y (113,05) = 2,4632*</b> , ξ = 0,20, IC = [0,07, 0,30]	32,12 (9,4)	60	30,20 (8,2)	10	y (6,38) = 0,772, ξ = 0,30, IC = [0,00, 0,79]
OV	12,90 (6,1)	116	11,59 (5,3)	334	<b>y (107,54) = 2,4325*</b> , ξ = 0,18, IC = [0,08, 0,31]	19,53 (5,8)	60	18,73 (5,6)	11	y (9,37) = 0,4535, ξ = 0,17, IC = [0,00, 0,67]
IM	10,31 (4,3)	114	10,06 (3,9)	333	y (100,18) = 0,8636 ξ = 0,08, IC = [0,00, 0,18]	15,60 (3,9)	60	15,50 (4,1)	12	y (8,65) = 0,092, ξ = 0,11, IC = [0,00, 0,64]
AU	8,50 (3,8)	115	7,90 (3,7)	335	y (102,62) = 1,5454, ξ = 0,12, IC = [0,00, 0,23]	12,05 (3,7)	61	11,42 (3,1)	12	y (12,35) = 0,4371, ξ = 0,14, IC = [0,00, 0,61]
AL	8,40 (3,8)	114	7,90 (3,2)	334	y (122,22) = 1,435, ξ = 0,10, IC = [0,00, 0,22]	13,16 (3,7)	61	13,36 (3,7)	11	y (9,25) = 0,4582, ξ = 0,15, IC = [0,00, 0,61]
MA	11,03 (5,2)	116	10,70 (4,9)	334	y (108,84) = 0,8878, ξ = 0,07, IC = [0,00, 0,17]	16,00 (6,1)	59	16,33 (5,2)	12	y (11,44) = 0,5465, ξ = 0,16, IC = [0,00, 0,66]
WD	10,42 (3,2)	118	11,13 (3,1)	337	y (141,35) = 1,933, ξ = 0,15, IC = [0,00, 0,25]	11,22 (3,2)	58	12,25 (3,0)	12	y (9,67) = 1,229, ξ = 0,26, IC = [0,00, 0,70]
SA	10,81 (3,4)	114	11,47 (3,7)	335	y (126,53) = 1,2103, ξ = 0,10, IC = [0,00, 0,21]	10,28 (2,7)	60	11,42 (3,3)	12	y (9,2) = 0,9748, ξ = 0,28, IC = [0,00, 0,72]
REP	5,10 (2,5)	117	4,79 (2,4)	335	y (126,13) = 1,5736, ξ = 0,13, IC = [0,00, 0,24]	4,66 (2,5)	61	3,33 (1,8)	12	<b>y (15,76) = 2,4794*</b> ξ = 0,43, IC = [0,03, 0,85]
DEN	12,18 (3,5)	119	12,24 (3,4)	338	y (149,56) = 0,4296, ξ = 0,05, IC = [0,00, 0,15]	10,78 (3,0)	59	10,00 (3,2)	12	y (11,7) = 0,3179, ξ = 0,14, IC = [0,00, 0,64]
INDEX	17,25 (5,5)	110	15,32 (4,6)	333	<b>y (106) = 3,229**</b> , ξ = 0,26, IC = [0,16, 0,37]	24,95 (6,2)	56	22,20 (5,4)	10	y (8,8) = 1,6505, ξ = 0,42, IC = [0,00, 0,88]

Nota: SM = Desajuste social, OV = Valores subculturales, IM = Inmadurez, AU = Autismo, AL = Extrañeza-alienación, MA = Agresividad-ira, WD = Aislamiento, SA = Ansiedad Social, REP = Represión Emocional, DEN = Negación, INDEX = Índice Asocial, y = test de Yuen para dos muestras independientes (método robusto), ξ = tamaño del efecto 0,10 pequeño, 0,30 medio y 0,50 grande (Explanatory measure of effect size, Wilcox y Tian, 2011), IC = Intervalo de confianza.

\*p < 0,05 \*\*p < 0,01 \*\*\*p < 0,001

La tabla 8 contiene datos descriptivos de las escalas del MAYAS para la muestra total, y para las muestras convencional y justicia juvenil. Para la escala Autonomía la muestra de justicia juvenil presenta un puntaje promedio mayor ( $M = 54,53$ ,  $DE = 9,7$ ) que la muestra convencional ( $M = 49,06$ ,  $DE = 10,5$ ), siendo estas diferencias estadísticamente significativas ( $y(62,85) = 3,9879$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,37$ ). Lo mismo ocurre para la escala Aquiescencia (justicia juvenil  $M = 61,94$ ,  $DE = 15,7$ , convencional  $M = 54,27$ ,  $DE = 11,2$ ,  $y(49,9) = 2,9894$ ,  $p < 0,01$ ,  $\xi = 0,34$ ). Por otro lado, la escala Templanza muestra puntuaciones mayores para la muestra convencional ( $M = 50,86$ ,  $DE = 10,4$ ) versus justicia

juvenil ( $M = 46,15$ ,  $DE = 13,7$ ) con diferencias que alcanzan nivel de significancia estadística ( $y(54,98) = 3,0256$ ,  $p < 0,01$ ,  $\xi = 0,27$ ), lo mismo ocurre con Deseabilidad Social (convencional  $M = 50,74$ ,  $DE = 11,2$ , justicia juvenil  $M = 42,41$ ,  $DE = 15,4$ ,  $y(55,02) = 3,5677$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,38$ ). Finalmente, no se aprecian diferencias significativas entre las muestras para la escala Perspectiva ( $y(77,46) = 1,4831$ ,  $p = 0,14$ ,  $\xi = 0,13$ ) ni para Madurez Total ( $y(59,38) = 0,6261$ ,  $p = 0,53$ ,  $\xi = 0,06$ ).

Tabla 8.  
*Descriptivos de escalas del MAYAS para muestra total, muestras convencional y justicia juvenil*

Escalas MAYAS	Total		Convencional			Justicia juvenil			Diferencias
	M (DE)	n	M (DE)	n	min-max	M (DE)	n	min-max	
Autonomía	49,81 (10,5)	558	49,06 (10,5)	482	21,4- 84,9	54,53 (9,7)	76	28,6- 72,5	<b><math>y(62,85) = 3,9879^{***}</math></b> , $\xi = 0,37$ , IC = [0,11, 0,58]
Perspectiva	50,1 (10,7)	558	49,89 (10,9)	482	23,3-87	51,37 (9,3)	76	21-75,4	$y(77,46) = 1,4831$ , $\xi = 0,13$ , IC = [0,00, 0,36]
Templanza	50,22 (11,0)	558	50,86 (10,4)	482	13,2- 80,2	46,15 (13,7)	76	14,8- 78,6	<b><math>y(54,98) = 3,0256^{**}</math></b> , $\xi = 0,27$ , IC = [0,07, 0,50]
Aquiescencia	55,32 (12,3)	558	54,27 (11,2)	482	26,6- 89,8	61,94 (15,7)	76	34,9- 89,9	<b><math>y(49,9) = 2,9894^{**}</math></b> , $\xi = 0,34$ , IC = [0,13, 0,55]
Deseabilidad Social	49,61 (12,2)	558	50,74 (11,2)	482	12,4- 89,7	42,41 (15,4)	76	10,2- 79,6	<b><math>y(55,02) = 3,5677^{***}</math></b> , $\xi = 0,38$ , IC = [0,15, 0,63]
Madurez Total	50,04 (6,8)	558	49,94 (6,7)	482	33,1- 73,2	50,68 (7,6)	76	33,1- 70,1	$y(59,38) = 0,6261$ , $\xi = 0,06$ , IC = [0,00, 0,30]

Nota:  $y$  = test de Yuen para dos muestras independientes (método robusto),  $\xi$  = tamaño del efecto 0,10 pequeño, 0,30 medio y 0,50 grande (Explanatory measure of effect size, Wilcox y Tian, 2011), IC = intervalo de confianza.  
 $p < 0,05$   $^{**} p < 0,01$   $^{***} p < 0,001$

Finalmente, en la tabla 9 se presentan los análisis descriptivos para las escalas del MAYAS para cada muestra, explorando además las diferencias por sexo, no encontrándose diferencias estadísticamente significativas entre las escalas a partir de dicha variable en ninguna de las muestras estudiadas.

Tabla 9.  
*Descriptivos por sexo del MAYAS para muestras convencional y justicia juvenil*

Escalas MAYAS	Convencional		Diferencias sexo convencional		Justicia Juvenil		Diferencias sexo justicia juvenil			
	Hombres M (DE)	Mujeres n (DE)	M	n	Hombres M (DE)	Mujeres n (DE)	M	n		
Autonomía	49,32 (11,1)	128	48,97 (10,3)	354	$\gamma$ (140,32) = 0,118, $\xi$ = 0,03, IC = [0,00, 0,11]	54,97 (9,8)	63	52,38 (9,1)	13	$\gamma$ (14,15) = 0,666, $\xi$ = 0,19, IC = [0,00, 0,75]
Perspectiva	50,68 (11,6)	128	49,61 (10,7)	354	$\gamma$ (150,72) = 1,082, $\xi$ = 0,08, IC = [0,00, 0,18]	51,57 (9,8)	63	50,43 (6,7)	13	$\gamma$ (13,55) = 0,999, $\xi$ = 0,23, IC = [0,00, 0,75]
Templanza	49,29 (10,9)	128	51,43 (10,1)	354	$\gamma$ (126,07) = 1,811, $\xi$ = 0,13, IC = [0,00, 0,23]	46,02 (13,1)	63	46,77 (16,9)	13	$\gamma$ (9,92) = 0,068, $\xi$ = 0,10, IC = [0,00, 0,68]
Aquiescencia	54,84 (11,9)	128	54,1 (11,1)	354	$\gamma$ (140,29) = 0,326, $\xi$ = 0,03, IC = [0,00, 0,12]	63,29 (15,2)	63	55,38 (17,1)	13	$\gamma$ (11,72) = 1,681, $\xi$ = 0,39, IC = [0,00, 0,84]
Deseabilidad Social	52,18 (12,6)	128	50,22 (10,7)	354	$\gamma$ (140,12) = 1,021, $\xi$ = 0,07, IC = [0,00, 0,17]	42,33 (14,4)	63	42,79 (20,3)	13	$\gamma$ (9,45) = 0,255, $\xi$ = 0,09, IC = [0,00, 0,62]
Madurez Total	49,76 (6,8)	128	50 (6,7)	354	$\gamma$ (151,92) = 0,367, $\xi$ = 0,03, IC = [0,00, 0,13]	50,8 (7,5)	63	49,86 (8,4)	13	$\gamma$ (9,42) = 0,587, $\xi$ = 0,19, IC = [0,00, 0,75]

Nota:  $\gamma$  = test de Yuen para dos muestras independientes (método robusto),  $\xi$  = tamaño del efecto 0,10 pequeño, 0,30 medio y 0,50 grande (Explanatory measure of effect size, Wilcox y Tian, 2011), IC = Intervalo de confianza.  
 $p < 0,05$  \*\*  $p < 0,01$  \*\*\*  $p < 0,001$

#### 4.1.3. Estructura del JI-R y su relación con BFPTSQ y MAYAS

Para explorar la estructura del JI-R se calculó la consistencia interna para cada escala del cuestionario, en la tabla 10 se observa que, para la muestra convencional, siete de las escalas presentan valores dentro de los rangos adecuados de consistencia interna (Oviedo Celina & Campo-Arias, 2005), con alfas que varían entre ,70 para las escalas Autismo y Ansiedad Social, y ,82 para la escala Desajuste Social. Por otro lado, las escalas Extrañeza-alienación, Aislamiento y Represión Emocional presentaron valores alfa por debajo de ,70, lo que indicaría una baja consistencia interna, sin embargo, al comparar estos valores con los obtenidos por los autores del test en el proceso de construcción de las normas para EE.UU. (Jesness, 2003), se observan que estas escalas también obtuvieron

menores indicadores de consistencia interna. En cambio, para la muestra de justicia juvenil, solo las escalas Desajuste Social, Valores Subculturales y Agresividad-ira obtuvieron buenos indicadores de consistencia interna, con valores alfa que van desde ,86 a ,79. Las demás escalas obtienen valores de baja consistencia interna (entre ,65 y ,50), sin embargo, si se compara con los valores alfa obtenidos por los y las adolescentes delincuentes de la muestra para la estandarización del JI-R (Jesness, 2003), se aprecia que ellos también obtuvieron valores más bajos de consistencia interna, en comparación a la muestra no delincente.

Tabla 10.

*Fiabilidad de consistencia interna (Coeficiente de alfa) de las escalas del JI-R en muestra convencional y justicia juvenil, comparadas con fiabilidad muestra original del test.*

	Nº elementos (ítems)	Muestra convencional	No delincuentes normas JI-R (Jesness, 2003)	Muestra justicia juvenil	Adolescentes delincuentes (mujeres) normas JI-R (Jesness, 2003)	Adolescentes delincuentes (hombres) normas JI-R (Jesness, 2003)
Desajuste social	62	,82	,91	,86	,90	,87
Valores subculturales	38	,81	,88	,79	,86	,85
Inmadurez	29	,71	,83	,64	,74	,73
Autismo	26	,70	,76	,62	,77	,66
Extrañeza- alienación	25	,67	,74	,65	,83	,76
Agresividad- ira	31	,81	,86	,84	,86	,84
Aislamiento	22	,61	,66	,58	,60	,66
Ansiedad Social	20	,70	,76	,50	,77	,72
Represión Emocional	14	,58	,61	,59	,66	,65
Negación	19	,71	,76	,59	,73	,68

Para conocer la relación entre las escalas del BFPTSQ y el JI-R se calculó el coeficiente Rho de Spearman (tabla 11), en negrita se marcan las correlaciones a partir de un tamaño de efecto relativamente grande, lo que de acuerdo al estudio de Gignac y

Szodorai (2016) para estudios relativos a diferencias individuales, sería a partir de correlaciones de 0,30. En cuanto a la relación entre la escala Apertura con las escalas del JI-R, las correlaciones fueron en su mayoría negativas, con excepción de Represión Emocional (Rep) y Negación (Den), lo que indicó una relación indirecta con dichas escalas. El tamaño del efecto de las escalas osciló entre relativamente pequeño (SM, OV, AL, MA, SA, REP y DEN) y medio (IM).

La escala Extraversión correlacionó con tamaño de efecto medio y de positiva con la escala DEN, y forma negativa con la escala WD. Así mismo se apreció un nivel de asociación fuerte e indirecto con la escala SA.

En cuanto a Amabilidad, ésta correlacionó de forma significativa con todas las escalas del JI-R, en específico, con las escalas WD y SA se observó un nivel de asociación relativamente pequeño y una relación negativa, con las escalas AL e INDEX una asociación media y una relación negativa, mientras que con DEN una relación positiva. Finalmente, con las escalas SM, OV, IM, AU y MA se observó una relación negativa con tamaño del efecto relativamente grande, así como una relación positiva con la escala REP.

La escala Responsabilidad del BFPTSQ también correlación de forma significativa con todas las escalas del JI-R, apreciándose un nivel de asociación relativamente pequeño y una direccionalidad negativa con las escalas AL, SA e INDEX, y positiva con REP. Por otro lado, con las escalas SM, IM, AU, MA y WD correlacionó con un tamaño de efecto medio y una asociación negativa, y con la escala DEN de forma positiva. Por último, se observó una correlación relativamente grande e indirecta con la escala OV.

De igual forma que las escalas anteriores, Estabilidad Emocional correlacionó de forma significativa con el JI-R, con un nivel de asociación pequeño y direccionalidad negativa con la escala INDEX, mientras que con las escalas SM, OV, AU y AL, el tamaño del efecto fue medio y la direccionalidad de la relación fue también negativa, en cambio para REP la relación fue positiva. Con las escalas IM, MA, WD y SA, Estabilidad Emocional correlacionó de forma indirecta y con tamaño del efecto grande, mientras que con la escala DEN la asociación también fue de tamaño grande, pero la dirección positiva.

Tabla 11.

*Correlaciones Rho de Spearman entre escalas del JI-R y BFPTSQ*

Escalas JI-R	Escalas BFPTSQ				
	Apertura	Extraversión	Amabilidad	Responsabilidad	Estabilidad Emocional
SM	-,104*	-,004	<b>-,327**</b>	-,236**	-,285**
OV	-,151**	-,055	<b>-,332**</b>	<b>-,301**</b>	-,274**
IM	-,247**	-,036	<b>-,302**</b>	-,213**	<b>-,355**</b>
AU	-,044	,005	<b>-,347**</b>	-,245**	-,270**
AL	-,153**	,052	-,266**	-,154**	-,216**
MA	-,175**	-,006	<b>-,394**</b>	-,295**	<b>-,372**</b>
WD	-,019	-,233**	-,153**	-,208**	<b>-,491**</b>
SA	-,092*	<b>-,456**</b>	-,125**	-,154**	<b>-,531**</b>
REP	,152**	,064	<b>,345**</b>	,195**	,273**
DEN	,152**	,242**	,275**	,218**	<b>,395**</b>
INDEX	-,009	,087	-,243**	-,198**	-,126**

*Nota:* SM = Desajuste social, OV = Valores subculturales, IM = Inmadurez, AU = Autismo, AL = Extrañeza-alienación, MA = Agresividad-ira, WD = Aislamiento, SA = Ansiedad Social, REP = Represión Emocional, DEN = Negación, INDEX = Índice Asocial, N = 567, Correlación Rho de Spearman. En negrita correlaciones con tamaño de efecto relativamente grande (0,30 en adelante, Gignac y Szodorai, 2016).

\* $p < 0,05$  \*\* $p < 0,01$

También se calcularon las correlaciones entre las escalas del MAYAS y el JI-R, para explorar la relación entre ambos instrumentos, y en la tabla 12 se puede observar que la escala Autonomía correlacionó de forma negativa y con tamaño de efecto pequeño con las escalas SM, OV, IM, AU y MA; la escala REP se asoció positivamente y con un tamaño de efecto medio; mientras que las escalas WD y SA mostraron un nivel de asociación grande e indirecto, y la escala DEN una asociación positiva.

En cuanto a la escala Perspectiva, se observó una asociación pequeña y negativa con las escalas SM, OV, IM, MA y WD.

La escala Templanza correlacionó de manera negativa y con un grado de asociación pequeña con la escala INDEX; por otro lado, las escalas SM, AU y AL, correlacionaron con un tamaño medio y una direccionalidad de la asociación negativa, mientras que para la escala DEN la direccionalidad fue positiva. Correlaciones de tamaño grande y direccionalidad negativa se apreció con las escalas OV, IM y MA, y positiva con la escala REP.

Madurez Total correlacionó de forma significativa con todas las escalas del JI-R. Con un tamaño pequeño y direccionalidad negativa se asoció con la escala INDEX; mientras que con las escalas SM, AU y AL se mantuvo la direccionalidad, pero el tamaño de asociación fue medio. Un tamaño grande de correlación y dirección negativa se observó con las escalas OV, IM, MA, WD y SA, mientras que con las escalas REP y DEN la dirección de la asociación fue positiva.

Finalmente, en relación a las escalas de control del MAYAS, Aquiescencia presentó correlaciones directas y de tamaño de efecto pequeño con las escalas IM, MA, REP e INDEX, e indirectas con DEN. Por otro lado, con las escalas SM, OV, AU y AL, se observó correlaciones de tamaño medio y dirección positiva. La escala Deseabilidad Social no correlacionó de forma significativa con ninguna de las escalas del JI-R.

Tabla 12.

*Correlaciones Rho de Spearman entre escalas del JI-R y MAYAS*

Escalas JI-R	Escalas MAYAS					
	Autonomía	Perspectiva	Templanza	Madurez Total	Aquiescencia	Deseabilidad Social
SM	-,111*	-,108*	-,292**	-,272**	,234**	-,040
OV	-,162**	-,170**	<b>-,303**</b>	<b>-,340**</b>	,203**	-,033
IM	-,168**	-,164**	<b>-,361**</b>	<b>-,373**</b>	,196**	-,085
AU	-,105*	-,093*	-,258**	-,234*	,225**	,007
AL	-,024	-,091*	-,272**	-,203**	,253**	-,063
MA	-,154**	-,187**	<b>-,430**</b>	<b>-,409**</b>	,185**	-,070
WD	<b>-,415**</b>	-,120**	-,084	<b>-,326**</b>	,065	-,011
SA	<b>-,502**</b>	-,065	-,046	<b>-,325**</b>	,052	-,004
REP	,203**	,088*	<b>,320**</b>	<b>,304**</b>	,141**	-,006
DEN	<b>,373**</b>	,085	,215**	<b>,361**</b>	-,113**	-,008
INDEX	-,032	-,084	-,193**	-,170**	,149**	-,045

*Nota:* SM = Desajuste social, OV = Valores subculturales, IM = Inmadurez, AU = Autismo, AL = Extrañeza-alienación, MA = Agresividad-ira, WD = Aislamiento, SA = Ansiedad Social, REP = Represión Emocional, DEN = Negación, INDEX = Índice Asocial, N = 590, Correlación Rho de Spearman. En negrita correlaciones con tamaño de efecto relativamente grande (0,30 en adelante, Gignac y Szodorai, 2016).

\* $p < 0,05$  \*\* $p < 0,01$

La tabla 13 muestra la relación entre las escalas del MAYAS y las del BFPTSQ, por medio del cálculo de las correlaciones Rho de Spearman. La escala Apertura se relacionó de forma positiva y significativa con las escalas Autonomía, con tamaño del efecto pequeño, y con las escalas Perspectiva y Templanza con tamaño de efecto medio. Extraversión, en cambio, sólo correlacionó de forma significativa, directa y con tamaño de efecto grande con la escala Autonomía del MAYAS. Por otro lado, se apreció que Amabilidad se asoció de forma positiva, aunque con tamaño de efecto pequeño, con la escala Autonomía, y con tamaño de efecto grande con Templanza. También se observó una asociación entre Responsabilidad y las escalas del MAYAS positiva y significativa, con un tamaño de efecto grande solo con la escala Perspectiva. Finalmente, la escala Estabilidad Emocional se asoció de forma positiva y significativa con Templanza y Autonomía, aunque solo con esta última escala el tamaño de efecto fue grande.

Tabla 13.

*Correlaciones Rho de Spearman entre escalas del MAYAS y escalas del BFPTSQ*

Escalas MAYAS	Escalas BFPTSQ				
	Apertura	Extraversión	Amabilidad	Responsabilidad	Estabilidad Emocional
Autonomía	,194**	<b>,441**</b>	,159**	,206**	<b>,463**</b>
Perspectiva	,204**	,011	-,095*	<b>,548**</b>	,052
Templanza	,253**	-,011	<b>,542**</b>	,121**	,166**

*Nota:* N = 558. Correlación Rho de Spearman. En negrita correlaciones con tamaño de efecto relativamente grande (0,30 en adelante, Gignac y Szodorai, 2016).

## 4.2. Madurez psicosocial, personalidad y la edad en muestras convencional y de justicia juvenil

### 4.2.1. Comparación entre muestras convencional y justicia juvenil por grupos de edad, en BFPTSQ, JI-R y MAYAS

La muestra total abarca un rango de edad que va desde los 12 a los 25 años, concentrándose los mayores porcentajes de edad en el rango de 18 a los 23 años, lo que se mantiene para la muestra convencional. Para la muestra de justicia juvenil, la edad va desde los 15 a los 20 años, y el rango con mayor cantidad de participantes se concentra

entre los 16 y los 19 años. Como se aprecia en la tabla 14, la muestra de justicia juvenil presenta restricción de rango en la variable edad, lo que limitó los análisis posibles que buscan relaciones entre edad y madurez psicosocial con esos sujetos.

Tabla 14.

*Frecuencias y porcentajes de la variable edad para muestra total, y muestras convencional y justicia juvenil*

Edad	Muestra total		Muestra convencional		Muestra justicia juvenil	
	<i>n</i>	%	<i>n</i>	%	<i>n</i>	%
12	2	0,4	2	0,4		
13	2	0,4	2	0,4		
14	41	7,3	41	8,5		
15	13	2,3	8	1,7	5	6,6
16	33	5,9	21	4,4	12	15,8
17	25	4,5	17	3,5	8	10,5
18	90	16,1	57	11,8	33	43,4
19	72	12,9	60	12,4	12	15,8
20	73	13,1	67	13,9	6	7,9
21	58	10,4	58	12		
22	58	10,4	58	12		
23	57	10,2	57	11,8		
24	23	4,1	23	4,8		
25	11	2	23	4,8		
Total	558	100	23	4,8	76	100

La primera parte de los resultados se enfocan en analizar la existencia de diferencias entre la muestra de justicia juvenil y la muestra convencional. Utilizando como referencia estudios transversales previos que abordaron la temática de madurez psicosocial (Cauffman & Steinberg, 2000; Modecki, 2008) adaptándolos a las características de la muestra, para ello se procedió a la construcción de tres grupos basados en la edad de los participantes, lo que permitió compararlos en las variables de madurez psicosocial. Dichos grupos son (tabla 15): Adolescentes (12 - 17 años) que concentra al 18,9 % de la muestra convencional y 33 % de la muestra justicia juvenil; Adolescentes Tardíos (18 - 21 años) con un 50,2 % de participantes en la muestra convencional y 67 % en la muestra justicia juvenil; y Adultos Jóvenes (22 - 25 años) que, debido a la restricción de rango de la variable edad en la sub-muestra justicia juvenil, solo tiene participantes en la muestra convencional, alcanzando un 30,9 % de ésta.

Tabla 15.

*Frecuencias por grupos de edad para la muestra total, y muestras convencional y justicia juvenil*

Grupos de edad	Muestra total		Muestra convencional		Muestra justicia juvenil	
	n	%	n	%	n	%
Adolescentes (12-17)	116	20,8	91	18,9	25	33
Adolescentes tardíos (18-21)	293	52,5	242	50,2	51	67
Adultos jóvenes (22-25)	149	26,7	149	30,9		
Total	558	100	482	100	76	100

En la tabla 16 se pueden observar las diferencias de las escalas del BFPTSQ entre las muestras convencional y justicia juvenil, en relación a los grupos de edad contruidos ad-hoc en este estudio. Debido a la restricción de rango de edad en la muestra justicia juvenil, solo es posible realizar comparaciones entre muestras para los grupos de edad Adolescentes y Adolescentes Tardíos. Para el grupo Adolescentes no se aprecian diferencias estadísticamente significativas en las escalas del BFPTSQ entre las submuestras convencional y justicia juvenil. Mientras que para el grupo de edad Adolescentes Tardíos existen diferencias significativas en las escalas Extraversión, con mayor puntuación promedio para la muestra de justicia juvenil ( $M = 28,73$ ,  $DE = 6,8$ , convencional  $M = 24,65$ ,  $DE = 7,9$ ,  $y(49,44) = 3,3937$ ,  $P < 0,01$ ,  $\xi = 0,35$ ), y Amabilidad con mayor puntuación para la muestra convencional ( $M = 27,25$ ,  $DE = 5,8$ , justicia juvenil  $M = 25,14$ ,  $DE = 5,7$ ,  $y(42,24) = 2,1358$ ,  $P < 0,05$ ,  $\xi = 0,24$ ).

Tabla 16.

*Diferencias por grupos de edad en puntuaciones de escalas BFPTSQ*

	Adolescentes			Adolescentes Tardíos		
	Convencional	Justicia juvenil	Diferencia	Convencional	Justicia juvenil	Diferencia
	M (DE)	M (DE)		M (DE)	M (DE)	
Apertura	27,43 (6,1)	27,67 (6,5)	$y(25,47) = 0,3078$ , $\xi = 0,10$ , IC = [0,00, 0,45]	28,94 (6,5)	27,64 (5,8)	$y(46,16) = 1,0795$ , $\xi = 0,13$ , IC = [0,00, 0,38]
Extraversión	28,67 (7,1)	30,08 (7,5)	$y(22,21) = 0,6779$ , $\xi = 0,11$ , IC = [0,00, 0,48]	24,65 (7,9)	28,73 (6,8)	<b><math>y(49,44) = 3,3937^{**}</math></b> , $\xi = 0,35$ , IC = [0,07, 0,61]

	Adolescentes			Adolescentes Tardíos		
	Convencional	Justicia juvenil	Diferencia	Convencional	Justicia juvenil	Diferencia
	M (DE)	M (DE)		M (DE)	M (DE)	
Amabilidad	27,89 (6,2)	26,67 (6,1)	$y(21,49) = 1,0531$ , $\xi = 0,17$ , IC = [0,00, 0,60]	27,25 (5,8)	25,14 (5,7)	<b><math>y(42,24) = 2,1358^*</math></b> , $\xi = 0,24$ , IC = [0,02, 0,51]
Responsabilidad	21,13 (7,6)	24,61 (6,4)	$y(22,02) = 2,0193$ , $\xi = 0,35$ , IC = [0,00, 0,74]	23,90 (7,3)	26,30 (6,7)	$y(46,52) = 1,9665$ , $\xi = 0,23$ , IC = [0,00, 0,46]
Estabilidad Emocional	22,49 (7)	21,29 (6,8)	$y(25,24) = 0,8006$ , $\xi = 0,11$ , IC = [0,00, 0,54]	18,76 (8,2)	20,85 (7,3)	$y(42,43) = 1,5843$ , $\xi = 0,19$ , IC = [0,00, 0,43]

Nota:  $y$  = test de Yuen para dos muestras independientes (método robusto),  $\xi$  = tamaño del efecto 0,10 pequeño, 0,30 medio y 0,50 grande (Explanatory measure of effect size, Wilcox y Tian, 2011), IC = Intervalo de confianza.

\* $p < 0,05$  \*\* $p < 0,01$  \*\*\* $p < 0,001$

En cuanto a las diferencias en las escalas del MAYAS en el grupo de edad Adolescentes (ver Tabla 17), para la escala Autonomía la muestra justicia juvenil presenta puntuaciones mayores ( $M = 54,46$ ,  $DE = 11,37$ ) que la muestra convencional ( $M = 50,65$ ,  $DE = 11,9$ ), sin embargo, esta diferencia no fue estadísticamente significativa ( $y(21,6) = 1,6967$ ,  $P = 0,104$ ,  $\xi = 0,29$ ). Ocurre de igual forma para las escalas Perspectiva (justicia juvenil  $M = 50,61$ ,  $DE = 9,2$ , convencional  $M = 47,15$ ,  $DE = 10,4$ ,  $y(25,17) = 1,7466$ ,  $p = 0,09$ ,  $\xi = 0,22$ ), Aquiescencia (justicia juvenil  $M = 57,76$ ,  $DE = 17$ , convencional  $M = 56,73$ ,  $DE = 11,5$ ,  $y(16,37) = 0,1313$ ,  $p = 0,89$ ,  $\xi = 0,05$ ) y Madurez (justicia juvenil  $M = 50,24$ ,  $DE = 7,83$ , convencional  $M = 48,98$ ,  $DE = 6,9$ ,  $y(20,52) = 0,6019$ ,  $p = 0,55$ ,  $\xi = 0,11$ ). Por otro lado, la muestra convencional alcanza las mayores puntuaciones promedio tanto para la escala Templanza ( $M = 49,14$ ,  $DE = 11,1$ , justicia juvenil  $M = 45,64$ ,  $DE = 12$ ) en donde las diferencias no son estadísticamente significativas ( $y(19,67) = 1,5791$ ,  $p = 0,13$ ,  $\xi = 0,23$ ), como para la escala Deseabilidad Social ( $M = 51,55$ ,  $DE = 12,5$ , justicia juvenil  $M = 42,66$ ,  $DE = 16,2$ ) apreciándose diferencias significativas en esta última ( $y(22,95) = 3,1126$ ,  $p < 0,01$ ,  $\xi = 0,05$ ).

Para el grupo de edad Adolescentes Tardíos, la muestra de justicia juvenil también presento puntuaciones promedio mayores en la escala Autonomía ( $M = 54,56$ ,  $DE = 8,8$ ) versus la muestra convencional ( $M = 48,44$ ,  $DE = 10,2$ ) siendo la diferencia

estadísticamente significativa ( $y(53,6) = 3,6051$ ,  $P < 0,001$   $\xi = 0,39$ ), lo mismo ocurre con la escala Aquiescencia (justicia juvenil  $M = 63,99$ ,  $DE = 14,8$ , convencional  $M = 53,59$ ,  $DE = 11$ ,  $y(33,59) = 3,3872$ ,  $p < 0,01$ ,  $\xi = 0,52$ ). La muestra justicia juvenil también obtuvo puntuaciones mayores en las escalas Perspectiva (justicia juvenil  $M = 51,74$ ,  $DE = 9,4$ , convencional  $M = 50,41$ ,  $DE = 10,6$ ,  $y(63,28) = 1,1086$ ,  $p = 0,27$ ,  $\xi = 0,11$ ) y Madurez (justicia juvenil  $M = 50,91$ ,  $DE = 7,6$ , convencional  $M = 49,69$ ,  $DE = 6,4$ ,  $y(45,83) = 0,8708$ ,  $p = 0,38$ ,  $\xi = 0,10$ ), sin embargo, en estos casos las diferencias no fueron significativas a nivel estadístico. La muestra convencional mostró mayor puntuación con diferencia estadísticamente significativa solo en la escala Deseabilidad Social ( $M = 50,99$ ,  $DE = 11,3$ , justicia juvenil  $M = 42,29$ ,  $DE = 15,2$ ,  $y(37,83) = 2,7318$ ,  $p < 0,01$ ,  $\xi = 0,36$ ), mientras que en la escala Templanza la mayor puntuación promedio para la muestra convencional no presenta significancia estadística ( $M = 50,23$ ,  $DE = 10,3$ , justicia juvenil  $M = 46,41$ ,  $DE = 14,6$ ,  $y(37,53) = 1,4206$ ,  $p = 0,16$ ,  $\xi = 0,18$ ).

Tabla 17.

*Diferencias por grupos de edad en puntuaciones de escalas MAYAS*

	Adolescentes			Adolescentes Tardíos		
	Convencional M (DE)	Justicia juvenil M (DE)	Diferencia	Convencional M (DE)	Justicia juvenil M (DE)	Diferencia
Autonomía	50,65 (11,9)	54,46 (11,37)	$y(21,6) = 1,6967$ , $\xi = 0,29$ , IC = [0,00, 0,63]	48,44 (10,2)	54,56 (8,8)	<b><math>y(53,6) = 3,6051</math></b> <sup>***</sup> , $\xi = 0,39$ , IC = [0,07, 0,63]
Perspectiva	47,15 (10,4)	50,61 (9,2)	$y(25,17) = 1,7466$ , $\xi = 0,22$ , IC = [0,00, 0,60]	50,41 (10,6)	51,74 (9,4)	$y(63,28) = 1,1086$ , $\xi = 0,11$ , IC = [0,00, 0,40]
Templanza	49,14 (11,1)	45,64 (12)	$y(19,67) = 1,5791$ , $\xi = 0,23$ , IC = [0,00, 0,63]	50,23 (10,3)	46,41 (14,6)	$y(37,53) = 1,4206$ , $\xi = 0,18$ , IC = [0,00, 0,44]
Aquiescencia	56,73 (11,5)	57,76 (17)	$y(16,37) = 0,1313$ , $\xi = 0,05$ , IC = [0,00, 0,49]	53,59 (11)	63,99 (14,8)	<b><math>y(33,59) = 3,3872</math></b> <sup>**</sup> , $\xi = 0,52$ , IC = [0,24, 0,72]
Deseabilidad Social	51,55 (12,5)	42,66 (16,2)	<b><math>y(22,95) = 3,1126</math></b> <sup>*</sup> , $\xi = 0,05$ , IC = [0,10, 0,80]	50,99 (11,3)	42,29 (15,2)	<b><math>y(37,83) = 2,7318</math></b> <sup>**</sup> , $\xi = 0,36$ , IC = [0,07, 0,64]

	Adolescentes			Adolescentes Tardíos		
	Convencional	Justicia juvenil	Diferencia	Convencional	Justicia juvenil	Diferencia
	M (DE)	M (DE)		M (DE)	M (DE)	
Madurez	48,98 (6,9)	50,24 (7,83)	$y(20,52) = 0,6019$ , $\xi = 0,11$ , IC = [0,00, 0,56]	49,69 (6,4)	50,91 (7,6)	$y(45,83) = 0,8708$ , $\xi = 0,10$ , IC = [0,00, 0,38]

Nota:  $y$  = test de Yuen para dos muestras independientes (método robusto),  $\xi$  = tamaño del efecto 0,10 pequeño, 0,30 medio y 0,50 grande (Explanatory measure of effect size, Wilcox y Tian, 2011), IC = Intervalo de confianza.  
 $p < 0,05$  \*\*  $p < 0,01$  \*\*\*  $p < 0,001$

En cuanto a las escalas del JI-R y sus diferencias entre las muestras a partir de los grupos de edad (Tabla 18), para el caso del grupo Adolescentes, la muestra de justicia juvenil presenta puntuaciones promedio mayores que la convencional con diferencias significativas y tamaño de efecto grande en las escalas SM (justicia juvenil  $M = 30,59$ ,  $DE = 8,5$ , convencional  $M = 20,72$ ,  $DE = 7,3$ ,  $y(20,33) = 5,0079$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,68$ ), OV (justicia juvenil  $M = 18,68$ ,  $DE = 5,2$ , convencional  $M = 13,61$ ,  $DE = 5,2$ ,  $y(23,08) = 2,996$ ,  $p < 0,01$ ,  $\xi = 0,57$ ), IM (justicia juvenil  $M = 15,68$ ,  $DE = 3,5$ , convencional  $M = 11,64$ ,  $DE = 3,8$ ,  $y(29,12) = 4,896$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,63$ ), AU (justicia juvenil  $M = 12,22$ ,  $DE = 3,7$ , convencional  $M = 8,78$ ,  $DE = 3,5$ ,  $y(22,72) = 4,1136$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,52$ ), AL (justicia juvenil  $M = 12,78$ ,  $DE = 3,4$ , convencional  $M = 8,89$ ,  $DE = 3,4$ ,  $y(24,36) = 4,8626$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,71$ ) e INDEX (justicia juvenil  $M = 22,50$ ,  $DE = 5,7$ , convencional  $M = 16,86$ ,  $DE = 5,4$ ,  $y(17,2) = 3,289$ ,  $p < 0,01$ ,  $\xi = 0,62$ ). Para el caso de la escala MA se observó diferencias significativas, pero con tamaño de efecto medio (justicia juvenil  $M = 16$ ,  $DE = 5,9$ , convencional  $M = 12,55$ ,  $DE = 4,7$ ,  $y(18,94) = 2,2988$ ,  $p < 0,05$ ,  $\xi = 0,41$ ). En las escalas restantes las diferencias de puntuación entre ambas muestran no alcanzaron significancia estadística.

Para el grupo de edad Adolescente Tardío, la muestra justicia juvenil obtuvo mayores puntuaciones con diferencias estadísticamente significativas y tamaño grande del efecto en las escalas SM ( $M = 32,12$ ,  $DE = 9,4$ , convencional  $M = 18,90$ ,  $DE = 7,1$ ,  $y(34,54) = 8,302$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,82$ ), OV (justicia juvenil  $M = 19,73$ ,  $DE = 5,9$ , convencional  $M = 12,05$ ,  $DE = 5,4$ ,  $y(38,09) = 6,9864$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,75$ ), IM (justicia juvenil  $M = 15,54$ ,  $DE = 4,1$ , convencional  $M = 10,16$ ,  $DE = 3,9$ ,  $y(52,93) = 10,6236$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,77$ ), AU (justicia juvenil  $M = 11,82$ ,  $DE = 3,5$ , convencional  $M = 8,04$ ,  $DE = 3,7$ ,  $y(42,34) = 7,0782$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,69$ ), AL (justicia juvenil  $M = 13,39$ ,  $DE = 3,8$ , convencional  $M = 8,10$ ,  $DE = 3,5$ ,  $y(38,71)$

= 7,6723,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,76$ ), MA (justicia juvenil  $M = 16,08$ ,  $DE = 5,9$ , convencional  $M = 10,92$ ,  $DE = 4,8$ ,  $y(36,71) = 5,1554$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,58$ ) e INDEX (justicia juvenil  $M = 25,29$ ,  $DE = 6,2$ , convencional  $M = 15,61$ ,  $DE = 4,7$ ,  $y(34,4) = 9,0066$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,81$ ). Por otro lado, las escalas SA y DEN muestran puntuaciones promedio mayores para la muestra convencional con diferencias estadísticamente significativas (SA:  $M = 11,44$ ,  $DE = 3,7$ , justicia juvenil  $M = 10,32$ ,  $DE = 2,6$ ,  $y(66,87) = 2,6718$ ,  $p < 0,01$ ,  $\xi = 0,28$ ; DEN: convencional  $M = 12,06$ ,  $DE = 3,4$ , justicia juvenil  $M = 10,46$ ,  $DE = 3,1$ ,  $y(46,06) = 2,6331$ ,  $p < 0,05$ ,  $\xi = 0,32$ ). El resto de escalas no presenta diferencias estadísticamente significativas.

Tabla 18.

*Diferencias por grupos de edad en puntuaciones de escalas JI-R*

	Adolescentes			Adolescente Tardío		
	Convencional M (DE)	Justicia juvenil M (DE)	Diferencia	Convencional M (DE)	Justicia juvenil M (DE)	Diferencia
SM	20,72 (7,3)	30,59 (8,5)	$y(20,33) = 5,0079^{***}$ , $\xi = 0,68$ , IC = [0,36, 0,92]	18,90 (7,1)	32,12 (9,4)	$y(34,54) = 8,302^{***}$ , $\xi = 0,82$ , IC = [0,67, 0,94]
OV	13,61 (5,2)	18,68 (5,2)	$y(23,08) = 2,996^{**}$ , $\xi = 0,57$ , IC = [0,12, 0,83]	12,05 (5,4)	19,73 (5,9)	$y(38,09) = 6,9864^{***}$ , $\xi = 0,75$ , IC = [0,54, 0,88]
IM	11,64 (3,8)	15,68 (3,5)	$y(29,12) = 4,896^{***}$ , $\xi = 0,63$ , IC = [0,31, 0,87]	10,16 (3,9)	15,54 (4,1)	$y(52,93) = 10,6236^{***}$ , $\xi = 0,77$ , IC = [0,56, 0,91]
AU	8,78 (3,5)	12,22 (3,7)	$y(22,72) = 4,1136^{***}$ , $\xi = 0,52$ , IC = [0,20, 0,83]	8,04 (3,7)	11,82 (3,5)	$y(42,34) = 7,0782^{***}$ , $\xi = 0,69$ , IC = [0,45, 0,86]
AL	8,89 (3,4)	12,78 (3,4)	$y(24,36) = 4,8626^{***}$ , $\xi = 0,71$ , IC = [0,36, 0,94]	8,10 (3,5)	13,39 (3,8)	$y(38,71) = 7,6723^{***}$ , $\xi = 0,76$ , IC = [0,57, 0,91]
MA	12,55 (4,7)	16 (5,9)	$y(18,94) = 2,2988^{*}$ , $\xi = 0,41$ , IC = [0,04, 0,74]	10,92 (4,8)	16,08 (5,9)	$y(36,71) = 5,1554^{**}$ , $\xi = 0,58$ , IC = [0,33, 0,79]
WD	10,58 (3,3)	11,10 (3,9)	$y(14,21) = 0,5356$ , $\xi = 0,12$ , IC = [0,00, 0,62]	11,12 (2,9)	11,52 (2,8)	$y(46,67) = 1,2412$ , $\xi = 0,13$ , IC = [0,00, 0,49]
SA	10,72 (3,5)	10,82 (3,2)	$y(22,17) = 0,1715$ , $\xi = 0,08$ , IC = [0,00, 0,48]	11,44 (3,7)	10,32 (2,6)	$y(66,87) = 2,6718^{**}$ , $\xi = 0,28$ , IC = [0,02, 0,57]
REP	4,44 (2,4)	4,61 (2,4)	$y(20,35) = 0,4199$ ,	5,07 (2,5)	4,36 (2,4)	$y(37,74) = 1,3901$ , $\xi = 0,16$ , IC =

	Adolescentes			Adolescente Tardío		
	Convencional	Justicia juvenil	Diferencia	Convencional	Justicia juvenil	Diferencia
	M (DE)	M (DE)		M (DE)	M (DE)	
			$\xi = 0,11, IC = [0,00, 0,49]$			$[0,00, 0,44]$
DEN	11,8 (3,2)	11,10 (3,0)	$y (17,01) = 1,416, \xi = 0,27, IC = [0,00, 0,62]$	12,06 (3,4)	10,46 (3,1)	$y (46,06) = 2,6331, \xi = 0,32, IC = [0,06, 0,59]$
INDEX	16,86 (5,4)	22,50 (5,7)	$y (17,2) = 3,289^{**}, \xi = 0,62, IC = [0,18, 0,94]$	15,61 (4,7)	25,29 (6,2)	$y (34,4) = 9,0066^{***}, \xi = 0,81, IC = [0,71, 0,96]$

Nota: SM = Desajuste social, OV = Valores subculturales, IM = Inmadurez, AU = Autismo, AL = Extrañeza-alienación, MA = Agresividad-ira, WD = Aislamiento, SA = Ansiedad Social, REP = Represión Emocional, DEN = Negación, INDEX = Índice Asocial,  $y$  = test de Yuen para dos muestras independientes (método robusto),  $\xi$  = tamaño del efecto 0,10 pequeño, 0,30 medio y 0,50 grande (Explanatory measure of effect size, Wilcox y Tian, 2011), IC = Intervalo de confianza.

\*  $p < 0,05$  \*\*  $p < 0,01$  \*\*\*  $p < 0,001$

Finalmente, para profundizar en la relación del MAYAS con el comportamiento antisocial, se analizó la muestra de justicia juvenil, dividiéndola a partir del tipo de sanción penal en que los y las jóvenes se encontraban al momento de ser evaluados para la investigación. En la tabla 19 se aprecian las características socio-demográficas de ambos sub-grupos, aquellos que cumplía sanciones en Medio Abierto ( $n = 41$ ) eran en su mayoría hombres (80,5 %) de nacionalidad española (56,1 %), con una edad promedio de 17,6 años y con 3º año de ESO aprobado. Quienes se encontraban cumpliendo medidas en Centros Educativos ( $n = 35$ ) presentaron un perfil socio-demográfico muy similar al anterior, en su mayoría eran hombres (85,7 %) españoles (57,1 %) con una edad media de 17,8 años y también con una mayoría que contaba con 3º año de ESO aprobado (28,6 %).

En relación a las escalas del MAYAS, para las escalas Autonomía y Aquiescencia se observó un puntaje promedio más alto en aquellos jóvenes que se encontraban en Centros Educativos (Autonomía:  $M = 56,31, DE = 9,7$ ; Medio Abierto  $M = 53,02, DE = 9,6$ ; Aquiescencia:  $M = 66,65, DE = 17,2$ ; Medio Abierto  $M = 57,92, DE = 13,4$ ), mientras que para Templanza y Deseabilidad Social el puntaje promedio más alto se observó en el grupo de Medio Abierto (Templanza:  $M = 47,36, DE = 13,8$ ; Centros Educativos  $M = 44,74, DE = 13,7$ ; Deseabilidad Social:  $M = 45,3, DE = 15,8$ ; Centros Educativos  $M = 39,03, DE = 14,6$ ),

sin embargo, ninguna de estas diferencias entre ambos grupos de justicia juvenil resultaron de significancia estadísticas.

Tabla 19.

*Comparación de escalas del MAYAS por medidas judiciales para muestra justicia juvenil*

	Medio Abierto n = 40	Centro Educativo n = 35	
	<i>n (%)</i>	<i>n (%)</i>	
Sexo (hombres)	33 (80,5 %)	30 (85,7 %)	
Nacionalidad (Española)	23 (56,1%)	20 (57,1 %)	
Escolaridad (mayor porcentaje)	3 ESO (26,8 %)	3 ESO (28,6 %)	
	<i>M (DE)</i>	<i>M (DE)</i>	Diferencias
Edad	17,6 (1,5)	17,8 (1,1)	$y (24) = 1,1389,$ $\xi = 0,16, IC = [0,00, 0,51]$
Autonomía	53,02 (9,6)	56,31 (9,7)	$y (41,07) = 1,0682,$ $\xi = 0,20, IC = [0,00, 0,51]$
Perspectiva	51,28 (9,9)	51,48 (8,8)	$y (41,64) = 0,1494,$ $\xi = 0,03, IC = [0,00, 0,34]$
Templanza	47,36 (13,8)	44,74 (13,7)	$y (38,59) = 0,6119,$ $\xi = 0,11 IC = [0,00, 0,42]$
Madurez Total	50,55 (7,9)	50,84 (7,4)	$y (39,23) = 0,329,$ $\xi = 0,06 IC = [0,00, 0,39]$
Aquiescencia	57,92 (13,4)	66,65 (17,2)	$y (31,57) = 1,9485,$ $\xi = 0,36 IC = [0,00, 0,57]$
Deseabilidad Social	45,3 (15,8)	39,03 (14,6)	$y (41,33) = 1,1363,$ $\xi = 0,22 IC = [0,00, 0,51]$

*Nota:* Sub-muestra Justicia Juvenil n= 75,  $y$  = test de Yuen para dos muestras independientes (método robusto),  $\xi$  = tamaño del efecto 0,10 pequeño, 0,30 medio y 0,50 grande (Explanatory measure of effect size, Wilcox y Tian, 2011), IC = Intervalo de confianza.

\* $p < 0,05$  \*\* $p < 0,01$  \*\*\* $p < 0,001$

#### 4.2.2. Comparación de cambios en el MAYAS en tres grupos de edad (muestra convencional).

Los resultados que se indican a continuación buscaron establecer la relación entre edad y las escalas de madurez, para ello se exploraron las diferencias entre los tres grupos de edad contruidos ad-hoc solo en la muestra convencional, debido a que la muestra de justicia juvenil, como se indicó anteriormente, presentó restricción de rango en la variable edad, lo que no permitió realizar comparaciones entre los 3 grupos. Además, al haber diferencias estadísticamente significativas entre ambas muestras en algunas escalas del MAYAS, se consideró que lo más adecuado no era sumar ambas muestras (muestra total), sino atender a dichas diferencias, y realizar los siguientes análisis solo con la muestra convencional.

En la tabla 20 se pueden observar datos descriptivos en relación a las tres categorías de edad de la muestra convencional. La composición del grupo Adolescente (n = 91) se caracterizó por un 54,9 % de mujeres, en su mayoría de nacionalidad española (94,5 %), tenían 15,04 años de media de edad y un 45,1 % presentaba 2º año de ESO aprobado. El grupo Adolescentes Tardíos (n = 242) concentró un 77,7 % de mujeres, también mayoritariamente de nacionalidad española (95,9 %), con una edad promedio de 19,52 años y un 32,2 % contaba con 1º año de grado universitario aprobado. Finalmente, el grupo Adultos Jóvenes (n = 149) también estuvo compuesto de forma mayoritaria por mujeres (77,9 %), con un 94 % nacionalidad española, una edad promedio de 22,91 años, y un 57 % con 4º año de grado universitario aprobado. En la tabla 20 también se aprecian las puntuaciones promedio y las desviaciones estándar de las escalas del MAYAS para cada grupo de edad, siendo relevante destacar que de las principales escalas del test que evalúan madurez psicosocial, solo Autonomía mostró un puntaje promedio mayor para el grupo de edad Adolescentes ( $M = 50,65$ ,  $DE = 11,9$ ) en comparación con los grupos Adolescentes Tardíos ( $M = 48,44$ ,  $DE = 10,2$ ) y Adultos Jóvenes ( $M = 49,11$ ,  $DE = 9,8$ ); mientras que para las escalas Perspectiva (Adolescentes:  $M = 47,15$ ,  $DE = 10,4$ ; Adolescentes Tardíos:  $M = 50,41$ ,  $DE = 10,6$ ; Adultos Jóvenes:  $M = 50,73$ ,  $DE = 11,7$ ) y Templanza (Adolescentes:  $M = 49,14$ ,  $DE = 11,1$ ; Adolescentes Tardíos:  $M = 50,23$ ,  $DE = 10,3$ ; Adultos Jóvenes:  $M = 52,95$ ,  $DE = 9,8$ ) la tendencia fue ir incrementando la puntuación promedio a medida que aumenta la edad del grupo.

Tabla 20.

*Descriptivos por grupos de edad en escalas del MAYAS en muestra convencional*

	Adolescentes (12 -17 años) n = 91	Adolescentes tardíos (18 -21 años) n = 242	Adultos jóvenes (22 -25 años) n = 149
	n (%)	n (%)	n (%)
Sexo (mujeres)	50 (54,9 %)	188 (77,7 %)	116 (77,9 %)
Nacionalidad (Española)	86 (94,5 %)	232 (95,9 %)	140 (94 %)
Escolaridad (mayor porcentaje)	2 ESO 41 (45,1 %)	1 grado 78 (32,2 %)	4 grado 85 (57 %)
	M (DE)	M (DE)	M (DE)
Edad	15,04 (1,3)	19,52 (1,1)	22,91 (0,9)
Autonomía	50,65 (11,9)	48,44 (10,2)	49,11 (9,8)

	Adolescentes (12 -17 años) n = 91	Adolescentes tardíos (18 -21 años) n = 242	Adultos jóvenes (22 -25 años) n = 149
Perspectiva	47,15 (10,4)	50,41 (10,6)	50,73 (11,7)
Templanza	49,14 (11,1)	50,23 (10,3)	52,95 (9,8)
Madurez Total	48,98 (6,9)	49,69 (6,4)	50,93 (6,9)
Aquiescencia	56,73 (11,5)	53,59 (11,0)	53,87 (11,4)
Deseabilidad Social	51,55 (12,5)	50,99 (11,3)	49,83 (10,3)

Nota: n = 482, muestra convencional

Las correlaciones entre la variable edad y las escalas del MAYAS (Tabla 21) indicaron una relación directa y significativa con las escalas Perspectiva ( $,118^{**}$ ), Templanza ( $,158^{**}$ ) y Madurez Total ( $,140^{**}$ ), mientras que con la escala Autonomía ( $,025$ ) si bien la relación también es directa, ésta no alcanzó niveles de significancia estadística.

Tabla 21.

*Correlaciones Rho de Spearman entre escalas del MAYAS y Edad*

Escalas MAYAS	Edad
Autonomía	,025
Perspectiva	,118 <sup>**</sup>
Templanza	,158 <sup>**</sup>
Madurez total	,140 <sup>**</sup>

Nota: n = 482, muestra convencional. Correlación Rho de Spearman.

\*  $p < 0,05$  \*\*  $p < 0,01$

Para profundizar en la relación de estas variables, posteriormente se realizó una MANOVA de una vía entre los tres grupos de edad (Adolescentes, Adolescentes Tardíos y Adultos Jóvenes) y las tres escalas del MAYAS (Templanza, Perspectiva y Autonomía). Utilizando la prueba multivariante Traza de Pillai, se pudo apreciar que existe una relación significativa entre la Madurez y los grupos de edad ( $V = 0,040$ ,  $F(6, 956) = 3,222$ ,  $p < 0,01$ ). En la tabla 22 se pueden observar los análisis univariados que indicaron que el grupo de Adolescentes Tardíos y de Adultos Jóvenes mostraron más Perspectiva que los Adolescentes, y el grupo de Adultos Jóvenes presentó mayor nivel de Templanza que los grupos de Adolescentes Tardíos y de Adolescentes. No se observaron diferencias significativas entre los grupos de edad para la escala Autonomía.

Tabla 22.

*Análisis univariados entre grupos de edad y escalas del MAYAS*

	Adolescentes	Adolescentes Tardíos	Adultos Jóvenes	F (gl)	Valor p
Autonomía	50,6	48,4	49,1	1,478 (2)	0,229
Perspectiva	47,1 <sub>ab</sub>	50,4 <sub>a</sub>	50,7 <sub>b</sub>	3,563 (2)	<b>0,029</b>
Templanza	49,1 <sub>a</sub>	50,2 <sub>b</sub>	52,9 <sub>ab</sub>	4,760 (2)	<b>0,009</b>

*Nota:* Diferencias significativas entre grupos se indican con el mismo subíndice.

En la figura 1 se encuentran graficadas las diferencias entre las tres escalas por los grupos de edad de la muestra.

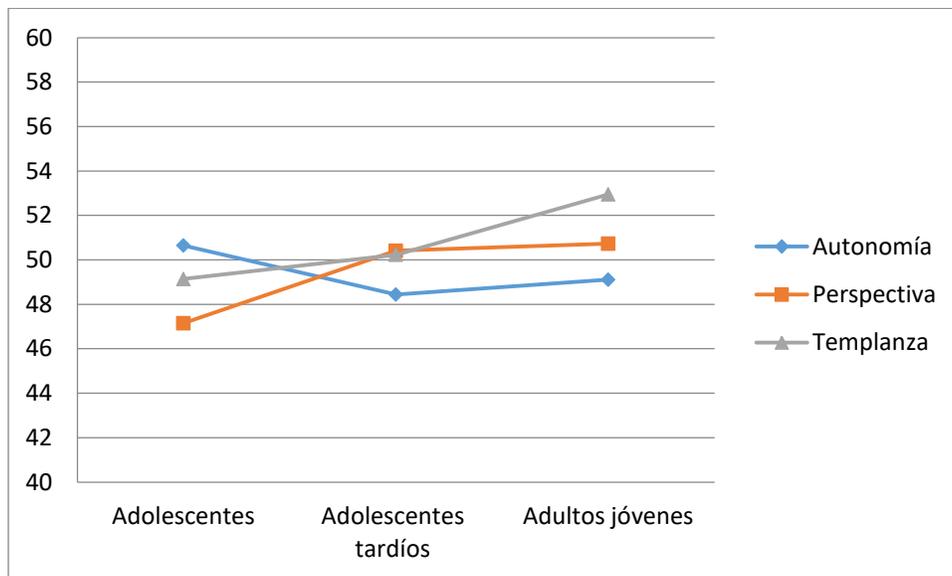


Figura 1. Diferencias escalas MAYAS entre grupos de edad.

### 4.3. Madurez psicosocial y comportamiento antisocial en muestras convencional y justicia juvenil

#### 4.3.1. Diferencias entre muestras convencional y justicia juvenil en relación al autoinforme delictivo

Se exploró la existencia de diferencias en el Autoinforme delictivo (CCA) entre las muestras convencional y justicia juvenil, para ello se utilizó la prueba Yuen para dos muestras independientes (tabla 23), la que indicó que la muestra de justicia juvenil

presentó mayor comportamiento delictivo en todas las escalas, diferencias que fueron significativas al nivel de  $p < 0,001$  y con tamaño de efecto grande en todos los casos. Cabe destacar que la muestra convencional se ve reducida en su tamaño para este objetivo, toda vez que el Cuestionario de Comportamiento Antisocial (CCA) se incorporó en la batería de evaluación de forma posterior al inicio del estudio (más detalles del procedimiento en apartado de Método).

Tabla 23.

*Comparación de escalas de autoinforme de comportamiento delictivo entre muestra convencional y justicia juvenil*

	Muestra convencional		Muestra justicia juvenil		Estadístico $\gamma$	Total	
	<i>n</i>	<i>M (DE)</i>	<i>n</i>	<i>M (DE)</i>		<i>n</i>	<i>M (DE)</i>
Agresiones	145	0,39 (1,2)	75	6,17 (5,3)	<b><math>\gamma (44) = 6,6138^{***}</math></b> , $\xi = 0,79$ , IC = [0,64, 0,97]	220	2,36 (4,2)
Vandalismo	145	0,45 (1,2)	75	2,66 (3,6)	<b><math>\gamma (46,28) = 4,1483^{***}</math></b> , $\xi = 0,80$ , IC = [0,52, 0,95]	220	1,20 (2,5)
Conducta contra-normativa	145	1,62 (2,5)	75	9,46 (6,2)	<b><math>\gamma (46,62) = 7,9092^{***}</math></b> , $\xi = 0,85$ , IC = [0,74, 0,97]	220	4,29 (5,5)
Robos	145	0,75 (1,2)	75	4,96 (5,1)	<b><math>\gamma (44,83) = 5,0963^{***}</math></b> , $\xi = 0,73$ , IC = [0,57, 0,87]	220	2,18 (3,7)
Drogas	145	2,46 (2,5)	75	6,60 (4,5)	<b><math>\gamma (53,39) = 5,4931^{***}</math></b> , $\xi = 0,69$ , IC = [0,52, 0,89]	220	3,87 (3,8)
Comportamiento delictivo global	145	5,66 (7,2)	75	29,86 (21,3)	<b><math>\gamma (45,67) = 6,9387^{***}</math></b> , $\xi = 0,81$ , IC = [0,72, 0,95]	220	13,91 (17,8)

*Nota:*  $\gamma$  = test de Yuen para dos muestras independientes (método robusto),  $\xi$  = tamaño del efecto 0,10 pequeño, 0,30 medio y 0,50 grande (Explanatory measure of effect size, Wilcox y Tian, 2011), IC = Intervalo de confianza.

$^{*}p < 0,05$   $^{**}p < 0,01$   $^{***}p < 0,001$

También se exploraron las diferencias de género en relación al comportamiento delictivo autoinformado, debido a que las muestras se diferenciaron de forma significativa en todas las escalas del cuestionario de comportamiento delictivo, los análisis de diferencias de género se realizaron por separados, es decir, por muestra. En la tabla 24 se pueden observar los análisis de diferencias de medias para hombres y mujeres de la muestra convencional, en los cuales se apreció que la única escala en que se observaron diferencias de género significativas fue en la escala Conducta contra normativa ( $\gamma(37,84) = 2,1469$ ,  $P < 0,05$ ,  $\xi = 0,32$ ), en donde los hombres presentan una media mayor de autoinforme de dichas conductas ( $M = 2,52$ ,  $DE = 3,4$ ) en comparación a las mujeres ( $M = 1,15$ ,  $DE = 1,6$ ).

Tabla 24.

*Descriptivos de escalas de autoinforme de comportamiento delictivo por sexo para muestra convencional*

	Hombres		Mujeres		Diferencia	Total	
	<i>n</i>	<i>M (DE)</i>	<i>n</i>	<i>M (DE)</i>		<i>n</i>	<i>M (DE)</i>
Agresiones	50	0,84 (1,8)	95	0,16 (0,4)	$\gamma (29) = 1,1404$	145	0,39 (1,2)
Vandalismo	50	0,82 (1,8)	95	0,25 (0,5)	$\gamma (29) = 1,7884$	145	0,44 (1,2)
Conducta contra-normativa	50	2,52 (3,4)	95	1,15 (1,6)	<b><math>\gamma (37,84) = 2,1469^*</math></b> $\xi = 0,32, IC = [0,07, 0,51]$	145	1,62 (2,5)
Robos	50	1,06 (1,7)	95	0,58 (0,9)	$\gamma (38,81) = 1,2292$ $\xi = 0,22, IC = [0,00, 0,48]$	145	0,75 (1,3)
Drogas	50	2,80 (3,1)	95	2,28 (2,1)	$\gamma (53,47) = 0,282$ $\xi = 0,05, IC = [0,00, 0,25]$	145	2,46 (2,5)
Comportamiento delictivo global	50	8,04 (10,4)	95	4,41 (4,1)	$\gamma (42,43) = 1,4445$ $\xi = 0,21, IC = [0,00, 0,42]$	145	5,66 (7,2)

Nota:  $\gamma$  = test de Yuen para dos muestras independientes (método robusto),  $\xi$  = tamaño del efecto 0,10 pequeño, 0,30 medio y 0,50 grande (Explanatory measure of effect size, Wilcox y Tian, 2011), IC = Intervalo de confianza.  
 $p < 0,05$  \* $p < 0,01$  \*\* $p < 0,001$  \*\*\*

Por otro lado, en la muestra de justicia juvenil las mujeres presentan promedios mayores de autoinforme de conductas antisociales para todas las escalas, es decir, para la escala de Agresiones ( $M = 7, DE = 6,3$ ; Hombres:  $M = 6,02, DE = 5,2$ ), Vandalismo ( $M = 2,91, DE = 2,8$ ; Hombres:  $M = 2,62, DE = 3,7$ ), Conductas contra-normativas ( $M = 11,16, DE = 8,2$ ; Hombres:  $M = 9,14, DE = 5,7$ ), Robos ( $M = 5,75, DE = 5,9$ ; Hombres:  $M = 4,81, DE = 4,9$ ), Drogas ( $M = 7,83, DE = 5,2$ ; Hombres:  $M = 6,36, DE = 4,3$ ) y Comportamiento delictivo global ( $M = 34,66, DE = 26,6$ ; Hombres:  $M = 29,95, DE = 20,2$ ), sin embargo ninguna de estas diferencias fueron estadísticamente significativas (tabla 25).

Tabla 25.

*Descriptivos de escalas de autoinforme de comportamiento delictivo por sexo para muestra justicia juvenil*

	Hombres		Mujeres		Estadístico $\gamma$	Total	
	<i>n</i>	<i>M (DE)</i>	<i>n</i>	<i>M (DE)</i>		<i>n</i>	<i>M (DE)</i>
Agresiones	63	6,02 (5,2)	12	7 (6,3)	$\gamma (9,11) = 0,2808$ $\xi = 0,14, IC = [0,00, 0,55]$	75	6,17 (5,3)
Vandalismo	63	2,62 (3,7)	12	2,91 (2,8)	$\gamma (8,5) = 0,9673$ $\xi = 0,21, IC = [0,00, 0,64]$	75	2,66 (3,6)
Conducta contra-normativa	63	9,14 (5,7)	12	11,16 (8,2)	$\gamma (8,17) = 0,6361$ $\xi = 0,14, IC = [0,00, 0,67]$	75	9,46 (6,2)
Robos	63	4,81 (4,9)	12	5,75 (5,9)	$\gamma (8,97) = 0,4878$ $\xi = 0,10, IC = [0,00, 0,61]$	75	4,96 (5,1)
Drogas	63	6,36 (4,3)	12	7,83 (5,2)	$\gamma (9,46) = 0,8751$ $\xi = 0,15, IC = [0,00, 0,67]$	75	6,60 (4,5)
Comportamiento delictivo global	63	29,95 (20,2)	12	34,66 (26,6)	$\gamma (8,32) = 0,5335$ $\xi = 0,11, IC = [0,00, 0,64]$	75	29,86 (21,3)

Nota:  $\gamma$  = test de Yuen para dos muestras independientes (método robusto),  $\xi$  = tamaño del efecto 0,10 pequeño, 0,30 medio y 0,50 grande (Explanatory measure of effect size, Wilcox y Tian, 2011), IC = Intervalo de confianza.  
 $p < 0,05$  \* $p < 0,01$  \*\* $p < 0,001$  \*\*\*

Siguiendo con la muestra de justicia juvenil, al comparar el comportamiento delictivo autoinformado a partir de las medidas que cumplían (tabla 26), se observó que el promedio de autoinforme fue mayor en aquellos jóvenes que cumplían medidas en Centros Educativos para todas las escalas evaluadas por el cuestionario. Así el grupo de jóvenes cumpliendo medidas en Centro Educativos auto-informó significativamente más Agresiones que el grupo de Medio Abierto, con un nivel de significancia de  $p < 0,01$  y un tamaño de efecto grande (Centro Educativos:  $M = 8,51$ ,  $DE = 5,4$ , Medio Abierto:  $M = 4,12$ ,  $DE = 4,4$ ,  $y(35,8) = 3,5084$ ,  $p < 0,01$ ,  $\xi = 0,59$ ). Lo mismo ocurre con la escala de Vandalismo, solo que la diferencia presenta un nivel de significancia de  $p < 0,001$  y también un tamaño de efecto grande (Centro Educativos:  $M = 3,88$ ,  $DE = 4,2$ , Medio Abierto:  $M = 1,6$ ,  $DE = 2,6$ ,  $y(28,58) = 3,9503$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,48$ ), también con las escalas Conducta contra-normativa (Centro Educativos:  $M = 13$ ,  $DE = 5,6$ , Medio Abierto:  $M = 6,37$ ,  $DE = 4,8$ ,  $y(38,69) = 5,8093$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,72$ ), Robos (Centro Educativos:  $M = 7,25$ ,  $DE = 4,9$ , Medio Abierto:  $M = 2,96$ ,  $DE = 4,3$ ,  $y(36,12) = 5,6848$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,67$ ), Drogas (Centro Educativos:  $M = 9,54$ ,  $DE = 4,3$ , Medio Abierto:  $M = 4,02$ ,  $DE = 2,7$ ,  $y(30,68) = 6,8533$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,74$ ), y Comportamiento delictivo global (Centro Educativos:  $M = 42,20$ ,  $DE = 20$ , Medio Abierto:  $M = 19,07$ ,  $DE = 15,9$ ,  $y(30,8) = 6,5031$ ,  $p < 0,001$ ,  $\xi = 0,76$ ).

Tabla 26.

*Comparación de escalas de autoinforme de comportamiento delictivo por medidas judiciales para muestra justicia juvenil*

	Medio Abierto n = 40 <i>M (DE)</i>	Centro Educativo n = 35 <i>M (DE)</i>	Diferencias
Agresiones	4,12 (4,4)	8,51 (5,4)	<b><math>y(35,8) = 3,5084^{**}</math></b> , $\xi = 0,59$ , IC = [0,29, 0,84]
Vandalismo	1,60 (2,6)	3,88 (4,2)	<b><math>y(28,58) = 3,9503^{***}</math></b> , $\xi = 0,48$ , IC = [0,24, 0,82]
Conducta contra-normativa	6,37 (4,8)	13 (5,6)	<b><math>y(38,69) = 5,8093^{***}</math></b> , $\xi = 0,72$ , IC = [0,47, 0,90]
Robos	2,96 (4,3)	7,25 (4,9)	<b><math>y(36,12) = 5,6848^{***}</math></b> , $\xi = 0,67$ , IC = [0,40, 0,84]
Drogas	4,02 (2,7)	9,54 (4,3)	<b><math>y(30,68) = 6,8533^{***}</math></b> , $\xi = 0,74$ , IC = [0,63, 0,93]
Comportamiento delictivo global	19,07 (15,9)	42,20 (20)	<b><math>y(30,8) = 6,5031^{***}</math></b> , $\xi = 0,76$ , IC = [0,55, 0,89]

*Nota:* Sub-muestra Justicia Juvenil n= 75,  $y$  = test de Yuen para dos muestras independientes (método robusto),  $\xi$  = tamaño del efecto 0,10 pequeño, 0,30 medio y 0,50 grande (Explanatory measure of effect size, Wilcox y Tian, 2011), IC = Intervalo de confianza.

<sup>\*</sup> $p < 0,05$  <sup>\*\*</sup> $p < 0,01$  <sup>\*\*\*</sup> $p < 0,001$

4.3.2. Comparar los cambios en el comportamiento antisocial autoinformado entre los tres grupos de edad de la muestra convencional.

En la tabla 27 se observan las diferencias entre los tres grupos de edad de la muestra convencional y las escalas del cuestionario de Autoinforme delictivo. Por medio de análisis de Anova de una vía se apreció que el grupo Adolescentes obtuvo puntuaciones medias mayores y con diferencias significativas, en comparación a los grupos de edad Adolescentes Tardíos y Adultos Jóvenes en las escalas Agresión ( $F(2) = 4,788, p = 0,01$ ), Vandalismo ( $F(2) = 8,238, p < 0,001$ ), Conducta contra-normativa ( $F(2) = 6,395, p < 0,01$ ) y Robos ( $F(2) = 9,482, p < 0,001$ ). Mientras que en el caso de la escala Comportamiento delictivo global ( $F(2) = 5,050, p < 0,01$ ), el grupo de edad Adolescentes solo se diferenció de forma significativa del grupo Adolescentes Tardíos. La escala Drogas fue la única en que no se observaron diferencias significativas entre los tres grupos de edad.

Tabla 27.

*Diferencias entre los grupos de edad y escalas del cuestionario de Autoinforme delictivo en muestra convencional*

	Adolescentes n = 58	Adolescentes Tardíos n = 50	Adultos Jóvenes n = 37	<i>F (gl)</i>	<i>Valor p</i>
	<i>M (DE)</i>	<i>M (DE)</i>	<i>M (DE)</i>		
Agresiones	0,75 (1,7) <sub>ab</sub>	0,14 (0,4) <sub>a</sub>	0,16 (0,5) <sub>b</sub>	4,788 (2)	<b>0,010</b>
Vandalismo	0,91 (1,6) <sub>ab</sub>	0,12 (0,3) <sub>a</sub>	0,16 (0,5) <sub>b</sub>	8,238 (2)	<b>0,000</b>
Conducta contra-normativa	2,48 (3,3) <sub>ab</sub>	1,16 (1,5) <sub>a</sub>	0,89 (1,3) <sub>b</sub>	6,395 (2)	<b>0,002</b>
Robos	1,29 (1,7) <sub>ab</sub>	0,34 (0,5) <sub>a</sub>	0,45 (7,3) <sub>b</sub>	9,482 (2)	<b>0,000</b>
Drogas	2,47 (2,7)	2,14 (2,1)	2,28 (2,7)	0,874 (2)	0,419
Comportamiento delictivo global	7,89 (9,8) <sub>a</sub>	3,9 (3,6) <sub>a</sub>	4,54 (4,5)	5,050 (2)	<b>0,008</b>

*Nota:* Sub-muestra Convencional n= 145. Diferencias significativas entre grupos se indican con el mismo subíndice.

En la Figura 2 se grafican las diferencias para las escalas comportamiento antisocial autoinformado entre grupos de edad.

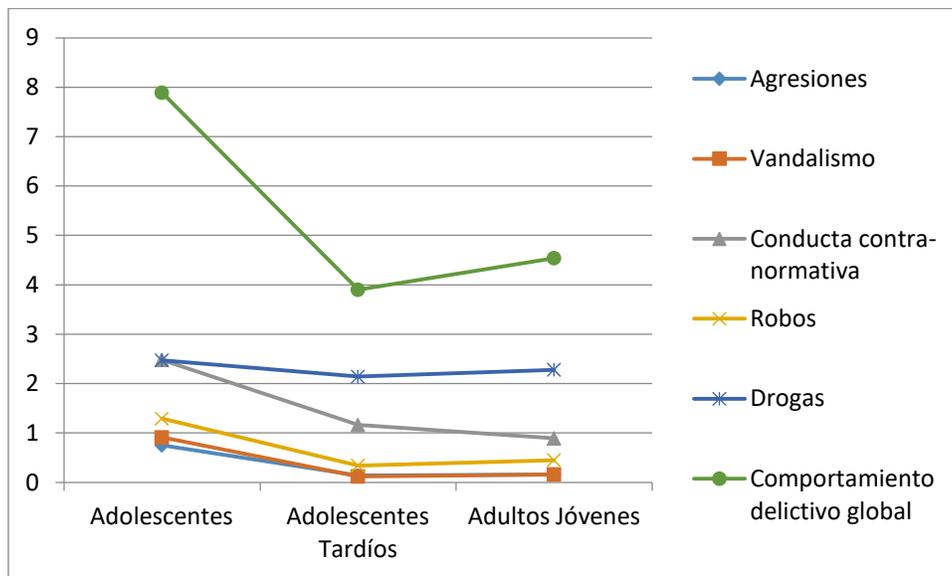


Figura 2. Diferencias escalas comportamiento antisocial autoinformado entre grupos de edad.

#### 4.3.3. Explorar las relaciones existentes entre el autoinforme delictivo y el BFPTSQ, JI-R y MAYAS

Se buscó conocer si existe relación entre el JI-R y el comportamiento delictivo autoinformado, en la tabla 28 se observa que las escalas SM, VO, IM, AL, MA e INDEX se asociaron de forma directa y con tamaño de efecto grande con todas las escalas del cuestionario de Autoinforme delictivo. En el caso de la escala AU, ésta se asoció de la misma forma que las escalas anteriores con excepción de Problemas con las drogas, donde el tamaño del efecto fue medio. Por otro lado, la escala REP correlacionó de forma inversa y con tamaño de efecto pequeño con la escala Problemas con las drogas; y la escala DEN de forma inversa y con tamaño de efecto pequeño con Agresión, Vandalismo, Robo y Problemas con las drogas, y tamaño de efecto medio con Conducta contra normativa y Comportamiento delictivo global. No se observaron asociaciones significativas entre las escalas WD y SA y las escalas del cuestionario de Autoinforme delictivo.

Tabla 28.

*Correlaciones Rho de Spearman entre escalas del JI-R y Autoinforme delictivo muestra total*

	SM	VO	IM	AU	AL	MA	WD	SA	REP	DEN	INDEX
Agresión	<b>,614**</b>	<b>,546**</b>	<b>,605**</b>	<b>,463**</b>	<b>,577**</b>	<b>,525**</b>	,020	-	-,088	-	<b>,587**</b>
								,077		,189**	
Vandalismo	<b>,438**</b>	<b>,400**</b>	<b>,446**</b>	<b>,319**</b>	<b>,428**</b>	<b>,379**</b>	,036	-	-,057	-,148*	<b>,439**</b>
								,045			
Conducta contra normativa	<b>,621**</b>	<b>,609**</b>	<b>,597**</b>	<b>,483**</b>	<b>,564**</b>	<b>,520**</b>	,057	-	-,135	-	<b>,616**</b>
								,061		,255**	
Robo	<b>,429**</b>	<b>,439**</b>	<b>,484**</b>	<b>,340**</b>	<b>,442**</b>	<b>,404**</b>	,011	-	-,067	-,150*	<b>,399**</b>
								,083			
Problemas con las drogas	<b>,434**</b>	<b>,448**</b>	<b>,424**</b>	,295**	<b>,417**</b>	<b>,392**</b>	,052	-	-	-,174*	<b>,475**</b>
								,051	146*		
Comportamiento delictivo global	<b>,587**</b>	<b>,577**</b>	<b>,579**</b>	<b>,420**</b>	<b>,576**</b>	<b>,499**</b>	,032	-	-,114	-	<b>,585**</b>
								,082		,234**	

*Nota:* Nota: SM = Desajuste social, VO = Valores subculturales, IM = Inmadurez, AU = Autismo, AL = Extrañeza-alienación, MA = Agresividad-ira, WD = Aislamiento, SA = Ansiedad Social, REP = Represión Emocional, DEN = Negación, INDEX = Índice Asocial n = 220. Correlación Rho de Spearman. En negrita correlaciones con tamaño de efecto relativamente grande (0,30 en adelante, Gignac y Szodorai, 2016).

\*  $p < 0,05$  \*\*  $p < 0,01$

Por otro lado, también se exploró la relación entre los cinco factores de personalidad y el comportamiento delictivo autoinformado, por medio de matriz de correlaciones, en la tabla 29 se puede apreciar que la escala Apertura sólo se asoció con Vandalismo, de forma negativa y con tamaño de efecto pequeño. Extraversión se asoció de forma directa y significativa con todas las escalas del cuestionario de Autoinforme delictivo, con las escalas Vandalismo, Conducta contra normativa y Problemas de drogas el tamaño de la correlación fue medio, mientras que con las escalas Agresión, Robo y Comportamiento delictivo global fue de tamaño grande. La escala Amabilidad se asoció con el comportamiento delictivo autoinformado de forma negativa y con tamaño de efecto pequeño con las escalas Robo y Problemas con las drogas, y con correlaciones medias con las escalas Agresión, Conducta contra normativa y Comportamiento delictivo global. Las escalas Responsabilidad y Estabilidad Emocional no se asociaron de forma significativa con las escalas del cuestionario de Autoinforme delictivo.

Tabla 29.

*Correlaciones Rho de Spearman entre escalas del BFPTSQ y Autoinforme delictivo muestra total*

	Apertura	Extraversión	Amabilidad	Responsabilidad	Estabilidad Emocional
Agresión	-,076	<b>,301**</b>	-,235**	,035	,043
Vandalismo	-,156*	,260**	-,100	-,118	-,013
Conducta contra normativa	-,084	,263**	-,248**	-,070	-,008
Robo	-,076	<b>,331**</b>	-,149*	-,114	-,010
Problemas con las drogas	-,064	,262**	-,158*	-,088	-,095
Comportamiento delictivo global	-,084	<b>,315**</b>	-,200**	-,080	-,015

*Nota:* n = 220. Correlación Rho de Spearman. En negrita correlaciones con tamaño de efecto relativamente grande (0,30 en adelante, Gignac y Szodorai, 2016).

\*  $p < 0,05$  \*\*  $p < 0,01$

Finalmente, se utilizó el estadístico Rho de Spearman para establecer las correlaciones entre las escalas del MAYAS y las escalas del cuestionario de Autoinforme de comportamiento delictivo (tabla 30). La escala Autonomía del MAYAS correlacionó de forma positiva y significativa con todas las escalas del cuestionario de Autoinforme delictivo, en específico, se observó una asociación pequeña con la escala Problemas con las drogas, de tamaño medio con Vandalismo, y relativamente grandes con Agresión, Conducta contra normativa, Robo y la escala de Comportamiento delictivo global. Por otro lado, la escala Perspectiva se asoció de forma negativa y con tamaño de efecto pequeño con las escalas Vandalismo, Robo y Comportamiento delictivo global. Templanza correlacionó de forma negativa y significativa con todas las escalas de Autoinforme delictivo, la escala Problemas de drogas se asoció con un tamaño de efecto medio, mientras que todas las demás se asociaron a Templanza con un tamaño de efecto grande. Finalmente, la escala Madurez Total se asoció de forma negativa y con tamaño de efecto pequeño con las escalas Vandalismo, Conducta contra normativa y Robo.

Tabla 30.

*Correlaciones Rho de Spearman entre escalas del MAYAS y Autoinforme delictivo muestra total*

	Autonomía	Perspectiva	Templanza	Madurez Total
Agresión	<b>,391**</b>	-,025	<b>-,433**</b>	-,062
Vandalismo	,246**	-,198**	<b>-,386**</b>	-,199**
Conducta contra normativa	<b>,316**</b>	-,091	<b>-,416**</b>	-,144*
Robo	<b>,319**</b>	-,187**	<b>-,376**</b>	-,139*
Problemas con las drogas	,189**	-,098	-,260**	-,108
Comportamiento delictivo global	<b>,325**</b>	-,133*	<b>-,384**</b>	-,132

*Nota:* n = 220. Correlación Rho de Spearman. En negrita correlaciones con tamaño de efecto relativamente grande (0,30 en adelante, Gignac y Szodorai, 2016).

\*  $p < 0,05$  \*\*  $p < 0,01$

## 5. DISCUSIÓN

### 5.1. Discusión

En la presente tesis doctoral se ha obtenido evidencia a partir de la exploración de las relaciones entre variables de personalidad, el comportamiento antisocial y la madurez psicosocial en dos muestras transversales de adolescentes, una convencional y otra procedente de justicia juvenil. En los siguientes apartados se discuten los resultados más relevantes en relación a los objetivos de investigación planteados previamente.

#### 5.1.1. Estructura del Inventario Jesness en relación al modelo de personalidad de cinco factores y a la madurez psicosocial

El primer objetivo buscó conocer hasta qué punto en la estructura del Inventario Jesness se encontraban elementos propios de la estructura de la personalidad y de la madurez psicosocial. Para ello se exploraron las diferencias entre ambas muestras en las variables de personalidad y madurez psicosocial, para luego conocer la estructura del JI-R y su relación con los instrumentos BFPTSQ y MAYAS.

Las comparaciones entre ambas muestras en las variables de personalidad arrojan resultados disimiles en relación a la literatura, así, la presencia del rasgo Amabilidad es significativamente más bajo en la muestra de justicia juvenil, resultado que es concordante con los hallazgos de estudios de meta-análisis (Jones et al., 2011; Miller & Lynam, 2001), en donde se ha descrito que las muestras con niveles más elevados de comportamiento antisocial se caracterizan por sujetos más desconfiados, escépticos, desagradables y egocéntricos, aspectos todos asociados a baja puntuación en Amabilidad. Sin embargo, las puntuaciones significativamente más altas en el grupo de justicia juvenil, en los rasgos Extraversión y Responsabilidad no coinciden con lo descrito en estudios previos (Jones et al., 2011; Miller & Lynam, 2001). Si bien algunos estudios no han encontrado diferencias significativas entre delincuentes y no delincuentes en Responsabilidad (Le Corff & Toupin, 2009; van Dam et al., 2005), es inusual encontrar un mayor nivel de Responsabilidad en la muestra de justicia juvenil, cuando lo esperable en

este tipo de adolescentes es que presenten más bajas puntuaciones en este rasgo, dado que puntuaciones altas se vinculan a control de impulsos, determinación para lograr objetivos o bajo hedonismo (Jones et al., 2011; Miller & Lynam, 2001), sin embargo, en un reciente estudio en población adolescente española, se observó que la muestra proveniente de justicia coincidentemente puntuó más alto en Responsabilidad en comparación a la muestra control, y a una tercera muestra proveniente de contextos de riesgo, los autores del estudio señalan que los adolescentes provenientes de sistemas de justicia han pasado por intervenciones especializadas que se enfoca en aumentar la consciencia en relación a sus acciones, elevando lo evaluado en la escala de Responsabilidad (Duran-Bonavila et al., 2017), lo que también puede ser una explicación plausible a lo ocurrido en el presente estudio.

En cuanto al rasgo Extraversión existen algunos estudios, aunque minoritarios, que han descrito una relación entre puntuaciones altas en Extraversión y comportamiento antisocial (John et al., 1994), así como evidencia de que dos de sus facetas (puntuaciones altas en Búsqueda de emociones y puntuaciones bajas en Cordialidad) se diferenciarían entre ambos grupos (Jones et al., 2011). Dado que el instrumento BFPTSQ utilizado en esta investigación para medir los cinco factores de personalidad no evalúa las facetas, no fue posible explorar si esta diferencia de puntuación alta en Extraversión se debe más que al rasgo en su conjunto, a alguno de los aspectos específicos que lo componen.

En relación a las diferencias de género en los rasgos de personalidad en la muestra convencional, las puntuaciones significativamente más altas en Amabilidad y bajas en Estabilidad Emocional para las mujeres se corresponden a lo reseñado ampliamente en la literatura como los rasgos que diferencian entre muestras de hombres y mujeres (Kajonius & Johnson, 2018; Stake & Eisele, 2010). Además, se ha observado que en muestras adolescentes se replica lo descrito anteriormente, sumando a ello la puntuación más baja de Responsabilidad en los hombres, lo que se observa también en el presente estudio (Borghuis et al., 2017). En cuanto a las diferencias de género en la muestra de justicia, la puntuación más alta en Extraversión y baja en Estabilidad Emocional en las mujeres se puede vincular a que, una vez que ellas se involucran en conductas antisociales, lo hacen

en niveles similares a los hombres, siendo un grupo minoritario, pero altamente disruptivo a nivel conductual y psicológico, de ahí que elevaciones significativas relacionadas a la presencia de afectos negativos y mayor activación conductual, vinculado a través de los aspectos de Extraversión como la búsqueda de emociones y excitación, sean esperables (Fernandez et al., 2009; Loinaz, 2014; Rutter et al., 2000). Además, existe evidencia que vincula la baja Estabilidad Emocional con un mayor comportamiento antisocial (Abella & Bárcena, 2014; Jones et al., 2011; Le Corff & Toupin, 2009; Moffitt et al., 2001; Romero et al., 2002).

Al revisar las diferencias entre ambas muestras en las escalas del JI-R, se aprecia que aquellas escalas, que en investigaciones previas, se han descrito con mayor capacidad de diferenciar entre población delincuente y no delincuente (Desajuste Social, Valores Subculturales, Autismo, Agresividad-ira e Índice Asocial) se muestran con puntuaciones más altas en el grupo de justicia juvenil, diferenciándose significativamente con tamaño de efecto grande del grupo convencional (Allen et al., 2003; Antequera & Andrés-Pueyo, 2008; Estevao & Bichuette, 1985; Graham, 1981; Kuncze & Hemphill, 1983; Manzi-Oliveira, 2012; Martin, 1981; Regina, 2008; Wenger, 2010). Este conjunto de escalas reúne características tales como demostrar actitudes antisociales (Desajuste Social, Valores Subculturales), pensamiento distorsionado y egocéntrico (Autismo), expresión de la agresividad y dificultad para reprimirla (Agresividad-Ira), así como una disposición generalizada para resolver conflictos de forma antisocial (Índice Asocial), aspectos que describen las conductas y formas de socialización de personas con elevado comportamiento antisocial (Jesness, 2003). Estos resultados exponen la solidez del JI-R como un instrumento de autoinforme capaz de discriminar a sujetos con mayor comportamiento antisocial, como son aquellos que se encuentran cumpliendo algún tipo de sanción penal, sea en medio abierto o centros educativos cerrados, versus la población general.

Otras escalas que también demostraron capacidad de discriminar entre ambas muestras fueron Inmadurez y Extrañeza-Alienación, con puntuaciones más altas para la muestra de justicia juvenil, así como Negación y Ansiedad Social con puntuaciones más

altas en la muestra convencional. La escala de Inmadurez, que hace referencia a actitudes correspondientes a una persona de menor edad, fue incluida para discriminar entre delincuentes y no delincuentes (Jesness, 2003), sin embargo, la evidencia de dicha capacidad ha sido limitada. Por ejemplo, Estevao y Bichuette (1985) encontraron puntuaciones de Inmadurez más altas en una muestra de jóvenes en situación de abandono, pero no en el grupo infractor; mientras que Antequera y Andrés-Pueyo (2008) encontraron más Inmadurez en un grupo de adolescentes infractores, sin que esta diferencia alcanzara niveles de significación estadística. Mientras que para la escala Extrañeza-Alineación algunos estudios han señalado su capacidad para discriminar entre ambas muestras (Antequera & Andrés-Pueyo, 2008; Costa et al., 2017), y además se ha vinculado con el comportamiento antisocial, y como predictor significativo de reincidencia delictiva en adolescentes (Benda et al., 2001a). Para ambas escalas se requieren de más estudios que permitan profundizar su comprensión y vinculación al comportamiento antisocial. Por otro lado, eran esperables las puntuaciones más altas en la muestra convencional de la escala de Negación (Jesness, 2003; Martin, 1981), no así para la de Ansiedad Social, aunque solo se ha descrito en un estudio como capaz de discriminar entre ambas muestras con puntajes más altos en grupos de adolescentes delincuentes (Estevao & Bichuette, 1985), así mismo, en la presente investigación el tamaño del efecto fue pequeño, a diferencia de las demás escalas que caracterizaron al grupo infractor.

En cuanto a las diferencias de género encontradas tanto en las muestras convencional y justicia juvenil en las escalas del JI-R, no se conocen estudios previos que orienten los hallazgos de esta investigación. Sin embargo, observamos que para la muestra convencional los hombres obtuvieron puntuaciones más altas en Desajuste Social, Valores Subculturales e Índice Asocial, todas ellas escalas que se asocian a comportamiento y actitudes antisociales, estos resultados son coherentes con la literatura que ha descrito que el comportamiento antisocial es más prevalente en los hombres (Fernandez et al., 2009; Moffitt et al., 2001; Rutter et al., 2000). Por otro lado, las escalas asociadas a malestar psicológico, como son Aislamiento y Ansiedad Social, fueron las únicas en donde las mujeres obtuvieron puntuaciones más elevadas (aunque no

significativas), estas escalas además son las que correlacionaron más intensamente y de forma negativa con Estabilidad Emocional del BFPTSQ, relacionándose con el polo negativo de este rasgo (inestabilidad o neuroticismo). Estos hallazgos van en sintonía con las diferencias de género esperadas, ya que los estudios de comparaciones de género y personalidad han mostrado que las mujeres puntúan más elevado en Emocionalidad Negativa (Kajonius & Johnson, 2018; Schmitt et al., 2017; Stake & Eisele, 2010). En cuanto a la muestra de justicia, las puntuaciones en las principales escalas del JI-R fueron muy similares entre hombres y mujeres, no observando diferencias destacables, pese a que era esperable encontrar que los hombres mostrarán puntuaciones más altas en las escalas vinculadas a comportamiento y actitudes antisocial (Moffitt et al., 2001), sin embargo, una posible explicación que oriente en alguna medida la ausencia de diferencias de género puede relacionarse a que la media de edad de las mujeres en la muestra de justicia juvenil es menor (17,4 años), y ante ello se ha descrito que el comportamiento antisocial que se observa durante la adolescencia media es similar entre hombres y mujeres (Moffitt et al., 2001; Rutter et al., 2000). Además, si bien las mujeres se involucran significativamente menos en conductas antisociales, una vez lo hacen, presentan comportamientos similares a los hombres (Fernandez et al., 2009), y si agregamos que este grupo pertenece a aquellas mujeres que han sido sancionadas penalmente, las que suelen parecerse más a los hombres con mayor comportamiento delictivo, ya que ellas han debido pasar filtros de discriminación positiva vinculadas a las expectativas de su género, y por tanto, suelen acumular más factores de riesgo y comportamiento antisocial antes de recibir una sanción, constituyendo un grupo de mayor gravedad delictiva (Loinaz, 2014), podría ser más comprensible la ausencia de diferencias de género en las escalas del JI-R.

También se establecieron las diferencias entre ambas muestras en relación a la madurez psicosocial, evaluada a través del MAYAS. En este punto, era esperable que la muestra convencional obtuviese puntuaciones más altas en todas las escalas de madurez, ya que a mayor puntuación de las escalas se entiende que es un indicador de madurez, y se ha descrito además que las muestras con bajo comportamiento antisocial auto-reportado presentan mayor madurez que las muestras con alto comportamiento

antisocial (Cauffman & Steinberg, 2000; Modecki, 2008), aunque en el estudio de Modecki (2008) las diferencias en la escala Responsabilidad no fueron significativas entre los grupos. Sin embargo, los resultados no fueron del todo acorde a lo esperado. Por un lado, la muestra convencional presento puntuaciones significativamente más altas solo en la escala Templanza y en la escala de control Deseabilidad Social, mientras que la muestra de justicia juvenil puntuó significativamente más elevada en las escalas de Autonomía y Aquiescencia. La escala Perspectiva presento mayor puntuación para el grupo de justicia juvenil, sin embargo, las diferencias no alcanzaron niveles de significancia estadística.

Es importante destacar que existen diferencias entre las formas de medida de la madurez psicosocial utilizadas en este estudio con el MAYAS y las medidas planteadas tanto por el equipo de Steinberg, como por quienes han replicado su modelo de madurez. La escala de Autonomía del MAYAS se compone de aspectos que evalúan Auto-confianza e Identidad (Morales-Vives et al., sf), mientras que la escala equivalente del modelo de Steinberg, denominada Responsabilidad, considera no sólo Auto-confianza e Identidad, sino que además incorpora aspectos relacionados a la Orientación al trabajo y Capacidad de resistir la influencia de pares (Cauffman & Steinberg, 2000; Dmitrieva et al., 2012; Monahan et al., 2009, 2013). Por otro lado, la escala de Perspectiva en el MAYAS evalúa aspectos relativos a Orientación al trabajo, Consideraciones de consecuencias futuras y Control de impulsos (Morales-Vives et al., sf), mientras que el modelo de Steinberg incluye en su medida de Perspectiva los aspectos de Consideración de los otros y Consideración de consecuencias futuras (Cauffman & Steinberg, 2000; Dmitrieva et al., 2012; Monahan et al., 2009, 2013). Finalmente, la escala de Templanza del MAYAS incluye los componentes de Supresión de la agresión y Consideración de los otros (Morales-Vives et al., sf), mientras que el modelo de Steinberg incorpora dentro de Templanza medidas relacionada al Control de impulsos y el Auto-control del comportamiento agresivo (Cauffman & Steinberg, 2000; Dmitrieva et al., 2012; Monahan et al., 2009, 2013). Las diferencias entre las formas de medición de la madurez psicosocial, anteriormente descritas, son relevantes y se han de tener en consideración a la luz de comparar los resultados de este estudio con otros hallazgos existentes en la literatura.

El hallazgo de puntuaciones más altas en la escala de Autonomía del MAYAS en el grupo de justicia juvenil, podría entenderse al revisar la conceptualización de "adultoid" o adultoide de Greenberger y Steinberg (1986), la que hace referencia a adolescentes que despliegan conductas sociales "maduras" actuando los roles adultos a temprana edad, pero sin el logro de la madurez psicológica necesaria para ello, existiendo una brecha que impediría la real comprensión de las acciones adultas llevadas a cabo. Lo anterior, ha tenido sustento empírico en dos estudios con muestras adolescentes, en donde los grupos denominados aquí como "pseudomaduros" demostraron que si bien se sentían más maduros que los otros dos grupos (inmaduros y maduros), a su vez carecían de madurez psicológica real, y presentaban mayores problemas de comportamiento (Galambos et al., 2003; Galambos & Tilton-Weaver, 2000). Cabe destacar que el realizar o imitar estos roles adultos no necesariamente explican la aparición del comportamiento antisocial, pero si permiten comprender la necesidad de acceder a espacios adultos, como el acceso a dinero, consumo de alcohol, tabaco, entre otros, y es en esta búsqueda de acceso a esos espacios lo que puede conllevar al uso de medios antisociales, lo que desde el modelo teórico de Moffitt (1993) se ha descrito como "*Maturity Gap*" o Brecha de Madurez, y ha buscado explicar los comportamientos antisociales limitados a la adolescencia. Además, si observamos los aspectos que componen la escala de Autonomía del MAYAS, podemos hipotetizar que es probable que los adolescentes del grupo de justicia juvenil hayan puntuado más alto en los ítems que se relacionan con el componente de Auto-confianza y no con el de Identidad, lo que concuerda con los hallazgos de Galambos, Barker, & Tilton-Weaver (2003) quienes también encontraron mayor Auto-confianza en el grupo pseudomaduro. Por lo tanto, podríamos indicar que en la muestra de justicia juvenil lo que se despliega es un perfil de "pseudomadurez", es decir, un grupo de adolescentes con elevada auto-confianza, que conlleva mayor sentido de logro de sí mismo y sus capacidades, pero careciendo de los aspectos emocionales, como el control de la agresividad y consideración de los demás al momento de actuar, dados por la escala de Templanza. En resumen, si se carece del aspecto emocional, y solo se tiene alta Autonomía, no se podría hablar de una persona "madura", sino de personas que actuarán

"como si" lo fuesen, pero con el riesgo de las carencias de control emocional, lo que podría potenciar toma de decisiones de riesgo tanto para sí mismo, como a terceros.

Por otro lado, la puntuación más alta de la muestra de justicia juvenil en la escala de Aquiescencia se podría explicar debido a la menor escolarización del grupo, ya que los adolescentes que se encuentran sancionados penalmente suelen tener un cierto retraso escolar y menor rendimiento académico que la población normal, lo que podría dificultarles la comprensión de algunos ítems y tender a responder con tendencia a la neutralidad (Heaven, 1983; Schuman & Presser, 1981). Mientras que la puntuación más alta en Deseabilidad Social del grupo convencional, pese a que puede ser inicialmente vista como contradictorio, ya que quizás se esperaría que fuera el grupo de justicia juvenil quienes intentaran mostrar una imagen de mayor adecuación social, se ha evidenciado que los grupos delincuentes presentan menos voluntad de mentir, lo que se ha vinculado a su construcción de identidad antisocial, desde donde sus esquemas cognitivos podrían influir en considerar sus pensamientos como válidos, especialmente en la forma de relacionarse con las normas sociales, por lo que no tendrían necesidad de mentir ante algo que ellos consideran como correcto y además parte de su propia construcción personal de identidad (Chico, 1994).

En el presente estudio no se observaron diferencias de género para ninguna de las muestras en las escalas de madurez del MAYAS, y la evidencia previa entorno a esta materia es escasa y contradictoria. Si bien en el estudio de Cauffman & Steinberg (2000) se observaron diferencias significativas en madurez, específicamente las mujeres presentaron puntuaciones más altas en la escala de madurez total, así como también puntuaciones más altas en las escalas de Perspectiva y Templanza en comparación a los hombres, en estudios posteriores que abordaron aspectos específicos de los indicadores del modelo de madurez de Steinberg, como son la Capacidad de resistir al grupo de iguales (Responsabilidad), la Búsqueda de sensaciones y el Control de impulsos (Templanza), y la Capacidad de orientación al futuro (Perspectiva), no se observaron diferencias de género (Steinberg et al., 2008; Steinberg, Graham, et al., 2009; Steinberg & Monahan, 2007). Ante esto, se requieren más estudios que aborden las diferencias de

género en relación a la madurez, al menos en lo relacionado al comportamiento antisocial, ya que diferencias en estos aspectos son esperable, en especial si se consideran los estudios relacionados a las carreras delictivas, en los cuales se ha observado que las carreras de las mujeres en el delito son más breves que las de los hombres, por tanto, de ello se puede derivar que las mujeres maduran o desisten de forma más temprana, ante lo cual sería esperable que ellas puntuaran más alto en madurez (Moffitt et al., 2001; Rutter et al., 2000).

Como parte del estudio exploratorio de la estructura del JI-R, se analizó la consistencia interna de sus escalas para ambas muestras. Comparando los valores de la consistencia interna en la muestra convencional del presente estudio con los valores de la muestra normal (grupo no delincuente) utilizados en la construcción de las normas estadounidenses del JI-R (Jesness, 2003), se aprecia que, a modo general, la muestra convencional presenta valores más bajos que los de la norma, pero en rangos similares, así, mientras los valores del grupo no delincuente para las normas del JI-R van desde 0,61 a 0,91, los de la muestra convencional van desde 0,58 a 0,82. Por otro lado, la muestra de justicia juvenil obtuvo coeficientes alfa inferiores a los de la muestra delincuente reportados en las normas del JI-R (Jesness, 2003), con valores que oscilan entre 0,50 a 0,86, mientras que en las normas con los grupos delincuentes, para los hombres oscilo entre 0,60 y 0,87 y para las mujeres delincuentes entre 0,58 y 0,90. Los valores más bajos de consistencia interna observados para la muestra de justicia, pueden deberse al menor número de sujetos pertenecientes a dicha muestra ( $n = 76$ ), en comparación a la muestra de delincuentes utilizada para la construcción de la norma norteamericana del Jesness ( $n = 959$ ), lo que pudo afectar los valores del alfa de Cronbach, del mismo modo, no separar por género para calcular la consistencia interna también pudo afectar en la misma línea.

En relación a la estructura del JI-R y su vinculación al modelo de los cinco factores, los análisis correlacionales permiten apreciar que las escalas del JI-R Desajuste Social, Valores Subculturales, Inmadurez, Autismo y Agresividad-Ira, relacionadas con comportamiento y actitudes antisociales, se organizan principalmente entorno a correlaciones negativas y con tamaño de efecto grande con las escalas Amabilidad,

Responsabilidad y Estabilidad Emocional (Neuroticismo) del BFPTSQ (Allen et al., 2003; Antequera & Andrés-Pueyo, 2008; Estevao & Bichuette, 1985; Graham, 1981; Kuncze & Hemphill, 1983; Manzi-Oliveira, 2012; Martin, 1981; Regina, 2008; Wenger, 2010). Si bien se desconocen estudios previos que describan la relación del JI-R y el modelo de cinco factores de personalidad, si es posible indicar que los resultados son esperables ya que diversas investigaciones, incluyendo meta-análisis, han señalado que los rasgos de personalidad que se vinculan de forma consistente al comportamiento antisocial son puntuaciones bajas en Amabilidad, puntuaciones bajas en Responsabilidad (John et al., 1994; Jones et al., 2011; Miller & Lynam, 2001; Romero et al., 2002), y también, aunque en menor medida, puntuaciones bajas en Estabilidad Emocional (Abella & Bárcena, 2014; Aleixo & Norris, 2000; Ferrer et al., 2010; Miller & Lynam, 2001; Romero et al., 2001). Las escalas del JI-R relacionadas a sentimientos de ansiedad social, insatisfacción personal y aislamiento (Aislamiento y Ansiedad Social) fueron las que más alta y negativamente correlacionaron con Estabilidad Emocional, evidenciando que el JI-R en estas escalas se estructura en relación al rasgo de Neuroticismo o baja Estabilidad Emocional, al evaluar aspectos relacionados a experimentar afectos y emociones negativas. Además, en estudios donde se han explorado análisis factoriales del JI-R, ambas escalas han sido descritas formando un mismo factor, el que autores lo han caracterizado como "Aislamiento social", indicador de que estas escalas estarían evaluando aspectos diferentes a actitudes y creencias antisociales (Dembo et al., 1987; Hocker, 2005).

Por otro lado, las relaciones entre Apertura y las escalas del JI-R, con excepción de Autismo, Aislamiento e Índice Asocial con las cuales no se apreció relación significativa, fueron bajas; mientras que para Extraversión, la única escala que correlacionó con tamaño de efecto grande y en direccionalidad negativa fue con Ansiedad Social, mientras que con las escalas Aislamiento y Negación las correlaciones fueron de tamaño medio, por otro lado, para las demás escalas no se observó relación significativa. Estos resultados son esperables, en la medida que se ha descrito que los rasgos Apertura y Extraversión son los que menos evidencia presentan de estar relacionados con el comportamiento antisocial (Jones et al., 2011; Le Corff & Toupin, 2009; Miller & Lynam, 2001; Romero et al., 2002).

Finalmente, las escalas Represión Emocional y Negación del JI-R se han definido como estrategias de afrontamiento de problemas que se utilizarían de forma diferenciada, la primera se ha observado con mayor puntuación en población infractora (Estevao & Bichuette, 1985; Jesness, 2003; Manzi-Oliveira, 2012), mientras que Negación se ha asociado a población convencional (Jesness, 2003). Estas escalas son las únicas que se relacionaron de forma significativa y positiva con Apertura, Extraversión (solo Negación), Amabilidad, Responsabilidad y Estabilidad Emocional, aportando evidencia a que Represión Emocional y Negación no se relacionarían directamente con comportamiento y creencias antisocial, tal y como lo señala el autor del test (Jesness, 2003).

En cuanto a la relación del JI-R y el MAYAS, no hemos encontrado estudios previos que vinculen ambos instrumentos, por tanto, los hallazgos de este análisis tienen carácter exploratorio. Los resultados de las correlaciones entre las escalas de ambos tests indican que las escalas del JI-R se relacionan principalmente con las escalas de Autonomía y Templanza del MAYAS, así como con la escala Madurez Total. Particularmente, la escala Autonomía correlacionó con las escalas Aislamiento y Ansiedad Social de forma negativa, y con Negación de forma positiva, siendo las dos primeras escalas las que a nivel del contenido evaluado se vinculan más a síntomas internalizantes y de malestar psicológico, a diferencia de las demás escalas del JI-R vinculadas a creencias y actitudes antisociales (Jesness, 2003), la vinculación teórica de estas escalas requiere de otros estudios que aborden, por ejemplo, los componentes específicos de la escala Autonomía (Autoconfianza e Identidad) y que exploren la relación con emocionalidad negativa o síntomas internalizantes. Mientras que la escala Templanza correlacionó de forma negativa con Valores subculturales, Inmadurez y Agresividad-ira, escalas que han evidenciado capacidad de discriminar a sujetos con mayor comportamiento antisocial (Allen et al., 2003; Antequera & Andrés-Pueyo, 2008; Estevao & Bichuette, 1985; Graham, 1981; Kuncze & Hemphill, 1983; Manzi-Oliveira, 2012; Martin, 1981; Regina, 2008; Wenger, 2010). Si consideramos que las puntuaciones altas de la escala Templanza incluyen Supresión de la agresión y Consideración de los otros, eran esperables las vinculaciones con estas escalas del JI-R en dirección negativa. Además, la escala Templanza mostró asociación positiva con

Represión emocional, considerado por Jesness (2003) como un mecanismo de defensa saludable para el manejo de emociones negativas. La escala de Madurez Total, al ser un promedio ajustado de las tres escalas del MAYAS, las relaciones observadas se corresponden con las escalas del JI-R que se describieron para Autonomía y Templanza.

Finalmente, se exploró la relación entre las escalas del BFPTSQ y el MAYAS. Si consideramos los resultados presentados por Morales-Vives, Camps, & Lorenzo-Seva (2013) para la validación del PSYMAS, ya que recordemos, varias de las escalas del MAYAS (Morales-Vives et al., sf), tienen su origen en el PSYMAS, se replican algunas de las relaciones esperables entre los rasgos del modelo de cinco factores y las escalas que evalúan madurez. Específicamente, en el presente estudio la escala de Autonomía correlacionó de forma positiva con los cinco factores del BFPTSQ, pero con mayor tamaño del efecto solo con Extraversión y Estabilidad Emocional, estos hallazgos eran esperables, ya que se han observado previamente en la validación del PSYMAS con las escalas Autonomía e Identidad (ambas forman parte de la escala Autonomía en el MAYAS). Las correlaciones más elevadas de Perspectiva se obtuvieron con el rasgo de Responsabilidad, esta relación es teóricamente esperable si consideramos que dentro de Perspectiva encontramos ítems que evalúan Orientación al trabajo y Control de impulsos, y el rasgo de Responsabilidad a su vez contiene aspectos relacionados al auto-control, logros laborales, académicos, etc. Además, dicha relación tiene antecedentes en el estudio de validación del PSYMAS (Morales-Vives et al., 2013), en donde también se encontró una correlación entre el rasgo de Responsabilidad y la escala de Orientación al trabajo (componente que, como ya hemos descrito, forma parte de la medida de Perspectiva del MAYAS). Finalmente, la relación más fuerte de la escala Templanza del MAYAS fue con el rasgo Amabilidad, en este caso no hay comparación con las escalas del PSYMAS, sin embargo, al considerar el contenido evaluado por la escala de Templanza (Supresión de la agresión y Consideración de los otros), es una relación teóricamente esperable, toda vez que Amabilidad incluye aspectos vinculados a las relaciones interpersonales positivas, tales como actitudes altruistas o de ayuda a otros.

### 5.1.2. Madurez psicosocial, personalidad y la edad en muestras convencional y de justicia juvenil.

El siguiente objetivo del estudio buscó explorar la relación de la madurez y la personalidad, con el cambio de edad en ambas muestras. Se ha establecido que tanto la personalidad como la madurez tienen vinculación con la edad, y es esperable que a medida que se avanza en edad, los rasgos de personalidad tiendan hacia un mayor equilibrio, lo que podría asociarse a una madurez de la personalidad (Caspi et al., 2005). De la misma forma, se entiende que la madurez tiene una clara relación con la edad, y es esperable que a más edad se observe una mayor madurez psicológica (Cauffman & Steinberg, 2000; Greenberger & Sørensen, 1974). Por ello, en este apartado, se discuten los hallazgos que han puesto a prueba estas relaciones.

En primer lugar, se establecieron las diferencias entre los grupos de edad de ambas muestras y las escalas de personalidad del BFPTSQ. Es relevante recordar aquí que, debido a la restricción de rango de la variable edad en la muestra de justicia juvenil, solo fue posible realizar comparaciones entre ambas muestras considerando dos de los tres grupos de edad contruidos ad-hoc para el estudio, estos dos grupos de edad fueron Adolescentes (entre 12 y 17 años) y Adolescentes Tardíos (18 a 21 años). Se observaron dos diferencias significativas, la primera fue mayor Amabilidad para la muestra convencional en el grupo de edad Adolescente Tardío, sin embargo, esto no implica un aumento de este rasgo, sino más bien, al mirar las puntuaciones medias de ambas muestras en los dos grupos de edad, lo que se aprecia es estabilidad de Amabilidad para el grupo convencional, y una disminución, en la muestra de justicia juvenil, de la misma entre la Adolescencia y la Adolescencia Tardía. Esta observación encuentra sustento en estudios que indican como esperable una tendencia hacia la estabilidad a través de las edades en el rasgo Amabilidad (De Fruyt et al., 2006; Pullmann et al., 2006; Roberts et al., 2006). Además, el descenso de Amabilidad en el grupo de justicia juvenil es también esperable, si recordamos que dentro de los rasgos de personalidad que caracterizan a sujetos con mayor comportamiento antisocial se ha descrito la baja Amabilidad (John et al., 1994; Jones et al., 2011; Le Corff & Toupin, 2009; Miller & Lynam, 2001; Romero

et al., 2002), rasgo que se ha relacionado también con el aumento de la variabilidad y la frecuencia del comportamiento antisocial (Heaven, 1996) y con mayor reincidencia delictiva (Le Corff & Toupin, 2010; Mottus et al., 2012). La segunda diferencia significativa fue en el rasgo Extraversión, la cual, si bien se observó que entre el grupo de edad de Adolescencia a Adolescencia Tardía disminuyó en ambas muestras, esta diferencia fue significativa solo en el grupo de edad Adolescencia Tardía, en donde se apreció una mayor puntuación de Extraversión en la muestra de justicia juvenil. Respecto a este punto, la evidencia empírica es contradictoria, por un lado, algunos estudios longitudinales señalan que Extraversión permanecería estable a través del tiempo (De Fruyt et al., 2006), mientras que otros estudios indican que este rasgo aumentaría a lo largo de la adolescencia (Pullmann et al., 2006; Roberts et al., 2006), e incluso otros investigadores señalan que no quedan del todo claro qué cambios tendría la Extraversión a través del tiempo (Branje et al., 2007; McCrae et al., 2002). Ante la poca claridad de los estudios en este ámbito, y sumado a que la presente investigación contó con la limitación de haber sido de tipo transversal y no longitudinal, como lo son la mayoría de estudios que abordan esta materia, entendemos que se requieren más investigaciones que profundicen en los cambios de los rasgos de personalidad a lo largo de la adolescencia, y en especial, la existencia de posibles diferencias entre muestras convencionales y de justicia juvenil.

Por otro lado, solo se aprecian diferencias en Madurez entre ambas muestras y por grupos de edad en la escala Autonomía, en donde la muestra de justicia juvenil tiene puntuaciones más altas que la convencional, tanto en el grupo de edad Adolescente como Adolescente Tardío, aunque solo en este último grupo de edad la diferencia es significativa. Estos resultados refuerzan la idea señalada ya en el objetivo anterior, en donde se indicó que los adolescentes con mayor comportamiento antisocial mostrarían una "pseudomadurez", buscando alcanzar logros propios del mundo adulto, sin aún haber logrado la madurez en otros aspectos, como los relativos a Templanza y Perspectiva, que le permitan disminuir comportamientos de riesgo (Galambos et al., 2003; Galambos & Tilton-Weaver, 2000; Greenberger & Steinberg, 1986). Llama la atención que, si bien en la comparación previa entre ambas muestras (primer objetivo) no se encontró diferencia

para la escala Perspectiva, si lo había para Templanza, diferencia que al dividir las muestras por grupos de edad desaparece. Esto podría deberse a que, a pesar de los estudios que indican que Templanza alcanza su *peak* de desarrollo entre los 16-19 años (Cauffman & Steinberg, 2000), en esta muestra dicho *peak* podría estar en grupos de mayor edad (Adulto Joven), pero debido a la restricción de rango de edad en la muestra de justicia juvenil no fue posible realizar comparaciones en ese tramo de edad que permitieran explorar esta posible explicación. Sin embargo, una posible explicación al eventual cambio a edades más tardías en alcanzar mayor Templanza, podría deberse tanto a características culturales diferentes de la población española, como también a las diferencias en la escala Templanza del MAYAS en comparación a la medida de Templanza utilizadas en los estudios estadounidenses. De todas formas, se requiere profundizar este aspecto en estudios posteriores.

También, reforzando hallazgos del objetivo anterior, las diferencias entre ambas muestras por grupos de edad en relación a las escalas del JI-R, se aprecian con puntuaciones más altas para la muestra de justicia juvenil en ambos grupos de edad (Adolescentes y Adolescentes Tardíos) en el conjunto de escalas que se han descrito capaces de discriminar entre población delincuente y no delincuente (Allen et al., 2003; Antequera & Andrés-Pueyo, 2008; Estevao & Bichuette, 1985; Graham, 1981; Kunce & Hemphill, 1983; Manzi-Oliveira, 2012; Martin, 1981; Regina, 2008; Wenger, 2010), estas escalas fueron Desajuste social, Valores subculturales, Inmadurez, Autismo, Extrañeza-alienación, Agresividad-ira y el Índice Asocial. Resulta relevante este resultado, no solo porque muestra la fortaleza de este conjunto de escalas para discriminar entre delincuentes y no delincuentes, sino que además se aprecia que permiten discriminar en diferentes grupos de edades a lo largo de la adolescencia.

Dado que la muestra de justicia juvenil presentó una relevante restricción de rango en la edad de los sujetos, esto impidió profundizar en las diferencias de este grupo en relación a la Madurez, por ello se pensó en explorar la existencia de diferencias dentro de la muestra de justicia, a partir de los diferentes tipos de sanciones que se encontraban cumpliendo los jóvenes, sin embargo, los hallazgos mostraron que no existen diferencias

significativas entre quienes cumplían sanciones en Equipos de Medio Abierto y los que se encontraban en Centros Educativos (sistema cerrado) en las escalas del MAYAS. Se desconocen otros estudios transversales que comparen la madurez en ambos casos, y el estudio que trata la temática, es de tipo longitudinal, y en él se observó que el encarcelamiento se asoció a efectos negativos en los procesos de desarrollo de la madurez psicológica, con efectos a corto plazo, especialmente en Templanza y Responsabilidad (Dmitrieva et al., 2012), por tanto, se requiere de estudios que exploren tanto a nivel transversal como longitudinal las posibles diferencias entre estos grupos, para acumular evidencia del posible daño en el desarrollo de la madurez provocado por el cumplimiento de sanciones penales en internamiento.

Para poder explorar la relación entre madurez y edad, una parte de los análisis se realizó solo considerando la muestra convencional, para así incorporar al tercer grupo de edad (Adulto Joven) en los resultados, a los que nos referiremos en esta discusión a partir de ahora. Es bien conocido a nivel empírico y conceptual que la madurez se relaciona con la edad, y es esperable que a mayor edad aumente la madurez de las personas, por ello, los resultados de las correlaciones positivas entre las escalas del MAYAS y la variable edad son, en su mayoría, esperables (Greenberger & Sørensen, 1974; Morales-Vives et al., 2013; Steinberg & Cauffman, 1996). Tanto las escalas Templanza como Perspectiva presentaron correlaciones directas y significativas con la edad, implicando que ambas se mueven en la misma dirección, es decir, a mayor edad, mayor Templanza y Perspectiva. Sin embargo, esta relación no se encontró para la escala Autonomía, pese a que en un estudio previo, utilizando como medida el PSYMAS, sí que había evidencia de la relación entre Autonomía y edad (Morales-Vives et al., 2013). Es necesario profundizar estos hallazgos con otros estudios que incluyan muestra con edades que vayan más allá de los 25 años, para explorar si la restricción de rango de edad de la muestra estaría afectando el no encontrar una relación entre ambas variables, ya que sería esperable que existiese.

Análisis posteriores permitieron observar la existencia de una relación entre la Madurez y los tres grupos de edad de la muestra convencional. Por medio de análisis univariados, se observó que Perspectiva aumentaba desde la adolescencia en adelante,

sin embargo, las diferencias fueron significativas solo entre el grupo Adolescente (12-17 años) y los grupos Adolescente Tardío (18-21 años) y Adulto Joven (22-25 años). También se apreció un crecimiento lineal de Templanza a través de los tres grupos, aunque las diferencias significativas fueron solo entre el grupo Adolescente y Adulto Joven, y entre el grupo Adolescente Tardío y Adulto Joven. Ambos hallazgos eran esperables, ya que en estudios previos se ha observado que tanto Perspectiva como Templanza en población convencional, se estabilizan entre los 16 y 19 años (Cauffman & Steinberg, 2000), lo que se complementa con el estudio de Modecki (2008), en donde el grupo Adolescentes (de 14 a 17 años) obtuvo las menores puntuaciones en las medidas de Madurez. Debido a las diferencias en las medidas utilizadas para evaluar Madurez, los resultados de estudios previos son orientativos en relación a lo que es esperable en esta investigación, así, los hallazgos descritos aquí estarían indicando, de forma preliminar, que tanto Perspectiva como Templanza evaluadas con el MAYAS tendrían efectivamente una relación con la edad, aumentando de forma lineal a través de la adolescencia. Sin embargo, Templanza continuaría su desarrollo más allá que la escala Perspectiva, para estabilizarse en la Adulthood Joven. Para profundizar en estos hallazgos se requieren de estudios que aborden rangos de edad mayores a los incluidos en esta muestra, y en especial, que consideren mediciones longitudinales. Finalmente, no se encontraron diferencias entre los grupos de edad para la escala Autonomía, pese a que teóricamente era esperable que si existiesen en la misma línea que las otras dos escalas del MAYAS (Cauffman & Steinberg, 2000; Modecki, 2008), por ello, se requieren de estudios posteriores que permitan explicar la ausencia de relación entre esta variables.

### 5.1.3. Madurez psicosocial y comportamiento antisocial autoinformado en muestras convencional y justicia juvenil.

Por último, la presente tesis doctoral buscó conocer la relación entre madurez psicosocial y el comportamiento antisocial autoinformado en ambas muestras estudiadas. Como era esperable, la muestra de adolescentes provenientes de justicia juvenil presentó en el autoinforme de comportamiento antisocial niveles más altos de respuesta en todas

las escalas evaluadas las que incluyeron: agresiones, vandalismo, conductas contra-normativas, robos y drogas, en todas ellas la muestra de justicia se diferenci6 con un tama1o de efecto grande del grupo convencional. Los adolescentes que se encuentran cumpliendo sanciones penales, han pasado mayores filtros para ser identificados por el sistema judicial, y por lo general, este grupo ha cometido m1s comportamientos antisociales antes de ser sancionados por alguno de ellos (Rutter et al., 2000). En cuanto a diferencias de g6nero, casi no se observaron en la muestra convencional, salvo mayor autoinforme en la escala Conducta Contra-normativa para los hombres. Dicha escala incluye 6tems como "escaparse de casa", "pasar la noche fuera sin permiso" o "andar con gente que se mete frecuentemente en peleas", por lo que podr6an ser calificados como conductas de menor gravedad (Pe1a & Gra1a, 2006). Estos resultados son en parte inesperados, pues contrastan con otras investigaciones en donde se ha establecido que los hombres presentan mayor comportamiento antisocial que las mujeres (Fernandez et al., 2009; Moffitt et al., 2001; Rutter et al., 2000), aunque se han descrito excepciones relacionadas con la edad, espec6ficamente durante la adolescencia media, en donde hombres y mujeres presentar6an similares comportamientos antisociales (Moffitt et al., 2001; Rutter et al., 2000), sin embargo, en el presente estudio la media de edad de la muestra convencional es mayor (18 a1os) y no se corresponder6a con la etapa de adolescencia media. Otra explicaci6n complementaria a estos resultados, podr6a vincularse a estudios recientes que muestran c6mo en generaciones actuales el *peak* de la curva edad-delito se ha movido desde la adolescencia media hacia edades mayores (Farrell et al., 2015; Matthews & Minton, 2017; Salvatore et al., 2012; Sweeten et al., 2013; Wensveen et al., 2017), lo que permitir6a hipotetizar que la ausencia de diferencias est1 en relaci6n con los comportamientos antisociales similares entre hombres y mujeres que ya no se dan en la adolescencia media, sino en el nuevo *peak* de la curva edad delito, es decir, hacia finales de esta.

Por otro lado, la ausencia de diferencias de g6nero en el comportamiento antisocial autoinformado en la muestra de justicia es coherente, toda vez que se ha descrito que, una vez que las mujeres se involucran en este tipo de comportamientos,

pese a ser una minoría, lo hacen a niveles similares a las de los hombres que delinquen (Fernandez et al., 2009). Sabemos además que las mujeres son, en general, menos sancionadas y se encuentran menos representadas en las muestras de justicia que los hombres, y este caso no ha sido la excepción (Rutter et al., 2000), siendo aquellas que llegan a ser sancionadas las que presentan mayor gravedad delictiva, similar a los hombres con elevado comportamiento antisocial (Loinaz, 2014). Para complementar los análisis de la muestra de justicia, se exploraron las diferencias en autoinforme de comportamiento antisocial entre las muestras procedentes de Medio Abierto y Centros Educativos, y como era de esperar, los adolescentes ingresados a Centros Educativos mostraron mayor autoinforme antisocial en todas las escalas evaluadas (con tamaño de efecto grande), ya que este grupo de jóvenes ha sido ingresado a una medida penal de mayor gravedad, se puede hipotetizar que sus comportamientos delictivos son de mayor gravedad y frecuencia.

En cuanto a las diferencias entre los grupos de edad Adolescentes, Adolescentes Tardíos y Adultos Jóvenes (muestra convencional) y el comportamiento antisocial, los mayores autoinformes de agresiones, vandalismo, conducta contra-normativa y robos en el grupo de adolescentes, diferenciándose significativamente de los otros dos grupos de edad, eran esperables, tal y como se ha indicado en el marco conceptual de esta investigación, que se ha indicado a la adolescencia como una etapa de mayor riesgo de conductas antisociales (Fernandez et al., 2009; Moffitt, 1993, 2018; Rutter et al., 2000). Además, particularmente las conductas relacionadas a actos contra-normativos, son más propias de observarse como conducta antisocial durante la adolescencia que en las otras etapas evaluadas. Cabe destacar que la única escala que no reportó diferencias fue la relacionada a Drogas, en estudios recientes en población española se ha indicado que han aumentado los autoinformes de consumo y venta de drogas ilegales, dando paso a una mayor flexibilidad y normalización de este tipo de conductas, lo que se puede relacionar a esta ausencia de diferencias (Fernandez et al., 2009).

Finalmente, se exploró la relación entre el autoinforme de comportamiento antisocial, y las escalas de personalidad y madurez psicosocial. En relación al JI-R, se

observó nuevamente que aquellas escalas que se han descrito en estudios previos vinculadas a muestras con mayor comportamiento antisocial (Desajuste social, Valores subculturales, Inmadurez, Autismo, Extrañeza-alienación, Agresividad-ira y el Índice Asocial), son las que se asociaron de forma directa y con tamaño de efecto grande a las escalas del autoinforme (Allen et al., 2003; Antequera & Andrés-Pueyo, 2008; Estevao & Bichuette, 1985; Graham, 1981; Kuncze & Hemphill, 1983; Manzi-Oliveira, 2012; Martin, 1981; Regina, 2008; Wenger, 2010). En cuanto al autoinforme antisocial y los cinco rasgos de personalidad, todas las escalas del autoinforme se asociaron de forma directa con tamaño de efecto medio a grande con el rasgo Extraversión, considerando que el CCA evalúa conductas, es probable que esta asociación se relacione con los aspectos de Extraversión vinculados a la Búsqueda de emociones (Duran-Bonavila et al., 2017; Jones et al., 2011). En cuanto a Amabilidad y la asociación indirecta al autoinforme delictivo, particularmente con las escalas Agresión, Conducta contra-normativa y comportamiento delictivo global, era esperable ya que es uno de los rasgos que más evidencia acumula en su vinculación al comportamiento antisocial (John et al., 1994; Jones et al., 2011; Le Corff & Toupin, 2009; Miller & Lynam, 2001; Romero et al., 2002). Por último, en relación a las vinculaciones entre madurez psicosocial y el comportamiento antisocial, era teóricamente esperable que Templanza, que incluye aspectos como la supresión de la agresividad y la consideración de los otros, se asociara de forma negativa y con tamaño de efecto grande a todos los comportamientos antisociales evaluados, también se ha descrito que aumentos en Templanza se relacionan con el desistimiento del comportamiento antisocial (Monahan et al., 2009). Sin embargo, llama la atención que Autonomía se relacione de forma directa y significativa con todas las escalas del CCA, y con tamaño de efecto grande con Agresión, Conducta contra normativa, Robo y Comportamiento delictivo global, este hallazgo es probable que refleje los aspectos de Auto-confianza de la escala Autonomía, los que, si se encuentran elevados y en ausencia de los otros dos componentes de la madurez psicosocial, se han vinculado a un perfil de "pseudomadurez", con mayor riesgo de involucrarse en comportamientos antisociales (Galambos et al., 2003; Galambos & Tilton-

Weaver, 2000; Moffitt, 1993). De todas formas, existe escasa evidencia al respecto y se requieren futuros estudios que refuercen esta idea.

## **5.2. Conclusiones**

A continuación, se presentan de forma resumida las principales conclusiones de esta tesis doctoral.

### **5.2.1. Estructura del Inventario Jesness en relación al modelo de personalidad de cinco factores y a la madurez psicosocial**

- Se fortalece la evidencia que describe al JI-R con capacidad de discriminar entre una muestra proveniente de justicia juvenil y otra convencional, a través de un conjunto de escalas que describen actitudes y pensamientos antisociales (Desajuste Social, Valores Subculturales, Autismo, Agresividad-ira e Índice Asocial), las que ya han sido descritas en estudios previos.

- Para el resto de escalas del JI-R, no mencionadas anteriormente, los resultados son difusos, y se requieren de más estudios que orienten respecto a sus vinculaciones con la muestra de justicia juvenil.

- Las escalas del JI-R correlacionan en coherencia teórica con la estructura del modelo de cinco factores de personalidad, principalmente con los rasgos Amabilidad, Responsabilidad y Estabilidad Emocional.

- La relación más clara entre MAYAS y JI-R se encontró con la escala Templanza y la asociación negativa con las escalas del JI-R que describen actitudes y pensamientos antisociales. Por otro lado, se requiere profundizar en el conocimiento de la escala Autonomía y su relación con escalas del JI-R que evalúan emocionalidad negativa.

- La muestra de justicia juvenil mostró mayor Autonomía y menor Templanza en el MAYAS que la convencional, lo que configura un perfil de "pseudomadurez" que puede asociarse a mayor riesgo en la toma de decisiones e involucramiento en comportamientos antisociales.

### 5.2.2. Madurez psicosocial, personalidad y la edad en muestras convencional y de justicia juvenil.

- Entre los grupos de edad Adolescencia y Adolescencia Tardía se observó estabilidad del rasgo Amabilidad para el grupo convencional, y una disminución del mismo en la muestra de justicia juvenil.

- La muestra de justicia juvenil evidenció mayor nivel promedio de Autonomía en ambos grupos de edad (solo significativo en Adolescente Tardío), reforzando la idea que adolescentes con mayor comportamiento antisocial mostrarían un perfil de "pseudomadurez".

- Se requiere profundizar en el hallazgo de ausencia de diferencia entre grupos de edad para Templanza, ya que podría estar indicando que el *peak* de esta variable se alcanza en edades posteriores.

- Las escalas Desajuste social, Valores Subculturales, Inmadurez, Autismo, Extrañeza-alienación, Agresividad-ira y el Índice Asocial del JI-R, diferencian entre ambas muestras y entre los grupos de edades a lo largo de la adolescencia.

- Existiría una relación directa entre madurez psicosocial (Templanza y Perspectiva) y la edad. Se observó que ambas variables aumentan de forma lineal a través de la adolescencia, sin embargo, Perspectiva se estabilizaría antes que Templanza, ya que esta última continuaría su desarrollo hasta estabilizarse en la adultez joven.

- No se observó relación entre Autonomía y edad.

- No se observaron diferencias de género en las escalas de madurez del MAYAS.

### 5.2.3. Madurez psicosocial y comportamiento antisocial autoinformado en muestras convencional y justicia juvenil.

- El comportamiento antisocial se relacionó de forma negativa con Templanza y positiva con Autonomía.

- La relación directa entre Autonomía y comportamiento antisocial, podría reflejar los aspectos de Auto-confianza de dicha escala, los que de estar elevados y en ausencia de los otros dos componentes de la madurez, se vincularían a un perfil de "pseudomadurez" con mayor riesgo de involucrarse en comportamientos antisociales.

### **5.3. Implicaciones prácticas**

Desde la administración y trabajo directo con adolescentes en general, y de justicia en particular, es conocida la dificultad para encontrar instrumentos que sean prácticos, de fácil comprensión y accesibles para los adolescentes, el JI-R tiene en ello una ventaja importante, es un instrumento relativamente breve y cercano por el tipo de ítems para la población infractora. Por ello, tanto la exploración del JI-R en relación a los rasgos de personalidad desde el modelo de los cinco factores, así como con dos muestras diferente, ha permitido dar un paso más en la comprensión de esta herramienta que, como pocos, ha sido diseñado expresamente para el trabajo en población de justicia juvenil. Los resultados de esta tesis doctoral permiten corroborar la existencia de una serie de escalas que se repiten en diversos estudios como las que diferencian de forma significativa entre quienes presentan mayor comportamiento antisocial. El JI-R permite acceder de forma rápida, a conocer valoraciones de los adolescentes en relación a creencias y actitudes antisociales, aspecto para el que no se conoce otra herramienta en Iberoamérica. Si bien, aún queda trabajo para que el JI-R pueda ser utilizado por profesionales en contextos forenses, lo expuesto en este estudio alienta a continuar explorando el comportamiento psicométrico y clínico del JI-R.

Por otro lado, esta tesis arroja las primeras luces en la relación entre madurez psicológica y comportamiento antisocial en población adolescente española, a partir de ello llama la atención lo que se ha descrito aquí como un perfil de "pseudomadurez", el que se observó en la muestra de justicia juvenil y se ha caracterizó por puntuación más alta en la escala de Autonomía y puntuación más baja en Templanza, lo que llevó a hipotetizar su posible vinculación con una mayor frecuencia e intensidad de los comportamientos de riesgo. Esto tiene potenciales implicaciones en la práctica forense,

en la detección de perfiles de mayor riesgo de comportamiento antisocial, así como en la planificación de intervenciones que permitan atender los aspectos deficitarios, en este caso, asociados a la Templanza. Incluso, esto puede ser relevante en contextos de prevención, como escuelas o programas vinculados a medidas de protección de menores, en donde la detección temprana de este tipo de perfil podría constituirse en una señal que indique la necesidad de intervención focalizada en prevención de comportamientos de riesgo y antisociales.

#### **5.4. Limitaciones del estudio**

Como toda investigación, este estudio no está exento de limitaciones que deben ser expuestas y consideradas al momento de revisar los hallazgos y conclusiones. Dentro de las principales limitaciones se encuentra la composición de ambas muestras, en aspectos relacionados a tamaño, edad y género, los que pueden afectar en la representatividad y generalización de los resultados. En relación a la muestra de justicia juvenil, puede apreciarse que su tamaño en comparación a la muestra convencional es reducido, ya que el acceso a justicia juvenil, a diferencia de muestras de tipo comunitarias, es más limitado y en este caso se requiere de la autorización previa del Departamento de Justicia de la Generalitat de Catalunya, quienes deben velar por el resguardo de los adolescentes y los procesos de sanción/intervención que tienen bajo su administración, delimitando el máximo de muestra a la cual se puede acceder. Ante ello, pese al bajo tamaño muestral del grupo de justicia en esta investigación, este refleja casi el total de la muestra autorizada.

Por otra parte, se observó una restricción de rango en la variable edad de la muestra de justicia juvenil, lo que impidió el poder realizar comparaciones entre ambas muestras más allá de los 21 años, dejando fuera de dichas comparativas a lo que se denominó en este estudio como grupo "Adulto Joven". Por lo anterior, no fue posible conocer si existen o no diferencias entre ambas muestras en las variables de personalidad y madurez psicosocial en ese grupo de edad. Por el mismo motivo, también se dejó fuera del presente estudio la exploración de los cambios a través de los grupos de edad de las

variables de madurez (Autonomía, Perspectiva y Templanza), los que son de especial relevancia en muestras de justicia, y en dónde estudios previos han indicado que las variables relacionadas a madurez en estos grupos se estabilizarían después de los 21 años de edad (Monahan et al., 2009, 2013; Mulvey et al., 2004; Ozkan & Worrall, 2017). Si bien es posible encontrar a jóvenes mayores de 21 años cumpliendo sanciones en el sistema de justicia juvenil, el espacio natural y con mayor acceso a muestra que contempla dicho tramo de edad está en la justicia penal adulta, por lo que para salvaguardar esta dificultad habría sido relevante considerar e incluir una muestra del sistema penal adulto y cubrir así todo el rango de edad hasta la adultez joven o emergente.

En cuanto a la muestra convencional, habría sido deseable una muestra que incluyera sujetos con más de 25 años, lo que habría permitido observar eventuales cambios en la adultez emergente de las variables en estudio, y específicamente contrastar si con sujetos de mayor edad se observa una relación entre la escala Autonomía del MAYAS y la edad. Además, dado que una parte importante de la muestra se recopiló de forma voluntaria, a través de cuestionarios online, se aceptaron todos los cuestionarios que fuesen respondidos válidamente, lo que llevo a que la composición final de la muestra no estuviese balanceada en la variable género, con una mayoría de mujeres (73%). Lo anterior pudo afectar los resultados asociados a diferencias de género para las variables de personalidad y comportamiento antisocial, pero especialmente en el caso de madurez, donde no se encontraron diferencias significativas, y era teóricamente esperable que si existiesen.

Otra limitación de esta tesis doctoral se relaciona con las diferencias entre las medidas utilizadas en este estudio para la madurez (MAYAS), y su limitada comparabilidad con las medidas de los estudios de Steinberg y su equipo, ya que como se indicó en la discusión, existen diferencias conceptuales en la forma de medir y comprender los componentes de la madurez psicosocial. Lo anterior es especialmente relevante en el caso de la variable “influencia del grupo de iguales”, ya que este factor es de alta relevancia en la etapa adolescente, y tiene una especial vinculación con el comportamiento antisocial y las conductas de riesgo (Moffitt, 1993; Steinberg & Monahan, 2007). Si bien las

investigaciones de Steinberg y colaboradores si contemplan entre las escalas que utilizan la evaluación de la influencia de los iguales, en la presente tesis doctoral esta variable, al no estar incluida en el MAYAS, no se abordó en este estudio, y tampoco se incluyó ninguna medida complementaria que permitiera un proxy a su evaluación, lo que queda como un aspecto importante a explorar en estudios posteriores.

Finalmente, que el diseño considerara una única evaluación transversal de los sujetos es una importante limitación para el tipo de variables estudiadas, especialmente si los objetivos tenían relación con los efectos o cambios en el tiempo (edad) en aspectos como la madurez y la personalidad, para este tipo de interrogantes un diseño que contemplara medidas longitudinales de la muestra habría sido más apropiado, sin embargo, ante la dificultad de financiamiento y acceso a las muestras, y considerando que es un primer abordaje exploratorio de la temática con muestra en España, se considera que es una aproximación aceptable, pero en ningún caso ideal, que deja interrogantes que deben ser subsanadas en futuras investigaciones.

### **5.5. Líneas futuras de investigación**

A partir de los principales resultados de esta tesis doctoral, se considera como futura línea de investigación el avanzar en la mejor comprensión clínica y psicométrica del JI-R, en relación a lo primero, se observa relevante explorar clínicamente la relevancia en muestras de justicia de las escalas que aparecen con resultados contradictorios en su relación con el comportamiento antisocial, en donde algunas de ellas parecieran estar más vinculadas con emociones negativas, mientras que otras quedan más interrogantes que claridades en su utilidad clínica en población forense. Para la comprensión psicométrica, se requerirían estudios de validación y desarrollo de normas en muestras representativas.

También quedan interrogantes que requieren futuras investigaciones en la línea de madurez psicológica, particularmente se requieren de estudios posteriores que permitan comprender la ausencia de relación entre edad y la escala de Autonomía (MAYAS) en esta muestra, extendiendo quizás el rango de edad de la misma. Además, incluir las otras escalas del MAYAS en un estudio de tipo longitudinal permitiría tener una mejor

aproximación a cómo evolucionan a través de los años, en el desarrollo evolutivo, la madurez. Finalmente, sería de relevancia profundizar en lo que aquí se ha propuesto como perfil de riesgo de “pseudomadurez”, con una muestra más amplia, y con un rango de edad más amplio en el grupo de justicia que el trabajado en esta investigación, poniendo a prueba la hipótesis de asociar esa configuración de escalas a conductas de riesgo.

## 6. REFERENCIAS

- Abella, V., & Bárcena, C. (2014). PEN, modelo de los cinco factores y problemas de conducta en la adolescencia. *Acción Psicológica, 11*(1), 55-68.
- Aguilar, Á., Tous, J., & Andrés-Pueyo, A. (1990). Adaptación y estudio psicométrico del EPQ-R. *Anuario de Psicología, 3*(46), 101-118.
- Aguilar, B., Sroufe, L. A., Egeland, B., & Carlson, E. (2000). Distinguishing the early-onset/persistent and adolescence-onset antisocial behavior types: From birth to 16 years. *Development and psychopathology, 12*(2), 109-132.
- Aleixo, P., & Norris, C. (2000). Personality and moral reasoning in young offenders. *Personality and Individual Differences, 28*(3), 609-623.
- Allen, J. P., Weissberg, R. P., & Hawkins, J. A. (1989). The relation between values and social competence in early adolescence. *Developmental Psychology, 25*, 458-464.
- Allen Jr, J., Rupert, V., Spatafora, K., Windell, J., Gaulier, B., & Conti, K. (2003). Differentiating violent from nonviolent female offenders using the Jesness inventory. *Personality and Individual Differences, 35*(1), 101-108.
- Alsaker, F., & Kroger, J. (2006). Self-concept, self-esteem, and identity. En S. Jackson & L. Goossens (Eds.), *Handbook of adolescent development* (pp. 90-117). New York: Psychology press.
- American Psychological Association. (2004). Amicus curiae brief filed in U.S: Supreme Court in Roper v. Simmons, 543 U.S. 551. Recuperado a partir de <http://www.apa.org/about/offices/ogc/amicus/roper.pdf>
- Andrés-Pueyo, A. (1997). Psicología y Biología en la obra de Hans J. Eysenck. *Revista de Psicología General y Aplicada, 50*(4), 475-502.
- Andrés-Pueyo, A., & Antequera, M. (2006). Inventario de Jesness Revisado. Adaptación experimental al castellano. Manuscrito no publicado.
- Andrews, D. A., & Bonta, J. (2010). *The Psychology of criminal conduct* (5ª ed.). Cincinnati: Anderson.
- Andrews, D. A., & Wormith, J. S. (1989). Personality and Crime: Knowledge Destruction and Construction in Criminology. *Justice Quarterly, 6*(3), 289-309.
- Antequera, M., & Andrés-Pueyo, A. (2008). Personalidad y delincuencia: un estudio a través del Inventario Jesness – Revisado. En F. Rodríguez, C. Bringa, F. Fariña, R. Arce, & A. Bernardo (Eds.), *Psicología Jurídica: familia y victimología* (pp. 445-449). Oviedo.
- Arnett, J. J. (2000). Emerging adulthood: A theory of development from the late teens through the twenties. *American Psychologist, 55*(5), 469-480.
- Arnett, J. J. (2014). Presidential Address: The Emergence of Emerging Adulthood: A Personal History. *Emerging Adulthood, 2*(3), 155-162.
- Bazon, M. R., & Galinari, L. S. (2018). Psychological Profiles of Brazilian Adolescent Offenders. *International Annals of Criminology, 1*-14.

- Benda, B., Corwyn, R., & Toombs, N. (2001a). From Adolescent "Serious Offender" to Adult Felon. *Journal of Offender Rehabilitation, 32*(3), 79-108.
- Benda, B., Corwyn, R., & Toombs, N. (2001b). Recidivism Among Adolescent Serious Offenders. Prediction of Entry Into the Correctional System for Adults. *Criminal Justice and Behavior, 28*(5), 588-613.
- Blonigen, D. (2010). Explaining the relationship between age and crime: contributions from the developmental literature on personality. *Clinical psychology review, 30*(1), 89-100.
- Blonigen, D., Littlefield, A., & Sher, K. (2010). Course of Antisocial Behavior during Emerging Adulthood: Developmental Differences in Personality. *Journal of Research in Personality, 44*(6), 729-733.
- Borghuis, J., Denissen, J. J. A., Oberski, D., Sijtsma, K., Meeus, W. H. J., Branje, S., ... Bleidorn, W. (2017). Big Five personality stability, change, and codevelopment across adolescence and early adulthood. *Journal of Personality and Social Psychology, 113*(4), 641-657.
- Branje, S., van Lieshout, C., & Gerris, J. (2007). Big Five personality development in adolescence and adulthood. *European Journal of Personality, 21*, 45-62.
- Bukowski, W. M., Sippola, L. K., & Newcomb, A. F. (2000). Variations in patterns of attraction to same- and others- sex peers during early adolescence. *Developmental Psychology, 36*, 147-154.
- Cale, E. (2006). A quantitative review of the relations between the "Big 3" higher order personality dimensions and antisocial behavior. *Journal of Research in Personality, 40*(3), 250-284.
- Carducci, B. (2009). The trait viewpoint: Psychological disposition of personality. En *The psychology of personality* (Segunda ed.). Oxford: Wiley-Blackwell.
- Carver, C. S., & Scheier, M. (1997). *Teorías de la personalidad* (Tercera ed). México: Prentice-Hall Hispanoamericana.
- Caspi, A., Moffitt, T. E., Silva, P., Stouthamer-loeber, M., Krueger, R., & Schmutte, P. (1994). Are some people crime-prone? replications of the personality-crime relationship across countries, genders, races, and methods. *Criminology, 32*(2), 163-195.
- Caspi, A., Roberts, B. W., & Shiner, R. L. (2005). Personality Development: Stability and Change. *Annual Review of Psychology, 56*(1), 453-484.
- Cattell, R. B. (1943). The description of personaliy: Basics traits resolved into clusters. *Journal of Abnormal and Social Psychology, 38*, 476-506.
- Cattell, R. B. (1950). *Personality: a systematic theoretical and factual study*. New York: McGraw-Hill Book Company, Inc.
- Cauffman, E., & Steinberg, L. (2000). (Im)maturity of judgment in adolescence: Why adolescents may be less culpable than adults. *Behavioral Sciences and the Law, 18*(6), 741-760.
- Cauffman, E., & Woolard, J. (1999). The Future Outlook Inventory. Manuscrito no publicado, MacArthur Network on Adolescent Development and Juvenile Justice.
- Chein, J., Albert, D., O'Brien, L., Uckert, K., & Steinberg, L. (2011). Peers increase adolescent risk

- taking by enhancing activity in the brain's reward circuitry. *Developmental Science*, 14(2), 1-10.
- Chico, E. (1994). *Personalidad y psicopatía: relaciones dimensionales y capacidad discriminativa en dos muestras equiparadas* (Tesis doctoral). Universidad Rovira i Virgili, España.
- Cillessen, A. H., & Mayeux, L. (2004). From censure to reinforcement: Developmental changes in the association between aggression and social status. *Child Development*, 75, 147-163.
- Cloninger, S. C. (2003). *Teorías de la personalidad*. México: Prentice Hall.
- Colby, A., Kohlberg, L., Gibbs, J., & Lieberman, M. (1983). A longitudinal study of moral judgment. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 1-124.
- Coleman, J., & Hendry, L. (2003). *Psicología de la adolescencia*. Madrid: Ediciones Morata.
- Constantinople, A. (1969). An Eriksonian measure of personality development in college students. *Developmental Psychology*, 1, 357-372.
- Costa, P. T., & McCrae, R. R. (1985). *The NEO Personality Inventory manual*. Odessa: Psychological Assessment Resources, Inc.
- Costa, P. T., & McCrae, R. R. (1992). *Revised NEO personality inventory (NEO PI-R) and NEO five-factor inventory (NEO-FFI): professional manual*. Florida: Psychological Assessment Resources, Inc.
- Costa, P. T., & McCrae, R. R. (1995). Primary traits of Eysenck's PEN model: Three and five factor solutions. *Journal of Personality and Social Psychology*, 69, 308-317.
- Costa, P. T., & McCrae, R. R. (2006). Trait and factor theories. En J. Thomas & D. Segal (Eds.), *Comprehensive handbook of personality and psychotherapy: Vol 1. Personality and everyday functioning* (pp. 96-114). Hoboken, New Jersey: John Wiley & Sons, Inc.
- Costa, P. T., McCrae, R. R., Cordero, A., Pamos, A., Seisdedos Cubero, N., & Avia, M. (2008). *Inventario de personalidad Neo revisado (NEO PI-R), Inventario Neo reducido de cinco factores (NEO-FFI) : manual profesional*. Madrid : Tea.
- Costa, R. C., Komatsu, A. V., & Bazon, M. R. (2017). Psychological Assessment of Adolescent Offenders: Validity of the Brazilian Jesness Inventory—Revised. *International Annals of Criminology*, 55(01), 60-77.
- CSG Justice Center (Noviembre, 2015). *Reducing Recidivism and Improving Other Outcomes for Young Adults in the Juvenile and Adult Criminal Justice Systems*. Recuperado a partir de <https://csgjusticecenter.org/wp-content/uploads/2015/11/Transitional-Age-Brief.pdf>
- Cuervo, K., Villanueva, L., González, F., Carrión, C., & Busquets, P. (2015). Characteristics of young offenders depending on the type of crime. *Psychosocial Intervention*, 24(1), 9-15.
- De Fruyt, F., Bartels, M., Van Leeuwen, K., De Clercq, B., Decuyper, M., & Mervielde, I. (2006). Five types of personality continuity in childhood and adolescence. *Journal of personality and social psychology*, 91(3), 538-52.
- Dembo, R., Voie, L. La, Schmeidler, J., & Washburn, M. (1987). The Nature and Correlates of Psychological/Emotional Functioning among a Sample of Detained Youths. *Criminal Justice*

*and Behavior*, 14(3), 311-334.

- Dijkstra, J. K., Kretschmer, T., Pattiselanno, K., Franken, A., Harakeh, Z., Vollebergh, W., & Veenstra, R. (2015). Explaining adolescents' delinquency and substance use: a test of the maturity gap: the SNARE study. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 52, 747-767.
- Dmitrieva, J., Monahan, K., Cauffman, E., & Steinberg, L. (2012). Arrested development: The effects of incarceration on the development of psychosocial maturity. *Development and Psychopathology*, 24, 1073-1090.
- Duran-Bonavila, S., Vigil-Colet, A., Cosi, S., & Morales-Vives, F. (2017). How individual and contextual factors affects antisocial and delinquent behaviors: A comparison between young offenders, adolescents at risk of social exclusion, and a community sample. *Frontiers in Psychology*, 8(OCT), 1-12.
- Egan, V. (2011). Individual Differences and Antisocial Behavior. En T. Chamorro-Premuzic, S. von Stumm, & A. Furnham (Eds.), *The Wiley-Blackwell Handbook of Individual Differences* (pp. 522-547). Blackwell Publishing.
- Erikson, E. H. (1968). *Identity: Youth and crisis*. New York: Norton & Co Inc.
- Erikson, E. H. (1970). *Infancia y sociedad*. Buenos Aires : Hormé.
- Estevao, R., & Bichuette, M. (1985). Administration of the Jesness Personality Inventory to delinquent and non-delinquent youth. *Arquivos Brasileiros de Psicologia*, 37(4), 48-55.
- Eysenck, H. J. (1967). *The biological basis of personalit*. Springfield, Oregon: Thomas.
- Eysenck, H. J. (1977). *Crime and Personality*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Eysenck, H. J., & Eysenck, M. (1985). *Personality and individual differences : a natural science approach*. New York [etc.] : Plenum Press.
- Eysenck, H. J., & Eysenck, S. (1991). *Manual of the Eysenck personality scale (adults)*. London: Hodder and Stoughton.
- Eysenck, H. J., Eysenck, S., Ortet i Fabregat, G., & Seisedos Cubero, N. (2001). *EPQ-R : cuestionario revisado de personalidad de Eysenck : versiones completa (EPQ-R) y abreviada (EPQ-RS) : manual*. Madrid : Tea.
- Eysenck, H. J., Eysenck, S., Seisedos Cubero, N., & Cordero, A. (1992). *EPQ : cuestionario de personalidad para niños (EPQ-J) y adultos (EPQ-A) : manual*. Madrid : TEA.
- Eysenck, H. J., & Gudjonsson, G. (1989). *The causes and cures of criminality*. New York: Plenum.
- Eysenck, S., & Barrett, P. (2013). Re-introduction to cross-cultural studies of the EPQ. *Personality and Individual Differences*, 54(4), 485-489.
- Fadjukoff, P., Pulkkinen, L., & Kokko, K. (2005). Identity processes in adulthood: Diverging domains. *Identity: An International Journal of Theory and Research*, 5, 1-20.
- Farrell, G., Laycock, G., & Tilley, N. (2015). Debuts and legacies: the crime drop and the role of adolescence limited and persistent offending. *Crime Science*, 4, 1-10.
- Farrington, D. (2005). Childhood Origins of Antisocial Behavior. *Clinical Psychology and*

*Psychotherapy*, 12, 177-190.

- Farrington, D. P. (1986). Age and crime. En M. Tonry & N. Morris (Eds.), *Crime and justice: An annual review of research (Vol. 7)*. (pp. 189-250). Chicago: University of Chicago.
- Fernandez, E., Bartolome, R., Rechea, C., & Megías, A. (2009). Evolución y tendencias de la delincuencia juvenil en España. *Revista Española de Investigación Criminológica*, 8(7).
- Ferrer, M., Carbonell, X., Sarrado, J., Cebrià, J., Virgili, C., & Castellana, M. (2010). Distinguishing male offenders through juvenile personality traits, coping strategies, feelings of guilt and level of anger. *The Spanish journal of psychology*, 13(2), 751-764.
- Florenzano, R. (2002). *El adolescente y sus conductas de riesgo*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Forth, A. E., Kosson, D. S., & Hare, R. D. (2003). *The Psychopathy Checklist: Youth Version*. Toronto, Ontario: Multi-Health Systems.
- Fundación Merck Salud. (2016). *Menor maduro y salud. Informe del experto n° 15*. Recuperado a partir de [http://www.fundacionmercksalud.com/wp-content/uploads/2017/06/15\\_MenorMaduroySalud\\_web.pdf](http://www.fundacionmercksalud.com/wp-content/uploads/2017/06/15_MenorMaduroySalud_web.pdf)
- Galambos, N., Barker, E., & Tilton-Weaver, L. (2003). Who Gets Caught at Maturity Gap? A Study of Pseudomature, Immature, and Mature Adolescents. *International Journal of Behavioral Development*, 27(3), 253-263.
- Galambos, N., & Tilton-Weaver, L. (2000). Adolescents' Psychosocial Maturity, Problem Behavior, and Subjective Age: In Search of the Adultoid. *Applied Developmental Science*, 4(4), 178-192.
- Gignac, G. E., & Szodorai, E. T. (2016). Effect size guidelines for individual differences researchers. *Personality and Individual Differences*, 102, 74-78.
- Graham, S. (1981). Predictive and concurrent validity of the Jesness Inventory Asocial Index: When does a delinquent become a delinquent? *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 49(5), 740-742.
- Graham v. Florida (2010). Graham v. Florida, 130 U.S. Recuperado a partir de <https://supreme.justia.com/cases/federal/us/560/48/>
- Greenberger, E. (1984). Defining psychosocial maturity in adolescence. *Advances in Child Behavioral Analysis & Therapy*, 3, 1-37.
- Greenberger, E., Josselson, R., Knerr, C., & Knerr, B. (1975). The measurement and structure of psychosocial maturity. *Journal of Youth and Adolescence*, 4(2), 127-143.
- Greenberger, E., & Sørensen, A. B. (1974). Toward a concept of psychosocial maturity. *Journal of Youth and Adolescence*, 3(4), 329-358. <https://doi.org/10.1007/BF02214746>
- Greenberger, E., & Steinberg, L. (1986). *When teenagers work: The psychological and social costs of adolescent employment*. Basic Books.
- Heaven, P. (1996). Personality and self-reported delinquency: Analysis of the "Big Five" personality dimensions. *Personality and Individual Differences*, 20(1), 47-54.
- Heaven, P. (1983). Authoritarianism or acquiescence? South African findings. *Journal of social*

*psychology*, 119, 11-15.

- Heaven, P., Newbury, K., & Wilson, V. (2004). The Eysenck psychoticism dimension and delinquent behaviours among non-criminals: changes across the lifespan? *Personality and Individual Differences*, 36(8), 1817-1825.
- Heaven, P., & Virgen, M. (2001). Personality, perceptions of family and peer influences, and males' self-reported delinquency. *Personality and Individual Differences*, 30(2), 321-331.
- Hocker, T. R. (2005). Relationship of the Jesness Inventory to the Psychopathy Checklist-Youth Version in a sample of incarcerated youth. (Tesis Doctoral). Recuperado a partir de <https://soar.wichita.edu/handle/10057/725>
- Hoffman, L., Paris, S., & Hall, E. (1997). *Psicología del desarrollo hoy*. Madrid: McGraw-Hill.
- Hoge, R. D. D., & Andrews, D. A. (2003). *Youth Level of Service/Case Management Inventory (YLS/CMI) user's manual*. Toronto, Ontario, Ontario: Multi-Health Systems.
- Jesness, C. F. (1962). *The Jesness Inventory: Development and validation Research Report No. 29*. Sacramento, CA.
- Jesness, C. F. (2003). *Jesness Inventory - Revised: Technical manual*. North Tonawanda; NY: Multi-Health Systems.
- Jesness, C. F., & Wedge, R. F. (1984). Validity of a revised Jesness Inventory I-Level Classification with delinquents. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 52(6), 997-1010.
- John, O. P., Caspi, A., Robins, R., Moffitt, T. E., & Stouthamer-Loeber, M. (1994). The " Little Five ": exploring the nomological network of the Five-Factor Model of personality in adolescent boys. *Child Development*, 65(1), 160-178.
- John, O. P., Naumann, L., & Soto, C. J. (2008). Paradigm shift to the integrative Big Five trait taxonomy. History, measurement, and conceptual issues. En O. P. John, R. Robins, & L. Pervin (Eds.), *Handbook of personality: Theory and research* (Tercera Ed., pp. 114-158). New York and London: The Guilford Press.
- Jolliffe, D. (2013). Exploring the relationship between the Five-Factor Model of personality, social factors and self-reported delinquency. *Personality and Individual Differences*, 55(1), 47-52.
- Jones, S., Miller, J., & Lynam, D. (2011). Personality, antisocial behavior, and aggression: A meta-analytic review. *Journal of Criminal Justice*, 39(4), 329-337.
- Josselson, R. (1996). *Revising herself: The story of women's identity from college to midlife*. New York: Oxford University Press.
- Kajonius, P. J., & Johnson, J. (2018). Sex differences in 30 facets of the five factor model of personality in the large public (N = 320,128). *Personality and Individual Differences*, 129(March), 126-130.
- Kazdin, A. . (1988). *Tratamiento de la conducta antisocial en la infancia y la adolescencia*. Madrid: Martínez Roc.
- Klimstra, T., Hale, W., Raaijmakers, Q., Branje, S., & Meeus, W. (2009). Maturation of personality in adolescence. *Journal of personality and social psychology*, 96(4), 898-912.

- Kohlberg, L. (1976). Moral Stages and Moralization: The Cognitive- Developmental Approach. En T. Lickona (Ed.), *Moral Development and Behavior*. New York: Holt, Rinehart & Winston.
- Kroger, J. (2004). *Identity in adolescence: The balance between self and other* (3era ed.). London: Routledge.
- Kunce, J., & Hemphill, H. (1983). Delinquency and Jesness Inventory scores. *Journal of Personality Assessment*, 47(6), 632-634.
- Kunnen, E., & Klein-Wassink, M. (2003). An analysis of identity change in adulthood. *Identity: An International Journal of Theory and Research*, 3, 347-366.
- Le Corff, Y., & Toupin, J. (2009). Comparing persistent juvenile delinquents and normative peers with the Five-Factor Model of Personality. *Journal of Research in Personality*, 43(6), 1105-1108.
- Le Corff, Y., & Toupin, J. (2010). The Five-Factor Model of personality at the facet level: Association with antisocial personality disorder symptoms and prediction of antisocial behavior. *Journal of Psychopathology and Behavioral Assessment*, 32(4), 586-594.
- Lewis, M. (2001). Issues in the Study of Personality Development. *Psychological Inquiry*, 12(2), 67-83.
- Listwan, S., Gentry, K., Murphy, L., & van Voorhis, P. (2012). High anxiety offenders in correctional settings: It's time for another look. *Federal Probation*, 68(1), 43-50.
- Listwan, S. J., Van Voorhis, P., & Ritchey, P. N. (2007). Personality, Criminal Behavior, and Risk Assessment: Implications for Theory and Practice. *Criminal Justice and Behavior*, 34(1), 60-75.
- Loinaz, I. (2014). Mujeres delincuentes violentas. *Psychosocial Intervention*, 23, 187-198.
- Luengo, M. A., Otero, J., Romero, E., Gómez-Fraguela, J., & Tavares-Filho, E. (1999). Análisis de ítems para la evaluación de la conducta antisocial: un estudio transcultural. *Revista Iberoamericana de Diagnóstico y Evaluación Psicológica*, 1, 21-36.
- Luthar, S. S., & McMahon, T. J. (1996). Peer reputation among innercity adolescents: Structure and correlates. *Journal of Research on Adolescence*, 6, 581-603.
- Mair, P., & Wilcox, R. (2012). Robust Statistical Methods in R Using the WRS2 Package. Recuperado a partir de <https://cran.r-project.org/web/packages/WRS2/vignettes/WRS2.pdf>
- Manzi-Oliveira, A. (2012). *Assessment of juvenile delinquents: cross-cultural adaptation of Jesness Personality Inventory* (Tesis de maestría). Universidade de São Paulo, Brasil.
- Marcia, J. (1966). Development and validation of ego identity status. *Journal of Personality and Social Psychology*, 3, 551-558.
- Marcia, J. (1967). Ego identity status: Relationship to change in self-esteem, «general maladjustment», and authoritarianism. *Journal of Personality*, 35, 118-133.
- Marcia, J., Watterman, A., Matteson, D., Archer, S., & Orlofsky, J. (1993). *Ego identity: A handbook for psychosocial research*. New York: Springer-Verlag.
- Martin, R. (1981). Cross-validation of the Jesness Inventory with delinquents and nondelinquents. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 49(1), 10-14.

- Martínez, T., & Ortet, G. (2015). *Validez de constructo de la versión española del Big Five Personality Trait Short Questionnaire (BFPTSQ) en adultos*. Universitat Jaume I.
- Matthews, B., & Minton, J. (2017). Rethinking one of criminology's 'brute facts': The age-crime curve and the crime drop in Scotland. *European Journal of Criminology*, 147737081773170.
- McCrae, R. R., & Costa, P. T. (1994). The stability of personality: observation and evaluations. *Current Directions in Psychological Science*, 3(6), 173-175.
- McCrae, R. R., & Costa, P. T. (2003). *Personality in adulthood: A five-factor theory perspective*. (2nd ed.). New York: Guilford.
- McCrae, R. R., & Costa, P. T. (2008). The five-factor theory of personality. En O. John, R. Robins, & L. Pervin (Eds.), *Handbook of personality: Theory and research* (Third Edit, pp. 159-181). New York and London: The Guilford Press.
- McCrae, R. R., Costa, P. T., Ostendorf, F., Angleitner, A., Hrebickova, M., Avia, M. D., ... Smith, P. B. (2000). Nature over nurture: Temperament, personality, and life span development. *Journal of Personality and Social Psychology*, 78, 173-186.
- McCrae, R. R., Costa, P. T., Terracciano, A., Parker, W. L., Mills, C. J., De Fruyt, F., & Mervielde, I. (2002). Personality trait development from age 12 to 18: Longitudinal, cross-sectional, and cross-cultural analyses. *Journal of Personality and Social Psychology*, 83, 1456-1468.
- Miller, J., & Lynam, D. (2001). Structural models of personality and their relation to antisocial behavior: A meta-analytic review. *Criminology*, 39(4), 765-798.
- Miller v. Alabama (2012). Miller v. Alabama, 567 U.S. Recuperado a partir de <https://supreme.justia.com/cases/federal/us/567/460/>
- Modecki, K. L. (2008). Addressing gaps in the maturity of judgment literature: Age differences and delinquency. *Law and Human Behavior*, 32(1), 78-91.
- Moffitt, T. E. (1993). Adolescence-limited and life-course-persistent antisocial behavior: A developmental taxonomy. *Psychological Review*, 100(4), 674-701.
- Moffitt, T. E. (2003). Life course- persistent and adolescence-limited antisocial behavior: A 10-year research review and research agenda. En B. Lahey, T.-E. Moffitt, & A. Caspi (Eds.), *Causes of conduct disorder and juvenile delinquency* (pp. 49-75). New York: Guilford Press.
- Moffitt, T. E. (2015). Life-Course-Persistent versus Adolescence-Limited Antisocial Behavior. En D. Cicchetti & D. J. Cohen (Eds.), *Developmental Psychopathology, volume 3* (Second edi, pp. 570-598).
- Moffitt, T. E. (2018). Male antisocial behaviour in adolescence and beyond. *Nature Human Behaviour*, 2, 177-186.
- Moffitt, T. E., & Caspi, A. (2001). Childhood predictors differentiate life-course persistent and adolescence-limited antisocial pathways among males and females. *Development and psychopathology*, 13(2), 355-375.
- Moffitt, T. E., Caspi, A., Rutter, M., & Silva, P. (2001). *Sex differences in antisocial behaviour. Conduct disorder, delinquency, and violence in the Dunedin longitudinal study*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Monahan, K., Steinberg, L., Cauffman, E., & Mulvey, E. (2009). Trajectories of antisocial behavior and psychosocial maturity from adolescence to young adulthood. *Developmental psychology*, 45(6), 1654-1668.
- Monahan, K., Steinberg, L., Cauffman, E., & Mulvey, E. (2013). Psychosocial (im)maturity from adolescence to early adulthood: distinguishing between adolescence-limited and persisting antisocial behavior. *Development and psychopathology*, 25, 1093-105.
- Morales-Vives, F. (2014). La relevancia de la madurez psicológica en el ámbito psicopedagógico. *Padres y maestros*, 359, 30-33.
- Morales-Vives, F., Camps, E., & Lorenzo-Seva, U. (s.f.) *Maturity in Youth Assessment Scale - MAYAS*. Manuscrito no publicado.
- Morales-Vives, F., Camps, E., & Lorenzo-Seva, U. (2012). *Cuestionario de Madurez Psicológica*. Madrid: TEA Ediciones.
- Morales-Vives, F., Camps, E., & Lorenzo-Seva, U. (2013). Development and validation of the psychological maturity assessment scale (PSYMAS). *European Journal of Psychological Assessment*, 29(1), 12-18.
- Morales-Vives, F., Camps, E., Lorenzo-Seva, U., & Vigil-Colet, A. (2014). The role of psychological maturity in direct and indirect aggressiveness in spanish adolescents. *The Spanish Journal of Psychology*, 17(16), 1-8.
- Morizot, J. (2014). Construct validity of adolescents' self-reported big five personality traits: importance of conceptual breadth and initial validation of a short measure. *Assessment*, 21(5), 580-606.
- Morizot, J. (2015). The contribution of temperament and personality traits to criminal and antisocial behavior development and desistance. En J. Morizot & L. Kazemian (Eds.), *The Development of Criminal and Antisocial Behavior* (pp. 137-165). Switzerland: Springer International Publishing.
- Morizot, J., & Le Blanc, M. (2003). Searching for a developmental typology of personality and its relations to antisocial behaviour: a longitudinal study of an adjudicated men sample. *Criminal, Behaviour and Mental Health*, 13, 241-277.
- Morizot, J., & Le Blanc, M. (2007). Behavioral, self, and social control predictors of desistance from crime: A test of launch and contemporaneous effect models. *Journal of Contemporary Criminal Justice*, 23, 50-71.
- Mottus, R., Guljavev, J., Allik, J., Laidra, K., & Pullmann, H. (2012). Longitudinal associations of cognitive ability, personality traits and school grades with antisocial behaviour. *European Journal of Personality*, 26, 56-62.
- Mulvey, E., Steinberg, L., Fagan, J., Cauffman, E., Piquero, A., Chassin, L., ... Losoya, S. (2004). Theory and Research on Desistance from Antisocial Activity among Serious Adolescent Offenders. *Youth Violence and Juvenile Justice*, 2(3), 213-236.
- Musitu, G., Buelga, S., Lila, M., & Cava, M. (2004). *Familia y adolescencia*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Olver, M. E., & Stockdale, K. C. (2016). Convergent and predictive validity of the Jesness Inventory

- in a sample of juvenile offenders. *Assessment*, 1-20.
- Oviedo Celina, H., & Campo-Arias, a. (2005). Aproximación al uso Coeficiente Alfa de Cronbach. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 34(4), 572-580.
- Ozkan, T., & Worrall, J. (2017). A Psychosocial Test of the Maturity Gap Thesis. *Criminal Justice and Behavior*, 44(6), 815-842.
- Peña, M. E., & Graña, J. L. (2006). Agresión y conducta antisocial en la adolescencia: Una integración conceptual. *Psicopatología Clínica Legal y Forense*, 6, 9-23.
- Perker, S. S., & Chester, L. (2017). *Emerging Adult Justice in Massachussetts*. Recuperado a partir de [https://scholar.harvard.edu/files/selenperker/files/emerging\\_adult\\_justice\\_issue\\_brief\\_final.pdf](https://scholar.harvard.edu/files/selenperker/files/emerging_adult_justice_issue_brief_final.pdf)
- Pinsonneault, T. B. (1999). Efficacy of the three randomness validity scales for the Jesness Inventory. *Journal of personality assessment*, 73(3), 395-406.
- Pinsonneault, T. B. (2006). Updating the Jesness Inventory randomness validity scales for the Jesness Inventory-Revised. *Journal of personality assessment*, 86(2), 190-195.
- Pinsonneault, T. B., & Ezzo, F. (2011). Efficacy of the Jesness Inventory-Revised Conduct Disorder and Oppositional Defiant Disorder Scales, 5(1), 31-36.
- Piquero, A., & Brezina, T. (2001). Testing Moffitt's account of adolescence-limited delinquency. *Criminology*, 39, 353-370.
- Piquero, A., Farrington, D. P., & Blumstein, A. (2007). *Key issues in criminal careers research: New analysis from the Cambridge study in delinquent development*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Piquero, A. R., & Moffitt, T. E. (2008). Explaining the facts of crime: How the developmental taxonomy replies to Farrington's invitation. En D. P. Farrington (Ed.), *Integrates developmental and life-course theories of offending* (pp. 51-72). New Brunswick, NJ: Transaction.
- Portellano, J., Mateos, R., & Martínez, R. (2000). *Cuestionario de Madurez Neuropsicológica Infantil (CUMANIN)*. Madrid: TEA Ediciones.
- Pullmann, H., Raudsepp, L., & Allik, J. (2006). Stability and change in adolescents' personality: A longitudinal study. *European Journal of Personality*, 20, 447-459.
- Rechea, C., Barberet, R., Montañés, J., & Arroyo, L. (1995). *La delincuencia juvenil en España: Autoinforme de los jóvenes*. Centro de Investigación en Criminología: Universidad de Castilla-La Mancha. Recuperado a partir de [https://previa.uclm.es/centro/criminologia/pdf/informes/00\\_1995.pdf](https://previa.uclm.es/centro/criminologia/pdf/informes/00_1995.pdf)
- Regina, I. (2008). *Comparação da adaptação pessoal de adolescentes judicializados e não-judicializados: a aplicação do inventário de personalidade de Jesness e de Eysenck e de humores depressivos de Beck* (Tesis de maestría). Universidade de Sao Paulo, Brasil.
- Roberts, B. W., Caspi, A., & Moffitt, T. E. (2001). The kids are alright: Growth and stability in personality development from adolescence to adulthood. *Journal of Personality and Social*

*Psychology*, 81(4), 670-683.

- Roberts, B. W., & DelVecchio, W. F. (2000). The rank-order consistency of personality traits from childhood to old age: A quantitative review of longitudinal studies. *Psychological Bulletin*, 126(1), 3-25.
- Roberts, B. W., Walton, K. E., & Viechtbauer, W. (2006). Patterns of mean-level change in personality traits across the life course: a meta-analysis of longitudinal studies. *Psychological bulletin*, 132(1), 1-25.
- Rocque, M. (2017). *Desistance from crime. New advances in theory and research*. New York: Springer Nature.
- Rodkin, P. C., Farmer, T. W., Pearl, R., & Van Acker, R. (2000). Heterogeneity of popular boys: Antisocial and prosocial configurations. *Developmental Psychology*, 36, 14-24.
- Romero, E., Luengo, M. A., Gómez-Fraguela, J. A., & Sobral, J. (2002). La estructura de los rasgos de personalidad en adolescentes: El modelo de Cinco factores y los Cinco alternativos. *Psicothema*, 14(1), 134-143.
- Romero, E., Luengo, M. A., & Sobral, J. (2001). Personality and antisocial behaviour: study of temperamental dimensions. *Personality and Individual Differences*, 31(3), 329-348.
- Romero, E., Sobral, J., & Luengo, M. A. (1999). *Personalidad y Delincuencia. Entre la biología y la sociedad*. Grupo Editorial Universitario.
- Rosenthal, D., Gurney, R., & Moore, S. (1981). From trust to intimacy: A new inventory for examining Erikson's stages of psychosocial development. *Journal of Youth and Adolescence*, 10, 526-537.
- Russell, M., Cattell, R. B., Cattell, A., Cattell, H., Karol, D., & Seisdedos Cubero, N. (1995). *16 PF-5 : manual*. Madrid : TEA.
- Rutter, M., Giller, H., & Hagell, A. (2000). *La conducta antisocial de los jóvenes*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Salvatore, C., Taniguchi, T., & Welsh, W. N. (2012). Is Emerging Adulthood Influencing Moffitt's Developmental Taxonomy? Adding the «Prolonged» Adolescent Offender. *Western criminology review*, 13(1), 1-15.
- Sánchez, M. (2005). El menor maduro. *Boletín de la sociedad de pediatría de Asturias, Cantabria, Castilla y León*, 45(193), 156-160.
- Schmitt, D. P., Long, A. E., McPhearson, A., O'Brien, K., Remmert, B., & Shah, S. H. (2017). Personality and gender differences in global perspective. *International Journal of Psychology*, 52(1), 45-56.
- Schuman, H., & Presser, S. (1981). *Questions and answers in attitude surveys*. New York: Academic Press.
- Scott, E., & Grisso, T. (1997). The evolution of adolescence: A developmental perspective on juvenile justice reform. *The Journal of Criminal Law & Criminology*, 88(1), 137-189.
- Semel, R. A. (2016). Incorporating the Jesness Inventory-Revised (JI-R) in a Best-Practice Model of

- Juvenile Delinquency Assessments. *Journal of Forensic Psychology Practice*, 16(1), 1-23.
- Shulman, E., Smith, A., Silva, K., Icenogle, G., Duell, N., Chein, J., & Steinberg, L. (2016). The dual systems model: Review, reappraisal, and reaffirmation. *Developmental Cognitive Neuroscience*, 17, 103-117.
- Stake, J. E., & Eisele, H. (2010). Gender and personality. En J. C. Chrisler & D. R. McCreary (Eds.), *Handbook of Gender Research in Psychology* (pp. 19-41). Springer Science+Business Media.
- Stams, G., Brugman, D., Deković, M., van Rosmalen, L., van der Laan, P., & Gibbs, J. (2006). The moral judgment of juvenile delinquents: a meta-analysis. *Journal of abnormal child psychology*, 34, 697-713.
- Steinberg, L. (2008). A social neuroscience perspective on adolescent risk-taking. *Developmental Review*, 28, 78-106.
- Steinberg, L., Albert, D., Cauffman, E., Banich, M., Graham, S., & Woolard, J. (2008). Age differences in sensation seeking and impulsivity as indexed by behavior and self-report: evidence for a dual systems model. *Developmental Psychology*, 44(6), 1764.
- Steinberg, L., & Cauffman, E. (1996). Maturity of judgement in adolescence: psychosocial factors in adolescent decision making. *Law and Human Behaviour*, 20(3), 249-272.
- Steinberg, L., Cauffman, E., Woolard, J., Graham, S., & Banich, M. (2009). Are adolescents less mature than adults?: minors' access to abortion, the juvenile death penalty, and the alleged APA «flip-flop». *The American psychologist*, 64, 583-594.
- Steinberg, L., Graham, S., O'Brien, L., Woolard, J., Cauffman, E., & Banich, M. (2009). Age differences in future orientation and delay discounting. *Child ...*, 80(1), 28-44.
- Steinberg, L., & Monahan, K. (2007). Age Differences in Resistance to Peer Influence. *Developmental Psychology*, 43(6), 1531-1543.
- Steiner, H., Cauffman, E., & Duxbury, E. (1999). Personality traits in juvenile delinquents: relation to criminal behavior and recidivism. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 38(3), 256-62.
- Strathman, A., Gleicher, F., Boninger, D. S., & Edwards, C. S. (1994). The consideration of future consequences: Weighing immediate and distant outcomes of behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 66(4), 742-752.
- Sullivan, C., Marguerite Q., G., & J. Douglas, G. (1957). The Development of Interpersonal Maturity: Applications to Delinquency. *Psychiatry*, 20(4), 373-385.
- Sweeten, G., Piquero, A., & Steinberg, L. (2013). Age and the Explanation of Crime, Revisited. *Journal of Youth and Adolescence*, 42, 921-938.
- Tellegen, A., & Waller, N. G. (2008). Exploring personality through test construction: development of the multidimensional personality questionnaire. En G. Boyle, G. Matthews, & D. Saklofske (Eds.), *The SAGE handbook of personality theory and assessment: Volume 2 — Personality measurement and testing*. (pp. 261-292). Londres: Sage.
- Thornberry, T. P., & Krohn, M. D. (2000). The self-report method for measuring delinquency and crime. Measurement and analysis of Crime and Justice. *Criminal Justice*, 4, 33-83.

- Vaaranen, H. (2001). The blue-collar boys at leisure: An ethnography on cruising club boys`drinking, driving, and passing time in cars in Helsinki. *Mannsforskning*, 1, 48-57.
- van Dam, C., Janssens, J., & De Bruyn, E. (2005). PEN, Big Five, juvenile delinquency and criminal recidivism. *Personality and Individual Differences*, 39(1), 7-19.
- van de Ven, J. (2004). *Assessment of risk and need factors and service use in diverted youth* (Tesis doctoral). Carleton University, Canadá.
- van Voorhis, P. (1994). *Psychological classification of the adult male prison inmate*. New York: State University of New York Press.
- Viljoen, J. L., McLachlan, K., & Vincent, G. M. (2010). Assessing violence risk and psychopathy in juvenile and adult offenders: a survey of clinical practices. *Assessment*, 17(3), 377-395.
- Weinberger, D. A., & Schwartz, G. E. (1990). Distress and restraint as superordinate dimensions of self-repoerted adjectment: a typological perspective. *Journal of Personality*, 58(June 1990), 381-417.
- Wenger, L. (2010). *Adaptación y validación preliminar en Chile del Inventario Jesness-Revisado (JI-R)* (Tesis de master). Universidad de La Frontera, Chile.
- Wensveen, M., Palmén, H., Blokland, A., & Meeus, W. (2017). Examining the work–crime association in emerging adulthood: A longitudinal analysis based on a Dutch population sample. *European Journal of Criminology*, 14(4), 467-484.
- Wilcox, R., & Tian, T. (2011). Measuring Effect Size: A Robust Heteroscedastic Approach for Two or More Groups. *Journal of Applied Statistics*, 38, 1359–1368.
- Wong, S., Lewis, K., Stockdale, K., & Gordon, A. (2004). *Violence Risk Scale-Youth Version*. Manuscrito no publicado. Universidad de Saskatchewan, Saskatoon, Saskatchewan, Canada.
- Zebrowitz, L. A., Andreoletti, C., Collins, M. A., Lee, S. Y., & Blumenthal, J. (1998). Bright, bad, babyfaced boys: appearance stereotypes do not always yield self-fulfilling prophecy effects. *Journal of Personality and Social Psychology*, 75(5), 1300-1320.

## 7. ANEXOS

### ANEXO I. Primera pàgina del "Acord de col·laboració en matèria d'investigació i compromís de confidencialitat", que autoriza la investigació con muestra de Justicia Juvenil, emitida por el Departament de Justícia de la Generalitat de Catalunya



#### **Acord de col·laboració en matèria d'investigació i compromís de confidencialitat.**

##### **Reunits**

Per part del Departament de Justícia de la Generalitat de Catalunya, Eulàlia Luque Reina, responsable de l'Àrea de Planificació i Projectes Estratègics,

D'altra banda, Lorena Wenger Amengual, amb domicili al C/ Sardenya 201, 2n 2a, 08013 Barcelona amb RUT xilè núm. 15782926-2, en qualitat de doctoranda,

##### **Manifesten**

Que ambdues parts es reconeixen plena capacitat per obligar-se.

Que ambdues parts poden subscriure una relació administrativa i/o de serveis on és possible que existeixi algun tipus de tractament directe o indirecte sobre dades de caràcter personal o confidencial.

Que ambdues parts són conscients de les exigències de protecció previstes per la normativa vigent sobre protecció de dades personals, especialment per la Llei orgànica 15/1999, de 13 de desembre, de protecció de dades de caràcter personal (LOPD), i pel Reial Decret 1720/2007, de 21 de desembre, de desenvolupament de la LOPD.

Que, per tot això, ambdues parts han pactat aquest compromís de confidencialitat i han acordat sotmetre's a les següents

##### **Clàusules**

PRIMERA. La Direcció General d'Execució Penal a la Comunitat i Justícia Juvenil, un cop valorada la conveniència de l'interès públic segons informe de la pròpia Direcció General i del Centre d'Estudis Jurídics i Formació Especialitzada, autoritza a la Sra. Lorena Wenger Amengual a accedir als seus recursos per tal de dur a terme la investigació: "**Personalidad, madurez psicosocial y comportamiento antisocial en adolescentes**", i amb aquesta finalitat col·laborarà amb l'equip de recerca per a que pugui accedir a les dades i fonts d'informació que siguin necessàries per dur-la a terme. Aquesta autorització implica l'acceptació, per part de la investigadora, de les condicions i compromisos següents:

- Pel que fa a les entrevistes amb menors d'edat internats en CE, la mostra serà de 20 joves de Can Llupià i de 15 de l'Alzina.

## **ANEXO II. Formulario de consentimiento informado**

### **Aceptación de participación en el estudio.**

De acuerdo al diseño de este estudio entiende que va a participar en una sesión de recogida de datos por medio de la aplicación de una serie de cuestionarios de auto-informe.

El tratamiento de sus datos se hará respetando lo dispuesto en la Ley Orgánica 15/1999 de protección de datos de carácter personal. Una vez firmado el consentimiento informado e iniciado el estudio podrá finalizar su participación mediante la simple solicitud de hacerlo.

Afirma que se le ha explicado la finalidad, objetivos de la presente investigación y los procedimientos utilizados en el estudio. Constató que han respondido también a las distintas preguntas que usted ha formulado. Declaro que leído este consentimiento informado y que la firma a continuación expresa su participación voluntaria en este estudio.

Asimismo, declara que ha recibido una copia de este documento donde constan la dirección e informaciones necesarias para ponerse en contacto con los responsables del estudio.

Firma:

Participante:..... Fecha:.....

El abajo firmante declara haber explicado la finalidad de la investigación y los procedimientos utilizados en el estudio.

Representante

del estudio:..... Fecha:.....

### **ANEXO III. Formulario de consentimiento informado para padres y tutores legales (para adolescentes menores de 18 años)**

#### **Consentimiento informado representantes legales de jóvenes que participen del estudio. Aceptación de participación en el estudio**

Yo como representante legal/madre/padre y de acuerdo al diseño de este estudio, entiendo que mi hijo/a o representado/a participará en una sesión de recogida de datos por medio de la aplicación de una serie de cuestionarios de auto-informe.

Entiendo también que el tratamiento de sus datos se hará respetando lo dispuesto en la Ley Orgánica 15/1999 de protección de datos de carácter personal. Además, una vez firmado el consentimiento informado e iniciado el estudio se podrá finalizar su participación mediante la simple solicitud de hacerlo.

Se me ha explicado la finalidad, objetivos de la presente investigación y los procedimientos utilizados en el estudio. Constato que han respondido también a las distintas preguntas he formulado. Declaro que he leído este consentimiento informado y que la firma a continuación expresa mi autorización para que mi hijo/a o representado/a participe de forma voluntaria en este estudio.

Asimismo, declaro que he recibido una copia de este documento donde constan la dirección e informaciones necesarias para ponerse en contacto con los responsables del estudio.

Firma:

Participante:..... Fecha:.....

El abajo firmante declara haber explicado la finalidad de la investigación y los procedimientos utilizados en el estudio.

Representante

del estudio:..... Fecha:.....